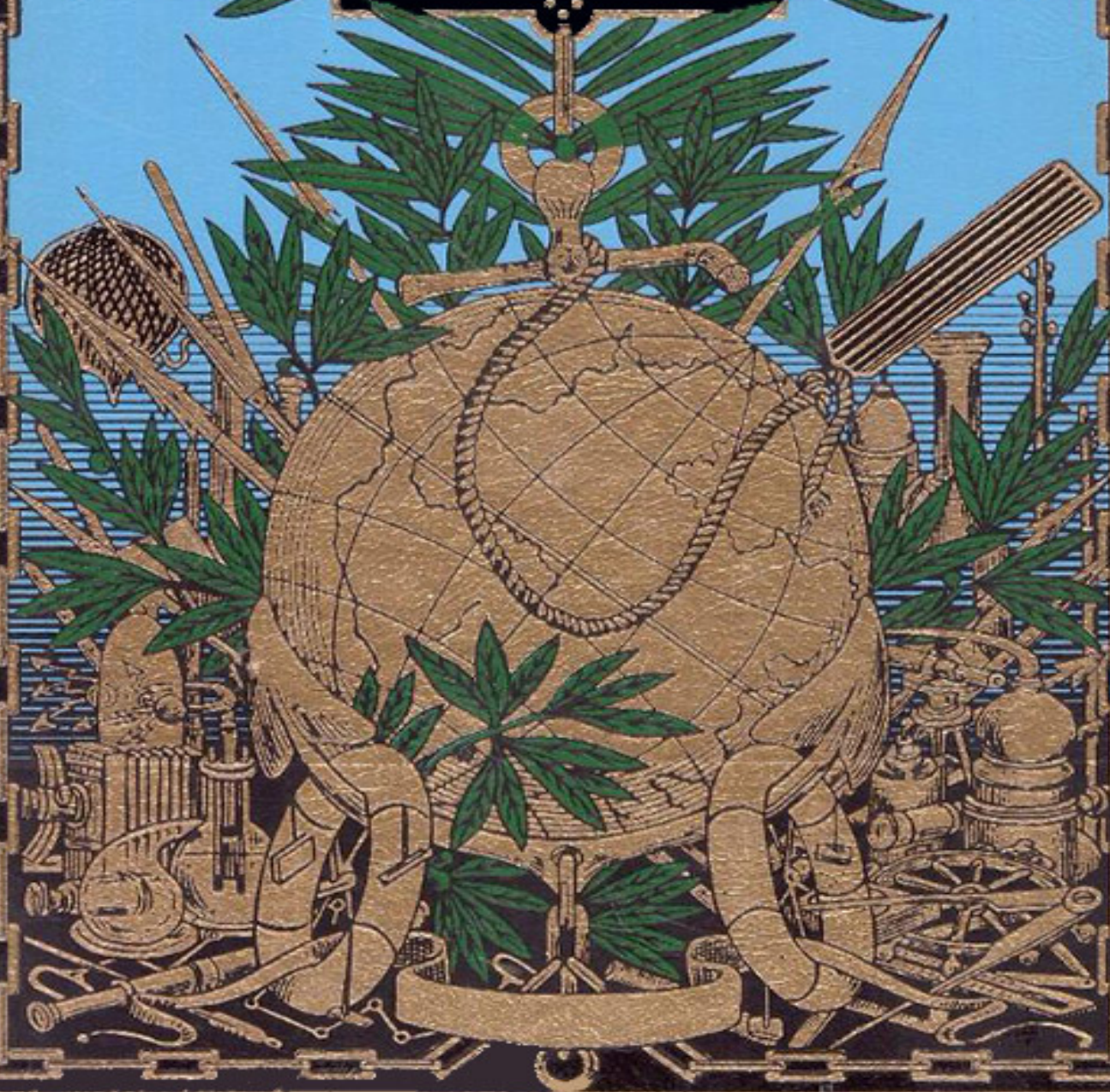


JULIO VERNE

se

El volcán de oro
Edición de Michel Verne



Los primos Ben Raddle y Summy Skim viven en Montreal (Canadá), y viajan al Yukón para conocer la última voluntad de su fallecido tío Josias Lacoste. Una vez en Dawson City, un terremoto sepulta sus esperanzas. Entristecidos, los dos primos descubren —gracias al francés Jacques Laurier— la existencia de una mina de oro que, casualmente, está en el cráter de un volcán.



Jules Verne

El volcán de oro (Ed. Michel Verne)

Viajes extraordinarios - 56

ePub r1.1

Titivillus 25.10.16

Título original: *Le Volcan d'or*
Jules Verne, 1906
Ilustraciones: George Roux

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

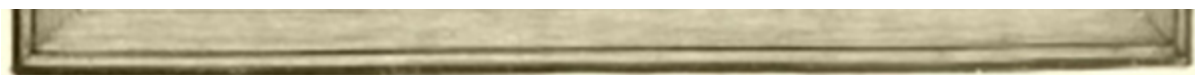


NOTA DEL EDITOR DIGITAL

Michel Verne publicó esta novela de su padre, en 1906, tras haber realizado múltiples cambios, tanto en los personajes, como en los diálogos, así como en el propio final de la novela.

Esta versión ha sido la más difundida, hasta que en 1989 se publicó la versión original, de la novela, tal y como Julio Verne la concibió. (Esta versión se encuentra publicada en la página).





PARTE I

CAPÍTULO I

UN TÍO DE AMÉRICA

El 17 de marzo del antepenúltimo año del siglo pasado el cartero de la calle de Jacques-Cartier, en Montreal, entregó una carta en el número 29 dirigida al señor Summy Skim.

Esta carta decía:

«El señor Snubbin saluda al señor Summy Skim y le ruega pase por su bufete, sin pérdida de tiempo, para tratar de un asunto que le interesa».

¿Con qué propósito el notario desearía ver al señor Summy Skim? Conocía al señor Snubbin, como todo el mundo de Montreal, por su honradez y prudencia. Canadiense de nacimiento, estaba al frente del mejor bufete de la ciudad; el mismo que sesenta años antes tenía por titular al famoso Nick, cuyo verdadero nombre era Nicolás Sagamore, un notario de origen hurón, que tan patrióticamente intervino en el terrible proceso Morgaz, cuya resonancia fue considerable hacia el año 1837.

El señor Summy Skim se sorprendió bastante al recibir la carta del señor Snubbin. Acudió en seguida a la cita que se le daba, y

media hora después llegaba a la plaza del mercado Buen Socorro, siendo recibido en el gabinete del notario.

—Muy buenos días, señor Skim —dijo éste levantándose—. Estoy a su disposición...

—Y yo a la de usted —dijo Summy Skim, sentándose cerca de la mesa.

—Es usted el primero en acudir a la cita, señor Skim...

—¿Dice usted el primero?... ¿Luego no soy yo el único citado?

—Su primo, el señor Ben Raddle —respondió el notario—, ha debido recibir una carta idéntica a la de usted.

—Entonces no se puede decir «ha debido recibir», sino «recibirá», puesto que mi primo no está en Montreal.

—¿Va a venir pronto?

—Dentro de tres o cuatro días.

—¡Diablo!

—¿Es, pues, muy urgente lo que tiene que comunicarnos?

—Hasta cierto punto, sí —respondió el notario—. En fin, le pondré al corriente, y usted puede comunicárselo a su primo cuando vuelva.



Se caló el notario las gafas, ojeó algunos papeles esparcidos sobre la mesa, cogió una carta que sacó de su sobre y, antes de leerla, dijo:

—¿El señor Raddle y usted, señor Skim, son los verdaderos sobrinos del señor Josias Lacoste?

—En efecto, mi madre y la de Ben Raddle eran sus hermanas; pero, desde que éstas murieron, hace siete u ocho años, las relaciones con nuestro tío quedaron rotas. Cuestión de intereses fue la causa de la ruptura, y entonces él se fue del Canadá y marchó a Europa... En una palabra, desde esta época no hemos vuelto a tener noticias suyas, e ignoramos lo que ha sido de él.

—Ha muerto —dijo el notario—. Acabo precisamente de recibir la noticia de su fallecimiento, ocurrido el 16 de febrero último.

Aunque toda relación hubiese cesado hacía tiempo entre Josias Lacoste y su familia, sin embargo, esta noticia no dejó de emocionar a Summy Skim. Su primo Ben Raddle y él no tenían padres; habían sido hijos únicos y les unía, además del parentesco, un cariño fraternal. Consideraba Summy Skim que de toda su familia no quedaban ya más que Ben Raddle y él. Seguramente en varias ocasiones habría tratado de saber el paradero de su tío, sintiendo que se hubiesen roto todos los lazos con ellos. A pesar de esto, había pensado en volver a verle, y he aquí que la muerte le arrebató toda esperanza.

Josias Lacoste era un hombre de carácter retraído y muy aventurero. Su partida del Canadá, para ir a hacer fortuna recorriendo el mundo, remontábase ya a una veintena de años. Era soltero y poseía un modesto patrimonio, que se propuso acrecentar lanzándose a las especulaciones. ¿Había realizado su esperanza? ¿No habríase más bien arruinado, efecto de su temperamento bien conocido, que le llevaba a arriesgar el todo por el todo? ¿Sus sobrinos, los únicos herederos, recogerían algún resto de su herencia?

A decir verdad, Summy Skim no había pensado nunca en ello, y no parecía tampoco pensarlo ahora, vista la emoción que le causaba la desaparición de su pariente.

El señor Snubbin había dejado a su cliente pensativo y esperaba que éste le dirigiera preguntas, a las que estaba presto a contestar.

—Señor Snubbin —preguntó Skim—, ¿la muerte de nuestro tío ha ocurrido el 16 de febrero?

—El 16 de febrero, señor Skim.

—¿Hace, pues, veintinueve días?...

—Veintinueve, en efecto. Menos tiempo no era suficiente para que yo recibiera la noticia.

—¿Nuestro tío estaba, pues, en Europa... en el centro de Europa, en alguna comarca lejana? —preguntó Summy Skim.

—Nada de eso —respondió el notario.

Y le entregó una carta, con sellos de efigie canadiense.

—Es de un tío de América, de un verdadero tío de América, como dicen los europeos, de quien son herederos Raddle y usted. Ahora bien, este tío de América, ¿tiene o no tiene todos los caracteres clásicos del empleo? He aquí un punto que queda por dilucidar.

—¿De modo —dijo Skim— que se encontraba en Canadá sin que nosotros hayamos tenido conocimiento de ello?

—Sí, en Canadá, pero en la parte más distante del Dominion, casi en la frontera que separa nuestro país de la Alaska americana, y con la cual son las comunicaciones tan lentas como difíciles.

—Supongo que el Klondike, señor Snubbin. —Sí, al Klondike es donde su tío había ido a fijar su residencia hace unos diez meses.

—¡Diez meses! —repitió Summy Skim—. ¡Y al atravesar América, para volverse a esta región de las minas, no ha tenido ni siquiera la intención de venir a estrechar la mano de sus sobrinos!...

—¿Qué quiere usted? —respondió el notario—. ¡Sin duda, el señor Josias Lacoste tenía prisa por llegar al Klondike, como millares de sus semejantes...; mejor dicho, como millares de enfermos devorados por esta fiebre de oro que ha hecho y hará aún innumerables víctimas! De todos los rincones del mundo afluyen hacia los placeres. Después de Australia, California; después de California, Transvaal; después de Transvaal, Klondike; después de Klondike, otros territorios auríferos, y así será hasta el día del juicio...; quiero decir hasta el último yacimiento.

El señor Snubbin comunicó entonces a Summy Skim cuantas noticias poseía. A principios del año 1897 Josias Lacoste llegaba a Dawson City, capital del Klondike, con el decidido propósito de dedicarse a *prospecteur*. Desde julio de 1896, que fue cuando se descubrió el oro en el Gold Bottom, un afluente del Hunter, su idea era dirigirse a ese distrito. Al año siguiente, Josias Lacoste llegaba a estos yacimientos, donde infinidad de mineros aflúan ya, puso en práctica su pensamiento, con la intención de consagrar a la adquisición de un *claim* el poco dinero que le quedaba. Algunos días después de su llegada era propietario del *claim* 129, situado sobre el Forty Miles Creek, un afluente del Yukón, la gran arteria entre Canadá y Alaska.

El señor Snubbin añadió:

—No parece, a juzgar por la carta que el gobernador de Klondike me ha dirigido, que ese *claim* haya dado hasta ahora todo el provecho que esperaba el señor Josias Lacoste. Sin embargo, no parece estar agotado, y sin duda su tío hubiera sacado el provecho que esperaba si la muerte no le hubiese sorprendido.

—¿No es, pues, la miseria la que habrá matado a nuestro tío? —dijo Summy Skim.

—No, señor —respondió el notario—; la carta no dice que haya sido reducido a ella. Ha sucumbido del tifus, tan temible en ese clima, y que causa tantas víctimas. Atacado de los primeros gérmenes de la enfermedad, el señor Lacoste dejó el *claim*, y en Dawson City es donde ha muerto. Como se sabía que era originario de Montreal, se ha dirigido a mí el gobernador a fin de que buscara a su familia y le comunicara la triste noticia. El señor Ben Raddle y usted, señor Skim, son muy conocidos, añadiré muy honrosamente conocidos en Montreal, para que cualquier vacilación haya sido allanada, y por eso les he convocado a los dos en mi bufete para darles conocimiento de los derechos que tienen del difunto.

¡De los derechos! Summy Skim bosquejó una sonrisa de melancólica ironía. Pensaba lo que habría debido de ser la vida de Josias Lacoste en el curso de una explotación tan difícil y tan

penosa... ¿No había invertido sus últimos recursos en el *claim*, tal vez comprado a un precio exorbitante, como lo hacían muchos imprudentes *prospecteurs*?... Hechas estas reflexiones, Summy Skim dijo al notario:

—Señor Snubbin, es posible que nuestro tío haya dejado tras él una situación difícil... Pues bien —yo respondo por mi primo Raddle, que no me dejaría mal en esta ocasión—, nosotros no dejaremos en descubierto el nombre que nuestras madres han llevado. Si hay que hacer sacrificios, los haremos sin titubear... Será, pues, preciso, y en el más corto tiempo posible, entablar un inventario...

—Aquí le detengo, mi querido señor —interrumpió el notario—. Como le conozco a usted bien, ese sentimiento no me extraña; pero creo que no habrá necesidad de los sacrificios a que hace referencia. Aunque su tío haya fallecido sin fortuna, no olvidemos que era propietario de ese *claim* de Forty Miles Creek, y esta propiedad tiene un valor que puede permitir hacer frente a los gastos que sobrevengan, si hay alguno. Además, esta propiedad ha venido a ser de usted y de su primo Ben Raddle, puesto que son los únicos parientes de Josias Lacoste por grado de sucesión.

El señor Snubbin añadió que convenía, sin embargo, obrar con cierta prudencia. Esta herencia no debía ser aceptada sino bajo beneficio de inventario. Se hará una relación del activo y del pasivo, y entonces los herederos tomarán una resolución con perfecto conocimiento de causa.

—Voy a ocuparme de este asunto, señor Skim, y tomaré los informes más seguros... En resumidas cuentas, ¿quién sabe?... ¡Un *claim* es un *claim*! Aunque no haya producido nada o casi nada hasta aquí... basta un feliz golpe de piqueta para hacer un buen bolso, como dicen los *prospecteurs*...

—Comprendido, señor Snubbin —respondió Summy Skim—, y si el *claim* de nuestro tío tiene algún valor, lo venderemos en las mejores condiciones.

—Sin duda ninguna —aprobó el notario—, y espero que su primo de usted estará en todo de acuerdo con nosotros.

—Cuento con ello —replicó Summy Skim—. No creo que tenga Ben Raddle la idea de explotar él mismo...

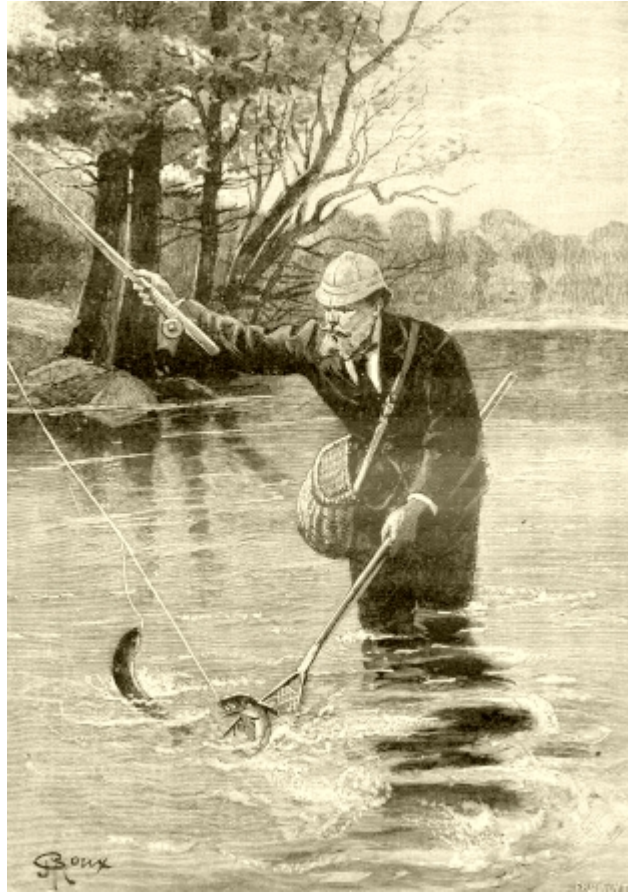
—¡Eh! ¿Quién sabe, señor Skim? El señor Ben Raddle es ingeniero. Tiene un carácter aventurero, decidido... ¡Y puede ser tentado!... Y si, por ejemplo, supiese que el *claim* de su tío está situado sobre una buena veta de tierra...

—Le garantizo, señor Snubbin, que él no irá a verlo. Y como va a estar de vuelta dentro de dos o tres días, nosotros trataremos este asunto y vendremos a rogar a usted que tome las más útiles medidas, sea para la venta del *claim* de Forty Miles Creek al mejor postor, sea, lo que creo más probable, que haya necesidad de cubrir alguna deuda de nuestro tío Josias Lacoste.

Con esta pesimista conclusión, Summy Skim se despidió del notario hasta dentro de dos o tres días, y se volvió a la casa de la calle de Jacques Cartier, donde habitaba con su primo.

Summy Skim era hijo de un anglosajón y de una franco-canadiense. Su familia remontábase a la época de la conquista de 1759. Fijada su residencia en el Bajo Canadá, distrito de Montreal, poseía vastos dominios, bosques, tierras y praderas, que constituían la mayor parte de su fortuna.

De treinta y dos años de edad, de estatura más que regular, su fisonomía agradable, la constitución robusta del hombre acostumbrado a los aires del campo, los ojos azul oscuro, la barba rubia, Summy Skim ofrecía el tipo tan característico y tan simpático de los franco-canadienses, heredado de su madre. Vivía de sus rentas, sin inquietudes, sin ambiciones de ninguna clase. Su fortuna, sin ser considerable, le permitía satisfacer sus gustos, poco dispendiosos, y nunca había sentido ni el deseo ni la necesidad de las grandezas.



Gran entusiasta de la pesca, conocía perfectamente toda la red hidrográfica, los afluentes o subafluentes del San Lorenzo, lo mismo que los lagos tan numerosos bajo las latitudes septentrionales de América. Apasionado por la caza, podía entregarse a ella con toda libertad en medio de las vastas llanuras, en que tanto abundan las piezas de caza, y de los montes, que ocupan la mayor parte de esta región de Canadá.

La casa que poseían los dos primos, sin lujo pero confortable, estaba situada en uno de los barrios más tranquilos de Montreal, fuera del centro de la industria y del comercio. Allí era donde pasaban los dos, no sin esperar impacientes el principio de la primavera, esos inviernos tan crudos de Canadá, si bien está bajo el mismo paralelo que el mediodía de Europa.

Pero vientos terribles, que no son detenidos por ninguna montaña, borrascas cargadas de las frialdades de la región ártica,

se desencadenan allí sin obstáculos con extraordinaria violencia.

En Montreal, residencia del gobierno desde 1843, hubiera podido encontrar Summy Skim ocasión de mezclarse en los negocios públicos. De carácter muy independiente, despreocupado y sin deseo de figurar en ninguna parte, tenía un santo horror a la política. Sin embargo, se sometió con gusto a la soberanía, más aparente que efectiva, de Gran Bretaña, y nunca se había mezclado en los partidos que se disputan el poder. Era, en suma, un filósofo que miraba transcurrir la vida sin ambición de ningún género.

Por su parte, toda modificación sobrevinida en su existencia no hubiera podido llevarle más que aburrimiento, preocupación y disminución de bienestar.

Se comprenderá que este filósofo no hubiese pensado nunca en casarse, y que continuase sin pensarlo ahora, a pesar de que ya había cumplido treinta y dos años. Quizá si su madre no hubiera muerto (sabido es cuánto agrada a las mujeres perpetuarse en sus nietos), hubiese hecho el esfuerzo necesario para dotarla de una hija. En este caso no hay que dudar que la mujer de Summy Skim hubiera compartido con él sus gustos. Entre esas numerosas familias de Canadá en que los hijos pasan con frecuencia de dos docenas, hubiera encontrado, sea en la ciudad, sea en el campo, la joven sencilla y sana que le conviniera. Pero la señora de Skim había muerto hacía cinco años, tres después de su marido, y desde entonces hubiérase podido apostar sin peligro que ni la menor idea matrimonial había pasado por su mente.

Tan pronto como la temperatura empezaba a suavizarse en ese rudo clima, cuando el sol, más matinal, anunciaba la vuelta de la primavera, Summy Skim se apresuraba a dejar la casa de la calle Jacques-Cartier. Volvíase entonces a su finca de Green Valley, a unas veinte millas en el norte de Montreal, sobre la ribera izquierda del San Lorenzo. Allí emprendía la vida de campo, interrumpida por los rigores del invierno que hiela todos los arroyos y cubre de nieve todas las llanuras. Allí se volvía a encontrar en medio de sus colonos, buenas gentes, que prestaban sus servicios hacía medio

siglo a la familia Skim, sintiendo un afecto sincero hacia su amo, quien a su vez les favorecía no omitiendo medio de hacer por ellos todo lo posible, aun a costa de su persona. Así ellos no escatimaban las demostraciones de alegría cuando le veían llegar, lo mismo que su sentimiento cuando llegaba la hora de la partida.

La propiedad de Green Valley producía anualmente una treintena de miles de francos, que se repartían los dos primos, pues los bienes estaban divididos entre ellos como la casa de Montreal. Se cultivaba allí un suelo muy fértil en forraje y en cereales, cuyos rendimientos se añadían al de los magníficos bosques que rodeaban los territorios del Dominion, principalmente en la parte oriental. La finca comprendía un conjunto de edificios bien instalados, bien conservados, cuadras, granjas, establos, corrales, soportales, y un material muy completo, muy perfeccionado, que respondía a todas las necesidades de la agricultura moderna. A la entrada de un vasto recinto tapizado de césped y sombreado de árboles, un pabellón, cuya sencillez no excluía la comodidad, servía de casa a su dueño.

Tal era la casa donde Summy Skim vivía la mayor parte del tiempo, y donde Ben Raddle iba a pasar algunos días durante la primavera. Skim no hubiera querido cambiar su finca por cualquier castillo señorial del más opulento americano. Aunque modesta, él la encontraba tan de su gusto, que no soñaba ni con engradecimientos ni con embellecimientos, satisfecho con las hermosuras de la naturaleza. Allí se pasaban sus días llenos por los ejercicios cinegéticos y sus noches siempre favorecidas por un apacible sueño.



Contentus sua sorte, como dicen las Sagradas Escrituras, Summy Skim se encontraba bastante rico con el producto de sus tierras, y sostenía sus derechos con tanto método como inteligencia. Si bien no esperaba dejar perecer su fortuna, tampoco se inquietaba por acrecentarla. Por nada del mundo se hubiera dedicado a alguno de esos negocios tan populares en América, especulaciones comerciales e industriales, vías férreas, bancas, minas, sociedades marítimas u otros. ¡No! Este hombre prudente tenía horror a todo lo que representa riesgos o tan sólo incertidumbres. Soportar sin protesta las innumerables eventualidades que no se pueden impedir ni prever, despertarse por la mañana con este pensamiento: «¿soy más rico o más pobre que ayer?...», le hubiera parecido abominable y hubiese preferido o no dormirse nunca o nunca despertar.

En esto era en lo que formaban más contraste los dos primos. Aunque eran hijos de hermanas y tenían los dos sangre francesa en

las venas, sin embargo, sus caracteres eran bien distintos. Pues si el padre de Summy Skim era de nacionalidad anglosajona, el padre de Ben Raddle era de nacionalidad americana, y existe seguramente entre el inglés y el yanqui una diferencia que se acentúa con el tiempo. Jonathan y John Bull, si son parientes, no lo son más que en grado muy lejano.

Fuera la diversidad de origen, fuera otra razón cualquiera la causa de la oposición de sus caracteres, lo cierto es que los dos primos, muy unidos, a pesar de todo, y resueltos a no separarse nunca, no tenían ni los mismos gustos ni el mismo temperamento.

Ben Raddle, de menos estatura, moreno de cabellos y de barba, cuatro años más joven que Skim, no miraba la existencia bajo el mismo prisma que él. Mientras que el uno se contentaba con vivir como buen propietario y con vigilar sus cosechas, el otro se apasionaba por el movimiento industrial de su época. Había hecho sus estudios de ingeniero y tomado parte ya en alguno de esos trabajos prodigiosos en los cuales los americanos tratan de llevar por la audacia concesiones y la osadía de ejecutarlas. Al mismo tiempo ambicionaba riquezas. No el pequeño bienestar de nuestros millonarios, sino el río de oro de los millonarios americanos. Las fabulosas fortunas de los Gould, de los Astor, de los Vanderbilt, de los Rockefeller, de los Carnegie, de los Morgan y de tantos otros, sobreexcitaban su cerebro. Soñaba con esas ocasiones, capaces de hacer subir en algunos días al Capitolio, como otras veces precipitan en algunas horas a la roca Tarpeya. Así, mientras que Summy Skim no se preocupaba más que por excursiones a Green Valley, Ben Raddle había recorrido varias veces Estados Unidos, atravesado el Atlántico, visitado una parte de Europa, sin haber podido encontrar hasta ahora ocasión de coger los cabellos de la fortuna. Había vuelto de un viaje bastante largo, y desde su vuelta no tenía ni un minuto de descanso, trabajando sin cesar en el enorme negocio al cual podría llevar su concurso.

Esta oposición de gustos era una gran pesadumbre para Summy Skim. Temía sin cesar que Ben Raddle tuviera alguna vez ideas de

dejarle, o que perdiera en alguna empresa aventurera el modesto haber que les aseguraba a los dos independencia y libertad.

Éste era el tema de incesantes discusiones entre los dos primos.

—Pero dime, —decía Summy—, ¿de qué sirve romperse la cabeza en lo que tú llamas pomposamente grandes negocios?

—Eso sirve para hacerse rico, muy rico —respondía Ben Raddle.

—¡Eh!, primo, ¿para qué tanta riqueza? No es preciso tanto para ser dichoso en Green Valley. ¿Qué harías tú con tanto dinero?

—Negocios nuevos y muy importantes, primo. —¿Con el fin...?

—De amasar más oro aún, que consagraría a negocios más importantes todavía.

—¿Y así sucesivamente?

—Así sucesivamente.

—¿Hasta la muerte, sin duda? —decía irónicamente Summy Skim.

Hasta la muerte, Summy —concluía Ben Raddle, sin inmutarse, mientras que su primo, no hallando nada que responderle, levantaba sus brazos al cielo con desaliento.

CAPÍTULO II

DONDE SUMMY SKIM SE METE, A PESAR SUYO, EN LA VÍA DE LAS AVENTURAS

Al volver a su casa, Summy Skim tomó las disposiciones que le imponía la muerte de Josias Lacoste. Se ocupó de dar parte a los amigos de la familia; del servicio religioso que convenía encomendar a la parroquia.

En cuanto al arreglo de los negocios personales de su tío, tendría lugar de ocuparse de ellos seriamente con Snubbin, cuando los dos primos se hubieran puesto de acuerdo, y cuando el notario hubiera recibido las noticias pedidas por telégrafo, permitiéndole empezar el inventario de la fortuna del difunto.

Ben Raddle no volvió a Montreal hasta pasados cinco días, en la mañana del 2 de marzo, después de un mes de estancia en Nueva York, donde había estudiado con otros ingenieros el gigantesco proyecto de tender un puente sobre el Hudson entre la metrópoli y New Jersey.

Ben Raddle estaba unido con todo su corazón a ese trabajo tan propio para entusiasmar a un ingeniero; pero no parecía que la construcción del puente debiera ser empezada en seguida. Aunque se hablaba mucho en los periódicos, aunque se la estudiaba no menos sobre el piano, sin embargo, aún transcurrirían tal vez uno o

dos años antes de empezar efectivamente los trabajos. Por este motivo Ben Raddle se había decidido a volver a Montreal.

Su ausencia había parecido muy larga a Summy Skim. ¡Cuanto sentía no poder convertir a su primo a sus ideas, no poder hacerle amar la existencia sin inquietudes! Este gran negocio del Hudson Bridge aumentaba sus preocupaciones. ¿Si Ben Raddle tomaba parte en él, no le retendría mucho tiempo, años tal vez, en Nueva York? Y entonces Summy Skim estaría solo en la casa común, solo en la finca de Green Valley.

Tan pronto como el ingeniero estuvo de vuelta, su primo le comunico la muerte de su tío Josias, ocurrida en Dawson City, dejando por toda fortuna el *claim* 129, situado al borde de Forty Miles Creek, sobre el territorio del Klondike.

A este ultimo nombre, muy sonado entonces, el ingeniero presto atención. Verdaderamente no acogía con la indiferencia de Summy Skim la perspectiva de ser más adelante propietario de un yacimiento aurífero. Cualquiera que fuese su pensamiento respecto a esto, no lo expreso por el momento.

Con su costumbre de estudiar las cosas a fondo, deseaba reflexionar antes de hablar.

Veinticuatro horas le eran suficientes para examinar el pro y el contra de la situación, y al día siguiente, durante el desayuno, interpele de repente a Summy Skim, que se encontraba singularmente absorto.

—Vamos, primo, dime si quieres hablar un poco del Klondike.

—¡Si no se trata más que de hablar un poco!...

—Un poco... o un mucho, Summy.

—Como gustes, querido Ben.

—¿No te ha mostrado el notario los títulos de propiedad de ese *claim* 129?

—No —respondió Skim—; no he pensado que fuese necesario verlos.

—Te reconozco bien en esto, querido Summy —exclamo Ben, riendo.

—¿Por que lo dices? —objeto Summy—. No hay para que preocuparse por eso, creo yo. Es bien sencillo: o esta herencia tiene algún valor, y la liquidaremos para mejorar nuestros intereses, o, lo que me parece infinitamente más probable, no tiene ninguno, y no nos ocuparemos siquiera de ello.

—Tienes razón —añadió Ben Raddle—. Hay que esperar... Con estos yacimientos no sabe uno a que atenerse. Se les cree pobres, agotados... y un golpe de piqueta nos da una fortuna.

Ante estas palabras, Summy Skim sintió un principio de inquietud.

—Pues bien, querido primo —dijo enardeciéndose—, es precisamente lo que deben saber las gentes de la contrata, las que explotan en este momento esos famosos yacimientos del Klondike. Si el *claim* de Forty Miles Creek vale alguna cosa, procuraremos, lo repito, deshacernos de él al precio más ventajoso... Pero como lo probable no es que nuestro tío haya dejado este mundo en el momento justo de ser millonario...

—Eso es lo que falta saber —respondió Ben Raddle—. El oficio de *prospecteur* es fecundo en sorpresas de ese genero. Siempre se está en víspera de descubrir una rica vena, y por esta palabra de vena no quiero decir la suerte, sino el filón aurífero donde las pepitas de oro abundan. En fin, él era de esos buscadores de oro que no han tenido de que quejarse...

—Si —respondió Summy Skim—, uno entre ciento, entre mil, entre cien mil más bien y al precio de muchas desazones, de algunas fatigas y, se puede añadir, de algunas miserias...

—Eso son frases —dijo Ben Raddle—, nada más que frases. Yo no razono sobre literatura, sino sobre hechos, nada más que sobre hechos.

No encontrando Summy Skim palabras con que convencer a su primo, se agarro al tema familiar, y la eterna discusión empezó una vez más.

—Mi querido amigo, ¿es que la herencia que nos han dejado nuestros padres no es suficiente? ¿Es que nuestro patrimonio no

nos asegura independencia y bienestar?... Si te hablo así, es porque veo que das a este asunto más importancia que la que en realidad merece... Vamos a ver, ¿no somos ya bastante ricos?

—No se es nunca bastante cuando se puede ser más.

—A menos que seas tu como esos millonarios que tienen tanto aburrimiento como millones, y que se toman más desazones por conservar su fortuna que se han tornado por adquirirla.

—Vamos, vamos —respondió Ben Raddle—, la filosofía es una buena cosa, pero no hay que abusar de ella. En fin, no me hagas decir lo que no quiero. Yo no espero encontrar toneladas de oro en el *claim* de nuestro tío Josias. Quiero únicamente examinarlo, darme exacta cuenta de lo que es.

—Lo tendremos, mi querido Ben, queda convenido, y haga el cielo que, después de las informaciones, no nos encontremos frente a una situación embarazosa, a la que deberemos hacer frente por respeto hacia nuestra familia... En ese caso, he asegurado al señor Snubbin...

—Has hecho bien, Summy —interrumpió Ben Raddle—; pero me parece superfluo prever esta eventualidad, que no se realizara probablemente. Si hay acreedores, ya se hubieran dado a conocer; estate tranquilo. Hablemos más bien del Klondike. Debes pensar que no estoy para oír hablar así de esos yacimientos. Aunque la explotación se remonte a dos años escasos, yo he leído todo lo que se ha publicado sobre las riquezas de esos territorios, y puedo decirte cosas que turbaran tu suprema indiferencia. Después de Australia, California y África del Sur, se podría suponer que nuestro globo no contendría ya otros yacimientos. Y he aquí que en esta parte de Norteamérica, sobre los confines de Alaska y del Dominion, la casualidad hace descubrimientos nuevos.

Parece, sin embargo, que esas comarcas septentrionales de América están favorecidas con esos productos. No solamente existen minas de oro en el Klondike, sino que se han encontrado también en el Ontario, el Michipicoten, la Columbia inglesa, en donde se han constituido poderosas compañías, tales como la War

Eagle, la Standard, el Sullivan Grup, la Alhabarca, el Ferm, El Syndicate, la Sans Poel, el Cariboo, el Deer Trail, la Georgie Reed y tantas otras cuyas acciones están en subida constante, sin hablar de las minas de plata, de acero, de manganeso, de hierro, de carbón. En lo que concierne más especialmente al Klondike, piensa, Summy, en la extensión que mide esta región aurífera, doscientas cincuenta leguas de longitud, por cerca de cuarenta de anchura, y eso nada más que sobre el territorio del Dominion, sin hablar de los yacimientos de Alaska. Es aquello un inmenso campo abierto a la actividad humana, el más vasto, tal vez, que haya sido reconocido en la superficie de la tierra. Quien sabe si los productos de esta región se numeraran un día, no por millones, ¡sino por millares de millones!...

Ben Raddle hubiera podido hablar largo rato respecto a esto; pero ya no le escuchaba Summy Skim, que se contento con decir, encogiéndose de hombros:

—Vamos, Ben, es bien notorio que tienes fiebre...

—¿Cómo?... ¿Que tengo fiebre?...

—Si, la fiebre del oro, como tantos otros, y es una fiebre que no se cura con sulfato de quinina, pues, desgraciadamente, no es intermitente.

—Tranquilizate, querido Summy —respondió Ben Raddle riendo—; mi pulso no late con más violencia que de ordinario. Además, me reprocharía yo mismo comprometer tu magnífica salud, exponiéndote al contacto de un calenturiento...

—¡Oh! ¡Yo!... yo estoy vacunado —respondió Summy Skim, en el mismo tono—, pero te veo con pena, lo confieso, perderte en esas fantasías que no pueden llevarte a nada bueno...

—¿Dónde ves tú eso? —interrumpió Ben Raddle—. No es cuestión, por el momento, mas que de estudiar un negocio y de sacar de él provecho, si se puede. Tú piensas que nuestro tío no ha sido dichoso en sus especulaciones. Es posible, en efecto, que ese *claim* de Forty Miles Creek le haya producido mas lodo que pepitas.

Pero tal vez no tuviera los recursos necesarios para la explotación. Quizá no operara con método, como lo hubiera podido hacer...

—Un ingeniero, ¿no es verdad?

—Sin duda, un ingeniero...

—¿Tu... por ejemplo?

—¿Por que no? —respondió Ben Raddle—. Después de todo, no es ésa la cuestión actual. Se trata sencillamente de tomar indicios. Cuando sepamos a que atenernos sobre el valor del *claim*, veremos lo que nos conviene hacer.

La conversación quedó así. En resumen, no había nada que objetar a las proposiciones de Ben Raddle. Era natural que había que informarse antes de tomar una decisión. Que el ingeniero era un hombre serio, inteligente y práctico, no podía ser puesto en duda. Summy estaba afligido e inquieto, viendo con que clase de avidez su primo se arrojaba en esa presa tan inopinadamente ofrecida a su ambición. ¿Llegaría él a retenerle? Estaba decidido a no separarse de ningún modo de Ben Raddle. Sus intereses continuarían comunes, sucediera lo que sucediera; pero no cesaba de echar pestes contra la mala idea que había tenido el tío Josias de ir a buscar fortuna en el Klondike, donde le esperaba la miseria y la muerte, y habría deseado que las noticias pedidas fuesen tales que no hubiera lugar de dar curso a este negocio.

Por la tarde volvió Ben Raddle al bufete del notario, y se informó de los títulos de propiedad, que encontró perfectamente en regla. Un plano en gran escala permitía precisar con exactitud la situación del *claim* 129. Se encontraba a 42 kilómetros de Fort Cudahy, pueblecillo fundado por la Compañía de la Bahía de Hudson, sobre la ribera derecha del Forty Miles Creek, uno de los innumerables afluentes del Yukón, ese gran río que, después de haber regado los territorios occidentales del Dominion, atraviesa toda Alaska, y cuyas aguas inglesas, en su nacimiento, se vuelven americanas hacia abajo, desde que esta vasta región ha sido cedida por los rusos a Estados Unidos.



—¿No ha notado usted una particularidad bastante curiosa, señor Snubbin? —dijo Ben Raddle, después de haber examinado el mapa—. El Forty Miles Creek corta, antes de arrojarse en el Yukón, el 141º, meridiano escogido como línea de demarcación entre el Dominion y Alaska, y ese meridiano se confunde con el límite occidental de nuestro *claim*, que está así matemáticamente situado en la frontera común de las dos comarcas.

—En efecto —aprobó el notario.

—Verdaderamente —replicó Ben Raddle, continuando su examen—, esta situación no me parece mala a primera vista. No hay razón para que el Forty Miles Creek sea menos favorecido que el Klondike, o su afluente Bonanza, o sus subafluentes Victoria, Eldorado y otros ríos tan productivos y tan rebuscados de los mineros.

Ben Raddle devoraba literalmente con la vista esta maravillosa comarca, cuya red hidrográfica arroja con profusión el precioso metal, que, según lo ha tasado Dawson City, vale dos millones trescientos cuarenta y dos mil francos la tonelada.

—Dispense usted, señor Raddle —dijo el notario—. ¿Me atrevería a preguntarle si tienen ustedes el propósito de explotar el *claim* del difunto Josias Lacoste?

Ben Raddle hizo un gesto evasivo.

—Es que el señor Skim... —insinuó el notario.

—Summy no ha podido decir nada concreto —declaró negativamente Ben Raddle—, y yo reservo mi opinión hasta el momento en que tenga todos los indicios útiles... y si es preciso, verlo por mí mismo...

—¿Piensa usted, pues, emprender ese largo viaje del Klondike? —preguntó Snubbin, moviendo la cabeza en señal de reproche.

—¿Por qué no? Piense lo que quiera Summy, el asunto, a mi entender, vale la pena de molestarse... Una vez en Dawson City se resolvería... Aunque no fuese más que por vender ese *claim*, por tasar su valor, convendrá usted conmigo, señor Snubbin, que lo mejor sería haberlo visitado.

—¿Es muy necesario? —observó el señor Snubbin.

—Claro que lo es, aunque no fuera más que para encontrar un comprador.

El notario iba a responder, pero se lo impidió la entrada de un empleado, portador de un despacho.

—Si no es más que para eso —dijo, después de haber roto el sello—, he aquí lo que podrá evitarle las molestias de tal viaje, señor Raddle.

Diciendo esto, el señor Snubbin tendió a Ben Raddle un telegrama fechado hacía ocho días, el cual, después de haber sido llevado a Dawson City, llegaba a Montreal por los hilos del Dominion.

Este telegrama de la Anglo-American Transportation and Trading Company (Chicago-Dawson), sindicato americano poseedor ya de

ocho *claims*, cuya explotación estaba dirigida por el capitán Healey, ofrecía por la adquisición del *claim* 129 de Forty Miles Creek 5000 dólares, que serían enviados a Montreal inmediatamente de recibir una respuesta afirmativa.

Ben Raddle había cogido el telegrama, y lo leyó con tanto interés como cuidado había puesto en estudiar los títulos de propiedad.

—¿Qué dice usted de eso, señor Raddle? —preguntó el notario.

—Nada —dijo el ingeniero—. ¡Es bastante el precio ofrecido! ¡Cinco mil dólares por un *claim* del Klondike!

—Cinco mil dólares no son de despreciar.

—Menos que diez mil, señor Snubbin.

—Es evidente. Presumo, sin embargo, que el señor Skim...

—Summy será siempre de mi opinión, si puedo apoyar con buenas razones mi manera de ver las cosas. Y si yo le pruebo que es necesario emprender ese viaje, lo emprenderá, no lo dude usted.

—¿Él? —exclamó Snubbin—. ¡El hombre más dichoso, el más independiente que jamás notario alguno haya encontrado en su profesión!

—Sí, este dichoso, este independiente, me seguirá si le demuestro que puede doblar su bienestar y su independencia... ¿Qué perderemos, después de todo, puesto que siempre estamos a tiempo de aceptar la suma ofrecida por ese sindicato?

Después de dejar el bufete, Ben Raddle tomó el camino más corto, reflexionando el partido que convenía adoptar. Cuando llegó a la casa de la calle Jacques-Cartier, su resolución estaba tomada. Subió en seguida a la habitación de su primo.

—¿Qué? —preguntó éste—. ¿Has visto al señor Snubbin? ¿Hay novedad?

—Novedad, sí, Summy, y hasta novedades.

—¿Buenas?

—Excelentes.

—¿Has examinado los títulos de propiedad?

—Naturalmente. Están en regla. Somos verdaderos propietarios del *claim* 129.

—He ahí cómo va a aumentarse bonitamente nuestra fortuna —observó Summy Skim.

—Más de lo que tú crees, tal vez —continuó el ingeniero con tono grave.

Y Ben Raddle entregó a su primo el parte de la Anglo-American Transportation and Trading Company,

—¡Me parece perfectamente! —exclamó éste—. No hay, pues, que titubear. Vendamos nuestro *claim* a esta poderosa sociedad, y lo más pronto posible.

—¿Por qué ceder al precio de cinco mil dólares lo que puede valer mucho más? —repuso Ben Raddle. —Sin embargo, mi querido Ben...

—Pues bien, tu querido Ben te responde que no se tratan así los negocios. Para obrar con conocimiento de causa, es preciso haber visto con sus propios ojos; lo que se llama ver.

—Siempre eres el mismo.

—Ahora más que nunca. Reflexiona, pues, Summy. Si se nos hace esta proposición de compra, es porque conocen el valor del *claim*; es porque este valor es infinitamente más considerable. No faltan otros yacimientos disponibles a lo largo de los ríos o en las montañas del Klondike.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Y —continuó Ben Raddle, sin ocuparse de la interrupción— si una sociedad que posee ya varios *claims* quiere precisamente adquirir el nuestro, es que tiene, no cinco mil razones para ofrecer cinco mil dólares, y diez mil, y cien mil...

—Un millón, diez millones, cien millones —continuó Summy irónicamente—. Verdaderamente, Ben, tú juegas con los números.

—Los números son la vida, y encuentro que tú no calculas mucho...

—Es, sin duda, porque tú calculas demasiado.

—Vamos, de este telegrama estoy decidido a llevar mi contestación personalmente.



- ¡Qué!... ¿Quieres partir para el Klondike?
- Sí.
- ¿Sin tener más indicios?
- Yo me enteraré sobre el terreno.
- ¿Y vas a dejarme solo?
- No, puesto que tú me acompañarás.
- ¿Yo?
- Tú.
- ¡Nunca!
- Si, pues el asunto nos interesa a los dos.
- Yo te daré mis poderes.
- Los rehúso; tu persona es la que yo quiero.
- ¡Un viaje de mil quinientas leguas!...
- ¡En absoluto! Mil ochocientas solamente.
- ¡Señor!... ¿Y qué durará?...

—Lo que deba durar. Puede suceder que tengamos interés, no ya por vender el *claim*, sino por explotarlo.

—¿Cómo explotarlo? —exclamó Summy Skim desatinado—. Entonces es un año entero...

—Dos, si es preciso.

—¡Dos años! ¡Dos años! —repetía Summy.

—¿Qué importa? —dijo Ben Raddle—. ¡Cuando cada mes, cada día, cada hora aumentaría nuestra fortuna!

—¡No, no!... —exclamaba Summy Skim, hundiéndose en la butaca, como un hombre resuelto a no dejarla nunca.

Pero tenía que luchar mucho, pues Ben Raddle no le dejaría en paz hasta conseguir su objeto.

—Pues yo, Summy —concluyó Ben—, estoy decidido a partir para Dawson City, y no puedo creer que tú te niegues a acompañarme. Después de todo, has llevado hasta ahora una vida demasiado sedentaria... Hay que correr un poco el mundo...

—¡Bah! —dijo Summy Skim—. Si tuviera gusto para ello, habría otras comarcas que visitar en América o en Europa. Seguramente no empezaré por penetrar hasta el corazón de ese abominable Klondike.

—Que te parecerá encantador, Summy, cuando hayas comprobado por ti mismo que está sembrado de polvo de oro y empedrado de pepitas.

—¡Ben, mi querido Ben —dijo Summy Skim—, me das miedo!... ¡Sí, me das miedo!... Quieres comprometerte en un negocio donde no encontrarás más que peligros y desilusiones.

—¡Ya lo veremos!

—Empezando por ese maldito *claim* que no tiene, sin duda alguna, más valor que el de un cuadrado de coles.

—Entonces, ¿por qué esta compañía ofrece varios miles de dólares?

—¡Y cuando pienso, Ben, que es preciso ir a buscar ese *claim* irrisorio a un país donde la temperatura desciende hasta cincuenta grados bajo cero!

—Haremos fuego.

A todo encontraba Ben Raddle contestación. El apuro de su primo le dejaba completamente insensible.

—Pero ¿y Green Valley, Ben? —suspiraba el infeliz.

—Bueno —replicaba Ben Raddle—, la caza no falta en las llanuras ni los peces en los ríos del Klondike. Tú cazarás, tú pescarás en un país nuevo que te reserva sorpresas.

—Pero nuestros arrendatarios, nuestros buenos arrendatarios que nos esperan —decía Summy.

—¿Tendrán lugar de sentir nuestra ausencia cuando hayamos vuelto bastante ricos para construirles otras fincas y para comprar todo el distrito?

Finalmente, Summy Skim tuvo que confesarse vencido... No, él no dejaría marchar solo a su primo... Lo acompañaría, aunque no fuese más que para hacerle volver más pronto...

Así, ese día pusieron un telegrama al capitán Healey, director de la Transportation and Trading Company, anunciando la próxima partida de los señores Ben Raddle y Summy Skim, propietarios del *claim* 129.

CAPÍTULO III

EN CAMINO

Por el Pacífico canadiense los turistas, comerciantes, emigrantes, buscadores de oro, con destino al Klondike, pueden transportarse directamente sin cambiar de línea, sin dejar el Dominion o la Columbia británica, de Montreal a Vancouver. Desembarcados en esta metrópoli columbiana, pueden escoger entre diferentes caminos, terrestres, fluviales o marítimos, y combinar los diversos modos de transporte posible, barcos, caballos, coches, incluso caminar a pie una gran parte del camino.

La marcha estaba resuelta; Summy Skim no tenía necesidad de ocuparse de los detalles del viaje: la adquisición del material, la elección de camino corría de cuenta de Ben Raddle. Éste sería precisamente el asunto de ese ambicioso pero inteligente ingeniero, único promotor de la empresa que iban a plantear, y el único también que aceptaba todas las responsabilidades.

En primer lugar, Ben Raddle observó muy acertadamente que no podía retrasarse la marcha. Convenía que los herederos de Josias Lacoste estuvieran en el Klondike al principio de verano, un verano que no calienta más que muy pocos meses esta región hiperbórea, situada en el límite del círculo polar ártico.

En efecto, cuando consultó el código de las leyes mineras canadienses, aplicables al distrito del Yukón, se enteró de cierto art. 9.º concebido en estos términos:

«Volverá al dominio público todo *claim* que no sea explotado en el término de quince días durante el verano, a menos que se obtenga permiso del comisario».

Además, el principio del verano, por retrasado que se presente, es en la segunda quincena de mayo. En esta época, si la explotación del *claim* 129 quedaba suspendida durante más de quince días, la propiedad de Josias Lacoste volvería al Dominion, y muy verosímil era que el sindicato americano señalara a la Administración todo motivo de caducidad de la propiedad que él codiciaba.

—¿Comprendes, Summy —dijo Ben Raddle—, cómo no hay que dejarse adelantar?

—Comprendo todo lo que tú quieres que comprenda, querido amigo —respondió Summy Skim.

—Tanto más, cuanto que tengo perfecta razón —añadió el ingeniero.

—No dudo que la tengas, Ben. Después de todo, no me importa de ningún modo marcharme de Montreal en seguida, si eso ha de permitirnos volver más pronto.

—No estaremos en el Klondike más que el tiempo necesario.

—Está bien, Ben. ¿En qué fecha es la marcha?

—El 2 de abril —respondió Ben Raddle—. Dentro de diez días.

Summy Skim, con los brazos cruzados, la cabeza inclinada hacia delante, tuvo deseos de gritar: «¡Cómo!... ¡Tan pronto!». Pero se calló, puesto que hablar no hubiera servido de nada.

Además de esto, Ben Raddle obraba con acierto al fijar el 2 de abril como límite para la partida. Con el itinerario a la vista, se entregó a una serie de observaciones llenas de cifras, que manejaba con una incontrastable competencia.

—Para ir al Klondike —dijo—, no tenemos que escoger entre dos caminos, puesto que no hay más que uno. Quizás un día se una al

Yukón, pasando por Edmonton y el fuerte de Saint-John y siguiendo la Peance River, que atraviesa, al noroeste de la Columbia, el distrito del Cassiar...

—Una comarca en donde tengo idea de haber oído que abunda la caza —interrumpió Summy Skim, abandonándose a sus sueños cinegéticos—. Oye, ¿por qué no seguimos ese camino?

—Porque nos sería preciso, dejando Edmonton, atravesar cuatrocientos kilómetros por tierra, en regiones casi inexploradas.

—Entonces, ¿qué dirección piensas tomar, Ben?

—La de Vancouver, sin duda ninguna. He aquí cifras muy exactas que te darán idea de la duración del itinerario: de Montreal a Vancouver hay cuatro mil seiscientos setenta y cinco kilómetros, y de Vancouver a Dawson City dos mil cuatrocientos ochenta y nueve.

—Total —dijo Summy Skim, sumando la operación—: cinco y nueve catorce, llevo una; ocho y ocho, dieciséis, llevo una; siete y cuatro, once, llevo una; cinco y dos, siete... Son siete mil ciento sesenta y cuatro kilómetros.

—Exactamente, Summy.

—¡Pues si recogemos tantos kilogramos de oro como kilómetros hemos hecho!...

—Eso valdrá, según se tasa actualmente, a dos, mil trescientos cuarenta francos el kilogramo, dieciséis millones setecientos sesenta y tres mil setecientos sesenta francos.

—¡Con tal que podamos contar con los setecientos sesenta francos! —murmuró entre dientes Summy Skim.

—¿Qué dices, Summy?

—Nada, querido Ben, absolutamente nada.

—Tal suma —respondió Ben Raddle— no me sorprendería. ¿No ha declarado el geógrafo John Minn que Alaska produciría más oro que California, cuyos productos han sido, sin embargo, cuatrocientos cinco millones, nada más que en el año 1861? ¿Por qué el Klondike no ha de contribuir con una buena suma a los veinticinco millares de millones de francos que componen la fortuna aurífera de nuestro globo?

—Eso me parece probable en extremo —dijo Summy con gran aplomo—. Pero, Ben, es preciso pensar en los preparativos... No se va allá, a ese país inverosímil, llevando solamente una camisa de repuesto y un par de calcetines.

—No te preocupes de nada, Summy, yo me encargo de todo. Tú no tendrás más que subir al tren en Montreal para bajar en Vancouver. En cuanto a nuestros preparativos, no serán los del emigrante que, errando a la ventura en tierra lejana, se ve precisado a tener un material considerable. El nuestro está a nuestra disposición. LO encontraremos en el *claim* del tío Josias. No tenemos, pues, que preocuparnos más que del transporte de nuestras personas...

—¡Eh! ¡Ya es alguna cosa! —exclamó Summy Skim—. Ellas merecen que se tomen precauciones... sobre todo contra el frío... ¡Uf!... Ya me parece que estoy helado hasta los huesos.

—¡Vamos, Summy! Cuando lleguemos a Dawson City la primavera estará en todo su apogeo.

—Pero el invierno llegará.

—Tranquilízate —dijo Ben Raddle—, no te faltará nada: buenos trajes, buena comida. Volverás más gordo que vas.

—¡Ah! ¡No! No pido tanto —protestó Summy Skim, que había optado por resignarse—. Te prevengo que si he de engordar tan sólo diez libras, me quedo.

—Bromea, Summy, bromea todo cuanto quieras... pero ten confianza.

—Sí... la confianza es obligatoria. Está, pues, convenido, que el 2 de abril nos pondremos en camino en calidad de emigrantes.

—Sí... Ese plazo me bastará para mis preparativos.

—Entonces, puesto que tengo diez días por delante, iré a pasarlos al campo.

—Como quieras —aprobó Ben Raddle—, aunque no debe aún hacer muy buen tiempo en Green Valley.

Summy Skim hubiera podido responder que mejor tiempo que el que tendrían en Klondike; pero prefirió callar y se contentó con

repetir que tendría gran placer en encontrarse algunos días en medio de sus arrendatarios, en ver sus campos aunque fuese cubiertos de nieve, los hermosos bosques cuajados de escarcha, los ríos cubiertos de hielos y la masa de témpanos del San Lorenzo. Y además, con los fríos se presenta al cazador ocasión de matar alguna buena pieza, de pelo o de pluma, sin hablar de las fieras, osos, pumas u otras, que merodean por los alrededores. Era como un adiós lo que Summy Skim quería dirigir a todos los huéspedes de la región...

—Tú debes acompañarme, Ben —dijo a éste.

—¿Es posible que pienses en eso? —respondió el ingeniero—. ¿Quién se ocuparía, pues; de los preparativos del viaje?

Al día siguiente Summy Skim se dirigió a la estación, tomó un coche bien acondicionado, y al mediodía se apeó en la finca. Como siempre, Summy Skim se mostró muy agradecido al afectuoso recibimiento que se le hacía; pero, cuando aquellas pobres gentes supieron el motivo de un viaje tan prematuro, cuando comprendieron qué su amo no pasaría con ellos el verano, no pudieron ocultar el disgusto que les causaba esta noticia.

—Sí, amigos míos —dijo Summy Skim—, Ben Raddle y yo nos vamos al Klondike, un país del diablo que está tan lejos que son precisos dos meses para ir y otros dos para volver.

—¡Y todo por recoger pepitas! —dijo un aldeano levantado los hombros.

—Cuando se recogen —dijo un viejo filósofo, moviendo la cabeza con desaliento.

—¡Qué queréis, amigos míos —dijo Summy Skim—, es como una fiebre, o más bien una epidemia que de vez en cuando atraviesa el mundo y que hace muchas víctimas!

—¿Pero por qué se va allí nuestro amo? —dijo la más vieja de la quinta.

Entonces Summy Skim explicó que su primo y él acababan de heredar un *claim* de su tío Josias Lacoste, y las razones por las cuales Ben Raddle creía de necesidad su presencia en el Klondike.

—Si —respondió el viejo—, nosotros hemos oído hablar de lo que pasa en la frontera del Dominion, y sobre todo de las miserias de tantas pobres gentes que sucumben con tantas calamidades como pasan. En fin, señor Summy, no creo que continúe en ese país, y cuando haya vendido su montón de barro, volverá...

—¡Creedlo así, amigos míos! Pero dentro de cinco o seis meses el buen tiempo habrá terminado... ¡Voy a perder todo un verano!...

—Y verano perdido, invierno más triste aún —añadió un viejo, que se santiguó, y dijo—: Dios proteja a nuestro amo.



Después de una semana pasada en Green Valley, Summy Skim pensó que era ya tiempo de reunirse con Ben Raddle. No sin gran emoción se despidió de aquellas pobres gentes, afectadas por la separación de su amo. ¡Y pensar que dentro de algunas semanas el

sol de abril se elevaría sobre el horizonte de Green Valley; que de toda esta nieve saldrían las primeras verduras de la primavera, que sin ese maldito viaje él volvería, como lo hacía todos los años, se instalaría en su pabellón hasta que se percibieran los primeros fríos del invierno! Durante esos ocho días había vanamente esperado una carta de Ben Raddle en la que le participase que no había necesidad de emprender el viaje. Pero la carta no llegó... Nada había cambiado... El día de partir sería el mismo que se había fijado... Así pues, el 31 de marzo por la mañana se encontraba en Montreal frente a su terrible primo.

—¿No hay novedades? —preguntó, plantándose delante de Ben.

—Ninguna, Summy, si no es que los preparativos están terminados.

—¿Y qué has preparado?

—Todo, salvo los víveres, que encontraremos en el camino —respondió Ben Raddle—. No me he ocupado más que de las prendas de vestir. En cuanto a las armas, tú tienes las tuyas y yo las mías. Dos buenas escopetas, a cuyo uso estamos acostumbrados, y el armamento completo de caza. Pero como no es posible renovar allí el guardarropa, he aquí los diversos objetos que llevamos cada uno, por prudencia: camisas de franela, camisolas y calzoncillos de lana, camisetas de punto tupido, traje de pana para reserva, pantalones de paño grueso y pantalones de lana, traje de lana azul, chaqueta de paño azul con pieles por dentro y capuchón, traje impermeable de marino con capucha, abrigo de caucho, seis pares de calcetines de nuestra medida y otros seis de un número mayor, mitones de piel y guantes de cuero, botas de caza con tachuelas, mocasines, barajones, pañuelos, servilletas...

—¡Eh! —exclamó Summy Skim, levantando las manos hacia el cielo—. ¿Quieres abrir un bazar en la capital del Klondike? ¿Es acaso para diez años?

—No, para dos solamente.

—¡Solamente! —repitió Summy—. ¡Solamente! Es verdaderamente espantoso. Vamos, Ben, no se trata más que de ir

a Dawson City, vender el *claim* 129 y volver a Montreal. ¡No son precisos dos años para eso, qué demonio!

—Indudablemente, Summy, si se nos da por el *claim* 129 lo que vale.

—¿Y si no nos lo dan, no?

—Ya veremos, Summy.

Comprendiendo la imposibilidad de obtener otra respuesta, Summy Skim no insistió.

El 2 de abril, por la mañana, los dos primos estaban en la estación, donde ya había sido llevado su equipaje. Éste, en total, no era excesivamente voluminoso, y su material de *prospecteurs* no les serviría de estorbo, impedimenta que después debía ser completada en Vancouver.

Si antes de salir de Montreal se hubiesen dirigido a la Compañía del Canadian Pacific, los viajeros hubieran podido tomar pasaje para Skagway; pero Ben Raddle no había aún decidido el camino que debían seguir para llegar a Dawson City: el camino fluvial que remonta el Yukón, después de su embocadura, hasta la capital del Klondike, o el camino terrestre que, más allá de Skagway, se extiende a través de las montañas, las llanuras y los lagos de la Columbia británica.

Al fin partieron los dos primos, el uno arrastrando al otro; éste resignado, aquél lleno de esperanzas, los dos bien instalados en un confortable vagón de primera clase. Muy natural que procurasen toda clase de comodidades, puesto que tenían que hacer un viaje de 4700 kilómetros, cuya duración es de seis días, entre Montreal y Vancouver.

Al salir de Montreal, el tren atraviesa esta parte del Dominion que comprende los distritos tan variados del este y del centro. Después de haber pasado la región de los grandes lagos, entra en una comarca menos poblada, y alguna vez desierta, sobre todo en las proximidades de la Columbia.

El tiempo era hermoso, el aire ligero, el cielo velado de escasas nubes. La columna termométrica oscilaba alrededor de cero. Hasta

más allá del horizonte se extienden las llanuras blancas, que en unas semanas se vuelven verdes, y cuyos múltiples ríos se abren paso entre los hielos. Numerosas bandadas de pájaros adelantan el tren, dirigiéndose hacia el oeste, moviendo rápidamente las alas. A los lados de la vía, sobre la capa de nieve, se descubrían huellas de animales. He aquí pistas que hubieran sido fáciles de seguir, y que seguramente hubieran proporcionado un buen blanco.

¡Pero no se trataba ahora de cazar! Si había cazadores dentro del tren en marcha, no eran más que cazadores de pepitas, y los perros que les acompañaban no estaban entonces para correr perdices o liebres, ni para perseguir gamos u osos. No; su destino sería tirar de los trineos sobre la superficie sólida de los lagos y de los cursos de agua en esta parte de la Columbia comprendida entre Skagway y el distrito del Klondike.

La fiebre del oro no estaba, a decir verdad, más que en su principio; pero noticias llegadas constantemente anunciaban descubrimientos de numerosos yacimientos en Eldorado, la Bonanza, el Hunter, el Bear, el Gold Bottom y todos los afluentes de la Klondike River. Se hablaba de *claims* en que el *prospecteur* lavaba hasta mil quinientos francos de oro o plata. Así la afluencia de emigrantes no cesaba de acrecentarse. Se lanzaban al Klondike como se hubieran lanzado a Australia, California, Transvaal, y las compañías de transportes empezaban a ser insuficientes. Después de todo, los pasajeros de este tren no eran, ni mucho menos, representantes de sociedades o de sindicatos formados con el apoyo de grandes bancas de América o de Europa. Ésos, provistos de excelente material, de cantidad de trajes, y gratificados por servicios extraordinarios, pueden no preocuparse ni temer nada para el porvenir. Pero allí no había más que pobres gentes, dispuestas a hacer frente a todos los rigores de la existencia, que la miseria arroja de sus países; que pueden arriesgarse a todo, puesto que nada tienen que perder, y que la esperanza de encontrar su fortuna de una manera repentina turba su cerebro.

El tren de la Transcontinental marchaba a gran velocidad. Summy Skim y Ben Raddle no podían quejarse de la falta de comodidad en el transcurso de su largo viaje: un *drawing-room* a su disposición durante el día; un *bedroom* para pasar la noche; un *smoking-room*, en donde podían fumar a sus anchas, como en los mejores cafés de Montreal; un *dining-room*, cuya calidad de alimentos y de servicio no dejaba nada que desear; un vagón-baño por si querían bañarse en el camino. Pero todo eso no impedía a Summy Skim suspirar, pensando en su pabellón de Green Valley.

En cuatro horas, el tren llegó a Ottawa, la capital del Dominion, que desde lo alto de una colina domina la comarca vecina; ciudad suntuosa, cuya pretensión, más o menos justificada, es ocupar el centro del mundo.

Más allá, cerca de Carlton Junction, se distingue su rival, Toronto, la antigua capital, hoy destronada.

Dirigiéndose directamente hacia el oeste, el tren llegó a la estación de Sudbury, donde la línea se divide en dos ramas, comarca enriquecida por la explotación de níquel. El ramal que se dirige al norte es el que hay que seguir para bordear el lago Superior y aproximarse a Port Arthur, cerca de Fort William. En Heron Bay, en Schreiber y en todas las estaciones del vasto lago las paradas habían sido lo suficiente largas para que los dos primos pudieran, si tenían gusto, darse cuenta de la importancia de esos puertos de agua dulce. Después, atravesando por Bonheur, Ignace, Eagle River, cuyas minas son su fortuna, llegaron a la importante ciudad de Winnipeg.

Un alto aquí de algunas horas hubiera agradado a Summy Skim, deseoso de obtener algún recuerdo de su viaje. Si no hubiera estado hipnotizado por el Klondike, sin duda habría con gusto consagrado un día o dos en visitar esta ciudad de 40 000 habitantes y las ciudades vecinas del Western Canada... Pero no estaba Summy Skim de humor para ocuparse de esas contingencias. El tren volvió a tomar sus viajeros, verdaderos fardos humanos la

mayor parte, que no viajaban por placer, sino para llegar a sus destinos por el camino más corto.

En vano Ben Raddle trató de despertar la atención del propietario de Green Valley.

—¿No notas, Summy, con qué perfección está cultivada esta comarca?

—¡Ah! —dijo fríamente Summy Skim.

—¡Y qué inmensas praderas posee! Se dice que hay búfalos a millares. He aquí una buena caza, Summy.

—Con toda seguridad —dijo Summy Skim, sin el menor entusiasmo—; preferiría pasar aquí seis meses, y aun seis años, que seis semanas en el Klondike.

—¡Bah! Si no hay búfalos en los alrededores de Dawson City —dijo riendo Ben Raddle—, en cambio te entusiasmarás con sus originalidades.

El tren atravesó Regina City, dirigiéndose hacia Crow New Pass desde las Montañas Rocosas; después hacia las fronteras de la Columbia británica, habiéndose estacionado algunas horas en Calgary City.

CAPÍTULO IV

UN VECINO IMPORTUNO

La ciudad de Vancouver no está sobre la gran isla del mismo nombre. Ocupa un punto de esta lengua de tierra que se separa del litoral de la Columbia. No es más que una metrópoli. La capital de la Columbia británica, Victoria, cuya población tiene 16 000 habitantes, está precisamente construida sobre la costa sudeste de la isla, donde se encuentra también New Westminster con sus 10 000 almas.

Vancouver está situada en la extremidad de una rada abierta sobre el tortuoso estrecho de Juan de la Fuca, que se prolonga hacia el noroeste. Entre frondosidades de pinos y cedros, capaces de ocultar las torres más altas de una catedral, puntea el campanario de una capilla.

Siguiendo la parte meridional de la isla, el canal bordea las costas orientales y septentrionales. El puerto de Vancouver es fácilmente accesible a los navíos venidos del Pacífico, bien que descendan o que suban el litoral de Estados Unidos de América.

¿Habían previsto los fundadores de Vancouver lo que sería en el porvenir? Lo cierto es que esta población es suficiente para 100 000 habitantes, y tal gentío circula con desahogo hasta por la más pequeña de sus calles, geométricamente trazadas en ángulos

rectos. Tiene iglesias, bancas, hoteles; está alumbrada por gas y por la electricidad; hay puentes tendidos a través del estuario.

Además, era tal la animación en la ciudad, tal la afluencia de viajeros, que los primos, a pesar de su ociosidad, no tenían tiempo de aburrirse un instante. Nada tan curioso como la llegada de los trenes del este del Dominion o de Estados Unidos. Nada tan interesante como el desembarco de esos millares de pasajeros que los vapores depositaban sin cesar en Vancouver. Gentes esperando su partida para Skagway erraban por las calles, la mayor parte obligada a agazaparse en los rincones del puerto o bajo los tablados de los muelles, inundados de luz eléctrica.

No faltaba ocupación a la policía entre la bulliciosa muchedumbre de aventureros sin casa ni hogar, atraídos por el prodigioso espejismo del Klondike. A cada paso se encontraban estos agentes, vestidos con un sombrío uniforme color hoja seca, dispuestos a tomar parte en incesantes querellas que amenazaban acabar en sangre.

Seguramente, esos empleados de policía cumplen su deber, a veces arriesgado, con todo el celo y valor necesarios en ese mundo de emigrantes, donde se mezclan todas las clases sociales, y más particularmente la innumerable clase de aventureros. ¿Pero cómo no se les ocurre que sería tal vez para ellos más provechoso y de menos peligro lavar el lodo de los afluentes del Yukón?

¿Cómo no piensan en algunos expolicías canadienses que, casi al principio de la explotación del Klondike, vuelven al país con doscientos dólares de beneficios? Eso mismo les hace resistirse más, pues no se dejan embaucar como otros muchos.

Por los periódicos supo Summy Skim que, durante el invierno, la temperatura descendía a veces en el Klondike a 60 grados centígrados bajo cero. Antes no creía él nada de eso; pero lo que le dio que pensar fue ver en casa de un óptico de Vancouver varios termómetros graduados hasta 90 grados bajo cero.

—¡Bah! —decía, como no queriendo creerlo—. Cuestión de amor propio. ¡Noventa grados!... ¡Los klondikienses ponen en su frío

excepcional cierta exageración para hacerse valientes!

Pero Summy Skim vivía verdaderamente intranquilo, y, por fin, se decidió a penetrar en la tienda de un óptico para examinar de cerca aquellos inquietantes termómetros.

Los diversos modelos que le presentó el comerciante estaban graduados, no siguiendo la escala Fahrenheit, en uso en el Reino Unido, sino según la escala centígrada más particularmente adoptada en el Dominion, imbuidos aún en las costumbres francesas.

Después de este examen, Summy Skim debió comprender que no se equivocaba. Esos termómetros estaban realmente contruidos en previsión de temperaturas tan excesivas.

—¿Estos termómetros están contruidos con cuidado? —preguntó Summy Skim, por decir algo.

—Con toda seguridad, señor —contestó el óptico—. Creo que estará satisfecho.

—No lo estaré el día que marquen sesenta grados —contestó Summy Skim con un tono muy grave.

—Bueno —replicó el comerciante—; lo principal es que marquen justo.

—Eso desde luego; pero dígame —insistió Summy Skim—: yo creo que es puramente por reclamo por lo que tiene estos instrumentos en el escaparate. Pues creo que en la práctica...

—¿Cómo?

—La columna de mercurio no desciende nunca a sesenta grados.

—Con mucha frecuencia, señor —afirmó el comerciante con viveza—; con mucha frecuencia, y aún más baja.

—¡Más baja!

—¿Por qué no? —respondió el industrial, no sin una visible satisfacción. Y si el señor desea un instrumento graduado hasta cien grados...

—Gracias... gracias —se apresuró a decir Summy Skim horrorizado—. ¡Sesenta grados me parecen muy suficientes!

Y después de todo, ¿para qué sirve esta adquisición? Cuando los ojos están abrasados, cegados por el violento viento del norte; cuando el aliento se hiela; cuando la sangre a medio helar está a punto de coagularse en las venas; cuando no se puede tocar un objeto de metal sin dejarse en él la piel; cuando se hiela delante de los fogones lo más ardiente, como si hasta el fuego hubiera perdido el calor, no se debe, en verdad, tener mucho interés por saber si el frío que nos mata se detiene en 60 o llega a 100 grados.

Pero el tiempo transcurría y Ben Raddle no ocultaba su impaciencia. ¿Había tenido el *Foot Ball* alguna avería? Se sabía que había salido de Skagway el 7 de abril. Puesto que la travesía no duraba más de seis días, debía estar en Vancouver el día 13.

El vapor dedicado al transporte de los emigrantes y sus equipajes, excluyendo toda mercancía, hacía muy poca escala. Veinticuatro o treinta y seis horas todo lo más, el tiempo preciso para limpiar las calderas, para hacer provisión de carbón y agua potable para la embarcación, en fin, de algunos centenares de viajeros que, precavidos, habían adquirido sus pasajes.

En cuanto a los que no habían tenido esta precaución, les sería preciso esperar otros vapores que llegarían después del *Foot Ball*. Hasta entonces los hoteles y posadas de Vancouver eran insuficientes para albergar tanta gente, y familias enteras dormían al sereno. ¡Júzguese por las miserias presentes las que les reservaba el porvenir!

La mayor parte de esas pobres gentes no se encontrarían más confortablemente a bordo de los barcos que les transportarían de Vancouver a Skagway, en donde empezaría para ellos el interminable, el horroroso viaje que les conduciría hasta Dawson City. A bordo, los camarotes de popa y los de proa son apenas suficientes para los pasajeros más afortunados; el entrepuente da asilo a familias que se amontonan allí por esos seis o siete días de travesía, durante los cuales deben prever sus necesidades. En cuanto a la mayor parte, aceptan con gusto ser encerrados en la bodega, como animales, como fardos. Y, en verdad, es preferible

eso a estar expuestos sobre cubierta a todos los rigores atmosféricos, a las ráfagas heladas, a las tempestades de nieve tan frecuentes en esos parajes vecinos del círculo polar.

Vancouver no estaba invadida solamente por emigrantes llegados de todas las partes del antiguo y del nuevo mundo. Era preciso contar también con los centenares de mineros que no quieren pasar la mala estación en las neveras de Dawson City.

Durante el invierno es imposible continuar la explotación de los *claims*; todos los trabajos son forzosamente suspendidos cuando el suelo está cubierto de 10 o 12 pies de nieve; cuando sobre esas capas espesas, heladas por filos de 40 o 50 grados y tan duras como el granito, se rompen el pico y el azadón.

Tanto es así, que los *prospecteurs* que pueden, los que la suerte ha favorecido de cierto modo, prefieren volver a las principales ciudades de la Columbia. Como tienen oro que gastar, lo gastan con una prodigalidad indiferente, como no puede darse idea. Ellos tienen la convicción de que la fortuna no les abandonará, que la estación próxima será fructuosa, que serán descubiertos nuevos yacimientos y pondrán en sus manos montones de pepitas. Para ellos eran las mejores habitaciones en los hoteles y los mejores camarotes de los barcos.

Summy Skim pudo haberse convencido en seguida de que entre esa categoría de mineros figuraban las gentes más violentas, más groseras, más camorristas, que se entregaban a todos los excesos en los garitos, en los casinos, donde con dinero en mano se hacían los dueños.

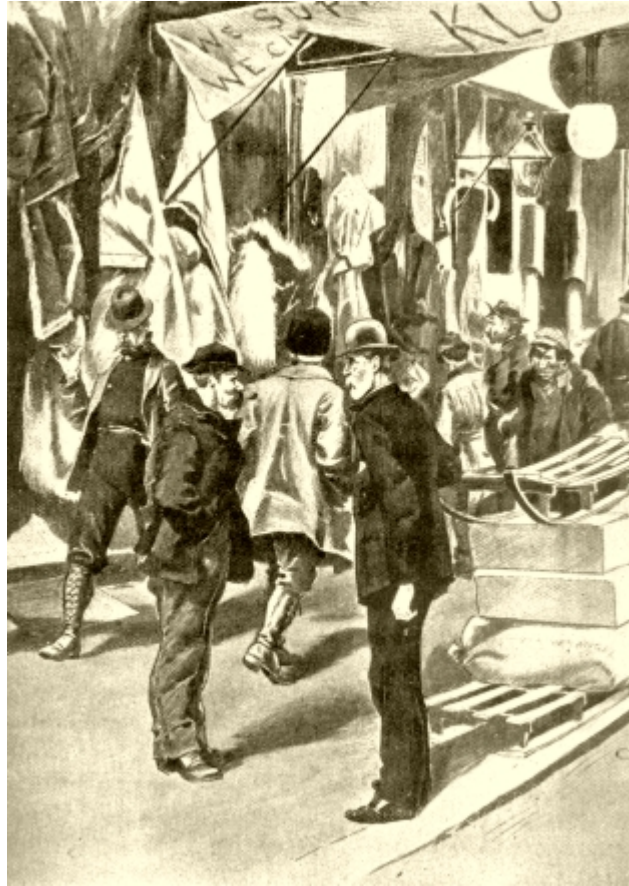
Pero en honor de la verdad, el bueno de Summy Skim se preocupaba poco de esta estirpe. Convencido, en lo cual se engañaba tal vez, que nunca tendría nada de común con ninguno de esos poco recomendables aventureros, escuchaba, sin prestar mucha atención, lo que el rumor público quería enseñarle, y bien pronto no pensaba en ello siquiera.

El 14 de abril, por la mañana, Ben Raddle y él se paseaban por el muelle, cuando oyeron la sirena de un buque.

—¿Será, por fin, el *Foot Ball*? —exclamó Summy.

—No lo creo —respondió Ben Raddle—. Esos silbidos vienen del sur, y el *Foot Ball* debe llegar por el norte.

Se trataba, en efecto, de un vapor que se aproximaba al puerto de Vancouver, remontándose por el estrecho de Juan de la Fuca, y que, por consiguiente, no podía venir de Skagway.



Sin embargo, no teniendo nada mejor que hacer, Ben Raddle y Summy Skim se dirigieron hacia la extremidad del muelle, en medio del numeroso público que la llegada de un barco atrae siempre. Había además varios centenares de pasajeros que iban a embarcar, esperando que les fuese posible tomar pasaje en uno de los vapores que hacen el servicio del norte.

El navío que se anunciaba con silbidos estridentes era el *Smyth*, embarcación de 2500 toneladas, que había hecho todas las escalas de la costa, desde el puerto mexicano de Acapulco. Afecto

especialmente al servicio del litoral, volvía a descender hacia el sur, después de haber dejado en Vancouver sus pasajeros, que servirían para aumentar la aglomeración en uno de los vapores que hacen el servicio del norte.

Apenas el *Smyth* hubo abordado el pontón, cuando el cargamento humano se dirigió instintivamente hacia el mismo sitio. En un abrir y cerrar de ojos, gentes y cosas quedaron confundidas de tal manera que nadie creía poder pasar de su sitio.

Se veía la ansiedad de uno de los pasajeros, que se agitaba furiosamente por el deseo de ser el primero en pisar tierra. Sin duda éste era un hombre acostumbrado a estos jaleos y sabía lo esencial que era inscribirse antes que los otros en el registro de los que partían para el norte. Era éste un sujeto muy robusto, alto, brutal y vigoroso; tenía la barba negra y abundante, la tez tostada de los hombres del sur, la mirada dura, la fisonomía tan desagradable, que desde luego se hacía antipático. Otro pasajero le acompañaba, que, a juzgar por su apariencia, era de la misma nacionalidad, y que por cierto no parecía ni más paciente ni más sociable que él.



La prisa de los demás era, probablemente, tan grande como la de este pasajero imperioso y alborotador. Pero el medio de adelantarlos este energúmeno era dando codazos a diestro y siniestro, sin hacer caso ninguno de las amonestaciones de los oficiales y del capitán, empujando a los que tenía a su lado e insultándolos con una voz ronca, que acentuaba la dureza de sus injurias, proferidas medio en inglés y español.

—¡Uf! —exclamó Summy Skim—. He ahí lo que se puede llamar un agradable compañero de viaje, y si toma pasaje a bordo del *Foot Ball*...

—¡Bah! Por algunos días de travesía solamente, ya sabremos tenerlo a cierta distancia —respondió Ben Raddle.

En este momento un curioso, que se encontraba cerca de los dos primos, exclamó:

—¡Toma, pero si es el condenado de Hunter! ¡Se nos presenta buena juerga esta tarde en la taberna, si es que no se va hoy mismo de Vancouver!

—¿Ves, Ben? —dijo Summy a su primo—. No me había equivocado. Es una celebridad ese individuo.

—Si, es muy conocido —contestó Ben.

—Y no favorablemente para él.

—Sin duda —dijo Ben— es uno de esos aventureros que van a América a pasar la estación mala, y que vuelven al Klondike en la época favorable para emprender una nueva campaña.

Hunter volvía, en efecto, de Texas, su país natal, y si su compañero y él llegaban aquel día a Vancouver, era efectivamente con la intención de continuar más al norte, a bordo del primer vapor que partiese. Esos dos medio hispanoamericanos encontraban, en ese mundo tan lleno de buscadores de oro, el medio que convenía precisamente a sus instintos violentos, a sus costumbres de escándalo, a sus pasiones brutales, a sus gustos por la vida desarreglada, donde todo es pura casualidad.

Al saber que el *Foot Ball* no había llegado y no podían, según sus cuentas, volver a embarcar antes de treinta y seis o cuarenta y ocho horas, Hunter se dirigió al Westminster Hotel, donde los dos primos residían desde seis días antes. Summy se tropezó de narices con él al entrar en el hotel.

—Decididamente esto es una broma —refunfuñó Summy entre dientes.

En vano se esforzaba en vencer la desagradable impresión que le dejaba el encuentro con ese triste personaje. Buscaba siempre Summy mil medios para no encontrarse cara a cara con Hunter, y como si algún triste presentimiento le indujese a ello, se dirigió al despacho del hotel para ver si obtenía alguna noticia sobre la clase de persona del recién llegado.

—¿Hunter? —le respondieron—. ¿Quién no le conoce?

—¿Es propietario de un *claim*?

—Si, de un *claim* que explota él mismo.

—¿Y dónde está situado ese *claim*?...

—En el Klondike.

—¿Y más especialmente?

—Sobre el Forty Miles Creek.

—¡El Forty Miles Creek! —repitió Summy sorprendido—. Es realmente curioso. ¡Lástima que no pueda saber el número de ese *claim*! Apostaría...

—Pero ese número —dijo el interlocutor de Summy todo el mundo se lo dirá en Vancouver.

—¿Es?...

—El número 131.

—¡Mil diablos! —exclamó Summy horrorizado—. ¡Y el nuestro el 129! Somos, pues, vecinos de ese delicioso *gentleman*. Se nos presenta buena diversión.

No sabía bien Summy Skim lo que se decía.

CAPÍTULO V

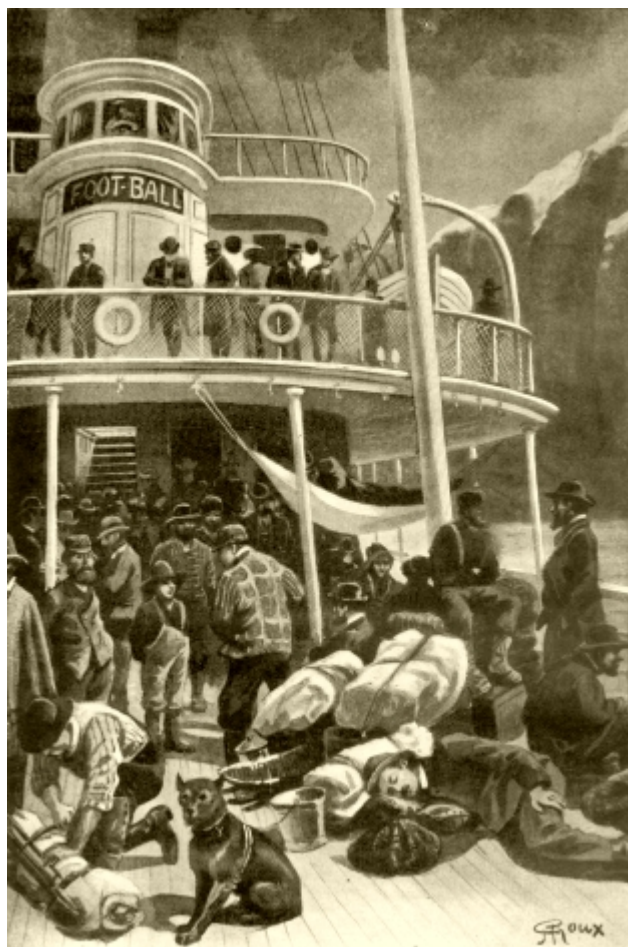
A BORDO DEL *FOOT BALL*

El *Foot Ball* se hizo a la mar el 16 de abril, con cuarenta y ocho horas de retraso. Si este vapor, de 1200 toneladas, no contaba más pasajeros que toneladas, era porque el inspector de navegación lo había dispuesto así.

Y a pesar de esto, la línea de flotación, indicada por el cero barrado, pintado sobre el casco del buque, se encontraba por bajo de su nivel normal.

En veinticuatro horas las grúas del muelle habían depositado a bordo los innumerables fardos de los emigrantes, un pesado material de mina, aumentado de una imponente manada de bueyes, caballos, asnos y renos además de varios cientos de perros pertenecientes a la raza de San Bernardo o de los esquimales, y que estaban preparados para el tiro de los trineos a través de la región de los lagos.

Los pasajeros del *Foot Ball* eran de todas las nacionalidades: ingleses, canadienses, franceses, noruegos, suecos, alemanes, australianos, americanos del sur y del norte, los unos con sus familias, los otros solos.



Toda esta gente, bullendo a bordo del navío, presentaba un pintoresco desorden.

En los camarotes se había aumentado el número de las hamacas, llevando tres o cuatro en lugar de dos. El entrepuente presentaba el aspecto de un vasto dormitorio, con una serie de tablados, entre los que estaban extendidas las hamacas.

La circulación sobre cubierta se hacía imposible. Los pobres que no habían podido procurarse un camarote, cuyos precios son de 35 dólares, se amontonaban a lo largo de los tambores y de los empalletados. Allí era donde hacían sus comidas, que guisaban a vista de todos; allí se asaban y arreglaban como lo hubieran hecho en un camarote.

Ben Raddle se había procurado dos sitios en uno de los camarotes de popa. En él había también otro individuo llamado

Royen, que poseía un *claim* sobre el Bonanza, uno de los afluentes del Kiondike. Era un hombre tranquilo y agradable, tranquilo y sereno a la vez, de la raza escandinava, que obtiene el éxito por la constancia de un esfuerzo lento. Originario de Cristianía, volvía a Dawson City, después de haber pasado el invierno en su país natal. Compañero de viaje poco comunicativo y, por consiguiente, poco molesto.

Fue para los primos una alegría ver que no les había tocado por compañero de camarote el tejano Hunter. Después de todo, aunque ellos hubieran querido tenerle no lo habrían conseguido, pues Hunter se había procurado, a fuerza de dólares, un camarote de cuatro sitios para su compañero y él solos. En vano algunos compañeros le rogaron les cediese un sitio de los que tenía vacantes, pues se negó a ello de una manera grosera.

Se comprende perfectamente que Hunter y Malone, así se llamaba el acólito del tejano, pagaran una buena cantidad por su camarote, sin preocuparse ni darle ninguna importancia; era gente que gastaba el dinero en locas prodigalidades, arrojándolo a manos llenas en las mesas de bacarrá y póquer. No había duda que no hiciesen largas visitas al salón de juego del *Foot Ball*.

A las seis de la mañana salió de la bahía de Vancouver el *Foot Ball* y tomó dirección a través del canal, a fin de ganar la extremidad septentrional. Partiendo en esa dirección no podía navegar al abrigo de las islas Reina Carlota y Príncipe de Gales; tenía que subir poco a poco a lo largo de la costa americana.

Durante los seis días de navegación, los pasajeros de popa no podrían de ningún modo dejar la toldilla que les estaba reservada. Si querían variar su paseo, no tenían que contar con el puente, todo obstruido por barracas, que encerraban los animales, bueyes, caballos, asnos, renos, y surcado en todos sentidos por la jauría de los perros que circulaban aullando en medio de grupos lastimosos: hombres aún jóvenes, pero sellados por el estigma de la miseria; mujeres estropeadas, rodeadas de criaturas miserables. No era por explotar algún filón por su cuenta por lo que emigraban, sino para

poner sus brazos al servicio de los sindicatos, cuyo salario se disputarían.

—En fin —dijo Summy Skim, en el momento en que el vapor salía de la rada—, tú lo has querido, Ben. Ya estamos en camino para Eldorado. Formamos también parte nosotros de ese mundo de buscadores de oro, que no parece ser, por cierto, de lo más recomendable.

—No era posible hacerlo de otro modo, mi querido Summy —respondió Ben Raddle—. Es preciso tomarlo tal cual es.

—Preferiría no tomarlo de ningún modo —replicó Summy—. ¡Qué diablo, Ben! ¡Que nosotros hayamos heredado un *claim*, sea; que ese *claim* esté lleno de pepitas, perfectamente; pero no es una razón para que nos convirtamos en buscadores de oro!

—Enterado —repuso Ben Raddle, haciendo un imperceptible movimiento de hombros que no convenció a Summy Skim.

Y éste insistió:

—Vamos al Klondike para vender el *claim* de nuestro tío Josias, ¿eso ya ha quedado convenido, verdad?... Pero ¡Dios mío! ¡Sólo la idea de que podamos participar de los instintos, de las pasiones, de las costumbres de esta batahola de aventureros!...

—Cuidado —dijo Ben con burla—, ¿vas a predicar?

Callaré. ¿Y por qué no he de seguir? Si, Ben, me da horror esa execrable sed de oro y ese excesivo deseo de riquezas que hacen desafiar tanta miseria. ¡Es cosa de juego! ¡Se gana el primer premio en la carrera a la pepita más grande!... ¡Ah! ¡Cuando pienso que en lugar de navegar a bordo de este buque, camino de las comarcas inverosímiles, debería yo estar en Montreal haciendo mis preparativos para pasar el verano en las delicias de Green Valley!

—Me habías prometido no recriminarme, Summy. —He terminado, Ben; es la última vez. En adelante no pensaré más que en...

—¿En llegar a Dawson City? —preguntó Ben Raddle, no sin cierta ironía.

—En volver, Ben, en volver —respondió francamente Summy Skim.

Mientras el *Foot Ball* navegó en el canal, los pasajeros no tuvieron ningún mareo. Apenas si sentían el balanceo. Pero cuando el barco pasó el cabo extremo de la isla de Vancouver, fue grande el oleaje.

El tiempo estaba frío, la brisa era desagradable. Oleadas bastante fuertes azotaban las playas del litoral de la Columbia. Ráfagas en que se mezclaban la lluvia y la nieve y que caían con violencia. Puede imaginarse lo que debieron sufrir los pasajeros del puente, la mayor parte atacados de grandes mareos. Los animales no estaban menos molestos. A través de los silbidos de las ráfagas se formó un concierto de bramidos, relinchos y rebuznos como no se puede dar una idea. Los perros corrían en todas direcciones, siendo imposible encerrar ni atar a algunos que, furiosos, se arrojaban sobre los pasajeros, saltándoles a la garganta para morderlos, siendo preciso matar varios a tiros.

Durante ese tiempo, vivían Hunter y su camarada en compañía de una partida de jugadores que ellos habían reunido alrededor de una mesa de monte. En el salón de juego, transformado en garito, vociferaban durante el día y la noche; provocando con sus expresiones de salvaje brutalidad.

En cuanto a Ben Raddle y a Summy Skim, inútil es decir que desafiaban el mal tiempo. Observadores constantes, no dejaban la toldilla en todo el día, y no volvían al camarote más que por la noche. No se cansaban del espectáculo que se les ofrecía, y el puente, bullendo de una confusa multitud, y la toldilla, donde se cruzaban tipos menos pintorescos quizá pero más característicos, pues la mayor parte eran representantes de la clase superior de esa raza de aventureros, les servía de delicioso pasatiempo. Desde las primeras horas de la travesía habían notado la presencia de dos pasajeros, o, mejor dicho, de dos pasajeras que destacaban de la compañía que les rodeaba. Dos muchachas de veinte a veintidós

años, hermanas tal vez, pues tenían cierto aire de familia; una morena y otra rubia, las dos bajas y muy bonitas.

No sé separaban nunca; se veía siempre la rubia al lado de la morena, que parecía ser el jefe de esta asociación de primer grado. Juntas daban todas las mañanas sus largos paseos por la popa del buque, después subían sobre cubierta, circulando por medio de aquellos pobres seres y deteniéndose cerca de las madres cargadas de familia, procurando prestarles los mil servicios delicados para los que sólo son capaces las mujeres.

Muchas veces Ben y Summy habían presenciado desde lo alto de la toldilla aquel conmovedor espectáculo, y su interés por las dos jóvenes había aumentado. Era tal su dignidad, su distinción tan evidente, que nadie entre todas aquellas gentes que se codeaban a cada instante se hubiera atrevido a faltarlas al respeto.

¿Qué hacía a bordo del *Foot Ball* esa pareja joven y encantadora? Esta pregunta se hacían con frecuencia los dos primos, sin saber contestarla, y por grados su simpático interés se complicaba con una gran curiosidad.

Además de esto, no se podía negar que las dos muchachas habían encontrado otros admiradores entre sus compañeros de viaje. Eran por lo menos dos los que les producían particular interés, y estos dos no eran otros que el tejano Hunter y su amigo Malone. Cada vez que se decidían a abandonar la mesa de juego para venir a respirar un poco de aire, daban una prueba de ello. Se codeaban recíprocamente, cambiando miradas significativas, unidas de insinuaciones más o menos ofensivas proferidas en alta e inteligible voz; daban vueltas alrededor de las dos hermanas, que no parecían darse cuenta de la existencia de aquellos dos seres.

Frecuentemente, Ben Raddle y Summy Skim habían asistido a ese manejo, y no les faltaba deseo de intervenir. Pero ¿con qué derecho podían hacerlo? Después de todo, Hunter y Malone no pasaban los límites tolerables en semejantes casos, y los objetos de sus groseras asiduidades no habían reclamado el socorro de nadie.

Los dos primos se limitaban, pues, a vigilar de lejos a sus futuros vecinos de Forty Miles Creek; pero deseando cada vez más que una casualidad les permitiese conocer a las jóvenes pasajeras.

La ocasión no se presentó hasta el cuarto día de travesía. Al abrigo de la isla Reina Carlota, el *Foot Ball* navegaba entonces en alta mar, sin que las olas le turbasen. Del lado de tierra se sucedían fiordos, comparables a los de Noruega, y que debían evocar muchas veces recuerdos del país del compañero de camarote de Summy Skim y de Ben Raddle. Alrededor de esos fiordos se elevaban altos escarpados, cubiertos de árboles la mayor parte, entre los cuales aparecían, si no aldeas, al menos caseríos de pescadores, y de vez en cuando algunas casitas aisladas, cuyos habitantes, de origen indio, vivían de la caza y de la pesca. Al paso del *Foot Ball* venían a vender sus mercancías, que encontraban fácil comprador.

Más allá de la escarpada orilla, y a bastante distancia, se distinguían las crestas de las montañas cuajadas de nieve, y del lado de la isla Reina Carlota no se podía divisar más que explanadas o espesos bosques blancos de escarcha. Aquí y allí se descubrían también chozas sobre los bordes de estrechas y pequeñas ensenadas, donde las barcas de pesca esperaban un viento favorable. En el momento en que el *Foot Ball* ganaba la extremidad de la isla Reina Carlota, fue cuando los dos primos entraron en relación con las pasajeras objeto de su simpática atención. Fue de la manera más sencilla, en ocasión de una cuestación caritativa emprendida por éstas a favor de una pobre mujer que acababa de dar a luz, a bordo del mismo barco, un niño, muy hermoso por cierto. Seguida, como de costumbre, de su rubia compañera, la joven morena se acercó a Ben y a Summy con la misma intención que se dirigía a todos los demás pasajeros.

Apenas ellos hubieron entregado su óbolo, Ben Raddle entabló conversación, obteniendo sin más preámbulos los detalles que deseaba. En seguida supo que las dos pasajeras no eran hermanas, sino primas carnales, de la misma edad, con días de diferencia; que

su apellido era Edgerton, y que la pasajera rubia se llamaba Edith y la morena Jane.

Estos detalles se los dio Jane sin la menor cortedad, en pocas palabras, concisas y claras; después se alejó, fielmente seguida por su prima, que no había ni siquiera abierto la boca.

La curiosidad de Ben y de Summy no estaba, ni mucho menos, satisfecha con esas breves confidencias. Por el contrario, todas sus hipótesis habían aumentado. Edgerton, así se llamaban dos hermanos negociantes de cerveza en gran escala, cuya fortuna, hecha en algunas horas por una audaz especulación sobre los algodones, fue colosal durante mucho tiempo; pero la suerte contraria había de repente hecho suceder la ruina a la riqueza, y los hermanos Edgerton habían desaparecido en la muchedumbre anónima que ha tragado y tragará tantos otros. ¿Había algo de común entre esos fabulosos millonarios y las jóvenes pasajeras del *Foot Ball*?

Nada más sencillo que obtener contestación a esta pregunta. El hielo se había roto ya, y en los alrededores del círculo polar no se observaban estrictamente las reglas de cortesía mundana. Así que, una hora después de la primera entrevista, Ben Raddle abordaba a Jane Edgerton y volvía a empezar su interrogatorio, procediendo de una manera directa.

Las respuestas no se hicieron, pues, esperar. En efecto, Edith y Jane Edgerton eran hijas de los «reyes del algodón», como se había llamado antiguamente a sus padres. Tenían veintidós años, estaban desprovistas de todo aquel oro que sus padres habían disfrutado y se encontraban huérfanas; sus madres habían muerto hacía tiempo, y los dos hermanos Edgerton habían perecido en un accidente ferroviario.

Mientras Ben preguntaba y Jane respondía, Edith y Summy guardaban silencio. Más tímidos, tal vez, o menos decididos, parecían verdaderamente formar pareja por un lado, y por otro los interlocutores.

—¿Sería indiscreción, señorita Edgerton —continuó Ben Raddle, siguiendo la conversación—, demostrarle nuestra extrañeza al verlas a bordo del *Foot Ball*, y preguntarles con qué fin han emprendido este viaje?

—De ninguna manera —respondió Jane Edgerton—. Un antiguo médico de mi tío, el doctor Pilcox, nombrado recientemente director del hospital de Dawson City, ha ofrecido una plaza de enfermera a mi prima Edith, que ha aceptado inmediatamente, y se ha puesto en camino sin pérdida de tiempo.

—¿Para Dawson City?

—Para Dawson City.

Las miradas de los dos primos, la de Ben Raddle siempre tranquila, la de Summy Skim turbada por una gran extrañeza, se dirigieron hacia la rubia, que las soportó impasible, sin parecer concederles la menor importancia. Se quedaron mirándola detenidamente, y a medida que prolongaban su examen les parecía menos desacertada su atrevida empresa. Poco a poco descubrieron el alma que se ocultaba tras aquellos delicados rasgos. Evidentemente, Edith era diferente a su prima. Ella no tenía la mirada decidida, la palabra clara, la actitud categórica. Pero un atento observador no hubiera podido negar que no desdecía de su prima en calma, energía y en firme voluntad. De modales diferentes, esas dos naturalezas eran de idéntica calidad. Si todo en la una indicaba la decisión y la acción, todo en la otra expresaba el buen orden y método. Al ver aquella frente de forma un poco cuadrada, aquellos ojos azules de mirada llena de lúcida inteligencia, se comprendía que todas las ideas, todas las sensaciones nuevas debían ir automáticamente a tomar sitio en las casillas especiales, bien rotuladas, de donde Edith Edgerton podía echar mano en caso de necesidad, cogerlas a su gusto, sin rebuscar, lo mismo que podía hacerlo en un cajón perfectamente arreglado, y que esta linda cabeza poseía completa organización. Sin duda ninguna, tenía esta joven rubia un gran temperamento de administrador, y se podía

estar seguro de que prestaría grandes servicios en el hospital de Dawson City.

—¡Ah, vamos! —dijo Ben Raddle, sin manifestar la menor sorpresa—. ¿Y usted también, *miss* Jane, piensa consagrarse al alivio de la humanidad doliente?

—¡Oh! Yo —respondió Jane sonriendo— he sido menos favorecida que Edith, y totalmente desprovista de posición social. Nada me retenía en el sur, y he preferido ir con ella a buscar fortuna hacia el norte; he aquí todo.

—¿Y dedicándose a qué?

—Pues, caballero —replicó Jane tranquilamente—, como todo el mundo, dedicándome a la prospección.

—¡Cómo! —exclamó Summy completamente aturdido.

Y en honor de la verdad, forzoso es decir que Ben Raddle tuvo necesidad de todo su dominio sobre sí mismo para no imitar a su primo, y por poner en práctica su principio de que un hombre digno de ese nombre no debe extrañarse de nada. ¡*Prospecteur* esta débil muchachita!

Al oír la joven la mal reprimida exclamación de Summy Skim se volvió hacia él.

—¿Qué tiene de extraño eso? —inquirió ésta con un aire un poco agresivo.

—Pero... señorita... —balbució el bueno de Summy—, no piensa que... una mujer...

—¿Y por qué, caballero, una mujer no podrá hacer lo que usted mismo va a hacer? —objetó Jane Edgerton, sin inmutarse.

—¡Yo!... —protestó Summy—. Yo no soy *prospecteur* de profesión. Y además, si soy propietario de un *claim*, y si voy a ese país diabólico, es bien a pesar mío, puede usted creerme. Mi único deseo es volver lo antes posible.

—Sea, sea —añadió Jane con cierto desdén—; pero usted no está solo aquí. Lo que a usted le asusta, millares de otros lo hacen. ¿Por qué una mujer no podría imitarles?

—¡Señorita!... —insistió de nuevo Summy—. Me parece a mi... la fuerza... la salud... ¡y aun la falta de costumbre, qué diablo!...

—¿La salud? —objetó Jane Edgerton—. Le deseo la mía. ¡La fuerza! El juguete que tengo en el bolsillo me ha dado más fuerza que a seis atletas reunidos. En cuanto a mi traje, no veo lo que tenga de inferior al de usted. ¡Hay tal vez más mujeres capaces de llevar pantalones, quehombres dignos de vestir nuestras faldas!

Diciendo esto, Jane Edgerton (una feminista determinada) rompió la conversación, dirigió una inclinación de cabeza a Summy, completamente dominado, cambió un breve saludo con Ben Raddle y se alejó, seguida de su silenciosa prima, que durante toda esta conversación no había cesado de sonreír con aire tranquilo.

Entretanto el *Foot Ball* había pasado el extremo septentrional de la isla Reina Carlota. De nuevo se encontró en alta mar, atravesando el Dixon Entrance, que cierra al norte la isla Príncipe de Gales; pero la brisa soplaba del nordeste, viniendo de la tierra, y las sacudidas del balanceo fueron menos violentas.

El nombre de Príncipe de Gales se aplica a todo un archipiélago, bastante complicado, que se termina al norte en un barullo de islotes.

Más allá se prolonga la isla Baranof, donde los rusos han fundado el fuerte de Nueva Arkangel, y cuya principal provincia, Sitka, ha llegado a ser capital de provincia desde la cesión de Alaska a Estados Unidos por el imperio moscovita.

En la tarde del 19 de abril el *Foot Ball* pasó a la vista de Port Simpson, último establecimiento canadiense sobre el litoral. Algunas horas después entraba en las aguas del estado americano de Alaska, y el veinte por la mañana hacía escala en el puerto de Wrangel en la embocadura de la Stikeen River.

La ciudad no contaba entonces más que con unas 40 viviendas, un hotel, un casino y casas de juego, que no estaban vacantes durante la estación.

En Wrangel es donde desembarcan los mineros deseosos de encontrarse en el Klondike por el camino del Telegraph Creek, en

lugar de seguir el de los lagos, más allá de Skagway. Pero este camino no mide menos de 430 kilómetros, atravesados en las condiciones más duras, si bien menos costosas. Así, a pesar de las advertencias que se les hicieron de que la vía de los trineos estaba aún impracticable, unos 50 emigrantes dejaron el vapor, resueltos a desafiar los peligros y las fatigas en las interminables explanadas de la Columbia septentrional.

A partir de Wrangel, el canal es mucho más estrecho, los rodeos más caprichosos. A través de un verdadero laberinto de islotes el *Foot Ball* llega a Juneau, pueblo en vías de hacerse mucho mayor, y después ciudad, llamada así por su fundador en el año 1882.

Dos años después, ese mismo Juneau y su compañero Richard Harris descubrieron los yacimientos del Silver Bow Basin, de donde sacaban sesenta mil francos de oro en pepitas unos seis meses después.

De esta época data la invasión de los mineros, atraídos por la resonancia de este descubrimiento y la explotación de los terrenos auríferos de la región del Cassiar, que precedió a la del Klondike. Bien pronto la mina de Tread Ville, trabajada por 240 almádenas, machacaba hasta 1500 toneladas de cuarzo cada veinticuatro horas y producía hasta dos millones quinientos mil francos.

Cuando Ben Raddle hubo puesto a Summy Skim al corriente de los maravillosos resultados obtenidos en esos territorios, éste dijo:

—Es una lástima que el tío Josias no tuviera la idea de pasar por aquí al ir a su futuro *claim* de Forty Miles Creek.

—¿Por qué, Summy?

—Porque probablemente se hubiera detenido, y hoy podríamos nosotros hacer como él.

Summy Skim tenía razón. Y aun si no fuera más que cuestión de llegar a Skagway, no tenía por qué quejarse; pero entonces sería cuando empezarían las verdaderas dificultades, cuando trataran de atravesar los pasos del Chilkoot y de reunirse en la ribera izquierda del Yukón por el camino de los lagos.

Y, sin embargo, ¡qué prisa tenían todos esos pasajeros de aventurarse en la región regada por la gran arteria alaskiense! Si pensaban en el porvenir, no era previendo fatigas, peligros, decepciones, no; para ellos el espejismo del oro se elevaba cada vez más al horizonte.

Pasado Juneau, el vapor subió el canal que, para los navíos de ciertas toneladas, se termina en Skagway, donde se arribaría al día siguiente; pero los barcos de poco calado pueden seguir hasta el desembarcadero de Dyea. Hacia el noroeste resplandecía la nevera de Muir, alto de 240 pies y donde el Pacífico recibe incesantemente las ruidosas avalanchas.

Durante esta última tarde que se pasaba a bordo se empeñó en la sala de juego una formidable partida, donde varios de los que habían frecuentado el salón en el curso de la travesía debían perder hasta el último dólar.

Se contaban, desde luego, en el número de los jugadores sempiternos los tejanos Hunter y Malone. Los otros, después de todo, no valían mucho más, y hubiera sido difícil hacer alguna excepción entre esos aventureros, que estaban acostumbrados a estas juergas en los garitos de Vancouver, de Wrangel, de Skagway y de Dawson City.

Tal era el ruido que hacían los jugadores, tal el escándalo, que no se podía dudar que aquello fuese teatro de escenas deplorables. Gritos y frases groseras aturdían; se temía que el capitán del *Foot Ball* se viera obligado a intervenir. Los otros pasajeros juzgaron prudente encerrarse en sus camarotes.

Eran las nueve cuando Summy Skim y Ben Raddle pensaron retirarse al suyo. Al abrir la puerta del gran salón, que les era preciso atravesar, vieron en el extremo opuesto a Jane y a Edith Edgerton, que en el mismo momento se disponían a entrar en su camarote. Los dos primos se dirigieron hacia ellas para darles las buenas noches, cuando la puerta de la sala de juego se abrió de repente y dio paso a una docena de jugadores que entraron en el salón tumultuosamente.

A la cabeza estaba Hunter, casi borracho y sumamente excitado, blandiendo en la mano derecha una cartera llena de *bank-notes*; aullaba un verdadero canto de victoria. La turba de aventureros le cortejaba y aclamaba estruendosamente.

—¡Hip! ¡Hip! ¡Hip! —exclamaba Malone.

—¡Hurra! —vociferaba el coro.

Después, queriendo sin duda tener la borrachera completa:

—¡Stewart! —llamó con voz desentonada—, ¡*champagne!*... ¡Diez, veinte, cien botellas de *champagne!*... ¡He recogido esta tarde... todo, todo, todo!

—¡Todo!, ¡todo!, ¡todo! —rugió el coro en eco.

—Y yo invito a todo el mundo, pasajeros y tripulación, desde el capitán hasta el último grumete.

Atraídos por las voces, un gran número de pasajeros llenaban el salón.

—¡Hurra! ¡Bravo, Hunter! —clamaban los aventureros, aplaudiendo furiosamente y dando patadas.

Éste no les escuchaba ya. De repente había descubierto a Edith y Jane Edgerton, a quienes la gente impedía retirarse. Se había lanzado, y asiendo brutalmente a Jane por la cintura, dijo:

—Si, yo invito a todo el mundo, sin olvidarla, bonita niña...

Ante esta agresión imprevista, Jane Edgerton no perdió nada de su sangre fría. Sus dos puños, vueltos hacia atrás, iban a golpear al miserable, en medio de la cara, conforme a las reglas más puras del boxeo. Pero ¿qué podrían esas débiles manos contra un hombre fuera de sí y en el que el alcohol aumentaba momentáneamente la fuerza?

—¡Eh! —dijo Hunter sonriendo—. ¡Es mala la hermosa!... Será preciso, pues...

No terminó. Una mano fuerte había agarrado al bandido por la garganta. Irresistiblemente fue a rodar a diez pasos.

Un silencio relativo reinaba en el salón. Se observaba a los dos adversarios: el uno muy conocido por su violencia; el otro que acababa de probar su vigor. Ya Hunter se levantaba un poco

aturdido, pero con el cuchillo fuera de la vaina, cuando un nuevo incidente modificó sus disposiciones belicosas.

El crujido de los escalones anunciaba que descendía, sin duda atraído por el ruido, el capitán. Hunter escuchó; después, comprendiendo su impotencia, miró a su enemigo, cuyo ataque había sido tan repentino, que no había podido reconocerlo.

—¡Ah! ¿Es usted? —dijo al ver a Summy Skim. Y volviendo el arma a su funda, añadió con voz amenazadora:

—¡Nos veremos, camarada!

Summy, inmóvil, no parecía haber entendido. Ben Raddle vino en su ayuda.

—Cuando y donde usted quiera —dijo éste, adelantándose.

—¡En Forty Miles Creek, entonces, señores del ciento veintinueve! —exclamó Hunter, saliendo fuera del salón.

Summy no se movió. Él, que a sangre fría no hubiera podido matar una mosca, estaba extrañado de su acto de violencia.

Jane Edgerton se aproximó a él.

—*Thank you, sir* —le dijo con el tono más natural, cogiéndole la mano.

—¡Oh! Sí, gracias, señor —repitió Edith, con voz más conmovida, y le estrechó la otra mano.


A este doble contacto, Summy volvió en sí. Pero ¿tenía conciencia de lo que acababa de pasar? Con la vaga sonrisa del que no se da cuenta de lo que ha ocurrido:

—Buenas noches, señoritas —dijo muy cortésmente.

Pero esta fineza fue perdida para las dos jóvenes, pues cuando Summy se dio cuenta hacía ya treinta segundos que habían salido del salón.

CAPÍTULO VI

JANE EDGERTON

 kagway, como todos los sitios de parada perdidos en medio de una región en donde faltan los caminos, donde los medios de transporte son tan defectuosos, no fue al principio más que un campamento de buscadores de oro. Después, poco a poco, sucedió a esa mezcolanza de chozas una especie de barracas algo mejor construidas; más tarde se levantaron casas sobre aquellos terrenos, cuyo precio sube sin cesar. Pero ¿quién sabe si en el porvenir esas ciudades, creadas por las necesidades del día, serán abandonadas; si esta región no quedará desierta cuando los yacimientos de oro estén agotados?

No se puede, en efecto, comparar esos territorios con los de Australia, California y Transvaal. En esos países los pueblos hubieran podido convertirse en ciudades, aun sin existir los filones. Allí el suelo es productivo, la comarca habitable, los negocios comerciales o industriales son susceptibles de tomar una real importancia.

Pero aquí, en esta parte del Dominion, sobre esta frontera de Alaska, casi al límite del círculo polar, bajo ese clima glacial, no sucede así. Cuando se extraigan las últimas pepitas, ¿para qué vivir

en esta comarca sin recursos, medio agotada ya por los traficantes de pieles?

Es, pues, muy posible que las ciudades fundadas tan rápidamente en esas regiones, ciudades donde no faltan actualmente ni la animación en los negocios ni el movimiento de viajeros, desaparezcan poco a poco, cuando las minas del Klondike estén vacías, y eso a pesar de las sociedades financieras que se forman para establecer comunicaciones más fáciles, y a pesar también del ferrocarril que se piensa construir de Wrangel a Dawson City.

En el momento de llegar el *Foot Ball*, Skagway rebosaba viajeros, unos transportados por embarcaciones del océano Pacífico, los otros por los *railways* canadienses o los *railroads* de Estados Unidos, todos con destino a los territorios del Klondike.

Algunos pasajeros se hacían transportar hasta Dyea, ciudad situada en la extremidad del canal, no por vapores, para los cuales la profundidad del canal hubiera sido insuficiente, sino por barcos planos, contruidos de manera que pudieran atravesar la distancia que separa las dos ciudades, y que abrevia lo penoso del camino que hay que seguir por tierra.

De todas maneras, en Skagway es donde empieza la parte penosa del viaje, después de ese transporte relativamente fácil a bordo de los barcos que hacen el servicio del litoral.

Los dos primos habían elegido un hotel, pues Skagway poseía ya varios. Ocupaban la misma habitación, por un precio más fabuloso aún que en Vancouver. Así pusieron buen cuidado en ocuparlo el menos tiempo posible.

Los viajeros pululaban en este hotel, esperando su partida para el Klondike. Todas las nacionalidades se codeaban en el comedor, donde el alimento era, por desgracia, sólo alaskiense. Pero ¿tenían derecho a mostrarse exigentes todos esos emigrantes que durante varios meses se habían impuesto tantas privaciones?

Summy Skim y Ben Raddle no tendrían ocasión, durante su estancia en Skagway, de encontrarse con los tejanos, con uno de

los cuales Summy había tenido tan rudo contacto en el momento de dejar el *Foot Ball*. En seguida de llegar, Hunter y Malone habían partido para el Klondike. Como volvían a donde habían estado seis meses antes, sus medios de transporte estaban asegurados de antemano; no habían tenido más que ponerse en camino, sin la molestia de un material que se encontraba ya sobre su explotación del Forty Miles Creek.

—A fe mía —dijo Summy Skim—, es una verdadera suerte no tener ya a esos zopencos por compañeros de viaje, y compadezco a los que hagan el viaje con ellos... a menos que sean jugadores, lo que es muy probable en ese bonito mundo de buscadores de oro.

—Sin duda —respondió Ben Raddle—, pero los dichosos zopencos están ahora en mejores condiciones que nosotros. No han tenido que detenerse en Skagway, mientras que a nosotros nos será preciso detenernos algunos días.

—¡Ah! Ya llegaremos, Ben, ya llegaremos —exclamó Summy Skim—, y encontraremos a esos dos infames en el *claim* 131. ¡Deliciosa vecindad! ¡Deliciosa medianería! ¡Agradable perspectiva en verdad! ¡Ve ahí, yo espero que nos obligará a vender nuestro cuadro de guijarros al mejor precio, y a volver a tomar nuestro camino de vuelta!

Si Summy Skim no tenía más que inquietud respecto a Hunter y a Malone, en cambio encontró bien pronto a las dos pasajeras, por las cuales tan valientemente había tomado la defensa. Hospedadas en el mismo hotel que los dos primos, se cruzaron con ellos varias veces. Al pasar se dirigían algunas palabras, cuya brevedad no excluía la cordialidad; después cada uno volvía a sus negocios.

No era difícil adivinar que lo que preocupaba a las jóvenes era el medio más práctico de trasladarse a Dawson City; pero ese medio no parecía que lo encontraban factible. Cuarenta y ocho horas después de la llegada a Skagway, nada indicaba que hubieran hecho en este asunto ningún progreso, a juzgar al menos por la cara de Jane Edgerton, donde, a despecho de sus esfuerzos para no hacer traición a sus impresiones, se leía un principio de inquietud.

Ben Raddle y Summy Skim, cuyo interés por las dos jóvenes pasajeras aumentaba de día en día, no podían pensar sin emoción, sin piedad, en los peligros y fatigas a que iban a ser expuestas. ¿Qué apoyo, qué socorro podrían encontrar en medio de esta batahola de emigrantes, entre los que la envidia, la avaricia, la pasión de oro aleja todo sentimiento de justicia y de honor?

La tarde del 23 de abril, Summy Skim, no teniendo nada que hacer, se decidió a entablar conversación con la prima rubia, que, a decir verdad, le había parecido a bordo menos impresionable.

—¿Y qué, señorita Edith —preguntó—, no hay nada nuevo después de la llegada a Skagway?

—Nada, caballero —respondió la joven.

Summy Skim notó entonces que era la primera vez que oía esta voz de timbre musical.

—Sin duda, su prima y usted —continuó— estudian los medios de transporte hasta Dawson.

—En efecto, señor.

—¿Y no han decidido nada aún?

—No, señor, nada todavía.

Amable, ciertamente, era, pero poco resuelta esta Edith Edgerton. Las intenciones caritativas que Summy agitaba confusamente fueron paralizándose, y la conversación quedó así por el momento.

Summy conservaba siempre la misma idea, y la conversación interrumpida continuó al día siguiente. Las dos jóvenes estaban entonces en trato para unirse a una caravana que tendría terminados los preparativos de marcha en algunos días. Esta caravana se componía de gentes miserables, incultas y groseras. ¡Qué compañía para esas viajeras de porte distinguido, de educación tan perfecta!



En cuanto las divisó, Summy volvió a la carga, animado esta vez por la presencia de Ben Raddle y de Jane Edgerton.

—Y bien, señorita Edith —repitió, como la víspera, el bravo Summy, que no había tenido otra inventiva—, ¿no hay nada nuevo?

—Nada —respondió otra vez Edith.

—Eso puede durar así mucho tiempo.

Edith hizo un gesto evasivo. Summy insistió:

—¿Sería indiscreción preguntar cuáles son los proyectos que tienen ustedes para continuar el viaje hasta Dawson?

—De ninguna manera —respondió Edith—. Tratamos de formar parte de una pequeña caravana, precisamente con las personas con quienes hablábamos en este momento.

—Buena idea —dijo Summy—. Pero, señorita, perdóneme usted que me mezcle en lo que no me importa, ¿han reflexionado bien

antes de tomar ese partido? Esas gentes con las que tienen ustedes intención de asociarse parecen poco recomendables, y permítanme ustedes que les diga...

—Se toma lo que se puede —interrumpió Jane Edgerton riendo—. El estado de nuestra fortuna nos impide relaciones principescas.

—No es preciso ser príncipe para ser superior a sus futuros compañeros. Se verán ustedes obligadas a dejarlos en la primera etapa, estoy seguro.

—Si es así, tendremos que continuar solas nuestro viaje —respondió Jane rotundamente.

Summy levantó los brazos al cielo.

—¡Solas, señoritas!... ¿Y piensan en ello siquiera?... ¡Perecerían en el camino!

—¿Por qué tendríamos que temer más peligros que ustedes mismos? —objetó Jane, recobrando su actitud de autoridad—. Lo que ustedes pueden hacer, también podremos hacerlo nosotras.

Decididamente no se desanimaba la intrépida muchacha.

—Evidentemente, evidentemente —contestó Summy en tono conciliador—. Pero lo que hay aquí es que ni mi primo ni yo tenemos intención de emprender con nuestras solas fuerzas el viaje de Dawson. Nosotros tenemos un guía, un guía excelente, que nos prestará el concurso de su experiencia y nos suministrará todo el material deseado.

Summy hizo una pausa; después añadió con voz insinuante:

—¿Por qué no aprovechan ustedes esas ventajas? —¿A título de qué?

—A título de invitadas —continuó Summy con calor. Jane le tendió resueltamente la mano.

—Mi prima y yo, señor Skim, le agradecemos en el alma su generoso ofrecimiento, pero no podemos aceptarlo. Nuestros recursos, aunque modestos, son suficientes, y estamos resueltas a no deber nada más que a nosotras mismas, a menos que tengamos absoluta necesidad.

En el tono tranquilo de esta declaración se comprendía que no se podía apelar a nada. Si Jane Edgerton pensaba en las graves dificultades que iba a afrontar, no era porque estuviera asustada, al contrario, era por enderezar el orgullo de su esfuerzo personal, como un resorte bien templado.

Y añadió, dirigiéndose a Ben Raddle:

—¿No tengo razón, caballero?

—Completamente, señorita —dijo Ben, sin hacer el menor caso de los signos desesperados de su primo.

Desde su llegada a Skagway, Ben Raddle estaba, en efecto, ocupado en asegurar su transporte hasta la capital de Klondike. Siguiendo las indicaciones que le habían sido dadas en Montreal, indagaba para poder ver a un tal Bill Stell, del que le habían hablado muy bien y aconsejado se pusiera en relación.

Bill Stell era un antiguo corredor de las praderas, de origen canadiense. Durante varios años, con entera satisfacción de sus jefes, había desempeñado la función de *scout* o espía en las tropas del Dominion, y tomado parte en las largas luchas que tuvieron que sostener contra los indios. Se le tenía por hombre de gran valor, de sangre fría y de gran energía.

El *scout* hacía actualmente el oficio de conductor de los emigrantes, que la vuelta del verano reclamaba o llamaba al Klondike. No era solamente un guía. Era también jefe de un verdadero personal, y propietario del material propio para esos difíciles viajes: barcas y equipos necesarios para la travesía de los lagos, trineos y perros para el arrastre en la superficie de las llanuras heladas que se extienden más allá de los pasos del Chilkoot. Al mismo tiempo se ocupaba de dar de comer a la caravana organizada por sus cuidados.

Precisamente porque pensaba utilizar los servicios de Bill Stell, es por lo que Ben Raddle al salir de Montreal no se había ocupado de equipaje tan molesto. Sabía que el *scout* le proporcionaría todo lo que fuese necesario para llegar al Klondike, y no dudaba en entenderse con él para la ida y para la vuelta.

Al día siguiente de llegar a Skagway fue Ben Raddle a casa de Bill Stell, y le dijeron que éste estaba ausente. Había ido a conducir una caravana al White Pass hasta la extremidad del lago Bennet. Pero hacía ya unos diez días que había salido, y si no ocurría algún incidente o no se había comprometido en el mismo camino para llevar a otros viajeros, no tardaría en volver.

Así fue, en efecto, y el 25 de abril por la mañana Ben Raddle y Summy Skim pudieron ponerse en trato con Bill Stell.

El *scout* era hombre de unos cincuenta años, de mediana estatura, barba canosa, cabello rapado, mirada firme y penetrante; parecía tener naturaleza de hierro. Una perfecta honradez se leía en su fisonomía simpática. En el mucho tiempo que prestó sus servicios en el ejército canadiense había adquirido las más raras cualidades de circunspección, de vigilancia y de prudencia. Reflexivo, metódico y con bastantes recursos, era incapaz de engañar. Al mismo tiempo, filósofo a su manera, tomaba la vida por el lado bueno, y muy satisfecho de su suerte, la ambición no le había inducido a imitar a los que él conducía a los territorios auríferos. La experiencia de todos los días le enseñaba que la mayor parte sucumbían o volvían de esas duras campañas más miserables que antes.

Ben Raddle comunicó a Bill Stell su proyecto de partir para Dawson City en el más breve plazo.

—Bien, señor —respondió el *scout*—. Estoy a sus órdenes. Mi oficio es guiar a los viajeros, y además surto de herramientas.

—Ya lo sé, Stell —dijo Ben Raddle—, y sé también que se puede confiar en usted.

—¿No piensan ustedes estar en Dawson City más que algunas semanas? —preguntó Bill Stell.

—Es probable.

—¿No se trata entonces más que de explotar un *claim*?

—Lo ignoro. Por el momento no es más que cuestión de buscar quién compre el que poseemos mi primo y yo, y que nos ha venido por herencia. Se nos ha hecho ya una proposición para comprarlo;

pero antes de aceptarla hemos querido darnos cuenta del valor de nuestra propiedad.

—Muy bien hecho, señor. En esta clase de negocios se emplea mucha astucia para engañar a todo el mundo. Es preciso, pues, desconfiar...

—Es lo que nos ha decidido a emprender este viaje.

—¿Y cuando hayan ustedes vendido *el claim* volverán a Montreal?

—Ésa es nuestra intención. Después de habernos conducido a la ida, tal vez, nos conduzca de vuelta.

—Podremos entendernos respecto a eso —respondió Bill Stell—. Como no tengo costumbre de llevar muy caro, he aquí en qué condiciones trataré con ustedes.

Se trataba, en suma, de un viaje que duraría de treinta a treinta y cinco días, y durante el cual tendría que proveerse de caballos y mulas, tiros de perros, trineos, barcas y tiendas de campaña. Debía, además, proveer la manutención de su caravana, y se podía fiar en él para esto, pues mejor que nadie conocía las exigencias de ese largo camino a través de un país desolado.

Los dos primos no tenían material de mina que transportar, y el precio del viaje fue tratado y fijado en la suma de mil ochocientos francos de Skagway a Dawson City, y el mismo precio por la vuelta.

Hubiera estado muy mal discutir las condiciones con un hombre tan concienzudo, tan honrado como el *scout*. Además, en esta época los precios de transporte, nada más que por pasar hasta la región de los lagos, eran bastante elevados, en razón de las dificultades de los dos caminos existentes. Los precios que fijó Bill Stell eran muy aceptables, y Ben Raddle los aceptó sin regatear.

—Queda convenido —dijo—, y no olvide usted que deseamos partir lo antes posible.

—Cuarenta y ocho horas es todo lo que necesito —respondió el *scout*.

—¿Es necesario que vayamos a Dyea por barca? —preguntó Ben Raddle.

—Es inútil; pues como no llevan ustedes material en su séquito, me parece preferible partir de Skagway.

Quedaba aún por decidir qué camino seguiría la caravana a través de esta parte montañosa que precede a la región de los lagos, y en la cual se acumulan las dificultades más, grandes. A las preguntas que respecto a esto hizo Ben Raddle, Bill Stell respondió:

—Existen dos caminos, o más bien dos veredas: el White Pass y el paso del Chilkoot. Cualquiera que se tome de las dos, la caravana desciende en seguida hacia el lago Bennet o el lago Lindeman.

—¿Cuál de esas dos rutas piensa usted seguir, Stell?

—La del Chilkoot. Desde allí llegaremos directamente al lago Lindeman, después de haber hecho parada en Sheep Camp. En esta estación se puede alojar y hacer provisiones. Encontraremos mi material en el lago Lindeman, donde lo he dejado para evitarme el trabajo de traerlo a Skagway.

—Nos confiamos en su experiencia, y lo que usted haga bien hecho estará —concluyó Ben Raddle—. En lo que a nosotros concierne, estamos dispuestos a partir en cuanto nos dé usted la señal.

—Dentro de dos días he dicho —replicó Bill Stell—. Necesito ese tiempo para los preparativos, señor Raddle. Nos pondremos en marcha de madrugada, y por la tarde no estaremos lejos de la cumbre del Chilkoot.

—¿A qué altitud está esa cumbre?

—A unos tres mil pies, aproximadamente —respondió el *scout*—. No es una altura enorme; pero el paso es estrecho, tortuoso, y lo que más dificulta el pasaje es lo obstruido que está por la muchedumbre de mineros, de vehículos, de caballerías, además de las nieves que lo invaden por todas partes.

Todo estaba en regla con Bill Stell. Ben Raddle, sin embargo, no se marchaba.

—Voy a hacer a usted la última pregunta, Stell —dijo Ben Raddle al guía—. ¿Podría usted decirme cuál sería el aumento de precio, si por casualidad fuésemos acompañados de dos viajeras?

—Eso depende del equipaje que lleven. ¿Es mucho?

—No, muy poco.

—En ese caso, señor Raddle, hay que contar con quinientos o setecientos francos más, según los bultos que tengan que transportar, comprendiendo, por supuesto, la manutención de las viajeras.

—Gracias, Stell; ya veremos —dijo Ben Raddle, despidiéndose.

Durante el camino al hotel, Summy participó a su primo la extrañeza que le había causado la última pregunta hecha al guía. ¿En quién podía pensar Ben sino en Edith y en Jane Edgerton?

En efecto, así era, pues Ben Raddle se lo dijo.

—Pero ¿no sabes —objetó Summy— que ellas han rehusado categóricamente, y hasta tú lo has aprobado?

—Es verdad.

—Y de tal manera han rehusado, que no veo manera de insistir.

—Es porque tú no has sabido —respondió Ben con la mayor naturalidad—. Déjame a mi, y ya verás cómo me las arreglo mejor que tú.

En cuanto volvieron al hotel, Ben, seguido de Summy, muy intrigado, se puso a buscar a las dos muchachas. Habiéndolas visto en el *reading-room*, se dirigió resueltamente a Jane.

—Señorita —dijo de repente—, tengo que proponerles un negocio.

—¿Cuál? —preguntó Jane, sin parecer sorprendida de esta entrada en materia.

—Helo aquí —dijo Ben tranquilamente—. Mi primo Summy ha propuesto el otro día a ustedes unirse a nosotros para ir a Dawson. Yo le he censurado, pues su prima y usted nos proporcionarían un gasto de setecientos francos, aproximadamente, y un hombre de negocios como yo piensa forzosamente que cada dólar debe producir otro o varios. Felizmente, ustedes han declinado este ofrecimiento.

—En efecto —dijo Jane.

—Sin embargo, usted no debe dejar de comprender que van a correr serios peligros y que la oferta de mi primo tenía por objeto facilitarles el viaje.

—Estoy lejos de discutirlo —interrumpió Jane—; pero no veo...

—Pues bien —continuó Ben, sin ocuparse de la interrupción—; yo repito que nuestro concurso constituiría para ustedes una inmensa ventaja. Les evitaría los retrasos que de otro modo tendrían que sufrir y les permitiría llegar en buena época a los filones. Si ustedes aceptan, la suerte en los negocios será notablemente aumentada, y es muy justo, por consiguiente, que yo esté interesado en esta empresa. Propongo a ustedes, pues, que dejen su transporte a mi cargo hasta Dawson, mediante una participación de un diez por ciento en sus beneficios ulteriores.

Jane no parecía extrañada por esa singular proposición. ¿Qué cosa más natural que un negocio? Si tardaba en contestar, era únicamente porque examinaba lo que se le proponía. ¡Diez por ciento es mucho! Pero está muy lejos y es bien duro también el camino hasta la capital del Klondike.

—Acepto —dijo, después de haber reflexionado—. Si quieren ustedes, vamos a firmar un contrato.

—Iba yo a proponérselo —dijo seriamente Ben, sentándose ante una mesa.

Y mirando de reojo a su nueva asociada, escribió gravemente.

Entre los infrascritos:

*1.º La señorita Jane Edgerton, prospectrice,
domiciliada...*

—A propósito —preguntó interrumpiéndose—, ¿su domicilio?

—Ponga usted: Dawson City, hospital.

Ben Raddle volvió a escribir:

Dawson City, hospital por una parte;

2.º Y el señor Ben Raddle, ingeniero, domiciliado en Montreal, calle de Jacques-Cartier, 29 por otra parte; Han sido convenidas las condiciones siguientes:

Por encima de la mesa Edith y Summy cambiaron una mirada. Mirada alegre, por parte del gozoso Summy. Mirada mezclada de una dulce emoción, por parte de Edith, que no era inocente del generoso subterfugio.

CAPÍTULO VII

EL CHILKOOT

Tenía razón Bill Stell en preferir el paso del Chilkoot al White Pass. Es verdad que este último se sigue directamente al salir de Skagway, mientras que el primero no empieza hasta Dyea; pero después de White Pass le quedan cerca de ocho leguas, en las condiciones más deplorables, hasta llegar al lago Bennet, mientras que sólo separan el lago Lindeman del paso de Chilkoot 16 kilómetros, y este lago conduce, sin rodeo ninguno, al de Bennet, cuya extremidad superior no dista más que tres kilómetros.

Que el paso del Chilkoot, más penoso que el White Pass, tenga un declive casi vertical de 1000 pies no es para asustar a gentes que no llevan ningún material pesado. Más allá del Chilkoot se encontraría un camino bastante entretenido, que llegaría al extremo del lago Lindeman. Esta primera parte del camino, a través de la barrera de montañas del territorio, ofrecería, si no grandes fatigas, al menos muchas dificultades.

El 27 de abril, a las seis de la mañana, Bill Stell dio la señal de partida. Edith y Jane Edgerton, Summy Skim y Ben Raddle, el *scout* y los seis hombres a su servicio salieron de Skagway y tomaron el camino del Chilkoot. Dos trineos con tiro de mulas serían suficientes en este viaje, que se terminaría en la punta sur del lago Lindeman,

donde Bill Stell tenía establecida su parada principal. Ese camino no podía efectuarse en menos de tres o cuatro días, en las circunstancias más favorables.

Uno de los trineos llevaba los equipajes. El otro estaba destinado a las dos jóvenes, a las que un montón de mantas y pieles libraba del viento extremadamente fuerte. No se habían imaginado ellas nunca que el viaje lo harían de esa manera, y sacando Edith la punta de su nariz rosada fuera de la capucha de su abrigo, dio repetidas veces las gracias a Summy Skim, que se obstinaba en no comprender.

Ben Raddle y él estaban contentísimos de haberles podido ser útiles. ¡Qué agradable compañía para un viaje tan horroroso! Hasta el mismo Bill Stell estaba encantado.

Además, el *scout* no había ocultado a Edith con la impaciencia que era esperada en Dawson City. El hospital estaba completamente lleno, y varias enfermeras habían sido atacadas por las diferentes epidemias que diezmaban la ciudad. El tifus, particularmente, desolaba entonces la capital del Klondike. Se contaban por cientos las víctimas entre los desgraciados emigrantes, que llegaban anémicos, rendidos, agotados, después de haber dejado tantos compañeros en el camino.

—¡Encantador país, decididamente! —se decía Summy Skim—. ¡Siquiera nosotros no haremos más que pasar! ¡Pero esas dos pobrecitas que van a exponerse a tales peligros, y que no volverán quizá!...

No había necesidad de llevar víveres para la travesía del Klondike, a fin de disminuir el peso del transporte por esas rudas pendientes.

El *scout* conocía, si no hoteles, por lo menos posadas de lo más rudimentario, donde se encontraba qué comer, y hasta, en el tiempo de mucho frío, un albergue para la noche, a muy altos precios, es verdad. Se pagaba medio dólar por una cama hecha de una sencilla tabla, y un dólar la comida, que se componía invariablemente de tocino y de pan algo escaso. Una comodidad tan relativa no sería

felizmente tolerable más que por muy pocos días. La caravana de Bill Stell no estaría reducida a ese régimen cuando franqueara la región lacustre.

El tiempo estaba frío y la temperatura se mantenía a 10 grados centígrados bajo cero, con un aire glacial. Una vez, por lo menos, siguiendo las huellas, los trineos podían deslizarse sobre la nieve endurecida. Ésta era una circunstancia favorable para el ganado. La subida era penosa, en efecto. Así mulas, perros, caballos, bueyes, renos, sucumbían allí en gran número, y el paso del Chilkoot, como el White Pass, están sembrados de sus cadáveres.



Al salir de Skagway, el *scout* se había dirigido hacia Dyea, siguiendo la ribera oriental del canal. Sus trineos, menos cargados que otros muchos que subían hacia lo difícil, hubieran podido darles

alcance, pero ya estaban rodeados de inconvenientes. En medio de las ráfagas de viento, que hacen estragos en esos estrechos desfiladeros y levantan torbellinos de nieve que ciegan, no había más que vehículos de todas clases atravesados, volcados; bestias que rehusaban caminar, a pesar de los golpes y los gritos; violentos esfuerzos de los unos para abrirse paso; violenta resistencia de los otros para oponerse a ello; material que era preciso descargar para después cargar de nuevo; disputas y riñas, en las que se cambiaban injurias y golpes, y algunas veces hasta balazos. Tan infranqueables obstáculos cerraban el paso por el camino, y era forzoso acomodar la marcha a la del vehículo que fuese más lentamente. Después, los tiros de perros que se embrollaban, y que de cuando en cuando desenredaban los conductores en medio de los aullidos de esos animales medio salvajes.

La distancia que separa Skagway del paso es corta, y a pesar de las dificultades del camino, se la puede franquear en algunas horas. Así, antes de mediodía la caravana del *scout* hacía alto en Dyea.

No era entonces más que una aglomeración de cabañas colocadas al extremo del canal. Pero ¡qué inverosímil batahola! Más de 3000 emigrantes se estrujaban en esta incipiente ciudad a la orilla del paso del Chikoot.

Deseosos de poder aprovechar el tiempo fresco que facilitaba el arrastre, Bill Stell esperaba, con razón, dejar Dyea lo antes posible. A mediodía se pusieron de nuevo en marcha; Ben Raddle y Summy Skim a pie, las dos muchachas en su trineo. Hubiera sido difícil no admirar el paisaje salvaje y grandioso que descubría cada vuelta del desfiladero: esos macizos de pinos y de abedules cubiertos de escarcha que se izaban hacia la cúspide; esos torrentes que el frío no había podido invadir y que saltaban tumultuosamente hasta el fondo de los abismos, cuya profundidad no era posible distinguir.

El Sheep Camp no distaba más que cuatro leguas. En algunas horas se le podía franquear, a pesar de las grandes pendientes que obligaban a los tiros a detenerse con frecuencia. Y buen trabajo costaba a los conductores volverles a poner en marcha.

Caminando así, Ben Raddle y Summy Skim charlaban con el *scout*. Éste, contestando a una pregunta que le hicieron, dijo:

—Calculo que llegaremos a Sheep Camp a eso de las cinco o las seis. Allí estaremos hasta la mañana.

—¿Encontraremos un albergue donde nuestras dos compañeras puedan descansar algo? —preguntó Summy Skim.

—Si —respondió Bill Stell—, pues el Sheep Camp es sitio de parada para los emigrantes.

—Pero ¿hay seguridad de encontrar sitio? —preguntó Ben Raddle.

—Es muy dudoso —dijo el *scout*—. Después de todo, esos albergues son poco atractivos, y sería tal vez mejor colocar nuestras tiendas de campaña para pasar la noche.

—Señores —dijo Edith, que desde su trineo había oído la conversación—, nosotras no queremos ser causa de molestia.

—¡De molestia! —respondió Summy Skim—. ¿En qué podrían ustedes molestarnos? ¿No tenemos dos tiendas de campaña? Una será reservada a ustedes, la otra la ocuparemos nosotros.

—Y con nuestras dos estufitas, que arderán hasta por la mañana —añadió Bill Stell—, no habrá que temer al frío, aunque bien crudo es ahora.

—Perfectamente —dijo Jane, tomando la palabra a su vez—, pero conste que no queremos ser un obstáculo para nada. No somos invitadas, somos asociadas, que no merecemos ni más ni menos atenciones que los demás. Cuando sea preciso viajar de noche, lo haremos. Esperamos ser tratadas como hombres, y consideraríamos una injuria todo lo tocante a galantería.

—Estén ustedes tranquilas —contestó Summy Skim riendo—, y tengan por seguro que no les proporcionaremos ni inquietud ni fatigas. Ya inventaremos algo en caso de necesidad.

La caravana llegó a Sheep Camp a eso de las seis. Los tiros estaban rendidos. Se dieron prisa en desengancharlos, y la gente del *scout* se ocupó de su comida.

Con razón había dicho Bill Stell que los albergues de ese pueblo estaban desprovistos de toda comodidad. Aunque, después de todo, no se hubiera podido encontrar habitación. El *scout* hizo colocar las dos tiendas de campaña al abrigo de los árboles, un poco en las afueras de Sheep Camp, para no ser molestados por el espantoso tumulto de la muchedumbre.

Edith y Tane desempeñaron aquí el principal papel. En un abrir y cerrar de ojos, transformaron con esmero los cobertores y pieles de los trineos en colchones bastante mullidos, y las estufas daban agradable calor. Tuvieron que conformarse con fiambres; pero, en cambio, no les faltaron las bebidas calientes; té y café hubo en abundancia.

Después los hombres encendieron sus pipas, y la velada se prolongó confortablemente, a despecho del termómetro, que había descendido a 17 grados bajo cero.

¡Qué de penalidades pasarían aquellos emigrantes que —a cientos— se habían quedado sin poder encontrar un abrigo en el Sheep Camp! ¡Cuántas mujeres y niños, ya extenuados al principio del viaje, verían allí su última hora!

Al día siguiente, en cuanto empezó a amanecer, Bill Stell hizo plegar sus tiendas de campaña para poder adelantarse a la multitud en el paso del Chilkoot. El tiempo se sostenía seco y frío, y aun debió bajar algo el termómetro; pero era preferible cien veces a las ráfagas, a los torbellinos de nieve, a esos violentos huracanes tan terribles en las altas regiones del norte de América.

La tienda de campaña de Edith y Jane estaba desmontada cuando los dos primos salían de la suya. En seguida fue preparado el café y servido muy caliente, y después la segunda tienda de campaña desapareció. Algunos instantes más tarde, sin que la partida masculina de la caravana tuviera que ocuparse de ello, todo el material estaba colocado en los trineos; bien ordenado y de manera que cada objeto ocupase el menor sitio posible y pudiera ser fácilmente retirado sin desarreglar los otros. Ben Raddle, Summy Skim y hasta Bill Stell estaban completamente maravillados

de tal disposición. El primero, viendo el método superior de las «asociadas», empezaba a pensar que el contrato firmado por él con un fin caritativo podría muy bien transformarse en un excelente negocio.

En cuanto a Summy, admiraba embobado el manejo de sus jóvenes compañeras, que seguía paso a paso, con las manos vacías, ofreciendo con insistencia una tardía ayuda que ellas rehusaban riendo.

La jornada no sería más corta que la del día anterior. La pendiente se acentuaba a medida que se acercaban a la cumbre del macizo. No eran demasiado esas mulas robustas para tirar de los vehículos en un terreno desigual, pedregoso, y que el deshielo hubiera hecho más impracticable aún.

Siempre la misma muchedumbre bulliciosa y tumultuosa; siempre los mismos obstáculos, que hacían este tránsito del Chilkoot tan penoso; siempre las paradas forzosas y algunas veces largas cuando un obstáculo de trineos y de tiros cortaba la marcha. Varias veces el *scout* y sus hombres se vieron obligados a pelearse para abrirse paso.

A los lados del sendero, los cadáveres de mulas se sucedían, más numerosos a medida que iban subiendo. Los unos tras los otros, los pobres animales caían muertos por el frío, la fatiga y el hambre, y los tiros de perros, llevándose los trineos tras ellos, a pesar de los esfuerzos de los conductores, se precipitaban sobre este alimento inesperado y se disputaban aullando los últimos restos.

¡Espectáculo más triste aún! No era raro ver el cadáver de un emigrante, muerto de frío y de fatiga, abandonado bajo los árboles o en el fondo de los precipicios. Una elevación del suelo nevado, donde salía un pie, una mano o una punta de vestido, indicaba sólo el sitio de la tumba efímera que se llevaría el primer soplo de la primavera. Irresistiblemente al principio, la mirada es atraída por esos siniestros sepulcros, después poco a poco la costumbre hace que se pase con indiferencia.

Algunas veces eran familias enteras, hombres, mujeres, niños, incapaces de ir más lejos, que yacían sobre el suelo helado, sin que nadie viniese en su ayuda. Sin descansar, Edith y Jane, ayudadas por sus compañeros, se esforzaban en prestar socorro a esos desgraciados, de reanimarlos con un poco de aguardiente. ¿Pero qué podían ellas para esta multitud de miserables? En seguida se veían precisadas a abandonar a su suerte a aquellos infortunados y continuar la ascensión agotante de ese sendero de necrópolis.

Cada cinco minutos se veían precisados a detenerse, fuera para dejar respirar a las mulas, o a causa de los obstáculos. Por algunos sitios era tan estrecho el desfiladero que el material llevado por muchos emigrantes no parecía poderlo franquear. Las principales piezas de las barcas desmontables eran más largas que la anchura del sendero. Allí tenían que descargar los vehículos y hacerse llevar uno a uno por las bestias de tiro, y perdían un tiempo muy considerable.

En otros sitios, la pendiente era tan ruda que el ángulo de inclinación pasaba de cuarenta y cinco grados. Cansados ya los animales, se rebelaban y muchos se escapaban. No se les obligaba a subir sino a fuerza de gritos y latigazos, y los clavos de sus herraduras dejaban profundas huellas sobre la nieve, manchada de gotitas de sangre.

Hacia las cinco de la tarde, el *scout* detuvo la caravana. Las mulas, extenuadas, eran incapaces de dar un paso más, aunque su carga era pequeña con relación a otras muchas. A la derecha del camino se destacaba una especie de barracón donde había un buen número de árboles resinosos. Bajo sus frondosidades, las tiendas de campaña encontrarían un abrigo contra las borrascas, que hacían temer mucho por haber ascendido la temperatura.

Bill Stell conocía este sitio, donde él había pasado la noche más de una vez. El campamento se organizó allí según sus indicaciones.

—¿Teme algún huracán? —le preguntó Ben Raddle.

—Si, la noche será mala —respondió el *scout*—, y cuantas precauciones tomemos serán pocas contra la nieve, que penetra

aquí como en un embudo.

—Pero creo —dijo Summy Skim— que estaremos seguros, gracias a la orientación de este barranco.

—Por eso lo he escogido —dijo Bill Stell.

La experiencia del *scout* no le había engañado. La tormenta, que empezó a eso de las siete de la tarde y duró hasta las cinco de la mañana, fue terrible. Iba acompañada de torbellinos de nieve, que no permitía ver a dos metros de distancia. Con gran trabajo podían tener encendidas las estufas, pues la violencia del viento empujaba el humo al interior y no era fácil renovar las provisiones de leña en medio del vendaval. Temían que no resistieran las tiendas de campaña; así que Ben Raddle y Summy Skim se pasaron en vela una parte de la noche, temerosos de que se viniera a tierra la que cobijaba a las dos jóvenes.

Fue precisamente lo que ocurrió con la mayor parte de las que habían sido montadas fuera del barranco, y cuando amaneció se pudo juzgar de la importancia de los destrozos causados por la tormenta. Animales que, habiendo roto las trabas, estaban dispersados en todas direcciones; trineos volcados, algunos hasta el fondo de los precipicios que bordeaban el camino, y en los cuales rugían los truenos; familias enteras, anegadas en llanto, imploraban en vano una asistencia que nadie estaba en condiciones de darles; era un verdadero desastre.

—¡Pobres gentes! ¡Pobres gentes!... —decían las jóvenes—. ¿Qué va a ser de ellas?

—Eso no es cuenta nuestra —respondió de mal humor el *scout*, ocultando su emoción bajo una aparente dureza—; y como no podemos hacer nada, lo mejor es de acampar lo antes posible.

Sin tardar más, dio la señal de partir, y la caravana empezó de nuevo la ascensión.

Sin embargo, la tormenta se había calmado al apuntar el alba. Con esos cambios bruscos de temperatura en las regiones elevadas, el termómetro marcaba 12 grados bajo cero. La espesa

capa de nieve que cubría la tierra adquirió en seguida una extremada dureza.

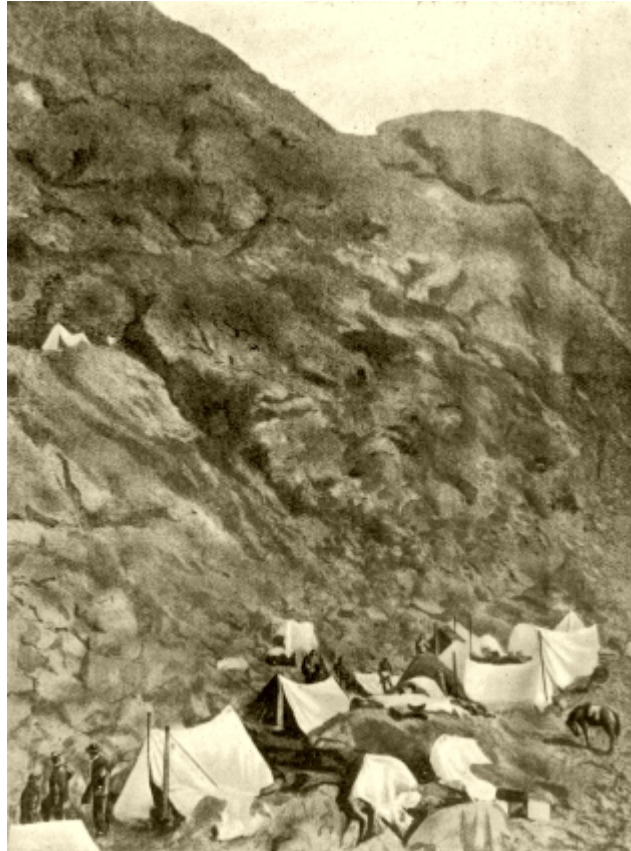
El aspecto de la región se había modificado. Más allá de la pendiente, los bosques habían dejado sitio a vastas llanuras blancas, cuyos reflejos deslumbraban. Los viajeros que no habían tenido la precaución de llevar gafas azules se veían obligados a espolvorear las pestañas y los párpados con carbón.

Aconsejados por el *scout*, Ben Raddle y Summy Skim tomaron esta precaución; pero no pudieron convencer a Edith y a Jane de que hicieran lo mismo.

—¿Cómo se va usted a arreglar para descubrir las pepitas si adquiere una buena oftalmía? —insistió Ben.

—Y usted, señorita Edith —repuso Summy—, ¿cómo piensa usted cuidar entonces a los enfermos? Aunque no fuese más que por nosotros, pues estoy seguro de que tendremos alguna enfermedad en ese país del diablo, y usted será nuestra enfermera algún día en el hospital de Dawson.

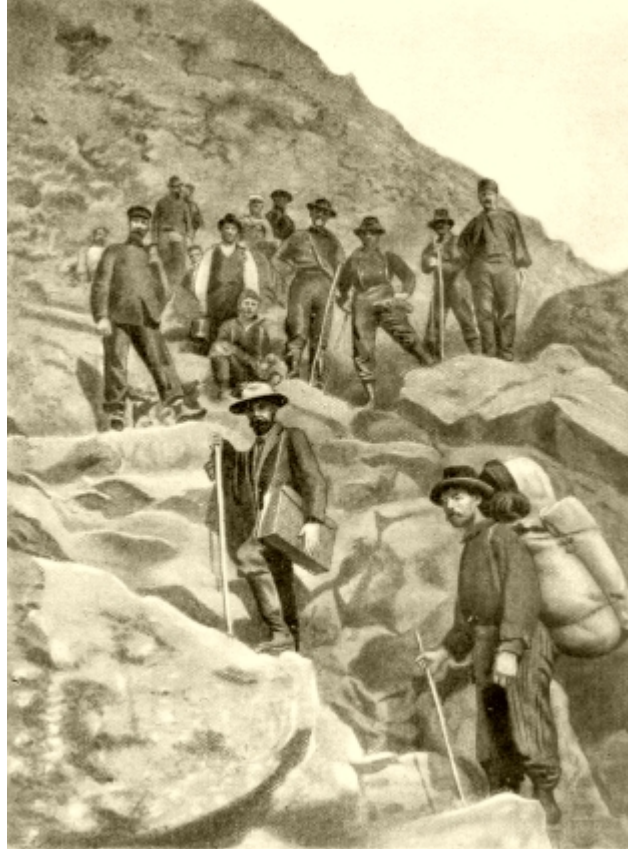
Esta elocuencia no dio resultado. Las dos jóvenes prefirieron desaparecer bajo sus capuchones, y renunciar a hacer uso de sus ojos antes que embadurnarse de esa manera. Lo que prueba que hasta entre las mujeres más determinadas no pierde nunca sus derechos la eterna coquetería.



En la tarde del 29 de abril, la caravana hizo alto en la cumbre del paso del Chilkoot, y el *scout* estableció su campamento. Al día siguiente se adoptaban las medidas necesarias para efectuar el descenso por el reverso septentrional del macizo.

En este sitio, enteramente descubierto y expuesto a todos los rigores de la temperatura, los obstáculos eran extraordinarios. Más de tres mil emigrantes lo ocupaban entonces. Allí organizaban los medios de poner al abrigo una parte del material. El descenso no se efectuaba sin grandes dificultades; no se podía proceder más que por pequeñas cargas, a fin de evitar los accidentes. Así, todos esos ilusos a los que el espejismo del Klondike da una energía y una tenacidad sobrenatural, después de haber descendido al pie de la montaña con su primer fardo, suben a la cumbre, donde toman la segunda carga, después descienden y vuelven a subir hasta quince o veinte veces, si es preciso, durante interminables días. Entonces es cuando los perros prestan inapreciables servicios, bien sea

enganchados a los trineos o sencillamente a unas pieles de buey, con las que se deslizan fácilmente sobre la nieve endurecida de las pendientes.



La mayor parte de los emigrantes desafiaban los vientos del norte, que golpeaban ese reverso del Chilkoot; iban a duplicar sus tormentos durante el descenso; habían hecho alto en la cresta septentrional del paso.

Desde ese punto veían todos aquellos desgraciados, abiertas ante ellos, las llanuras del Klondike. Tenían a sus pies esos territorios fabulosos que sus imaginaciones exaltadas transformaban en un inmenso campo de oro, donde germinaba para ellos, para ellos solos, una riqueza infinita, un poder sobrehumano. ¡Y toda su alma se proyectaba hacia el norte misterioso con toda la violencia de su deseo, con toda la fuerza de su sueño maravilloso, que a muchos produciría un horroroso despertar!

Bill Stell y su caravana no tenían necesidad de prolongar su estancia en la cumbre. Por eso tenían la ventaja de no tener que buscar escondrijos ni necesidad de subir de nuevo la pendiente después de haber descendido. Cuando pusieran el pie en el llano no les quedaría más que una distancia de algunas leguas para llegar al lago Lindeman.

El campamento fue dispuesto como de costumbre; pero esta última noche fue la peor.

La temperatura se elevó bruscamente y la tormenta volvió con nueva violencia. Las tiendas de campaña no tenían esta vez el abrigo de un barranco, y muchas fueron arrancadas de sus estacas por el huracán, siendo preciso amarrarlas fuertemente, y aun así las arrastraban los torbellinos de nieve. No quedaba otro recurso que envolverse en las mantas y esperar filosóficamente que amaneciera.

—¡Verdaderamente —pensaba Summy Skim—, que sería poca toda la filosofía de todos los filósofos antiguos y modernos para aceptar las penalidades de tal viaje, sobre todo cuando nada obliga a hacerlo!

Durante los pocos ratos de calma, estallaban los gritos de dolor y de terror con imprecaciones horribles. A los gemidos de los heridos que el viento arrojaba al suelo, se mezclaban los ladridos, los relinchos, los bramidos de las bestias, errando asustadas a través de la meseta.

El alba del 30 de abril apareció al fin. Bill Stell dio la señal de partir. Los perros, reemplazando a las mulas, fueron enganchados a los trineos, que nadie ocupaba, y el descenso empezó.



Gracias a la prudencia y experiencia del *scout*, se efectuó la bajada sin accidentes, si bien con grandes fatigas, y los dos trineos llegaron felizmente a la llanura del paso del Chilkoot. El tiempo era más favorable. El viento, menos fuerte, volvía al este, y el termómetro subía. Por suerte se mantenía, a pesar de eso, bajo cero, pues el deshielo hubiera hecho la marcha más difícil.

Al pie de la montaña un grupo de emigrantes estaba reunido en un campamento, esperando adquirir su material. El sitio donde se encontraban era de gran extensión y los obstáculos menos considerables que sobre la meseta superior. A los alrededores se extendían bosques, en donde las tiendas de campaña podían estar con toda seguridad.

Allí fue donde pasó la noche la caravana. Al día siguiente volvió a ponerse en marcha, y, por un camino bastante fácil, llegaba a eso del mediodía a la orilla meridional del lago Lindeman.



CAPÍTULO VIII

HACIA EL NORTE

La tarde de este día fue dedicada al descanso. Había necesidad de hacer algunos preparativos para la navegación a través de los lagos, y fue de lo que se ocupó el *scout* sin demora. En verdad que por ellos y por sus compañeras de viaje, Summy Skim y Ben Raddle no podían dejar de comprender la suerte que habían tenido en tratar con este hombre tan prudente y tan entendido.

En la extremidad del lago Lindeman, en un campo ocupado ya por un millar de viajeros, se encontraba el material de Bill Stell. Tenían en una de las faldas de una colina su instalación principal. El establecimiento se componía de una casita de madera, dividida en varias habitaciones bien resguardadas, a la que se unían los soportales donde se encerraban los trineos y otros vehículos de transporte. Por detrás estaban los establos para los animales de tiro y las perreras para los perros.

Ya empezaba el Chilkoot a estar más poblado que el White Pass, si bien éste llegaba directamente al lago Bennet, evitando la travesía del lago Lindeman. Sobre este último lago se efectúa la travesía del personal y del material de los mineros en condiciones mucho mejores, bien cuando está solidificado por los fríos, bien cuando no

lo está; el caso es que el transporte es mucho mejor que en la superficie de las largas llanuras y a través de los espesos macizos que separan el White Pass de la orilla sur del lago Bennet. La estación escogida por el *scout* era cada vez más importante. Así hacia buenos negocios, y seguramente más productivos que la explotación de filones del Klondike.

Bill Stell no era el único que ejercía ese productivo oficio. También otros lo ejercían allí en el lago Lindeman o en el de Bennet. Se puede decir que todos esos emprendedores eran insuficientes para los millares de emigrantes que afluían en esta época del año.

Bien es verdad que un gran número de esos emigrantes no se dirigía ni al *scout* ni a sus colegas, por razón de economía. Pero les era preciso llevar su material desde Skagway, cargar los trineos, los barcos desmontables de madera o de palastro, y se veían apuradísimos para atravesar con esa pesada impedimenta la cadena del Chilkoot. No son menos grandes las dificultades por el White Pass, y por uno u otro camino, gran parte de ese material queda abandonado.

Hay quien por evitarse, bien la molestia, bien los gastos de transporte de los barcos, los mandan construir allí o los construyen ellos mismos. En esta región de bosques los materiales no faltan nunca, y ya existen algunos almacenes de madera y varios aserraderos en los alrededores de la estación del lago Lindeman.

A la llegada de la caravana, Bill Stell fue recibido por su personal, algunos hombres que él empleaba como pilotos para conducir los barcos de lago a lago, hasta el curso del Yukón. Se podía confiar en su habilidad, pues conocían bien las necesidades de esta navegación difícil.

La temperatura había descendido bastante; Summy Skim, Ben Raddle y sus compañeras estaban muy satisfechos de alojarse en la casa del *scout*, cuyas habitaciones principales estaban a su disposición. En seguida se reunieron todos en la sala principal, donde reinaba un agradable calor.

—¡Uf! —dijo Summy Skim, al sentarse—. ¡Lo peor ya está pasado!

—Respecto a fatigas... sí, tal vez —dijo Bill Stell—, pero nos quedan aún varios cientos de leguas para llegar al Klondike.

—Ya lo sé, mi buen Bill —respondió Summy Skim—, pero creo que esta segunda parte del viaje se efectuará sin peligro ni fatiga.

—¿Quién le ha engañado a usted, señor Skim? —dijo el *scout*.

—Ya no tenemos más que abandonarnos a la corriente de los lagos, riberas y ríos.

—Así sería si el invierno hubiera terminado. Por desgracia, no ha empezado aún el deshielo. Cuando empiece, nuestro barco estará expuesto a ser arrastrado por la corriente, alejándonos del camino que nos proponemos seguir, y más de una vez nos veremos precisados a transbordos penosos...

—Decididamente —exclamó Summy Skim—, falta aún que hacer alguna cosa para que el turista llegue con relativa comodidad a ese infecto país.

—Eso llegará —afirmó Ben Raddle—, pues se trata de hacer una vía férrea. Dos mil hombres van a ser empleados en ese trabajo por el ingeniero Hawkins.

—¡Bueno..., bueno! —exclamó Summy Skim—. Espero estar de vuelta antes. No tenemos, pues, ningún interés por esa vía férrea hipotética. Si les parece a ustedes, examinaremos nuestro itinerario, tal como es preciso seguirlo actualmente.

Siguiendo esta indicación, el *scout* presentó un mapa de la región.

—He aquí primero —dijo él— el lago Lindeman, que se extiende al pie del Chilkoot, y que nosotros vamos a atravesar en toda su longitud.

—¿Es larga la travesía? —preguntó Summy Skim.

—No —respondió el *scout*—, cuando su superficie está solidificada por igual, o cuando está deshelada.

—¿Y después? —dijo Ben Raddle.

—Después haremos un transbordo de una media legua para conducir nuestro barco y equipaje hasta el desembarcadero del lago Bennet. Allí también la duración del trayecto depende de la temperatura, y ya han visto ustedes cuánto puede variar de un día a otro.

—En efecto —añadió Ben Raddle—; diferencias de veinte a veinticinco grados, según que el viento sople del norte o del sur.

—En suma —continuó Bill Stell—, nos hace falta, o el deshielo, que permite la navegación, o un frío seco que endurezca la nieve del suelo, sobre la que puede deslizarse el barco como un trineo.

—En fin —dijo Summy Skim—, ya hemos llegado al lago Bennet...

—Tiene una extensión de doce leguas —añadió el *scout*—, y no se puede contar con menos de tres días para atravesarlas, debido a las muchas escalas que es necesario hacer.

—¿Más allá —dijo Summy Skim, consultando el mapa— hay un segundo transbordo?

—No, es el río del Cariboo, de una legua de longitud, que pone al lago Bennet en comunicación con el lago Tagish, el cual recorre siete u ocho leguas, yendo a desembocar al lago Marsh, cuya dimensión es poco más o menos igual a la del Cariboo. Al dejar ese lago, es preciso seguir las revueltas de una ribera que mide unas diez leguas, y en su transcurso se encuentran los rápidos de White Horse, bastante difíciles, y algunas veces muy peligrosos de franquear. Después se gana la confluencia de la ribera Tahkeena, a la cabeza del lago Labarge. En esa parte del trayecto es donde pueden sufrirse los mayores retrasos, cuando se trata de lanzarse por los rápidos de White Horse. ¡Ya me he visto yo detenido toda una semana en el lago Labarge!

—¿Y ese lago es navegable? —preguntó Ben Raddle.

—Perfectamente, a lo largo de sus trece leguas —respondió Bill Stell.

—En suma —observó Ben Raddle—, salvo algún que otro transbordo, ¿nuestro barco nos conducirá hasta Dawson City?

—Directamente, señor Raddle —respondió Bill Stell—, y bien considerado todo, es preferible hacer el viaje por agua, por ser más fácil.

—Y tanto por la ribera Lewis como por el Yukón, ¿cuál es la distancia que separa el lago Labarge del Klondike? —preguntó Ben Raddle.

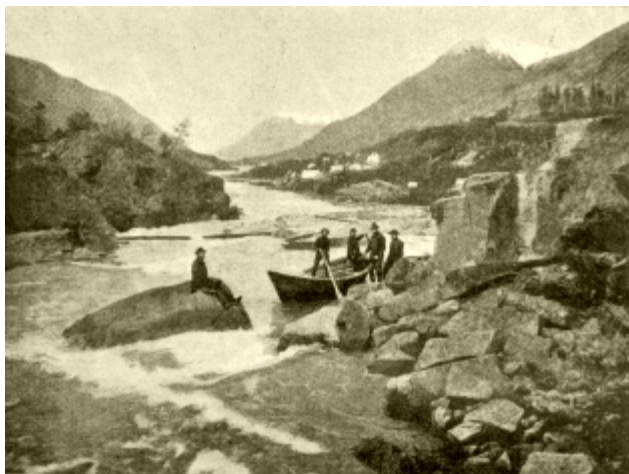
—Ciento cincuenta leguas, aproximadamente, teniendo en cuenta las revueltas.

—Ya veo que no hemos llegado aún —dijo Summy Skim.

—Seguramente —respondió el *scout*—. Cuando hayamos llegado al Lewis, a la extremidad norte del lago Labarge, estaremos justamente a mitad de camino.

—Pues bien —concluyó Summy Skim—; en previsión de ese largo viaje, tomemos fuerzas, y puesto que tenemos ocasión de pasar una buena noche en la estación del lago Lindeman, vamos a dormir.

Fue, en efecto, una de las mejores noches que desde la salida de Vancouver pasaron los dos primos. Las estufas, bien alimentadas, mantenían alta temperatura en esta casita abrigada y bien resguardada.



Eran las nueve cuando la señal de partir fue dada al día siguiente, primero de mayo. La mayor parte de los hombres que habían acompañado al *scout* desde Skagway debían seguirle hasta

el Klondike. Sus servicios serían muy útiles para la conducción del barco, transformado en trineo, esperando que pudiese navegar sobre los lagos y descender el curso del Lewis y del Yukón.

En cuanto a los perros, pertenecían la raza del país. Esos animales, notablemente aclimatados, tienen las patas sin pelo, lo que les hace más aptos para correr por la nieve sin trabarse. ¡Pero lo peor es lo salvajes que están! Verdaderamente, lo están tanto como los lobos o las zorras. Así que no es precisamente empleando las caricias y las golosinas como sus conductores se hacen obedecer.

Entre el personal de Bill Stell se encontraba ahora un piloto al que estaba reservada la dirección del barco durante su navegación. Era éste un indio del Klondike llamado Neluto, empleado hacía nueve años por el *scout*. Muy al corriente en su oficio, conocía bien las dificultades de todas clases que ofrece la travesía de los lagos, de los torrentes y de los ríos, así que se podía fiar en su habilidad. Antes de pertenecer al personal del *scout*, Neluto había estado al servicio de la Compañía de la Bahía de Hudson, y también había guiado mucho tiempo a los cazadores a través de estos vastos territorios. Conocía perfectamente el país que había recorrido en todos sentidos, desde la región más allá de Dawson City, hasta el límite del círculo polar.

Neluto sabía bastante inglés para comprender y ser comprendido. Además, fuera de las cosas de su oficio, no hablaba nada absolutamente, y, como vulgarmente se dice, era preciso sacarle las palabras del cuerpo. Sin embargo, a este hombre, tan acostumbrado al clima del Klondike, se le podía preguntar con provecho. Así lo creyó Ben Raddle, y le preguntó qué auguraba del tiempo, y si creía que el deshielo de los lagos estaba próximo.

Neluto contestó que, a su modo de ver, no había que pensar en el derretimiento de las nieves ni de los hielos antes de quince días, a menos que se produjese un brusco cambio en el estado atmosférico, lo que no era raro bajo esas latitudes elevadas.

Ben Raddle pensaría lo que quisiera de esa declaración un poco vaga; pero no dejaría de comprender que era todo cuanto podía esperar de un hombre decidido a no comprometerse.

Si más adelante tenía algo que temer, ahora por lo menos no tenía por qué preocuparse. Eso no sería una navegación, sino un arrastre efectuado en la superficie del lago Lindeman. Jane y Edith podrían, no obstante, encontrar sitio en el barco, que se deslizaría por una de las orillas del lago, y que los hombres seguirían a pie.

El tiempo estaba en calma, el desagradable viento del día anterior había cedido y tendía a variar hacia el sur. Sin embargo, el frío se dejaba sentir bastante, la temperatura estaba a doce grados bajo cero, circunstancia favorable y muy propicia para las marchas que tan penosas hacían las tormentas de nieve.

El lago Lindeman fue atravesado a eso de las once, y una hora les fue suficiente para franquear los dos kilómetros que le separan del Bennet, y a las doce el *scout* y su caravana hacían alto en el desembarcadero que se eleva en su extremidad meridional.

En este desembarcadero, los obstáculos eran tan considerables como en Sheep Camp del paso del Chilkoot. Varios miles de emigrantes lo ocupaban, esperando ocasión de continuar su camino. Por todas partes había extendidas tiendas de campaña, que no tardarán en serreemplazadas por chozas y casas, si el éxodo hacia el Klondike continúa aún algunos años.

En este pueblo, que llegaría a ser ciudad, ya se encontraban posadas que más tarde serían hoteles, almacenes de madera, serrerías de construcción naval ocultas en las riberas del lago, además de un puesto de policía, cuyos funcionarios no dejaban de ser peligrosos en medio de esos aventureros ruines que atravesaban la región.

El indio Neluto había hecho muy bien en dar una contestación tan vaga cuando fue consultado respecto al tiempo. Al principio de la tarde, un brusco cambio se produjo en el estado atmosférico.

El viento cambió totalmente al sur, y el termómetro subió a cero grados centígrados. Aquéllos eran síntomas que no podían

preverse. Se podía creer ya con alguna razón que la estación de frío tocaba a su término, y que el deshielo dejaría bien pronto libre la superficie de los ríos y de los lagos.

El lago Bennet ya no estaba helado en toda su extensión; tenía trozos bastante derretidos y podía pasar un barco sin otro peligro que el de prolongar su camino.

Hacia el final del día, la temperatura subió aún; el deshielo se acentuó; algunos témpanos empezaban a desprenderse de las orillas y se alejaban hacia el norte. Si no volvía el frío por la noche, se llegaría a la extremidad septentrional sin grandes dificultades.

El termómetro no bajó durante la noche, y al amanecer del día 2 de mayo, Bill Stell afirmó que la navegación podría efectuarse en condiciones bastante favorables. El viento que soplaba del sur permitiría, si persistía, desplegar vela.

Cuando al amanecer el *scout* quiso colocar en el barco los equipajes y las provisiones, vio que todo estaba perfectamente arreglado. Desde la víspera, Edith y Jane se habían encargado de ello. Bajo su dirección había sido colocado todo de una manera tan perfecta como no podía esperar el *scout*. El más pequeño trecho estaba ocupado, y todos los bultos, desde el grande hasta el más pequeño, se alineaban en orden maravilloso, pudiendo ser cogidos con toda facilidad.

Cuando los dos primos se unieron al *scout*, éste les participó la sorpresa que había experimentado.

—Si —respondió Ben Raddle—, son verdaderamente notables las dos. La actividad, el constante buen humor de Jane, la invencible y dulce firmeza de Edith tienen algo de sorprendente, y yo empiezo a temer haber hecho realmente un buen negocio.

—¿Qué negocio? —preguntó Bill Stell.

—No lo comprendería usted... Pero dígame, Stell —volvió a decir Ben Raddle—, ¿qué piensa usted del tiempo? ¿Hemos terminado ya el invierno?

—No quisiera hablar de una manera absoluta —respondió el *scout*—. Me parece, sin embargo, que los lagos y las riberas no

tardarán en estar completamente deshelados. Después de todo, siguiendo los pasos, podemos prolongar el viaje; nuestro barco...

—No tendrá que dejar su elemento natural —concluyó Summy Skim—. Es lo mejor.

—¿Qué piensa de eso Neluto? —preguntó Ben Raddle.

—Neluto piensa —declaró sentenciosamente el indio— que no hay que temer que el deshielo se detenga si el termómetro no baja.

—¡Muy bien! —dijo Ben Raddle, riendo—. No se arriesga a comprometerse, muchacho... ¿Pero los témpanos no son de temer?

—¡Oh, el barco es sólido! —afirmó Bill Stell—. Ha hecho ya sus pruebas navegando en medio del deshielo. Ben se volvió al indio.

—Vamos, Neluto —insistió—, ¿no quiere usted darme su opinión más claramente?

—Hace ya dos días que los primeros hielos están en movimiento —respondió el piloto—, prueba de que el alto del lago debe estar ya libre.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo Ben, con aire satisfecho—. Eso es al fin una opinión. Y el viento, piloto, ¿qué piensa de él?

—Se ha levantado dos horas antes que el día, y nos es favorable.

—Está muy bien. ¿Pero continuará así?

Neluto se volvió y recorrió con la mirada el horizonte del sur que encerraba el macizo del Chilkoot. Apenas ligeras nubes se deslizaban sobre el lado de la montaña. Después de haber tendido la mano en esta dirección, el piloto respondió:

—Yo creo que el viento continuará así hasta la tarde, señor.

—*All right!*

—A menos que cambie de aquí a entonces —concluyó Neluto con la mayor seriedad.

—¡Gracias, piloto! —dijo Ben, disgustado—. Quedo perfectamente enterado.

El barco del *scout* era una especie de chalupa, o más bien una barca de treinta y cinco pies de largo. Un cobertizo colocado detrás servía de abrigo a dos o tres personas, durante la noche o durante

el día, para librarse de las borrascas de nieve y de las ráfagas de la lluvia. Esta embarcación era de fondo plano, y, por consiguiente, levantaba la menor cantidad de agua; tenía seis pies de ancho, lo que le permitía llevar bastante superficie de vela. Tallada, como el trinquete de las chalupas de pesca, la vela se amarraba a la proa y se izaba en la extremidad de un mastelerillo de unos quince pies. En caso de mal tiempo, era fácil desprender este mastelerillo de su sitio y colocarlo en los bancos.

Tal embarcación no hubiera podido navegar sin viento favorable; pero aguas adentro avanzaba. Cuando las tortuosidades de los pasos, entre los campos de hielo, obligaban al piloto a tornar viento contrario, se aferraba la vela y se bordeaba con los remos, que, manejados por cuatro robustos canadienses, permitían alcanzar una marcha más favorable.

La superficie del lago Bennet no es considerable. No se puede comparar con esos vastos mares interiores del norte de América, donde las tempestades se desencadenan con violencia. No había duda que no fuesen suficientes las provisiones llevadas por el *scout* para la travesía; carne en conserva, galletas, té, café, un tonelito de aguardiente, más carbón de reserva para el hornillo. Además, se contaba con la pesca, que es abundante en esas aguas, y también se contaba con la caza de perdices o gangas, que frecuentan las riberas del lago.

El piloto Neluto con el timón, detrás del cobertizo, bajo el cual Edith y Jane habían tomado asiento; Summy Skim y Ben Raddle recostados cerca de Bill Stell; los cuatro hombres colocados en medio del barco, separando con sus bicheros los trozos de hielo, abandonaron la orilla a las ocho.

La navegación se había hecho con bastantes dificultades, a causa del gran número de embarcaciones que ocupaban los pasos. A fin de aprovechar el deshielo y el viento favorable, unos cien barcos habían salido del embarcadero del lago Bennet. En medio de esta flotilla era alguna vez muy difícil evitar los abordajes. Y entonces, ¡qué de vociferaciones, qué de injurias, qué de amenazas

estallaban por todas partes, además de los golpes que se cambiaban alguna vez! Por la tarde cruzó un barco de la policía. Los que lo ocupaban tenían que intervenir con mucha frecuencia en estos altercados.

El jefe de esta escuadra de policías conocía al *scout*, y le interpelló al pasar:

—¡Salud, *scout*!... Siempre emigrantes que nos llegan de Skagway para el Klondike...

—Sí —respondió el canadiense—, más de los que hacen falta...

—Y más que vendrán aún...

—¡Eso es seguro! ¿Cuántos calcula usted que han atravesado el lago Bennet?

—Quince mil aproximadamente.

—¡Y no se ha terminado!

—Ni mucho menos.

—¿Se sabe si el deshielo se hace hacia abajo?

—Eso dicen. Usted puede llegar al Yukón navegando. —Sí, si él frío no vuelve.

—Se puede esperar que no.

—Sí... Gracias.

—Buen viaje.

El tiempo estaba en calma; la marcha del barco apenas se notaba. Después de haber hecho escala durante dos noches, fue a detenerse, cerca del lago Bennet, en la tarde del día 4 de mayo.

En este sitio se separa del lago el riachuelo, o más bien el canal del Cariboo, que, menos de una legua más lejos, va a desembocar en el lago Tagish.

La marcha no se efectuaría hasta el día siguiente, después de la cena. Summy Skim quiso aprovechar las últimas horas del día para ir a cazar algo en las llanuras cercanas. Apenas hubo participado su intención, cuando, con gran sorpresa y mayor satisfacción aún, supo que Jane Edgerton quería acompañarle.

Verdaderamente su determinación debió parecer menos loca a sus compañeros de viaje, conociendo como conocían a Jane. Si

Summy Skim era un buen cazador, ella no se mostró menos diestra, y bien pronto los dos llevaban el producto de su caza común, tres pares de perdices y cuatro gangas con plumaje de un verde pálido. Edith entretanto había preparado un fuego de madera seca, y la caza, asada sobre una buena lumbre, fue considerada excelente.

El lago Tagish es de siete leguas y media de largo; está unido al lago Marsh por un estrecho cortado, que cuando llegó la caravana, el 6 de mayo, había obstruido el deshielo de la noche anterior.

Fue necesario, pues, arrastrar el barco sobre una extensión de una media legua, después de haber alquilado un tiro de mulas. La navegación se pudo continuar otra vez en la mañana del 7 de mayo.

Cuarenta y ocho horas serían necesarias para atravesar el lago en toda su extensión, aunque no pasaba de siete u ocho leguas. El viento se había levantado del norte, y con los remos no se debía contar para una marcha rápida. Felizmente, la flotilla de barcos parecía menos ceñida que sobre el lago Bennet; cierto número de embarcaciones se habían quedado poco a poco retrasadas, y la arribada tuvo lugar el 8 de mayo, antes de ponerse el sol.

—Si no me equivoco, Stell —dijo Ben Raddle, después de la cena—, no tenemos ya que atravesar más que un lago, el último de la región.

—Si, señor Raddle —respondió Bill Stell—, el lago Labarge. Pero antes nos será preciso seguir el Lewis River, y en esta parte del viaje es donde son más grandes las dificultades. Tenemos que franquear los rápidos de White Horse, donde se ha perdido más de una embarcación, personal y equipaje.

Estos rápidos constituyen, en efecto, los más serios peligros para la navegación entre Skagway y Dawson City. Ocupan tres kilómetros y medio de los ochenta y cinco que separan el lago Marsh del lago Labarge. En esta corta distancia, la diferencia de nivel no es inferior a treinta y dos pies, y el curso del río está lleno de arrecifes, contra los cuales las embarcaciones corren peligro de estrellarse.

—¿No se puede seguir los ribazos? —preguntó Summy Skim.

—Están impracticables —respondió el *scout*—. Pero se construye un tranvía, que transportará los barcos completamente cargados aguas abajo de los rápidos.

—¡Se construye un tranvía! —repitió Summy Skim—. ¿Es que no está terminado aún?

—En efecto, señor; a pesar de los cientos de hombres que trabajan en él.

—Entonces no hay que pensar en ello. Ya verá usted, mi bravo Bill, cómo no estará terminado cuando volvamos.

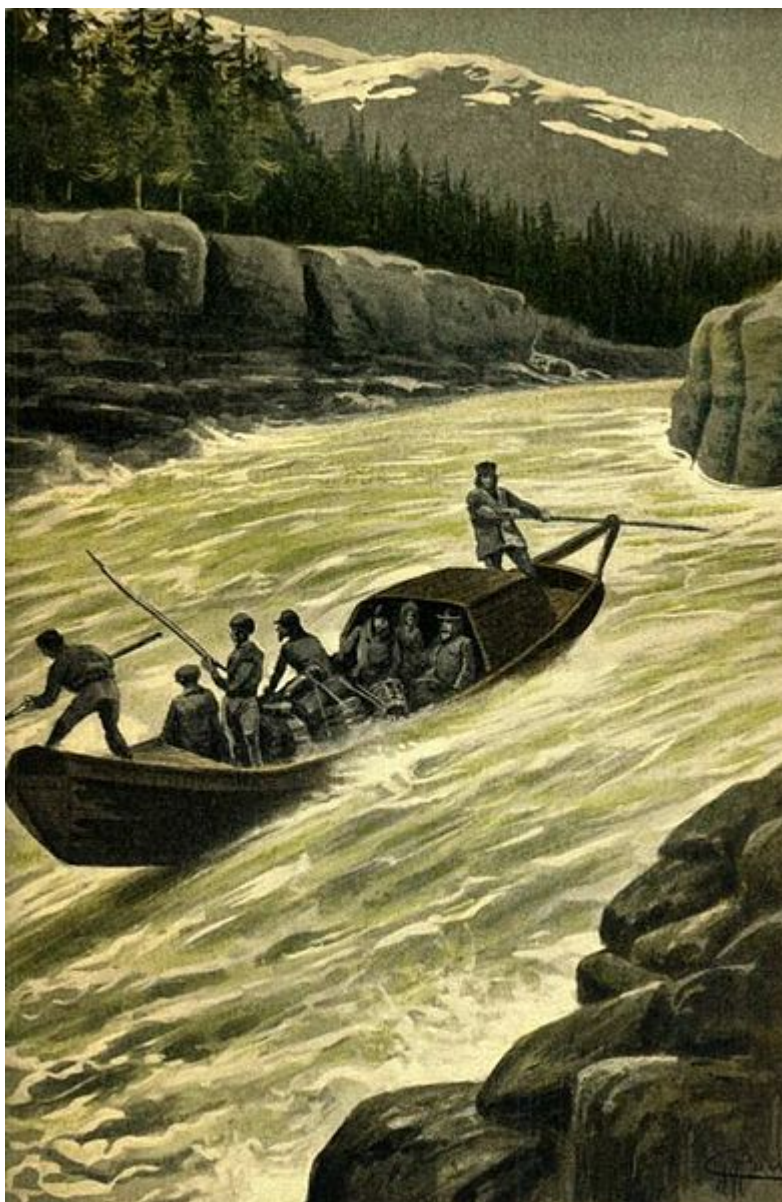
—A menos que estén ustedes en el Klondike más tiempo del que piensan —respondió Bill Stell—. Se sabe cuándo se va, y no se sabe cuándo se volverá...

—¡Ni si se volverá siquiera! —aprobó Summy Skim con convicción.

El 9 de mayo por la tarde descendía el barco por el río, ganando los rápidos de White Horse. No estaba solo para aventurarse en este peligroso paso. Otras embarcaciones le seguían. ¡Y cuántas de las que se presentaban así aguas arriba no se encontrarían aguas abajo!

Se comprenderá fácilmente que los pilotos afectos al servicio de la White Horse exigieran precios elevados. Esos tres kilómetros les reportaban ciento cincuenta francos por viaje. Así que de ninguna manera pensaban en dejar ese lucrativo oficio por el más dudoso de *prospecteur*.

En este sitio la velocidad de la corriente es de cinco leguas por hora. En muy corto tiempo se pueden descender los tres kilómetros de los rápidos si no hay que dar revueltas entre las rocas de basalto, caprichosamente sembradas entre las dos riberas, o por evitar los témpanos, escollos movedizos, en los que al choque fracasaría la más sólida embarcación, y que hace aumentar extraordinariamente la duración del viaje.



En varias ocasiones el barco tuvo que cambiar de rumbo, bien por un gran témpano, bien por algún bote que se interponía; pero la habilidad de Neluto le sacó más de una vez de algún apuro. El último salto de los rápidos es el más peligroso, y se producen en él verdaderas catástrofes. Es conveniente sostenerse en los bancos, si no se quiere ser arrojado por la borda de la embarcación. Pero Neluto tenía ojo, mano segura, imperturbable sangre fría, y aunque no pudo librarse de algunas rociadas de agua, el paso temible fue franqueado sin perjuicios de ninguna clase.

—¿Y ahora —exclamó Summy Skim— ha pasado lo peor, Bill?

—No cabe duda —respondió Ben Raddle.

—En efecto, señores —declaró el *scout*—; no nos queda ya que atravesar más que el lago Labarge y seguir el Lewis durante ciento sesenta leguas aproximadamente.

—¡Ciento sesenta leguas! —repitió Summy Skim riendo—. ¡Y decir que casi hemos llegado!

Bill Stell, de acuerdo con Neluto, decidió hacer un alto de veinticuatro horas en la estación del lago Labarge, al que llegaron el 10 de mayo por la tarde. El viento norte soplaba con violencia. Apenas si pudo el barco ganar la anchura del lago, aun a fuerza de remos, y el piloto tenía que luchar para hacer la travesía en esas condiciones, pues temía además que el descenso de temperatura diera lugar a una aglomeración de témpanos en medio de las aguas, y que la caravana no pudiera continuar su marcha.

En esta estación, creada sobre el mismo modelo y para las mismas necesidades que la del lago Lindeman y del lago Bennet, había ya muchas casas y cabañas. En una de estas casas, llamada hotel, tuvieron la suerte los viajeros de encontrar habitaciones desocupadas.

El lago Labarge es de unos cincuenta kilómetros, aproximadamente: se compone de dos partes, que se juntan en el mismo punto donde nace el río Lewis.

En la mañana del 12 de mayo zarpó el barco, debiendo emplear treinta y seis horas en atravesar esta primera parte del lago. Fue, pues, en la tarde del 13 de mayo, hacia eso de las cinco, cuando el *scout* y sus compañeros, después de haber sufrido fuertes huracanes, alcanzaban el curso del Lewis, oblicuo al nordeste, llegando hacia Fort Selkirk. Desde el día siguiente el barco navegaba en medio del deshielo.



Hacia las cinco, el *scout* dio orden de atracar a la ribera derecha, cerca de la cual pensaba pasar la noche. Jane y Summy desembarcaron, y bien pronto sonaron unas detonaciones, y algunos pares de patos y de gangas permitieron aumentar las conservas de la comida.

Además, las paradas que hacía Bill Stell durante la noche las hacían también las embarcaciones que descendían el curso del Lewis, e infinidad de lumbres de campamento se encendían en las riberas.

Desde ese día la cuestión del deshielo parecía estar enteramente resuelta. Bajo la influencia de los vientos del sur, el termómetro se sostenía a cinco o seis grados sobre cero. No se esperaba que el río volviese a helarse.

No había que temer ningún ataque de fieras durante la noche. No se señalaba aquel sitio como morada de osos, y Summy Skim no tuvo ocasión —tal vez con sentimiento— de matar alguno de esos formidables plantígrados. En cambio, era preciso defenderse contra los cien mil mosquitos, y sólo se podían evitar sus picaduras, tan dolorosas como irritantes, sosteniendo la lumbre hasta por la mañana.

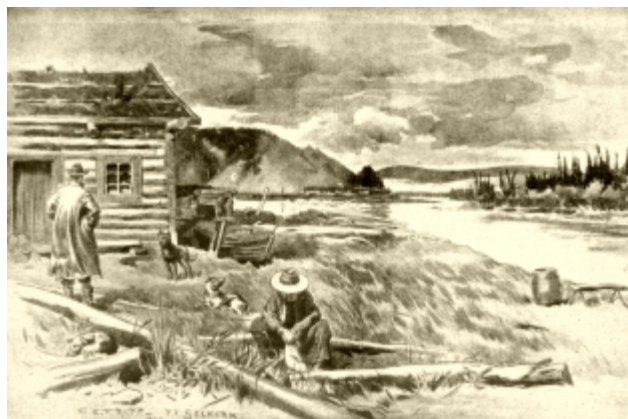
Después de haber descendido el Lewis durante cincuenta kilómetros, el *scout* y sus compañeros se apercibieron de la confluencia del río Hootalinqua la tarde del 15 de mayo y al día siguiente la del Big Salmon, dos tributarios del Lewis. Allí pudieron observar que las aguas azules del río se alteran con la mezcla de

las de sus afluentes. Al día siguiente pasaba el barco por delante de la embocadura del río Walsh, abandonado ahora por los mineros; después por la de Cassiar, banco de arena sumergido, y en el cual muchos *prospecteurs* recolectan en un mes treinta mil francos de oro.

El viaje se continuaba con alternativas de bueno y mal tiempo. El barco marchaba, tan pronto a la vela, tan pronto remando, y alguna veces hasta a la sirga en los pasajes muy tortuosos.

El 25 de mayo habían descendido la mayor parte del Lewis, que bien pronto sería el Yukón, y se había efectuado en condiciones favorables, cuando el *scout* fue a establecerse en el campo de Turenne, que ocupa una escarpada, sembrada en este tiempo de las primeras flores. Muchos emigrantes habían colocado allí sus tiendas de campaña. Necesitando el barco algunas reparaciones, permaneció allí veinticuatro horas, y Summy Skim pudo entregarse a su ejercicio favorito.

Durante los dos días siguientes, gracias a una corriente de cuatro nudos por hora, el barco descendía bastante rápidamente la ribera. El 28 de mayo por la tarde, después de haber pasado el laberinto de las islas Myersall, se aproximó a la ribera izquierda, y fue a amarrar al pie de Fort Selkirk.



Este fuerte, construido en 1848 para el servicio de los agentes de la bahía de Hudson, fue después demolido por los indios en 1852: actualmente no es más que un bazar bastante surtido.

Rodeado de barracas y de tiendas de campaña de los emigrantes, domina el curso de la gran arteria, que, a partir de allí, lleva más especialmente el nombre de Yukón, aumentada por las aguas del Pelly, su principal tributario por la ribera derecha.

A precios excesivos, es verdad, encontró el *scout* todo cuanto quería en Fort Selkirk, y, después de un descanso de veinticuatro horas, el 30 de mayo por la mañana se abandonó de nuevo a la corriente. Pasó sin detenerse delante del confluente del río Stewart, que empezaba a atraer a los buscadores de oro. Ya los *claims* pululaban sobre su curso de trescientos kilómetros. Después el barco se estacionó durante medio día en Ogilvie, sobre la ribera derecha del Yukón.

Hacia abajo se ensanchaba el río cada vez más, y las embarcaciones podían navegar sin cuidado en medio de los numerosos hielos que derivaban hacia el norte.

Después de dejar detrás las embocaduras de la Indian River y del Sixty Miles Creek, que se abren frente a frente, a cuarenta y ocho kilómetros de Dawson City, el *scout* y sus compañeros, en la tarde del 3 de junio, pusieron al fin el pie en la capital del Klondike.

En el instante preciso en que desembarcaban los viajeros, Jane se aproximó a Ben Raddle y le entregó una hoja de papel, arrancada de su cartera de bolsillo, en la que acababa de escribir algunas palabras.

—Permítame usted, señor Raddle —dijo—, darle recibo.

Ben tomó el papel y leyó:

—Recibido del señor Ben Raddle un viaje confortable desde Skagway a Dawson, conforme a los términos de nuestro contrato, el cual firmo.

Seguía la firma.

—Está en regla —dijo Ben con flema, metiendo el papel en el bolsillo.

—Permítanme ustedes también, señores —continuó Jane, dirigiéndose esta vez a los dos primos—, unir a este recibo las

gracias de Edith y las mías por la simpatía que ustedes nos han demostrado y que espero corresponder como se merece.

Sin decir una palabra más, Jane estrechó la mano de Ben Raddle; pero cuando llegó el turno de Summy Skim, éste, sin tratar de disimular su emoción, retuvo en las suyas la pequeña mano que le ofrecían.

—¡Vamos!... ¡Vamos, señorita Jane! —dijo Summy con la cabeza un poco perdida—. ¿Van ustedes a dejarnos?

—¿Qué duda cabe? —respondió Jane sorprendida—. ¿No ha sido eso lo convenido?

—Sí, sí... —dijo Summy—; pero imagino que la volveremos a ver.

—Yo lo espero, señor Skim, pero eso no depende de mí. Depende todo de las casualidades de la prospección.

—¡La prospección!... —exclamó Summy—. ¡Pero, señorita, por Dios, siempre con esa idea loca!

Con un movimiento seco Jane retiró su mano prisionera.

—No sé lo que tiene de loco mi proyecto, señor Skim —dijo con tono algo picado—. Debiera usted pensar que no he venido hasta Dawson para cambiar súbitamente de idea como una veleta que gira a todos los vientos... Tanto más cuanto que he adquirido ahora obligaciones a las cuales espero hacer honor —añadió, volviéndose hacia Ben Raddle.

Summy Skim experimentó un vivo sentimiento al ver que tenía que separarse de las dos jóvenes.

—¡Evidentemente!... ¡Evidentemente!... —balbuceó, sin darse cuenta de lo que decía, mientras que las dos primas se alejaban con paso decidido hacia el hospital de Dawson.

CAPÍTULO IX

EL KLONDIKE

Esta porción del norte de América que se llama Alaska es una extensa región bañada por las aguas de dos océanos, el Ártico y el Pacífico. La extensión de este territorio no es menos de un millón quinientos mil kilómetros cuadrados, que el imperio ruso, tanto en pro de la simpatía por la Unión como por la antipatía por Gran Bretaña, concedió a Estados Unidos, que desde ese día dio un paso más hacia la realización íntegra de la famosa doctrina de Monroe: *América para los americanos*.

Probablemente, a no ser por los yacimientos auríferos que contiene, no se hubiera podido sacar provecho de esas comarcas medio canadienses y medio alaskienses que riega el Yukón, comarcas situadas más allá del círculo polar y cuyo suelo no es propio para ningún cultivo.

Sin embargo, no hay que olvidar que Alaska, incluyendo las islas Baranof, Almirantazgo y Príncipe de Gales, que dependen de él, así como el archipiélago de las Aleutianas, posee un inmenso desarrollo litoral, con numerosos puertos de arribo para las embarcaciones desde Sitka, capital del Estado de Alaska, hasta Saint-Michel, colocado en la embocadura del Yukón, uno de los ríos más grandes del mundo.

El meridiano ciento cuarenta y uno ha sido arbitrariamente escogido como línea de demarcación entre Alaska y el poderoso Dominion. En cuanto al límite meridional, que desvía y se encorva de manera que envuelve las islas ribereñas, está falto de la precisión deseada.

Consultando un mapa de Alaska, se ve que el terreno es plano en su mayor parte. El sistema orográfico no se acusa más que en el sur. Allí empieza la cadena de las montañas, que continúa a través de la Columbia y de California bajo el nombre de Cascada de Ranger.

Lo que sorprende más particularmente es el curso del Yukón. Después de haber regado el Dominion, se dirige hacia el norte, y luego el magnífico río penetra en Alaska, describiendo una curva hasta Fort Yukon; después vuelve a descender hacia el sudoeste y va a desembocar en Saint-Michel en el mar de Bering.

El Yukón es superior al Pére des Eaux y hasta el mismo Misisipi. El caudal de este río no es menor de veintitrés mil metros cúbicos por segundo, y su curso se extiende sobre dos mil doscientos kilómetros a través de un depósito, cuya superficie es dos veces mayor que la de Francia.

Si los territorios que recorre no son susceptibles de cultivo, el área forestal es muy considerable. Los bosques de madera de cedro amarillo son impenetrables, y podría surtirse de ellos el mundo entero si los bosques más accesibles se agotaran. En cuanto a la fauna, tiene por representantes los osos negros, el alce, el caribú, el *thébai* u oveja de monte, el camello de largo pelaje blanco, más una rica colección de aves, gangas, agachadizas, tordos, perdices de las nieves y patos, que se multiplican a millares.

Las aguas que bañan el inmenso perímetro de las costas no son menos ricas en mamíferos marinos y en pescados de todas clases. Hay uno, el harlatán, que merece especial mención. Este pescado está totalmente impregnado de aceite, con el que se puede, sin preparación ninguna, alumbrarse lo mismo que si fuera una

antorcha. De eso le viene el nombre de *Candle Fish* que le dan los americanos.

Descubierto por los rusos en 1730, explotado en 1741 cuando su población total, en general de origen indio, no pasaba de treinta y tres mil habitantes, esta comarca está ahora invadida por la muchedumbre de emigrantes y de *prospecteurs* que las minas de oro atraen desde hace algunos años al Klondike.

En 1864 fue cuando se oyó hablar por primera vez de esas minas árticas. En esta época, el reverendo MacDonald encontró el oro, para recoger a cucharadas, en un río pequeño próximo al Fort Yukon.

En 1882, un grupo de antiguos mineros de California, y entre ellos los hermanos Boswell, se aventuraron a atravesar el Chilkoot y explotar regularmente los nuevos placeres.

En 1885, los *orpailleurs* del Lewis-Yukón señalaban los yacimientos del Forty Miles Creek, un poco más abajo del emplazamiento futuro de Dawson City, casi en el mismo sitio que debía ocupar más tarde el *claim* 129 de Josias Lacoste. Dos años después, cuando el gobierno canadiense procedió a la limitación de la provincia, extrajeron seiscientos mil francos de oro.

En 1892 la North American Trading and Transportation Company, de Chicago, fundó la ciudad de Cudahy, en la confluencia del Forty Miles Creek y del Yukón. Hacia la misma época, vigilando el trabajo, trece condestables, cuatro sargentos y tres oficiales, recogieron más de un millón quinientos mil francos en los *claims* del Sixty Miles Creek, un poco más arriba de Dawson City.

La decisión es general: acuden los *prospecteurs* de todas partes. En 1895 no hay menos de mil canadienses, la mayor parte franceses, que atraviesan el Chilkoot.

Pero cuando cundió la emocionante noticia fue en 1896. Se acababa de descubrir un río de una riqueza increíble. Ese río es el Eldorado, un afluente del Bonanza, que es afluente del Klondike, el cual desemboca en el Yukón. En seguida la muchedumbre de buscadores de oro se apresuró a marchar. Los lotes que se vendían

en Dawson City a veinticinco francos valían en seguida ciento cincuenta mil.

La región que lleva más especialmente el nombre de Klondike no es más que un distrito del Dominion. Los ciento cuarenta y un grados de longitud, que traza la línea de demarcación entre Alaska y las posesiones de Gran Bretaña, forman el límite occidental de ese distrito.

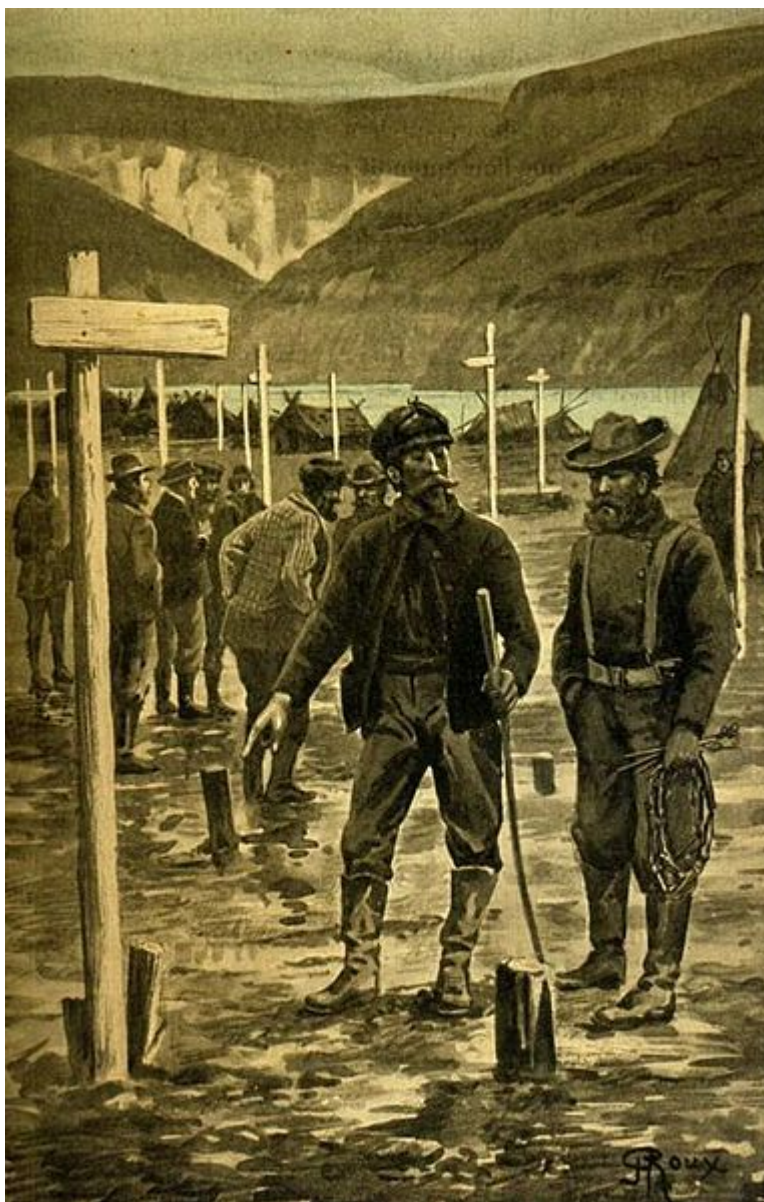
Al norte, un afluente del Yukón, el Klondike, marca su frontera y va a desembocar a la misma ciudad de Dawson City, que divide en dos partes desiguales.

Por el este limita con esta porción del Dominion sobre la que aparecen las primeras ramificaciones de las Montañas Rocosas, y que el Mackenzie atraviesa de sur a norte.

El centro del distrito se eleva en altas colinas, la principal de las cuales, el Dóme, fue descubierta en 1897. Son los únicos relieves de ese terreno, generalmente llano, donde se desenvuelve la red hidrográfica que se une al Yukón. La mayor parte de los tributarios del río, portador de oro en pepitas sobre sus riberas, son centenares de *claims* en explotación. Pero el territorio aurífero por excelencia es el que baña el Bonanza, salido de los Dómes de Cormack y sus múltiples afluentes, Eldorado, el Queen, el Bulder, el American, el Pure Gold, el Cripple, el Tail, etc.

Se explica que sobre un territorio surcado de *creeks* y de ríos enteramente deshelados durante los tres o cuatro meses de verano, sobre esos yacimientos tan numerosos y de explotación relativamente fácil, se precipiten los *prospecteurs* en masa, y se comprende que aumente su número cada año, a pesar de las fatigas, la miseria y los sinsabores del viaje.

En el mismo sitio en que el Klondike se une con el Yukón no existía hace algunos años más que un pantano sumergido a menudo por las crecidas. Algunas chozas de indios, construidas a estilo ruso, donde vivían miserablemente familias indígenas, animaban solas esta triste soledad.



En esta confluencia de dos ríos fue donde un canadiense llamado Leduc fundó Dawson City, que en 1898 contaba ya con dieciocho mil habitantes.

La ciudad fue al principio dividida por su fundador en lotes, por los cuales éste no pedía más de veinticinco francos, lotes que encuentran ahora comprador a precios que varían entre cincuenta mil y doscientos mil francos. Si los filones del Klondike no están próximos a extinguirse, si se descubren nuevos yacimientos en el gran río, Dawson City puede llegar a ser una metrópoli tan

importante como Vancouver, de la Columbia británica, o Sacramento, de la California americana.

En los primeros tiempos de su creación la nueva ciudad estuvo a punto de desaparecer por la inundación, como había ocurrido con el pantano que antes ocupaba su sitio. Fue preciso construir diques sólidos para asegurarse contra ese peligro, que existía todos los años durante un corto período de tiempo. Es tal la abundancia de aguas en el Yukón en tiempo del deshielo, que son detener los mayores estragos; durante el verano, por el contrario, el nivel del río baja hasta el punto que el Klondike puede ser vadeado sin mojarse los pies.

Ben Raddle conocía a fondo la historia de ese distrito. Estaba al corriente de todos los descubrimientos hechos desde algunos años. Sabía cuál había sido la progresión constante del rendimiento de los placeres y qué golpes de fortuna se habían producido. Que él había ido al Klondike nada más que para tornar posesión del *claim* de Forty Miles Creek, para reconocer su valor y para venderlo en las mejores condiciones, se debía creer, puesto que él lo afirmaba. Pero Summy Skim notaba que el interés de su primo por las cuestiones auríferas crecía, al mismo tiempo que disminuía la distancia a la región minera, y cada vez temía más que echase raíces en ese país del oro y de la miseria.

En esta época, el distrito no contaba menos de ocho mil *claims*, numerados desde la desembocadura de los afluentes y de los subafluentes del Yukón hasta su nacimiento. Los lotes eran de quinientos pies de superficie, o de doscientos cincuenta, con arreglo a la modificación aportada por la ley de 1896.

La manía de los *prospecteurs*, la preferencia de los sindicatos se orienta siempre a los yacimientos del Bonanza, de sus tributarios y de las colinas de la ribera izquierda del Klondike.

¿No es en este terreno privilegiado donde Georgy Mac Cormack vendió varios *claims*, de veinticuatro pies de largo por catorce de ancho, de donde se extrajeron pepitas por valor de ocho mil dólares, o sea cuarenta mil francos en menos de tres meses?

¿La riqueza de los yacimientos de Eldorado no es tan grande, puesto que, por término medio, cada plato vale de veinticinco a treinta y cinco francos? Resulta de esta lógica conclusión que si, como todo el mundo cree, la veta es de treinta pies de ancho, quinientos de largo y cinco de espesor, producirá hasta veinte millones de francos. Así, desde esta época, las sociedades, los sindicatos, tratan de adquirir esos *claims*, y se los disputan a precios muy altos.

Era una verdadera lástima, según pensaba Ben Raddle, que la herencia del tío Josias no hubiera estado en uno de esos *claims* del Bonanza, en lugar de pertenecer a la región del Forty Miles Creek del otro lado del Yukón. Si querían venderlo o explotarlo, el producto hubiera sido siempre mejor. Y aun es de suponer que los ofrecimientos hechos a los herederos hubieran sido de tal cuantía que no habrían tenido necesidad de emprender el viaje del Klondike: Summy Skim estaría entonces gozando en su finca de Green Valley, en lugar de chapotear por las calles de esta capital, cuyo barro encierra tal vez partículas del precioso metal.

Quedaban, es verdad, las proposiciones hechas por la Trading and Transportation Company, a menos que, a falta de contestación, hubieran caducado y no se pudieran ya entender.

Después de todo, Ben Raddle había ido a ver, y vería. Aunque el 129 no hubiera producido nunca pepitas de tres mil francos (la mayor que fue encontrada en el Klondike tenía este valor), no debía estar agotado aún, pues los ofrecimientos de compra acababan de ser hechos, y los sindicatos americanos o ingleses no tratan estos negocios a ojos cerrados. Era, pues, de creer, aun poniéndose en lo peor, que los dos primos sacarían de su viaje al menos con qué cubrir gastos.

Ben Raddle lo sabía; se hablaba ya de nuevos descubrimientos. Summy Skim tenía los oídos cansados de oír hablar del Hunter, un afluente del Klondike, que pasaba entre dos montañas de mil quinientos pies de altura, ricas en yacimientos, cuyo oro era más puro que el de Eldorado —del Gold Bottom, donde, con arreglo a

referencias de Ogilvie, existía un filón de cuarzo aurífero que daba hasta mil dólares por tonelada—, y de cientos de ríos más maravillosos aún.

—¿Comprendes, Summy? —decía Ben Raddle—. En caso de decepción podemos siempre volvernos a este país extraordinario.

Summy se hacía el sordo, y volvía obstinadamente a su asunto.

—Todo está muy bien, Ben. Permíteme, sin embargo, recordarte una cosa. Muy bien el Bonanza, el Eldorado, el Bear, el Hunter, el Gold Bottom; pero a nosotros nos interesa el Forty Miles, y yo no oigo hablar de ese Forty Miles: como si no existiera.

—Existe, tranquilízate —respondió Ben Raddle sin inmutarse—. Tú podrás dar testimonio bien pronto. Después, volviendo a su idea favorita, continuó:

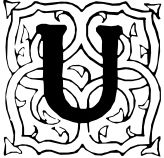
—Pero ¿cómo es que no te interesa ya ese prodigioso Klondike? Las calles están aquí empedradas de oro, positivamente. Y no es sólo el Klondike el único territorio de la comarca que está surcado por las venas auríferas. No tienes más que mirar al mapa y verás qué increíble cantidad de regiones mineralizadas están señaladas. Las hay en el Chilkoot, que hemos atravesado, en los montes Cassiar y en otras partes. Alaska está lleno, y su cadena se prolonga más allá del círculo polar hasta las costas del océano Glacial...

Pero esta entusiasta relación no sirvió más que para turbar la serenidad de Summy Skim. En vano hacía reflejar todos esos tesoros ante los ojos de su primo; éste se contentaba en responder sonriendo:

—Tienes razón, Ben; tienes perfecta razón. El depósito del Yukón es seguramente el país bendecido por los dioses. En lo que a mí concierne, pienso con satisfacción que no poseemos más que un pedacito de esas riquezas... pues si fuera mayor, sería preciso, sin duda ninguna, más tiempo para estar completamente libre de él.

CAPÍTULO X

LOS DEBATES SOBRE EL TRAZADO DE UN MERIDIANO

— na aglomeración de chozas, barracas y tiendas de campaña en la superficie de un pantano, amenazado constantemente por las crudezas del Yukón y del Klondike; las calles tan irregulares como cenagosas, a cada paso barrancos, es la idea que tiene formada de lo que es Dawson City, no considerada como una ciudad, sino algo así como una gran pocilga, a propósito para ser habitada por millares de perros que se oyen ladrar durante la noche, ¿no es ésa su opinión, señor Skim? Pues la pocilga se ha transformado notablemente, gracias a los incendios que la habían llenado de escombros. Dawson City es ahora una ciudad con iglesias católicas y protestantes, bancos y hoteles. Pronto tendrá dos teatros, con un salón de ópera para más de dos mil localidades, etcétera, etcétera. ¡Y no puede usted imaginarse lo que quieren decir mis etcéteras!...

Así se explicaba el doctor Pilcox, un anglocanadiense vigoroso, activo, de una salud inquebrantable, de muy buena constitución y sin que ninguna enfermedad hubiese hecho mella en él. Nombrado un año antes director del hospital de Dawson, había ido a instalarse a esta ciudad tan favorable para los ejercicios de su profesión, pues allí parece que las epidemias se dan cita, además de la fiebre

endémica del oro, contra la que él estaba vacunado, por lo menos, tanto como Summy Skim.

A la vez que médico, el doctor Pilcox era cirujano, farmacéutico, dentista, y como se le consideraba tan hábil, la clientela afluía a su comfortable casa de Front Street, en una de las principales calles de Dawson City.

Bill Stell conocía hacia tiempo al doctor Pilcox, pues le encontró cuando él servía en calidad de espía en el ejército canadiense. Se aprovechaba de esas antiguas relaciones para recomendarle con frecuencia familias de emigrantes que él conducía desde Skagway al Klondike. Ben Raddle y Summy Skim obtuvieron con este personaje muy alto puesto en el aprecio público. No poseía el Klondike otro habitante que estuviera más al corriente de lo que ocurría en el país. Y si había alguien que fuese capaz de dar un buen consejo, a la vez que una buena consulta, era este excelente hombre.

La primera pregunta de Summy Skim fue relativa a sus lindas compañeras de viaje. ¿Qué había sido de ellas?... ¿Las había visto el doctor Pilcox?



—¡No me hable usted! Es prodigiosa —exclamó el doctor (pero se expresaba en singular, con angustia de Summy)—. Es una perla esta muchacha, una verdadera perla; yo estoy encantado de haberla hecho venir hasta aquí. Apenas hace dos días que ha entrado en el hospital y ya lo ha transformado. Esta mañana abro un armario, y me he quedado sorprendido al ver su magnífico orden, al que no estaba acostumbrado, lo confieso. Intrigado, abro otro, tres más, diez; todos iguales, a cuál mejor; mis instrumentos arreglados admirablemente, y la sala de operaciones brilla de limpia, como no la he conocido nunca. En fin, es cosa increíble, esta niña ha adquirido en pocas horas un verdadero ascendiente sobre el resto del personal. Todo marcha de maravilla. Los enfermeros y las enfermeras cumplen con su obligación. Las camas, arregladas con arte, tienen un aspecto agradable. Y hasta los enfermos, Dios me

perdone, me parece positivamente que se encuentran mucho mejor...

Ben Raddle parecía estar gozoso de lo que oía.

—Estoy encantado, doctor —dijo—, de los elogios que hace de su nueva enfermera. Eso prueba que no me había yo equivocado, y mi opinión es que en adelante tendrá muchas más agradables sorpresas.

Summy Skim parecía menos gozoso. Su cara expresaba una verdadera inquietud la que conocía yo mucho es la que ha venido a ser mi enfermera; de la otra nada puedo decir: apenas he tenido tiempo de verla. Llegó con su prima al hospital, y partió diez minutos después para no volver hasta el mediodía, vestida de minero, pica sobre la espalda y revólver a la cintura. Ayer por la mañana, cuando he preguntado por ella, he sabido que se había puesto en camino casi en seguida, sin decir a nadie nada. Y por su primá he sabido que tenía la intención de prospectar, como un hombre.

—¿De modo que ha partido?... —insistió Summy Skim.

—Radicalmente —afirmó el doctor, que añadió:

—Creo haber visto más de un tipo singular durante mi vida; pero confieso que no he visto nunca uno de ese calibre.

—¡Pobrecita! —murmuró Summy—. ¿Cómo ha podido dejarla arriesgarse a una empresa tan insensata?

Pero el doctor no escuchaba ya a Summy Skim. Le había interrogado de nuevo Ben Raddle sobre Dawson, y hablaba por los codos; era un gran entusiasta de su ciudad y no lo ocultaba.

—Si —repetía—, es ya digna del nombre de capital del Klondike que le ha dado el gobierno del Dominion.

—Una capital que no está concluida, doctor —observó Ben Raddle.

—Si no lo está, lo estará dentro de poco, pues el número de habitantes aumenta cada día.

—¿Con cuántos cuenta ahora? —preguntó Ben—. Con veinte mil, señor.

—Diga usted con veinte mil transeúntes y no con veinte mil habitantes. En invierno Dawson debe ser un desierto.

—Perdone usted. Veinte mil habitantes que están aquí establecidos con sus familias y no piensan ya marcharse.

Mientras Ben Raddle, con provecho de su instrucción, hojeaba la estadística que el doctor Pilcox tenía, Summy Skim guardaba un silencio profundo y parecía estar triste. Su pensamiento había partido con Jane Edgerton. Él la veía por el largo camino salvaje, sola, abandonada, sin otra defensa que su indomable voluntad... Pero, después de todo, eso no debía importarle a él.

—¡Perdone usted!... ¡Perdone usted!... —interrumpió—. Habla usted de una sola muchacha, y son dos...

—Si, es verdad —dijo riendo el doctor Pilcox—; pero esta loca era libre de ir a buscar la miseria y la muerte, si tal era su capricho... Levantando los hombros, desechó su idea lejos de él e intervino en la conversación.

—Sin embargo —hizo observar, por oír al excelente doctor—, yo no veo en Dawson lo que caracteriza habitualmente una capital...

—¡Cómo! —exclamó el doctor Pilcox, inflándose, lo que le hacía parecer más redondo aún—. ¡Si es la residencia del comisario general de los territorios del Yukón, el mayor James Walsh, y de toda una jerarquía de funcionarios como no encontrarán ustedes en las metrópolis de la Columbia o del Dominion!

—¿Cuáles, doctor?

—Un juez del Tribunal Supremo, míster Mac Guire; un comisario del oro, míster Th. Faucett; un comisario de las Tierras de la Corona, míster Wade; un cónsul de Estados Unidos de América; un agente consular de Francia...

—Vaya —dijo Summy Skim—, son, en efecto, altos personajes... ¿Y para el comercio?

—Poseemos ya dos bancos —respondió el doctor—: The Canadian Bank of Commerce de Toronto, que dirige M. H.-I. Wills, y The Bank of British North America.

—Ya es suficiente, ya. ¿En cuanto a iglesias?

—Dawson City tiene tres, señor Skim: una católica, otra de la religión reformada y otra protestante.

—¡Está esto muy bien para la salud de las almas, y si la del cuerpo está también asegurada!...

—¿Qué piensa usted de esto, señor Skim, un comandante jefe de policía montada, el capitán Stearns, un canadiense de origen francés, y del capitán Harper, a la cabeza del servicio de correos, que cuentan los dos con unos sesenta hombres a sus órdenes?

—Yo pienso, doctor —respondió Summy Skim—, que esta escuadra de policía debe ser insuficiente, dado el número y calidad de los habitantes del país.

—Ya aumentará tanto cuanto sea preciso —aseguró el doctor Pilcox—, y el gobierno del Dominion no omitirá medio para asegurar la tranquilidad de los habitantes de la capital del Klondike.

Había que oír pronunciar al doctor esas palabras: ¡Capital del Klondike!

Y a Summy Skim responder:

—Todo es, pues, de lo mejor... Pero, después de todo, yo no sé por qué hago a usted esas preguntas. La brevedad de mi estancia me impedirá, así lo espero, apreciar como convendría las numerosas ventajas de Dawson. Y con tal que la ciudad tenga un hotel, es oficioso preguntar más.

—Hay lo menos tres: Yukón Hotel, Klondike Hotel, Northern Hotel —este último no lo ignoraba Summy Skim, por ser donde los dos primos tenían sus habitaciones.

Además, por pocos mineros que afluyan a Dawson, los propietarios de esos hoteles no pueden por menos de hacer fortuna. Una habitación cuesta siete dólares diarios, y las comidas tres dólares cada una; el precio de un servicio en la barbería se eleva a un dólar por afeitarse la barba, y dólar y medio por cortarse el pelo.

—¡Afortunadamente —hizo observar Summy Skim—, yo no necesito afeitarme!... En cuanto a los cabellos, ¡pienso volver con los míos intactos a Montreal!

Las cifras citadas muestran lo caro de la vida en la capital del Klondike. Quien no se enriquecía rápidamente por una casualidad, era casi seguro que se arruinaba en poco tiempo. Júzguese por esos precios elevados de la carestía de Dawson City: un vaso de leche cuesta dos francos y medio; la libra de manteca cinco francos, y es preciso poseer doce francos y medio para comprar una docena de huevos. La libra de sal cuesta un franco, y la docena de limones, veinticinco francos.

Los precios de los baños son de doce francos y medio, si son ordinarios; pero el precio del baño ruso se eleva a ciento sesenta francos.

Summy Skim se declaró resuelto a contentarse con baños ordinarios.

En esta época, Dawson City se extendía sobre dos kilómetros a lo largo de la ribera derecha del Yukón, distante mil doscientos metros de las colinas más próximas. Sus ochenta y ocho hectáreas de superficie estaban divididas en dos barriadas, separadas por el curso del Klondike, que desemboca allí en el gran río. Se contaban siete avenidas y cinco calles, cortadas en ángulo recto y bordeadas de aceras de madera. Cuando esas calles no estaban invadidas de trineos, durante los interminables meses de invierno, grandes coches y pesados carretones circulaban rápidamente entre la multitud de perros.

En los alrededores de Dawson City había gran número de huertas, en las que crecían nabos, colinabos, lechugas y zanahoria, pero en cantidad insuficiente. De ahí la necesidad de traer a altos precios las legumbres del Dominion, de la Columbia o de Estados Unidos. En cuanto a las carnes, las traían los barcos frigoríficos después del deshielo, subiendo el Yukón desde Saint-Michel hasta Dawson City. Desde la primera semana de junio esos yuckneros aparecen hacia arriba, y los muelles retumban con el silbido de sus sirenas.

Pero en invierno, encerrado el Yukón en su concha de hielo, está sin vida, y Dawson está durante meses y meses aislada del mundo.

Hay que alimentarse de conservas y vivir encerrado cada uno en su casa, pues el rigor de la temperatura impide casi por completo el ejercicio al aire libre.

Así, cuando llega la primavera, las enfermedades hacen estragos en la ciudad. El escorbuto, la meningitis, el tifus diezman la población, anémica por una larga clausura.

Este año precisamente, después de un invierno en extremo riguroso, las salas del hospital estaban atestadas de enfermos. El personal era insuficiente, y el doctor Pilcox tenía mil razones para congratularse de la ayuda que en tan difícil ocasión tenía con la nueva y preciosa recluta.

A tal estado habían llegado aquellas pobres gentes, llenas de miseria, de frío y de fatiga, que los trineos, tirados por perros, conducían incesantemente muchos desgraciados al cementerio, donde les esperaba una tumba común, ¡cavada quizá por otros miserables en plenas minas de oro!

A despecho de ese lamentable espectáculo, los dawsonienses, o por lo menos los mineros que estaban de paso, no cesaban de abandonarse a placeres excesivos. Los que iban por primera vez a los yacimientos, y los que volvían con el fin de rehacer sus ganancias, devoradas en unos meses, metían gran ruido en los casinos y en las casas de juego. La multitud llenaba los restaurantes y los bares, mientras que las epidemias diezaban la ciudad. Al ver esos centenares de bebedores, de jugadores, de aventureros de constitución sólida, no se hubiera podido creer que tantas infelices familias, hombres, mujeres, niños, sucumbieran aplastadas por la miseria y la enfermedad.

Todo ese mundo, ávido de sensaciones violentas, de emociones nuevas, se amontonaba en los *Folies Bergère*, los Montecarlo, los *Dominion*, los *Eldorado*, no diré de la tarde a la mañana, primero porque en esta época del año próxima al solsticio no hay ni tarde ni mañana, y segundo, porque esos sitios no se cierran ni un solo instante. Allí funcionan sin interrupción el póquer, el monte y la ruleta. Sobre el tapete verde se deslizan, no ya los dólares, sino las

pepitas y los polvos de oro, en medio del tumulto, de los gritos, las provocaciones, las agresiones y alguna vez las detonaciones de revólver. Allí ocurrían escenas abominables, que la policía era incapaz de evitar, en las que los Hunters, los Malones u otros semejantes desempeñaban los primeros papeles.

En Dawson los restaurantes están abiertos de día y de noche. A todas horas se comen pollos, a veinte dólares la pieza; ananás, a diez dólares; huevos frescos, a quince dólares la docena; allí se fuman cigarros de tres francos y medio; se bebe vino a veinte dólares la botella, y *whisky*, que cuesta tan caro como una casa de campo.

Tres o cuatro veces por semana los *prospecteurs* de los *claims* inmediatos se reúnen y despilfarran en unas horas en esos restaurantes o en las casas de juego todo lo que les han dado las orillas del Bonanza y de sus tributarios.

Ofrece aquello un espectáculo triste, aflictivo, pues se manifiestan los más deplorables vicios de la naturaleza humana; y lo poco que Summy Skim observó en las primeras horas no sirvió más que para aumentar su desagrado por ese mundo de aventureros.

Se propuso no tener ocasión de estudiarlo muy a fondo, y sin pérdida de tiempo puso en práctica lo posible para hacer todo lo menos duradera su estancia en el Kiondike.

Después del desayuno en el Northern Hotel, el mismo día de su llegada, Summy Skim interpelló a su primo.

—Ante todo, nuestro negocio —dijo—. Puesto que un sindicato nos ofrece comprar el *claim* de Forty Miles Creeks, vamos a ver ese sindicato.

—Cuando quieras —respondió Ben Raddle.

Por desgracia, les dijeron en las oficinas de la American Transportation Trading Company que el director, el capitán Healey, estaba de excursión por los alrededores y no volvería en algunos días. Forzoso les fue a los herederos armarse de paciencia y esperar.

Mientras tanto, tratarían de informarse sobre la situación de su propiedad. Bill Stell era el cicerone indicado para el caso.

—¿Está lejos de Dawson el Forty Miles Creek? —le preguntó Ben Raddle.

—No he ido nunca hasta allí; pero el mapa indica que ese Creek va a parar al Yukón en Fort Cudahy, al noroeste de Dawson City.

—Por el número que tiene —observó Summy Skim—, no creo que el *claim* 129 del tío Josias esté muy lejos.

—No pueden ser más de treinta leguas —dijo el *scout*—, puesto que a esta distancia está trazada la frontera entre Alaska y el Dominion.

—Partiremos en cuanto veamos al capitán Healey —dijo Summy.

—Comprendido —respondió su primo.

Pero los días transcurrían sin que el capitán Healey apareciese. Por décima vez, Ben y Summy, en la tarde del 7 de junio, dejaron el Northern Hotel y se dirigieron a las oficinas del sindicato de Chicago.

Había mucha gente por las calles, pues un vapor del Yukón acababa de desembarcar gran número de emigrantes. Esperando la hora de repartirse para los diversos afluentes del río, unos para explotar filones que les pertenecían, otros para trabajar en yacimientos ajenos, pero a precios muy elevados, hormigueaban por la ciudad. Por las calles donde se encontraban las principales agencias era donde había mayor confusión. A la muchedumbre humana se unía la muchedumbre canina. A cada paso se tropezaba con esos animales tan poco domesticados y cuyos aullidos aturdían los oídos.

—¡Esta Dawson es una ciudad de perros! —decía Summy Skim—. Su primer magistrado debía ser un moloso, y su nombre debía ser Dog City.

No sin choques, atropellos, reproches e injurias, Ben Raddle y Summy Skim lograron atravesar Front Street hasta el despacho del sindicato. El capitán Healey no había vuelto aún, y tuvieron que conformarse con hablar al subdirector, místico William Broll, quien se interesó por el objeto de su visita.

Los primos dijeron sus nombres.

—Señores Summy Skim y Ben Raddle, de Montreal.

—Tengo un gran honor en conocer a ustedes, señores —afirmó míster Broll—; un verdadero honor.

—No lo tenemos menos nosotros —respondió cortésmente Summy Skim.

—¿Los herederos de Josias Lacoste, propietario del *claim* 129? —continuó míster Broll.

—Precisamente —dijo Ben Raddle.

—A menos —añadió Summy Skim— que desde nuestra partida para este largo viaje no haya desaparecido ese maldito *claim*.

—No, señores —respondió William Broll—. Pueden ustedes estar seguros de que continúa en su mismo sitio, sobre el límite de los dos Estados... sobre el límite probable, por lo menos.

¿Probable?... ¿Por qué probable? ¿Qué quería decir ese adjetivo inesperado?

—Caballero —dijo Ben Raddle, sin hacer caso a la restricción geográfica de míster Broll—, nosotros hemos sabido en Montreal que este sindicato se propone adquirir el *claim* 129 de Forty Miles Creek...

—Se proponía, en efecto, señor Raddle.

—Hemos venido, pues, mi coheredero y yo, a fin de conocer el valor de ese *claim*, y deseamos saber si los ofrecimientos del sindicato siguen siendo los mismos.

—Si y no —respondió William Broll.

—¡Sí y no! —exclamó Summy Skim consternado.

—¡Sí y no! —repitió Ben Radie—. Explíquese usted.

—Nada más sencillo, señores —respondió el subdirector—. Es sí, si el terreno del *claim* está establecido de una manera; es no, si lo está de otra. En dos palabras, yo voy...

Pero sin esperar la explicación, Summy Skim exclamó:

—De cualquier manera, hay hechos, caballero. Nuestro tío, Josias Lacoste, era propietario de ese *claim*; ¿no lo somos nosotros en su lugar y sitio, puesto que su herencia nos ha sido entregada?

Y apoyado en estas palabras, Ben Raddle sacó de su cartera los títulos que atestiguaban sus derechos de propiedad del *claim* 129 de Forty Miles Creek.

—¡Oh! —dijo el subdirector, rechazando los papeles con un gesto —; esos títulos de propiedad están en regla, no lo dudo de ninguna manera. La cuestión no es ésa, señores.

—¿Cuál es, pues? —preguntó Summy, al que la actitud un poco burlona de míster Broll empezaba a excitar.

—El *claim* 129 —respondió míster Broll— ocupa en Forty Miles un punto de la frontera, entre el Dominion, que es británico, y Alaska, que es americano...

—Sí, pero del lado canadiense —precisó Ben Raddle.

—Eso depende... —replicó míster Broll—. El *claim* es canadiense, si el límite de los Estados está en el sitio que hasta aquí se le ha asignado, y es americano, en caso contrario. Luego como el sindicato, que es canadiense, no puede explotar más que filones de origen canadiense, yo no puedo dar a ustedes más que una respuesta condicional.

—Así —preguntó Ben Raddle—, ¿hay actualmente debate respecto a la frontera entre Estados Unidos y Gran Bretaña?

—Justamente, señores —dijo míster Broll.

—Yo creía —dijo Ben Raddle— que se había elegido un meridiano, el ciento cuarenta y uno, como línea de separación.

—Se le ha elegido, efectivamente, y con razón.

—Pues bien —replicó Summy Skim—; no creo yo que los meridianos cambien de sitio, ni aun en el Nuevo Mundo. ¡No veo que el ciento cuarenta y uno se pasee del este al oeste con el bastón en la mano!

—Muy bien —dijo riéndose míster Broll de la vivacidad de Summy Skim—; pero quizá no esté exactamente donde se le ha trazado. Hace dos meses existen serios debates elevados a ese objeto, y sería posible que la frontera pudiera ser llevada un poco más al este o un poco más al oeste.

¿Algunas leguas? —preguntó Ben Raddle.

—No, algunos cientos de metros solamente.

—¡Y es por eso por lo que se discute! —exclamó Summy Skim.

—Tienen razón —replicó el subdirector—; lo que es americano debe ser de los americanos, y lo que es canadiense debe ser de los canadienses.

—¿Cuál de los dos Estados ha reclamado? —preguntó Ben Raddle.

—Los dos —respondió míster Broll—. América reclama hacia el este un trozo de terreno, que el Dominion reclama, por su parte, hacia el oeste.

—¡Eh, *by God!* —exclamó Summy—. ¿Qué pueden, después de todo, importarnos esas discusiones?

—De eso puede resultar —respondió el subdirector— que si América gana, una parte de esos *claims* del Forty Miles Creek serán americanos.

—¿Será de éstos el 129?

—Sin duda alguna, puesto que es el primero de la frontera actual —respondió míster Broll—; y en esas condiciones, el sindicato retiraría sus ofrecimientos de adquisición.

Esta vez la respuesta era clara.

—¿Pero ha empezado esta rectificación de frontera? —preguntó Ben Raddle.

—Sí, señor, y la triangulación es conducida con una actividad y precisión notables.

Si se discutía tanto para adquirir ese trozo de terreno es por ser aurífero. ¿Se sabía si a través de esta larga banda, del monte Elie al sur hasta el océano Ártico al norte, no corrían algunas ricas venas de las que la república federal sacaría tan buen provecho como el Dominion?

—Para concluir, señor Broll —preguntó Ben Raddle—; ¿si el *claim* 129 queda al este de la frontera, el sindicato mantiene sus ofrecimientos?

—Perfectamente.

—¿Y si, por el contrario, pasa al oeste, debemos renunciar a tratar con él?

—Eso es.

—Bueno —dijo Summy Skim—; nos dirigiremos a otros en ese caso. Si nuestro *claim* es transportado a tierra americana, lo cambiaremos por dólares, en lugar de cambiarlo por libras esterlinas: eso es todo.

La entrevista terminó con estas palabras, y los dos primos volvieron al Northern Hotel.

Encontraron al *scout*, que fue puesto al corriente de la situación.

—De todos modos —les aconsejó—, harían ustedes muy bien, señores, en marchar a Forty Miles Creek lo más pronto posible.

—Ésa es nuestra intención —dijo Ben Raddle—. Partiremos mañana mismo. ¿Y usted, Bill, qué va a hacer?

—Yo voy a volver a Skagway, a fin de traer otra caravana a Dawson City.

—¿Y estará usted ausente...?

—Dos meses, aproximadamente.

—Contamos con usted para la vuelta.

—Convenido; pero no deben ustedes perder tiempo si quieren irse del Klondike antes del invierno.

—Confíe usted en mí para eso, Bill —afirmó Summy con calor—, a pesar de que hemos recibido desde el principio un fuerte tejazó.

—Ya habrá otros compradores menos minuciosos —afirmó Ben Raddle—; entre tanto, vamos a darnos cuenta por nosotros mismos...

—Sí —interrumpió Summy—, vamos a encontrar a nuestro encantador vecino...

—Ese tejano Hunter —acabó Ben Raddle.

—Y míster Malone. Caballeros muy distinguidos.

—Diga usted más bien gentes merecedoras del mayor castigo, señor Skim —rectificó Bill Stell—. Son bien conocidos en Skagway y en Dawson. Son, en efecto, vecinos de ustedes, puesto que el *claim*

131 está medianero del de ustedes, y es verdaderamente un vecino muy peligroso.

—Tanto más —añadió Ben Raddle—, cuanto que Summy Skim ha tenido ya ocasión de dar una severa corrección a uno de esos señores. Y eso no es medio de facilitar nuestras futuras relaciones.

Bill Stell parecía estar receloso.

—Los negocios de ustedes no son los míos, señores —dijo seriamente—. Permítanme, sin embargo, darles un consejo. Vayan ustedes acompañados de alguien para ir al *claim* 129. Si quieren ustedes, puede acompañarles Neluto; yo lo pongo a la disposición de ustedes, y no partan sino bien armados.

—¡Hay allí aventuras! —exclamó Summy, levantando los brazos al cielo—. Cuando pienso que si hubiéramos estado tranquilamente en Montreal, nuestro *claim* estaría vendido a estas horas, puesto que la venta hubiera sido hecha antes de esos estúpidos debates de frontera. Y yo, ¡yo me pavonearía en Green Valley!

—No vas ahora a recriminarme, creo yo —objetó Ben Raddle—. Tengo tu promesa, Summy. Después de todo, si hubieras continuado en Montreal, no hubieras hecho un viaje interesante, emocionante, extraordinario...

—¡Que me es totalmente indiferente, Ben!

—No estarías en Dawson...

—¡Pues no pido más que alejarme, Ben!

—No hubieras sido útil a Edith y a Jane Edgerton. Summy apretó con vigor la mano de su primo.

—¿Quieres que te diga una cosa, Ben? Pues bien, palabra de honor, ésa es la primera palabra sensata que has pronunciado hace dos meses —dijo, mientras que su fisonomía se iluminaba súbitamente con una larga y franca sonrisa.

CAPÍTULO XI

DE DAWSON CITY A LA FRONTERA

Bill Stell había dado su parecer sensato a los dos primos aconsejándoles que se apresurasen. No debían perder ni siquiera un día para terminar el negocio. Los fríos árticos vienen de prisa en estas altas latitudes. El mes de junio había empezado, y hacia finales de agosto los hielos ocupan de nuevo lagos y *creeks*, y las nieves y borrascas llenan de nuevo el espacio. El verano no dura más que tres meses en el Klondike, y convenía a los dos primos aprovechar el tiempo para volver a Skagway por la región lacustre, donde esperaban cambiar de itinerario al descender el Yukón de Dawson a Saint-Michel.

Los preparativos de Ben Raddle y de Summy Skim estaban terminados. No carecerían de nada, aunque la estancia en el *claim* 129 se prolongase más de lo que pensaban. Además de esto, no se inquietaban por adquirir ni llevar material, pues el de tosías Lacoste se encontraba en su sitio; ni de llevar personal, pues no era cuestión de explotar el *claim* de Forty Miles Creek.

Sin embargo, era prudente tener un guía conocedor del país. Habiendo encontrado el *scout* en Dawson City otro de sus pilotos para volver al lago Lindeman, les ofreció a Neluto. Ben Raddle aceptó, dando las más expresivas gracias a Bill Stell. Hubiese sido

difícil hacer mejor elección. Se había visto lo que era el indio y se sabía que podía contarse con él para todo, con la única condición de no exigirle datos demasiados precisos.

Ben Raddle escogió la calesa, con preferencia al trineo que los perros tienen costumbre de tirar, aun cuando los hielos y nieves hayan desaparecido. Estos animales eran tan apreciados, que se pagaba hasta mil quinientos o dos mil francos por cabeza.

Esta calesa tenía dos asientos, provista de una capota de cuero que podía levantarse o bajarse; bastante sólidamente construida para resistir los obstáculos y choques, y enganchada a un vigoroso caballo. No había que hacer provisiones de forraje, pues en esta estación las praderas se sucedían a lo largo de los caminos, y en estas condiciones un caballo se alimenta más fácilmente que un tiro de perros.

A petición de Ben Raddle, Neluto examinó el coche con el mayor cuidado. Fue una inspección meticulosa. Caja, capota, muelles, todo fue revisado, hasta la última clavija.

—¿Y bien? —preguntó Ben Raddle.

—Si no se rompe en el camino —afirmó el indio con aire de profunda convicción—, espero que nos conducirá hasta el *claim* 129.

—¡Muchas gracias! —exclamó Ben Raddle, sin tratar de reprimir la risa.

Sin embargo, consiguió del prudente Neluto indicaciones útiles en cuanto a objetos que convenía llevar, y, finalmente, el ingeniero pudo asegurarse de que nada le faltaría para el viaje.

Entretanto, Summy Skim se divertía pasando el tiempo filosóficamente en las calles de Dawson City.

Examinaba los almacenes, dándose cuenta del precio de los objetos fabricados. ¡Cuánto se alegraba de haber hecho sus adquisiciones en los comercios de Montreal!

—¿Sabes, Ben, lo que cuesta un par de zapatos en la capital del Klondike? —dijo a su primo la víspera de la marcha.

—No, Summy.

—De cincuenta a noventa francos.

—¿Y un par de medias?

—Tampoco.

—Diez francos.

—¿Y calcetines de lana?

—Pongamos veinte francos.

—No, veinticinco. ¿Y unos tirantes?

—Se puede pasar sin ellos, Summy.

—Si, pues cuestan dieciocho francos.

—Nos pasaremos sin ellos.

—¿Y unas ligas de mujer?

—Eso no me importa, Summy.

—Cuarenta francos, y novecientos el vestido traído de casa de una buena modista. Decididamente, en este país inverosímil es mejor quedarse soltero.

—Nos quedaremos —respondió Ben Raddle, a menos que tengas intención de casarte con una heredera...

—No faltan herederas, Ben, y sobre todo aventureras que poseen ricos *claims* sobre el Bonanza o sobre el Eldorado. ¡Pero salí soltero de Montreal y soltero volveré!... ¡Ah, Montreal!... ¡Qué lejos estamos de allí, Ben!...

—La distancia que separa Dawson City de Montreal —respondió Ben Raddle, no sin cierta ironía— es precisamente igual a la que separa Montreal de Dawson City.

—No dudo de ello —replicó Summy Skim—; ¡pero eso no quiere decir que sea corta!

Los dos primos no quisieron dejar Dawson sin ir al hospital a decir adiós a Edith Edgerton. Anunciada la visita, ésta bajó en seguida al locutorio. Estaba vestida con traje de enfermera. Al ver su vestido de paño gris y su delantal de peto resplandeciente de blancura, que caía en pliegues de una perfecta regularidad; sus cabellos, bien alisados, peinados con raya; sus manos blancas y cuidadas, se podía adivinar a la notable trabajadora tan bien descrita por el doctor Pilcox.

—¿Y bien, señorita Edgerton, le agradan sus nuevas funciones?

—Agrada siempre la ocupación que hace vivir —respondió sencillamente Edith.

—¡Bah!, ¡bah! —dijo Ben Raddle, sin convencerse—. En fin, está satisfecha, y esto es lo esencial. En cuanto al doctor Pilcox, no cesa de elogiarla.

—El doctor es demasiado bueno —respondió la joven enfermera—. Yo espero hacer, con el tiempo, todo el bien que pueda.

Summy intervino.

—¿Y su prima, señorita, tiene noticias suyas? Ninguna —dijo Edith.

—Entonces —repitió Summy—, ¿ha puesto su proyecto en ejecución?

—¿No estaba convenido?

—¿Pero qué es lo que espera? —exclamó Summy con un repentino e inexplicable arrebató—. ¿Qué será de ella si naufraga en su insensata empresa?

—Yo estaré siempre allí para recogerla —contestó tranquilamente Edith—. Por lo menos, lo que yo gano será suficiente para que podamos vivir.

—Entonces —objetó Summy muy excitado— ¿están decididas a fijar su residencia en Klondike, a echar raíces en él?

—De ninguna manera, señor Skim, pues si Jane sale bien de su empresa, soy yo quien en ese caso me aprovecharé de su esfuerzo.

—¡Admirable combinación! ¿Se decidiría, pues, a dejar Dawson?

—¿Por qué no? Me gusta el oficio que me hace vivir, pero el día en que pueda pasarme sin él buscaré otro más agradable.

Todo esto era dicho con una voz sosegada, con una seguridad que desarmaba toda contradicción. A esta manera moderada de concebir la vida nada había que replicar, y Summy Skim nada dijo.

Por otra parte, aunque hubiese querido protestar, la intervención del doctor Pilcox se lo impidió.

Desde que conoció la próxima marcha de los dos primos, el doctor se extendió en felicitaciones sobre el interesante viaje que

iban a emprender, y, llevado de su entusiasmo, se puso a alabar las bellezas de su querido Klondike.

Summy Skim hizo resueltamente un gesto. A él no le gustaba el Klondike de ninguna manera.

—Vendrá a él —afirmó el doctor—. ¡Si solamente tuviese que verle durante el invierno!

—Espero no tener esta suerte, doctor —dijo Summy, bosquejando una mueca.

—¡Quién sabe!

El porvenir dirá si Summy Skim tenía o no razón de no tomar en serio esta respuesta del doctor.

A las cinco de la mañana del 8 de junio la calesa esperaba delante de la puerta Northern Hotel. Las provisiones y el pequeño material de campamento estaban en su sitio. El caballo se movía inquieto entre las varas. Neluto estaba en el pescante.

—¿Está completo el cargamento, Neluto?

—Completo, señor...

—En marcha entonces —ordenó Ben Raddle—.

—Si no se ha dejado ningún paquete en el hotel —añadió el indio, con su prudencia acostumbrada.

Ben Raddle ahogó un suspiro resignado.

—En fin, creemos no haber olvidado nada —dijo, subiendo al coche.

—Y, sobre todo, que debemos estar de vuelta en Montreal dentro de dos meses —añadió Summy con obstinación.

La distancia entre Dawson City y la frontera es de ciento cuarenta y seis kilómetros. El *claim* 129 de Forty Miles Creek está tocando la frontera: eran, pues necesarios tres días para llegar a él, a razón de doce leguas cada veinticuatro horas.

Neluto organizó las jornadas de manera de no rendir de cansancio al caballo. Se harían dos en el día: la primera desde las seis de la mañana a las once, seguida de un alto de dos horas; la segunda desde la una a las seis, después de la cual, el

campamento se dispondría para la noche. No se podía exigir más en este país desigual.

Por la noche se levantaba la tienda de campaña al abrigo de los árboles, si Ben Raddle y su primo no encontraban un cuarto en alguna posada del camino.

Las dos primeras jornadas se hicieron en condiciones favorables. El tiempo estaba hermoso. Una brisa ligera empujaba del este algunas nubes elevadas, y la temperatura se mantenía a unos diez grados sobre cero. El sol se levantaba en medio de colinas, de las cuales las más altas no alcanzaban mil pies; anémonas, azafrán, enebros en toda su florescencia primaveral se multiplicaban sobre sus pendientes. En profundos barrancos los álamos, abedules y pinos se agrupaban en macizos.

Habían dicho a Summy que la caza no faltaría en el camino, y que los osos frecuentaban esta parte del Klondike. Ben Raddle y Summy no habían, pues, olvidado llevar su escopeta para caza mayor. Pero no tuvieron necesidad de servirse de ellas.

Por otra parte, la comarca no estaba desierta. Se encontraban en ella mineros empleados en los *claims* de las montañas, algunos de los cuales producían hasta mil francos al día por hombre.



Por la tarde, la calesa llegó a Fort Reliance, ciudad muy animada en esta época. Fundada por la Compañía de la Bahía de Hudson, para la explotación de pieles y la defensa contra las tribus indias, Fort Reliance, como muchos establecimientos del mismo género, no tiene ya el destino de antes. Desde el descubrimiento de minas de oro, la parada militar se transformó en almacén de provisiones.

Los dos primos fueron en Fort Reliance al encuentro del mayor James Walsh, comisario general de los territorios del Yukón.

Era un hombre de unos cincuenta años, excelente administrador, instalado en el distrito desde hacía dos años. El gobernador del Dominion le había enviado allí en la época en que los yacimientos auríferos empezaban a ser asediados por esos miles de emigrantes.

La tarea era difícil. Había que arreglar divisiones de *claims*, cobrar rentas, mantener el buen orden en esta región que los indios

no dejaban invadir sin protesta y algunas veces sin resistencia; mil dificultades surgían y renacían todos los días.

A estas frecuentes molestias se añadía hoy el debate del trazado del meridiano ciento cuarenta y uno, asunto en el que era necesario un nuevo trabajo de triangulación. Era precisamente este negocio el que motivaba la presencia del mayor James Walsh en esta parte oeste del Klondike.

—¿Quién ha provocado esta cuestión, señor Walsh? —preguntó Ben Raddle.

—Los americanos —respondió el comisario—. Pretenden que la operación, hecha en la época en que Alaska pertenecía aún a Rusia, no ha sido hecha con toda la exactitud deseada. La frontera representada por los ciento cuarenta y un grados debe, según ellos, ser trasladada al este, lo que rendiría a Estados Unidos la mayor parte de los *claims* existentes sobre los afluentes de la ribera izquierda del Yukón.

—Y por consiguiente —añadió Summy Skim—, el *claim* 129, que nos pertenece por herencia de nuestro tío Josias Lacoste.

—Evidentemente, señores, serán los primeros en cambiar de nacionalidad.

—Pero, señor Walsh —volvió a decir Summy Skim—, ¿el trabajo de rectificación estará acabado pronto?

—Todo lo que puedo decirles —añadió el señor Walsh— es que la comisión nombrada *ad hoc* está trabajando desde hace varias semanas. Esperamos, pues, que la frontera entre los dos Estados estará definitivamente determinada antes del invierno.

—Según usted, señor Walsh —preguntó Ben Raddle—, ¿hay lugar a creer se haya cometido un error en su origen, y que la frontera deba ser finalmente cambiada?

—No, señor. Después de las informaciones que he conseguido, este asunto no parece ser más que una querrela buscada al Dominion por algunos sindicatos americanos.

—No estaremos por esto menos obligados —dijo Summy Skim— a prolongar nuestra estancia en el Klondike más tiempo del que

deseamos. ¡Verdaderamente, no es divertido!

—Yo haré todo lo que de mí dependa por activar el trabajo de la comisión —afirmó el comisario general—. Pero hay que confesar que algunas veces es interrumpida por el mal deseo de algunos propietarios de los *claims* próximos a la frontera. El del 131 particularmente...

—Un tejano llamado Hunter —dijo Ben Raddle.

—Precisamente. ¿Ha oído hablar de él?

—En la travesía de Vancouver a Skagway mi primo se ha visto obligado a entablar relación con él... y un poco rudamente, tal vez.

—En ese caso, estén con cuidado. Es un individuo violento y brutal, compañero de un tal Malone, de su mismo origen, y que no vale más que él, según dicen.

—Ese Hunter —preguntó Ben Raddle— ¿es uno de los que han reclamado la rectificación del meridiano, señor Walsh?

—Sí, es uno de los más ardientes.

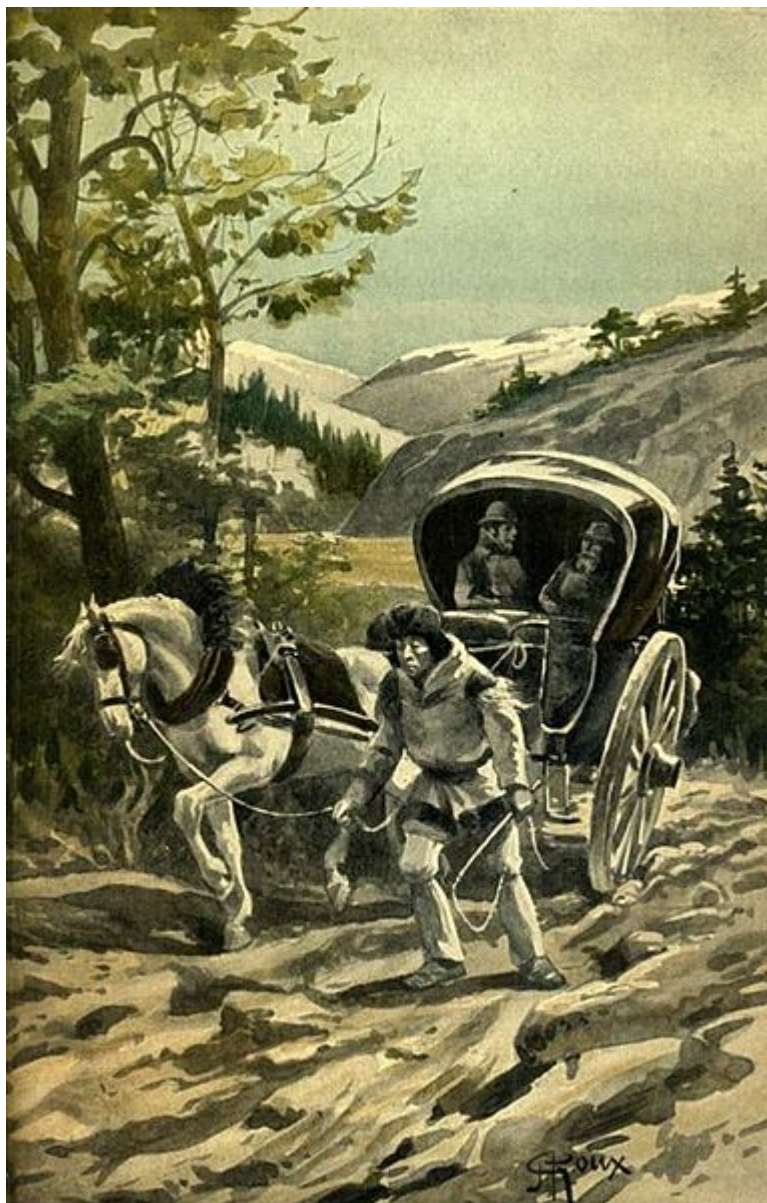
—¿Qué interés tiene en ello?

—El de estar un poco más alejado de la frontera, y de escapar así a la vigilancia directa de nuestros agentes. Él es quien ha excitado a los propietarios de los yacimientos comprendidos entre la ribera izquierda del Yukón y la frontera actual. Toda esta población preferiría depender de Alaska, administrada con menos rigor que el Dominion. Pero, se lo repito, dudo que los americanos ganen el pleito. Sin embargo, les aconsejo de nuevo tener el menor trato con su vecino, un aventurero de la peor especie, del cual mi policía se ha ocupado ya más de una vez.

—No tenga cuidado sobre este particular, señor comisario —respondió Summy Skim—. No hemos venido al Klondike para lavar el lodo del 129, sino para venderlo. Cuando esto esté hecho, volveremos a tomar el camino de Chilkoot, de Vancouver y de Montreal.

—Les deseo, señores, un feliz viaje —respondió el comisario, despidiéndose de los dos primos—. Si puedo serles útil, pueden contar conmigo.

Al día siguiente la calesa se puso en camino. El cielo no estaba tan bello como la víspera. El viento del noroeste levantaba algunas violentas ráfagas; pero al abrigo de la capota los dos primos no tuvieron que sufrir demasiado.



Neluto no hubiera podido exigir de su caballo una marcha rápida. El suelo se hacía muy pedregoso. Los surcos de las ruedas de los coches, vacíos del hielo que los llenaba desde hacía meses, causaban choques peligrosos para el vehículo y el tiro.

La región era forestal, siempre pinos, abedules y álamos. Las maderas no faltaban desde hacía tiempo a los mineros, tanto para su uso personal como para la explotación de *claims*. Además del oro, se encuentra también carbón en abundancia. A seis kilómetros de Fort Cudahy, sobre el Coal Creek; después, a trece millas de allí, sobre el Cliffe Creek; más lejos todavía, a diecinueve kilómetros, sobre el Flatte Creek, se han descubierto yacimientos de hulla excelente que no da un residuo de cenizas superior al cinco por ciento. Ya se había encontrado antes en el valle de Five Fingers, y esta hulla reemplazará ventajosamente a la madera, de la cual los vapores de fuerza media consumen una tonelada por hora. Puede tener allí para el distrito una probabilidad de éxito cuando las minas de oro se hayan agotado.

La tarde de este día, al fin de la segunda jornada, que había sido muy fatigosa, Neluto y sus compañeros llegaron a Fort Cudahy, sobre la ribera izquierda del Yukón. Una especie de posada les fue indicada, si no recomendada, por el jefe del destacamento de la policía montada. Tal vez ellos la creyeran preferible a su tienda de campaña.

Obtenido este indicio, Summy Skim quiso obtener otro sobre un punto que indudablemente le interesaba. ¿Este jefe no habría visto pasar a una mujer por Fort Cudahy estos últimos días?

—¡Si he visto una mujer pasar por aquí! —exclamó el teniente, riendo a carcajadas—. No, señor, no he visto una mujer, sino centenares. Muchos mineros llevan con ellos a sus mujeres, y comprenderéis que entre ellas...

—¡Oh! —protestó Summy—. ¡De la que os hablo es tan particular!... Es una *prospectrice*, y no creo que las *prospectrices* se cuenten a docenas.

—No lo crea usted —afirmó el teniente—. No faltan *prospectrices*. Las mujeres están tan entusiasmadas como los hombres en la caza de pepitas.

—¡Ah, bah! —dijo Summy—. En ese caso... comprendo...

—Sin embargo, podéis darme las señas de la persona que os interesa...

—Es una joven —explicó Summy— de unos veintidós años, pequeña, muy morena y muy bonita.

—En efecto —dijo el teniente—, tales señas no son ordinarias en nuestros parajes. Decís... una joven... morena..., pequeña..., bonita..., que habrá pasado por aquí hace poco tiempo.

El jefe de policía buscaba vanamente entre sus recuerdos.

—No, no recuerdo —declaró al fin.

—Habrá tomado otro camino la pobre pequeña —dijo Summy tristemente—. Gracias de todos modos —dijo al teniente.

La noche se pasó regularmente, y al día siguiente, 10 de junio, la calesa se puso en camino muy temprano.

Saliendo de Fort Cudahy, el Yukón continúa subiendo hacia el noroeste hasta el punto en que corta el meridiano ciento cuarenta y uno, tal como se marcaba entonces en los mapas. En cuanto al Forty Miles Creek, de cuarenta millas de largo, como su nombre lo indica, oblicua hacia el sudoeste y se dirige también del lado de la frontera, que lo divide en dos partes sensiblemente iguales.

Neluto contaba llegar por la tarde al terreno ocupado por el *claim* de Josias Lacoste. Había hecho dar un abundante pienso al caballo, a quien estos dos días de marcha no parecían haber fatigado demasiado.

Si era necesario un esfuerzo para terminar el viaje, lo obtendría, y además, el vigoroso animal tendría en seguida tiempo de descansar en el *claim* 129.

A las tres de la madrugada, en el momento en que Ben Raddle y Summy Skim dejaron la posada, el sol estaba bastante alto.

Dentro de diez días sería el solsticio, y entonces apenas desaparecería algunos instantes bajo el horizonte.

La calesa seguía la ribera derecha de Forty Miles Creek, ribera muy sinuosa, algunas veces encajonada entre colinas que separaban desfiladeros profundos. El país no estaba desierto. Por todos lados se trabajaba en los *claims*.

A cada vuelta de los ribazos, en la abertura de los barrancos, se destacaban los postes que limitaban los filones, en los que aparecía el número en gruesas cifras. El material no era complicado; pocas máquinas movidas a brazo. La mayor parte de los *prospecteurs*, ayudados algunas veces por un pequeño número de obreros, retiraban el cieno de los pozos excavados sobre el *claim* y trabajaban en el llano con la escudilla. Todo esto se hubiese hecho sin ruido si de tiempo en tiempo el silencio no hubiese sido turbado por los gritos de alegría de algún minero que descubriría una pepita de valor.

La primera parada duró desde las diez a las doce. Mientras que el caballo pacía en una pradera próxima, Ben Raddle y Summy Skim pudieron fumar su pipa, después de un almuerzo a base de conservas y galletas, que terminaron con tazas de café.

Neluto emprendió la marcha un poco antes de las doce, y fustigó vivamente al caballo. Algunos minutos antes de las siete se distinguieron a poca distancia los postes del *claim* 129.

En este momento, Summy Skim, cogiendo bruscamente las riendas de las manos de Neluto, se puso de pie en la calesa, que se paró.

—¡Allí! —dijo, señalando con un gesto un largo y profundo barranco que descendía en pendiente rápida hasta el lecho del Creek.

Los dos compañeros siguieron con la vista la dirección indicada, y debajo del barranco vieron, un poco confusa por la distancia, una silueta que evocaba en ellos alguna cosa ya vista.

Era un *prospecteur* de pequeña estatura, según se podía juzgar desde aquella distancia, en disposición de lavar las arenas de un pozo. Otro hombre, un verdadero gigante, trabajaba a su lado. Estaban tan absortos en su faena, que ni siquiera la habían interrumpido en el momento en que la calesa había hecho alto en el camino.

—Cualquiera diría verdaderamente... —murmuró Summy.

—¿Qué? —preguntó Ben Raddle impaciente.

—¡Dios me perdone!... Pero... ¡Jane Edgerton, Ben!

Ben Raddle se encogió de hombros.

—¿Vas ahora a soñar con ella? ¿Cómo puedes conocer a nadie desde tan lejos? Además, Jane Edgerton no tenía compañero, que yo sepa... ¿Y qué es lo que te hace creer que uno de esos *prospecteurs* sea una mujer?

—No sé... —respondió Summy titubeando—. Me parece.

—Para mí, son dos mineros, padre e hijo. No hay duda en esto. Pregunta antes a Neluto.

El indio colocó la mano, en forma de visera, delante de sus ojos.

—Es una mujer —afirmó categóricamente después de un examen prolongado.

—¡Lo ves! —dijo Summy triunfante.

—O un hombre —continuó Neluto con igual autoridad.

Summy, desanimado, aflojó las riendas, y la calesa volvió a ponerse en marcha. Neluto continuaba el curso de sus reflexiones.

—No sería sorprendente que fuese un niño..., una joven, por ejemplo.

La calesa avanzaba de nuevo rápidamente. Bien pronto, habiendo franqueado los límites, se detenía sobre el terreno del *claim* 129.

—O tal vez un muchacho —añadió entonces Neluto, en su deseo meritorio de no descuidar ninguna hipótesis.

Ni Ben Raddle ni Summy Skim, le escuchaban. Cada uno por su lado, saltaron a la vez del coche, y después de dos meses y nueve días de viaje, pisaron al fin el suelo del *claim* 129.

CAPÍTULO XII

EL DEBUT DE UNA *PROSPECTRICE*



penas desembarcaron las dos primas se apresuraron a presentarse en el hospital de Dawson.

Edith fue acogida de una manera paternal por el doctor Pilcox, e inmediatamente empezó su trabajo sin la menor turbación, como si lo hubiera dejado la víspera.

Durante este tiempo Jane, yendo derecha a su negocio, sacaba de la oficina de la Administración un permiso de caza, pesca y minas, que le fue entregado a cambio de una suma de diez dólares; recorría la ciudad de Dawson y se procuraba rápidamente el equipo y material de *prospecteur*. A las doce todo estaba hecho, y volvía al hospital transformada de la cabeza a los pies.

Con sus cabellos negros reunidos encima de la cabeza y disimulados bajo un gran sombrero de fieltro, calzada con gruesos zapatos fuertemente clavados, vestida con una blusa y un pantalón de gruesa y sólida tela, había perdido toda la apariencia femenina y parecía un joven y avisgado muchacho.

Las dos primas se desayunaron juntas. Después, sin demostrar la emoción que en realidad sentían, se abrazaron como de costumbre, y mientras Edith volvía a sus enfermos, Jane se puso resueltamente en camino hacia la aventura y lo desconocido.

Mientras hacía sus compras, pedía noticias, preguntando a unos y otros. En virtud de las indicaciones recogidas, resultaba que no tenía ninguna probabilidad de éxito hacia el sur y el este. En estas direcciones se encontraban las regiones más ricas, y, por consiguiente, las más concurridas. Podría surcarlas mucho tiempo antes de encontrar un rincón inexplorado capaz de colmar sus deseos.

Hacia el oeste, por el contrario, los ríos y los *creeks* eran menos conocidos y la concurrencia menos numerosa. Puede que en esta dirección le fuese posible asegurarse la posesión de un *claim* hasta entonces descuidado, sin alejarse excesivamente de la ciudad.

Jane Edgerton, fiando en su buena estrella, dejó Dawson por el oeste, y, con el pico y el zurrón a la espalda, descendió la ribera izquierda del Yukón.

¿Dónde iba así? En verdad, ni ella misma lo sabía. Emprendía la marcha llevando por todo plan el proyecto, bien resuelto, de remontar el primer río de alguna importancia que le cortase el camino y explorar con cuidado sus riberas.

Hacia las cinco de la tarde, no habiendo encontrado aún ningún río que mereciese otro nombre que el de arroyo, Jane, un poco fatigada, hizo una corta parada y empezó sus provisiones. Hasta entonces no había visto alma viviente desde la última casa de la ciudad. El país estaba silencioso y parecía desierto.

Terminada su frugal comida, iba a emprender la marcha, cuando un coche, que venía de Dawson City, desembocó en el camino y se aproximó rápidamente. Era una sencilla calesa, menos aún, una verdadera carreta de aldeano, cubierta de un toldo de tela y tirada por un vigoroso caballo. Sobre la banqueta, suspendida por cuerdas por debajo del eje, un hombre grueso, de rostro rubicundo y jovial, se ostentaba, haciendo chascar alegremente su látigo.

Empezando en este paraje una cuesta bastante pendiente, el coche tuvo que ponerse al paso. Jane oyó detrás de ella al caballo golpear el suelo y rechinar las ruedas a una distancia que no podía precisar.

Una voz un poco velada, pero alegre, le interpeló de repente:

—¡Eh, muchacho! —le dijo—. ¿Qué haces tú por aquí?

A estas palabras, pronunciadas en un inglés muy inteligible, pero de una incorrección soberanamente cómica para un oído anglosajón, Jane se volvió y miró de arriba a abajo a su interlocutor con tranquilidad.

—¿Y usted? —dijo.

La boca del hombre grueso se dilató en una larga sonrisa.

—¡*Bon Dieu!* —exclamó, aumentando su acento marsellés—. ¡Tienes los ojos bien vivos, muchacho! ¿Pero te atreves a interrogar a los caminantes? ¿Serás de la policía *pitchoun*?

—¿Y usted? —dijo todavía Jane Edgerton.

—¿Y usted? —repitió agradablemente el conductor de la carreta—. ¿No sabes decir más que eso, pillete? ¿O tal vez será preciso ser presentado al señor?

—¿Por qué no? —replicó Jane, riendo.

—Nada más sencillo —afirmó el alegre personaje, excitando a su tiro con un ligero latigazo—. Tengo el honor de presentarte a Marius Rouveyre, el comerciante más importante de Fort Cudahy. Dime ahora quién eres tú.

—Jean Edgerton, *prospecteur*.

La carreta se detuvo en seco al tirar Marius Rouveyre involuntariamente de las riendas, en el colmo de su sorpresa.

Después las dejó escapar, riendo a carcajadas.

—¡*Prospecteur!* —tartamudeaba, en medio de su risa—. ¡*Prospecteur!* ¿Tú quieres hacerte comer por los lobos? ¿Y desde cuándo eres *prospecteur*, como tú dices?

—Desde hace tres horas —respondió Jane Edgerton, roja de cólera—; pero hace más de dos meses que estoy en camino para llegar hasta aquí, y me parece que no he sido comido.

—¡Justo! —dijo el grueso Marius, poniéndose serio—. Es verdad que has venido hasta aquí, pequeño; pero, créeme, has elegido mal oficio... ¡Pobre! Tu rostro me agrada; precisamente tengo necesidad

de un dependiente, y si quieres la plaza... ¡Esto te convendría más que la prospección!

—¿Dependiente? —interrogó Jane—. ¿Dependiente de qué?

—De todo —afirmó Marius Rouveyre—. Yo comercio en todo: mi almacén, mi coche mismo contiene absolutamente de todo. No podrás imaginarte lo que hay en estas cajas: hilo, agujas, alfileres, bramante, jabones, papel de escribir, salchichones, corsés, conservas, ligas, tabaco, vestidos de hombre y de mujer, cacerolas, calzado, etc. ¡Un verdadero bazar! En esta caja de cartón hay un sombrero de copa, el único que existirá en Fort Cudahy. Yo lo alquilaré en cada boda, y me producirá mil veces su precio. ¡Será preciso que venga bien a todas las cabezas! En esta otra hay un traje... un traje de baile... escotado... ¡y de la última moda de París!

—¿Se venden aquí esas cosas?

—Naturalmente que lo venderé; pues el que encuentre la mayor pepita lo ofrecerá a su esposa, a fin de que eclipse a las demás con su lujo en los bailes de Fort Cudahy. Pero esto son fantasías... Lo positivo es esto, lo de estas otras cajas... *Champagne, brandy, whisky*, etc. Veamos: ¿te conviene mi proposición? Cuatro dólares al día, mantenido, habitación...

—No, señor —respondió Jane Edgerton francamente—. Os doy las gracias; pero quiero seguir mi idea.

—¡Mala idea, muchacho, mala idea! —afirmó Marius Rouveyre con convicción—. La prospección me conoce. Puedo hablarte de ella por haberla practicado.

—¿Habéis sido *prospecteur*?

—Como lo es aquí todo el mundo. Se empieza siempre por eso. Pero de ciento hay uno que tiene éxito en el negocio, dos que ni pierden ni ganan, una decena que vuelven más indigentes que antes y el resto que dejan aquí su pellejo... ¡Poco faltó para que yo fuese de éstos!

—¿Es posible? —dijo Jane, deseosa de enterarse.

—Donde me ves, pequeño —continuó Marius—, soy marino; un marino de Marsella, en Francia. Ya había rodado por las cinco

partes del mundo, cuando me dejé seducir por un pendenciero que tuve la desgracia de hallar en Vancouver, donde me encontraba descansando. Al oírle, se creería que no había más que bajar por aquí para recoger pepitas como la cabeza de gordas. Partimos los dos. De mi peculio tuve que pagar el viaje, y no encontré aquí más que la miseria. Yo no tenía más que la piel y los huesos, y mi bolsa no estaba más gruesa cuando el que me había arrastrado me abandonó por un nuevo inocente. Eso me permitió reflexionar, y como Marius no es más torpe que otro cualquiera, no tardó en comprender que todo lo que un minero gana en el Klondike queda allí, en los garitos, en las tabernas, en las tiendas, donde se vende por cien francos lo que cuesta en cualquier otra parte cien sueldos. Resolví, pues, hacerme tabernero y comerciante. Yo mismo aplaudí mi idea —concluyó Marius Rouveyre golpeándose el vientre con satisfacción—, pues mi bolsa y yo estarnos redondeados.

Llegaron al alto de la cuesta. Marius detuvo su coche.

—¿Decididamente no quieres?

—Decididamente —dijo Jane Edgerton.

—No haces bien —suspiró Marius, que volvió la mano a su caballo.

Pero casi al momento el coche se detuvo de nuevo.

—No se dirá que yo te he dejado en el camino dormir al campo raso. Marius es bastante rico para prestar un servicio a un muchachito como tú. ¿Dónde vas?

—Ya se lo he dicho: adelante.

—¡Adelante! ¡Adelante! Puedes ir mucho tiempo adelante. No hay ni un solo *creek* de importancia antes de Fort Cudahy. ¿Quieres que te conduzca hasta allí?

—¿En coche?

—En coche.

—Acepto con agradecimiento —se apresuró a responder Jane, contenta de la proposición.

—Bien; entonces monta de prisa.

Gracias a esta suerte inesperada, Jane vio el principio de su viaje singularmente abreviado. El caballo tenía el trote largo, y el 4 de junio, a la caída de la tarde, se detenía a la puerta de la tienda de Marius Rouveyre.

Éste no dejó entonces de reiterar sus proposiciones. Las treinta y seis horas pasadas con su joven compañero habían aumentado la simpatía que desde un principio había sentido por él. Su insistencia fue vana: Jane Edgerton esperaba realizar sus proyectos, y se puso de nuevo en marcha en las primeras horas de la mañana del 5 de junio.

Un afluente del Yukón le interceptó bien pronto el camino. Torció al sudoeste, y aun sin conocer el nombre de este afluente, remontó la ribera derecha.

Caminó durante todo el día. Unas veces el camino seguía el borde mismo del *creek*, otras el capricho de una cuesta le desviaba de él, y el agua no era ya visible más que bajo los barrancos, que descendían en declive más o menos fuerte.

Jane no dejaba de investigar estos barrancos, y los descendía concienzudamente hasta el fin. Pudiera ser que en alguno de ellos encontrase un rincón favorable olvidado por los que le habían precedido. Pero el día terminaba sin que su esperanza fuese realizada. Todo el terreno estaba ocupado o alineado de postes, que lo transformaban en propiedades regulares. No había ni una pulgada de terreno que no tuviese dueño. Los *claims* se sucedían sin otra interrupción que los puntos inaccesibles o manifiestamente estériles.

Por otra parte, Jane no se sorprendía de su fracaso. No podía ser de otro modo en un país en que ya empezaban a notarse las molestias por la influencia de mineros. No era ya un desierto el que la rodeaba. Por todos lados se trabajaba, y lo inverosímil hubiera sido que la más pequeña pepita escapara a la sagacidad de los innumerables buscadores.

Era preciso ir más allá; he ahí todo. Ella iría, pues, tan lejos como fuera preciso.

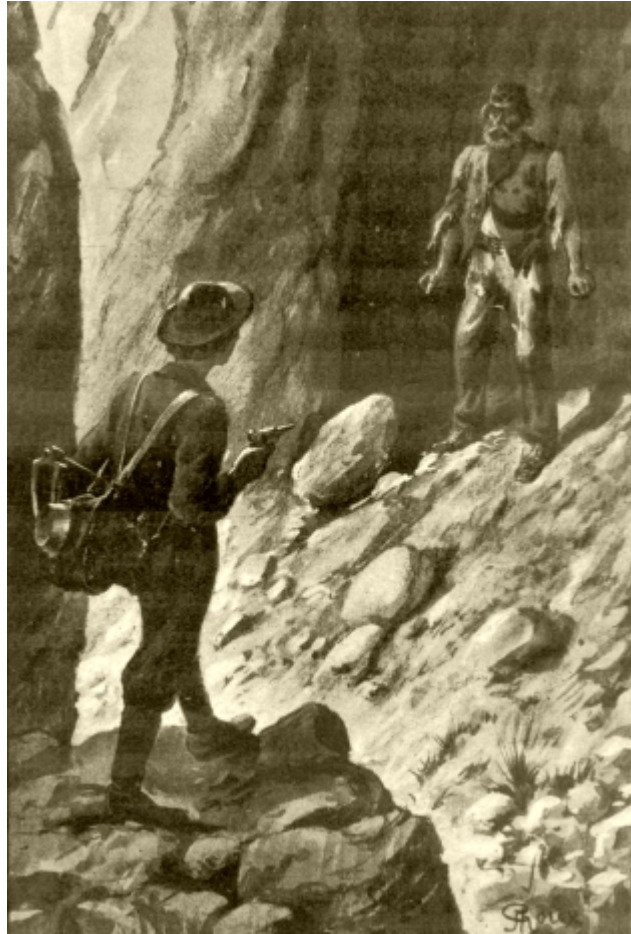
Al oscurecer, un nuevo barranco se descubría a la derecha del camino. Jane investigó, como lo había hecho en los precedentes, y descendió hacia el *creek*, examinando cuidadosamente el terreno de las inmediaciones. De aspecto más rudo y más salvaje que los otros, este barranco no ganaba la ribera sino a costa de numerosas sinuosidades. A los cien pasos, Jane había perdido de vista el camino, no habiendo delante de ella más que un sendero encerrado entre dos altas murallas de roca y cortado a cada instante por largas y profundas grietas.

Se encontraba precisamente al borde de una de esas excavaciones y se preparaba a franquearla, cuando a la vuelta de un sendero surgió, a veinte metros de ella, un hombre cuyo aspecto le hizo temblar de miedo. Era una especie de gigante, un coloso peludo, de cerca de seis pies de altura. La peluca roja que caía sobre su frente en mechones espesos y encrespados le daba un aire bestial, que agravaba en demasía el aspecto del personaje. Nariz roma, orejas separadas, labios gruesos, grandes manos cubiertas de pelos rojos, zapatos ordinarios, por encima de los cuales flotaban los restos de un pantalón hecho pingajos; era sin duda un bruto, pero seguramente un bruto cuya fuerza debía ser prodigiosa.

Al apercibirse, Jane y el hombre se detuvieron en su lugar. Este último parecía reflexionar. Después siguió su marcha con paso de buey pesado. A medida que avanzaba veía Jane más claramente los trazos de su rostro, y cuanto más distinguía su aspecto feroz, más aumentaba la inquietud que desde un principio había sentido.

En unos segundos el hombre llegó a la grieta a cuyo borde Jane estaba inmóvil como para defenderse. Allí se detuvo de nuevo.

No había duda posible sobre sus intenciones. La mirada torva de sus ojos inyectados, sus enormes puños crispados para el ataque, todo pregonaba la locura del homicidio. Jane tomó su revólver y lo armó.



Como si hubiese sido una chanza tal arma manejada por esta mano de niño, el hombre del otro lado de la grieta levantó los hombros, cogió rápidamente y lanzó con violencia una piedra, que se perdió en la hendedura que él podía franquear en tres pasos.

Jane esperaba fríamente al enemigo, a fin de tirar a golpe seguro.

No tuvo necesidad de ello. Desde los primeros pasos el gigante, resbalando en un guijarro, se había desplomado, dando un verdadero alarido. No se levantó.

¿Qué había sucedido? Jane no podía comprenderlo.

El asaltador no estaba muerto. Su pecho se levantaba y de sus labios se escapaban gemidos. Puesto que estaba fuera de combate, lo mejor era volver a subir el barranco, ganar el camino y escapar lo más pronto posible.

Un quejido más profundo detuvo a Jane en su retirada y llevó su atención hacia su adversario derribado en tierra.

Estaba desconocido. Los gruesos labios estaban unidos y, no tenían nada de feroz; los ojos, ensangrentados, no expresaban más que un dolor intolerable; el grueso puño se había abierto y la mano se tendía en ademán de súplica. El asesino se había transformado en un pobre diablo víctima de la más horrorosa miseria, volviéndose súbitamente más débil que un niño.

—¿Me dejará morir así? —exclamó con voz lastimera en bastante buen inglés.

Jane no titubeó. Toda la piedad de la mujer se despertó en su corazón. Descendió de la grieta y se aproximó.

—¿O es que vienes a matarme? —gimió entonces el desgraciado, cuyas miradas se fijaban en el revólver que Jane había conservado en la mano.

Ésta puso su arma en la cintura y continuó avanzando.

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó—. ¿Qué tiene?

—Sin duda me he roto alguna cosa —respondió el herido, señalando los riñones y la pierna derecha.

—Voy a ver —dijo Jane arrodillándose.

Delicadamente, con movimientos suaves y precisos, levantó su zamarra grasienta y el pantalón deshilachado.

—No tiene nada roto —dijo, después de un examen—. No es más que un esfuerzo causado por un movimiento falso cuando habéis resbalado. Dentro de un cuarto de hora estará mejor.

Sin ocuparse del riesgo que corría poniéndose al alcance de sus manos, poco antes amenazadoras, le prodigó sus cuidados. Masajes, fricciones enérgicas, ventosas colocadas con la ayuda del cubilete; todo tan bien hecho como un médico pudiera hacerlo. El resultado del tratamiento no se hizo esperar. Por intensa que sea una relajación de riñones es un mal poco grave. Bien pronto el herido volvió a respirar. A la media hora, incapaz aún de ponerse de pie, podía, al menos, estar sentado con la espalda apoyada en un peñasco y en estado de contestar.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama? —preguntó Jane.

La mirada del miserable no expresaba más que una inmensa extrañeza. Que el niño que él había querido matar le salvase ahora, trastornaba todas sus ideas. Con voz tímida, respondió:

—Patrick Richardson, señor.

—¿Es usted inglés?... ¿Americano?...

—Irlandés.

—¿*Prospecteur*?

—No, señor, herrero.

—¿Por qué ha dejado su país y su oficio?

—Porque no tenía trabajo ni pan.

—¿Y aquí ha tenido suerte?

—No.

—¿No habéis encontrado ningún *claim*?

—Yo no conozco nada de eso.

—¿Qué espera, pues?

—Trabajar.

—¿Y bien?

—He probado. Los *claims* están completos por ahora.

—¿Dónde iba cuando me encontré?

—Hacia el este, donde tal vez fuese más feliz.

—¿Y por qué quería usted matarme?

—Siempre la misma cosa. Me muero de hambre —dijo Patrick Richardson, bajando los ojos.

—¡Ah!..., ¡ah!... —dijo Jane.

Después de un corto silencio, sacó provisiones de su zurrón.

—Coma —dijo.

Patrick Richardson no obedeció en el momento; con la mirada cada vez más oscurecida contemplaba al niño que así venía a su socorro. El miserable lloraba.

—¡Coma! —repitió Jane.

El débil coloso no se hizo esta vez repetir la invitación. Vorazmente se arrojó sobre la comida ofrecida.

Mientras devoraba, Jane observaba a su convidado inesperado. Sus orejas separadas, sus rasgos, casi tan marcados como los de un negro, señalaban su irremediable inferioridad intelectual. Pero, a despecho de su tentativa de violencia, no debía ser un malvado. Sin duda alguna Jane tenía delante uno de esos desheredados de la suerte, uno de esos seres que el implacable destino vuelve a arrojar al arroyo donde han nacido. Un último análisis: sus gruesos labios expresaban la bondad, y sus ojos azules tenían una mirada ingenua, llena de una dulzura sorprendente. Tal vez era la primera vez que encontraba un poco de compasión sobre el duro camino de la vida.

Cuando Patrick se restableció, Jane había acabado sus reflexiones.

—Si le conviene, le tomo a mi servicio —dijo Jane, mirándole fijamente.

—¿Usted?

—Sí, tendrá diez dólares al día; es el precio del país. Pero no le pagaré hasta más tarde, cuando haya recogido bastante dinero para poder hacerlo. Entretanto, y a cuenta, aseguraré su alimentación, y en la primera ocasión le vestiré de una manera más confortable. ¿Le convienen esas condiciones?

Patrick tomó la mano de Jane y apoyó en ella sus labios. No había necesidad de otra respuesta; Jane no iba a tener un servidor, sino un esclavo, un perro.

—Ahora es preciso dormir. Voy a procurar hacer una cama de hojas, sobre la cual le extenderé. Mañana ya estaré bien de su accidente.

Al día siguiente, después de algunos masajes, Patrick pudo ponerse en marcha de madrugada. Es cierto que el dolor le arrancó más de un gesto cuando un movimiento involuntario le contraía los riñones o las piernas; pero pudo, apoyándose en la espalda de su amo, subir el sendero sin demasiada fatiga y volver a ganar el camino. Y era, en verdad, un curioso espectáculo el de este coloso, cuyo aspecto recordaba el de un oso de gran tamaño, guiado y

protegido por este adolescente, el cual compensaba la debilidad de sus músculos con la firmeza de su alma.

La marcha devolvió poco a poco la elasticidad a los miembros de Patrick, y bien pronto la singular pareja adoptó un paso más rápido. Un poco antes de mediodía se hizo alto para almorzar. Jane empezó a inquietarse viendo de qué manera hacia desaparecer las provisiones su compañero. ¡Este gran cuerpo era un abismo que sería difícil de llenar!

Hacia el anochecer, un nuevo barranco se abrió a la derecha del camino. Jane y Patrick entraron en esta cortadura, más larga que las precedentes, y la descendieron hasta el río.

A medida que éste se aproximaba, el barranco se agrandaba. Su anchura no debía ser, en la parte baja de la pendiente, inferior a quinientos metros. Allí, su superficie estaba dividida en dos pisos bien distintos, el más alto aguas arriba, el más bajo aguas abajo, por una enorme barrera de peñascos, perpendicular al *creek* y casi exactamente horizontal; barrera que, saliendo del *thalweg* del barranco, se terminaba en el borde en un tajamar de unos diez metros de altura. Jane examinó el piso inferior, donde el azar la había conducido.

La pendiente regular del suelo de esta parte del barranco era la que hacía la altura de la barrera de peñascos, elevada hacia arriba. En este suelo había muchos pozos, más o menos llenos por los hundimientos, y por todos lados se descubrían los restos de las herramientas de mineros. Era, indudablemente, el terreno de un antiguo *claim*.

No cabía duda de que este *claim* había sido abandonado. El estado de los pozos y del material lo probaba, y, además, ninguna estaca limitaba su extensión. Podía, sin embargo, ser interesante; el mayor trabajo estaba hecho al empezar de nuevo la explotación, y Jane decidió hacer en este sitio su primera tentativa.

Al día siguiente, y después de comprar los objetos más esenciales, Patrick empezó a quitar los escombros de un pozo, y a las veinticuatro horas lavaba el barro, mientras que Jane se

ocupaba de las formalidades necesarias para obtener la colocación de los postes indicadores y para asegurarse la posesión del *claim*.

Estas formalidades fueron cumplidas en menos de tres días; pero en el camino que alineaba su *claim*, al que se atribuía el número 127 bis, Jane comprendió que si contenía oro no era más que en una dosis pequeñísima, y que no tenía ninguna probabilidad de hacer allí abundante recolección de pepitas. A pesar del trabajo excesivo de Patrick, no podían, en razón sin duda de su inexperiencia, lavar cada veinticuatro horas más de un centenar de platos, cuyo rendimiento medio no excedía de una décima de dólar. Tenía que pagar al servidor que había tomado y asegurar su subsistencia. Si la situación no se mejoraba, se encontraría al fin del verano tan pobre como al principio.

¿Se habría equivocado al detenerse en este paraje? ¿No debiera haber seguido adelante, y pasar la frontera, puesto que solamente distaba de quinientos a seiscientos metros?

Jane se había enterado de otra cosa, del nombre del río que bordeaba el *claim* en que se ensayaba en el duro oficio de *prospectrice*, el Forty Miles, este mismo *creek* sobre cuya ribera estaba situado el *claim* 129, vecino del suyo, y que seguramente se encontraba detrás de la colina, cerrando el barranco al sudoeste.

Fuese por una confusa esperanza, fuese por simple obstinación de triunfar en su empresa, no queriendo confesarse vencida antes de haber luchado hasta el fin, se esforzó más que nunca en lavar el mayor número posible de estos platos, que le daban tan poco provecho.

Una tarde, el 11 de junio, estaba absorta en su trabajo, hasta el punto de olvidarse del resto del mundo, cuando, fue interpelada por una voz conocida.

—¿Puede informarme de su salud, señorita?

—¡Señor Skim! —exclamó Jane con una alegría que no trató de ocultar.

—El mismo —dijo Summy, estrechando calurosamente la mano que le tendía.

—Mi salud es excelente, señor Skim —dijo Jane—. ¿Y la de su *claim*, señorita? Pues, según veo, también tiene un *claim*.

—Le confesaré, señor Skim, que no estoy encantada de él —dijo Jane menos alegre—. Apenas recojo lo necesario para cubrir mis gastos.

—¡Triste resultado! —dijo, sin parecer afectarse por tal desgracia—. ¿Cuáles son sus proyectos?

—No sé —dijo Jane—. Ir más lejos... Dejar este *claim* que es tan malo, que me ha costado más de lo que vale, y donde un desgraciado azar me ha conducido...

—¡Un azar! —insistió Summy—. Ignora, pues, que es nuestra vecina.

—Lo sé desde hace algunos días; pero cuando me detuve aquí por primera vez ignoraba que este *creek* fuese el Forty Miles y que su propiedad se encontrase al otro lado de esta colina.

—¡Ah! —dijo Summy contrariado.

Después de un momento de silencio, continuó:

—¿Por qué no se aprovecha de ese azar, señorita? Antes de internaros en los desiertos de Alaska, sería bueno estudiar a fondo el rincón que ha escogido al principio. No le ofrezco mi concurso, porque soy demasiado ignorante en estas cosas, pero a quinientos metros de aquí está mi primo Ben Raddle, un ingeniero como no se encuentra todos los días, y si quiere...

—Un buen consejo es siempre bien recibido, y yo aceptaré con gusto los de mister Ben Raddle —dijo Jane—. Cuando éste haya examinado mi *claim*, verá lo que se puede esperar de él.

—Convenido, pues... Pero permítame usted una pregunta, que creo que no será indiscreta.

—No lo es —dijo Jane anticipándose.

—Es que no veo la menor casucha aquí... ¿Dónde duerme, pues, durante la noche?

—Al aire libre —respondió Jane riendo—. Una cama de hojas, una almohada de arena; se duerme así admirablemente.

Summy Skim la miró con sorpresa.

—¡Al aire libre! —exclamó—. ¿No piensa que eso es una imprudencia?...

—Tengo dos guardianes, señor Skim.

—¿Dos guardianes?

—He aquí uno —dijo Jane, indicando el revólver que llevaba a la cintura—, y he aquí el otro —añadió, indicando a Patrick Richardson, que a poca distancia miraba con sorpresa al recién llegado.

Summy Skim no quedó del todo convencido.

—¿Ese salvaje? —dijo—. Verdaderamente tiene estatura para defenderla, pero es igual; hará mucho mejor en atravesar esta colina después de terminar el trabajo, y aceptar la hospitalidad que mi primo y yo tendremos el gusto de ofrecerle.

Jane movió la cabeza negativamente.

—Hace mal, señorita, hace mal —insistió Summy.

CAPÍTULO XIII

EL CLAIM 129

Situado sobre la ribera derecha del Forty Miles Creek, el *claim* 129 era, como ya se ha dicho, el último del Klondike, y los postes que en él marcaban el límite occidental indicaban al mismo tiempo la frontera alasko-canadiense.

Más allá del *claim* 129, hacia el sur, entre dos colinas poco elevadas, se extendía una verde pradera, que bordeaban por cada lado macizos de abedules y álamos.

Al norte del *claim* el río encauzaba sus aguas, en un estiaje medio, entre ribazos débilmente inclinados hacia arriba. Pero sobre la ribera izquierda una cadena de alturas, que venía del norte, doblándose hacia abajo, se levantaba bruscamente, casi en frente de una hilera de colinas más bajas, que sobre la orilla derecha, corriendo perpendicularmente al riachuelo, formaban el límite oriental de la propiedad de Josias Lacoste. Detrás de esas colinas, al pie de la otra vertiente, es donde Sane Edgerton trabajaba desde hacía una semana en su estéril labor, en el momento en que el 10 de junio los dos primos llegaron, por fin, al término de su viaje.

A la derecha se divisaban casas, chozas de propietarios de *claims*. Sobre un espacio de dos o tres kilómetros se podían contar varios centenares de trabajadores.

Al otro lado de la frontera, en territorio americano, existían instalaciones semejantes, y, en primera línea, la más próxima, la del *claim* 131, propiedad del tejano Hunter, que lo explotaba desde hacía un año, y acababa de empezar su segunda campaña.

Summy Skim y Ben Raddle, que conocían a este personaje, creían que anteriormente se habría querellado su vecino con Josias Lacoste. La propiedad del *claim* 129 estaba arreglada conforme al uso establecido. La declaración del descubrimiento había sido hecha, aceptada por el Estado y registrada en la oficina del Comisario de minas del Dominion, mediante una suma anual de treinta y cinco dólares. Además un derecho de regalía del diez por ciento del oro extraído debía ser percibido, bajo pena de expropiación en caso de fraude. Pero Josias Lacoste no había incurrido nunca en esta pena, y tampoco había caído bajo el peso de la ley, con arreglo a la cual todo *claim* no explotado en quince días durante la primavera vuelve al dominio público. No se habían interrumpido los trabajos hasta después de su muerte, esperando que sus herederos tomaran posesión de su herencia.

La explotación emprendida por Josias Lacoste había durado 18 meses. Se había hecho sin gran provecho. Los gastos del primer establecimiento, del personal, transporte, etc., habían sido bastante elevados. Además, una repentina inundación de Forty Miles había desconcertado los trabajos y ocasionado grandes desgracias. En resumen, el propietario del *claim* 129 apenas había cubierto sus gastos cuando le sorprendió la muerte.

¿Pero cuál es el *prospecteur* que pierde la esperanza, que no se cree en la víspera de encontrar alguna pepita de valor, de lavar platos de mil, dos mil, cuatro mil francos?... Y, después de todo, tal vez Josias Lacoste hubiera, finalmente, salido bien de su empresa, aun no teniendo a su disposición más que un material muy reducido.

Los dos primos obtuvieron todos los datos relativos a la explotación por el antiguo capataz de Josias Lacoste. Había quedado en el *claim* esperando la vuelta del trabajo, fuese por cuenta de los herederos, fuese por la del que adquiriese el *claim*.

Este capataz se llamaba Lorique, canadiense, de origen francés, de unos cuarenta años de edad y muy entendido en el oficio de *prospecteur*; había trabajado durante muchos años en los yacimientos auríferos de California y de la Columbia británica antes de venir al territorio del Yukón. Nadie hubiera podido suministrar a Ben Raddle antecedentes más exactos sobre el estado actual del 129, sobre los provechos que se podían esperar de él y sobre el valor real del *claim*.

Lorique se ocupó en seguida de alojar lo mejor posible a Ben Raddle y Summy Skim, que probablemente tendrían que pasar muchos días en Forty Miles Creek. Antes que la tienda de campaña prefirieron un cuarto de los más modestos, pero limpio al menos, en la casita que Josias Lacoste había hecho construir para su capataz y para él. Edificada al pie de las colinas del sur, en medio de un macizo de abedules y álamos temblones, ofrecía abrigo suficiente en esta época del año en que no había que temer el mal tiempo.

En cuanto a los víveres, el capataz no tendría que molestarse mucho para procurárselos a sus nuevos amos. Existen en esta región, como en todo el Klondike, sociedades de abastecimiento. Organizadas en Dawson City, donde son aprovisionadas por los yukoneros del gran río, surten a los placeres, no sin obtener allí grandes beneficios, tanto por los precios de los objetos de consumo como por el número de trabajadores empleados en el distrito.

Al día siguiente de su llegada a Forty Miles Creek, Ben y Summy, guiados por Lorique, que les contaba los comienzos de la explotación, visitaron el *claim*.

—El señor Lacoste —decía Lorique— no empleó al principio su personal, que se componía de unos cincuenta obreros, en el horadamiento de los pozos sobre la ribera del *creek*. Se contentó con proceder a raspaduras superficiales, y fue solamente hacia el fin de la primera campaña cuando los pozos se profundizaron en el lecho aurífero.

—¿Cuántos ha descubierto en esta época? —preguntó Ben Raddle.

—Catorce —respondió el capataz—. Cada uno tiene un orificio de nueve pies cuadrados, como puede ver. Han quedado en el mismo estado, sería suficiente sacar el agua de ellos para emprender de nuevo la explotación.

—Pero antes de profundizar esos pozos, ¿qué provecho había dado la raspadura del suelo? —dijo Summy Skim—. ¿Los rendimientos cubrían los gastos?

—Seguramente no, señor —confesó Lorique—. Así es en casi todos los yacimientos, cuando se limita a lavar la grava y los cantos rodados auríferos.

—¿Trabaja solamente al plato y a la escudilla? —interrogó Ben Raddle.

—Únicamente, señores; y es raro que hayamos producido platos de tres dólares.

Mientras que en los *claims* del Bonanza —exclamó Summy— dicen se hacen de quinientos a seiscientos.

—Crean ustedes que eso es una excepción —dijo el capataz—, y que si por término medio es de unos veinte dólares, se puede estar satisfecho. En cuanto a los del 129, no han pasado nunca de un dólar.

—¡Deplorable! ¡Deplorable! —insinuó Summy entre dientes.

—¿Qué profundidad tienen sus pozos?

—De diez a quince pies. Esto es suficiente para llegar al lecho donde se encuentra ordinariamente el polvo de oro.

—¿Cuál es el espesor de este lecho?

—Seis pies, poco más o menos.

—¿Y cuántos platos da un pie cúbico de materia extraída?

—Diez, poco más o menos; y un buen obrero puede lavar un centenar al día.

—¿De modo que sus pozos no han servido todavía? —preguntó Ben Raddle.

—Todo estaba preparado cuando Josias Lacoste murió. El trabajo tuvo que ser suspendido.

Si estas noticias interesaban a Ben Raddle, era indudable que también su primo tomaba cierto interés. ¿No era natural que quisieran conocer tan exactamente como fuese posible el valor del *claim* 129? Una pregunta precisa fue hecha respecto a esto al capataz.

—Hemos extraído unos treinta mil francos de oro —respondió éste—, y los gastos han ascendido casi a esta suma: pero yo no pongo en duda que la vena del Forty Miles no sea buena. En los *claims* próximos, cuando los pozos han funcionado, el rendimiento ha sido siempre considerable.

—Sin duda, usted sabe, Lorique —dijo Ben Raddle—, que un sindicato de Chicago nos ha hecho ofertas de compra.

—Lo sé, señor. Sus agentes vinieron a visitar el placer hace algún tiempo.

—El sindicato nos ha ofrecido cinco mil dólares por la propiedad. ¿Es suficiente esto, a su juicio?

—Es irrisorio —afirmó categóricamente Lorique—. Basándome en los resultados obtenidos en los otros *claims* del Forty Miles Creek, no estimo el valor del suyo en menos de cuarenta mil dólares.

—Es una bonita cifra —dijo Summy Skim—; y en verdad no tendremos que sentir nuestro viaje si percibimos ese precio. Desgraciadamente, la venta del *claim* será muy difícil mientras la cuestión de la frontera no se resuelva.

—¡Qué importa!... —objetó el capataz—. Que el 129 sea canadiense o alaskiense, tendrá siempre el mismo valor.

—Nada más justo —dijo Ben Raddle—. Sin embargo, no es menos cierto que el sindicato ha retirado sus proposiciones, a pesar del bajo precio ofrecido.

—Lorique —preguntó Summy Skim—, ¿se puede esperar que esta rectificación termine pronto?

—No puedo contestar más que una cosa, señores —dijo Lorique—, y es que la comisión ha empezado sus trabajos. ¿Cuándo terminarán?... Creo que no sabría decirlo ni uno de sus comisarios.

Además, están ayudados por uno de los geómetras de mayor renombre del Klondike, un hombre de gran experiencia, míster Ogilvie, que ha levantado con más precisión el estado catastral del distrito.

—¿Qué se augura del resultado probable de la operación? —preguntó Ben Raddle.

—Que volverá a la confusión de los americanos —respondió el capataz—, y que si la frontera no está en su verdadero sitio, será preciso volverla a llevar hacia el oeste.

—Lo que aseguraría definitivamente al 129 la nacionalidad canadiense —concluyó Summy Skim.

Ben Raddle hizo entonces al capataz algunas preguntas sobre las relaciones de Josias Lacoste con el propietario del *claim* 131.

—¿Ese tejano y su compañero? —dijo el capataz—. ¿Hunter y Malone?

—Precisamente.

—Créanme ustedes, han sido muy desagradables, lo declaro francamente. ¡Son dos bandidos! A cada instante nos buscaban camorra, y últimamente no podíamos trabajar sin el revólver a la cintura. En más de una ocasión los agentes han tenido que intervenir para hacerles entrar en razón.

—Eso es lo que nos ha dicho el jefe de la policía que hemos encontrado en Fort Cudahy —dijo Ben Raddle.

—Temo —añadió Lorique— que más de una vez tenga aún que intervenir, y no habrá paz hasta el día en que esos dos infames sean expulsados.

—¿Cómo podrán serlo?

—Nada más fácil, si la frontera es trasladada más al oeste. El 131 estaría entonces en territorio canadiense, y Hunter deberá someterse a todas las exigencias de la Administración.

—¿Y es él de los que pretenden que el meridiano ciento cuarenta y uno debe ser trasladado hacia el este? —dijo Summy.

—Naturalmente —respondió el capataz—. Él es quien ha amotinado a todos los americanos de la frontera, así como a los de

Forty Miles y los de Sixty Miles. Más de una vez han amenazado invadir nuestro territorio y apoderarse de nuestros *claims*. Fueron Hunter y Malone quienes les llevaron a tales excesos. Las autoridades de Ottawa han enviado sus quejas a Washington, pero no parece se den prisa para examinarlas.

—Sin duda se espera —dijo Ben Raddle— que la cuestión de la frontera se decida.

—Probablemente, señor Raddle. Hasta entonces es preciso estar en guardia. Cuando Hunter sepa que los nuevos propietarios han llegado a Forty Miles Creek, es capaz de intentar un mal golpe.

—Sabe que encontrará con quien hablar —dijo Summy Skim—; pues ya hemos sido presentados a él.

Recorriendo la extensión del *claim*, los dos primos y el capataz se detuvieron cerca del poste que separaba el 129 del 131. Si aquél estaba desierto, éste, por el contrario, estaba en plena actividad. El personal de Hunter trabajaba en los pozos horadados hacia arriba. Después de haber sido lavado el lodo, arrastrado por el agua de las regueras, iba a perderse en la corriente del Forty Miles.

Ben Raddle y Summy Skim buscaron en vano a Hunter y Malone en medio de los obreros del 131. No los distinguieron. Lorique creía que, después de haber pasado algunos días en el *claim*, habrían marchado más al oeste, en esta parte de Alaska donde se indicaban nuevas regiones auríferas.

Terminada la visita del *claim*, los dos primos y el capataz volvieron a la casita, donde les esperaba el desayuno preparado por Neluto.

—¿Y bien —preguntó alegremente Ben Raddle—, estará bueno el desayuno?

—¡Delicioso, señor Raddle!

Cuando terminó el desayuno, Summy Skim quiso saber los proyectos de su primo.

—Tú conoces ahora el *claim* 129 —le dijo—, y sabes cuál es su valor; quedándote aquí no creo que puedas saber más.

—No es ése mi parecer —respondió Ben Raddle—. Tengo que hablar con el capataz y examinar las cuentas del tío Josias. No creo que sean demasiado cuarenta y ocho horas para esto.

—Sean las cuarenta y ocho horas, con la condición de que yo tenga permiso para cazar en los alrededores.

—Caza, amigo mío, caza. Esto te distraerá durante algunos días que tenemos que aguardar con paciencia aquí.

—Bien —observó Summy Skim sonriendo—; ¡he aquí las cuarenta y ocho horas convertidas ya en algunos días!

—Sin duda —dijo Ben Raddle—... Y aun si pudiese ver trabajar a los obreros... lavar escudillas y platos.

—¡Oh!, ¡oh! —dijo Summy Skim—. ¡Me parece que los días llevan camino de convertirse en semanas! ¡Atención, Ben, atención! Nosotros no somos *prospecteurs*, no lo olvides.

—Comprendido, Summy. Sin embargo, puesto que no podemos tratar de la venta de nuestro *claim* mientras la comisión no haya terminado sus trabajos de rectificación, no veo por qué Lorique no ha de volver a empezar...

—Entonces —interrumpió Summy—, estamos condenados a estar aquí mientras ese maldito meridiano no esté restablecido en su sitio.

—Aquí o en otro sitio. ¿Dónde iremos, Summy?

—A Dawson City, por ejemplo.

—¿Y estaremos mejor?

Summy Skim no respondió. Sintiendo que la cólera le ahogaba, tomó su escopeta, llamó a Neluto, y dejando los dos la casita, remontaron el barranco hacia el sur.

Summy Skim tenía razón en ponerse colérico. Ben Raddle estaba, en efecto, decidido a intentar la explotación del placer de su propiedad. Cuando una circunstancia inesperada le obligaba a prolongar su estancia en Forty Miles Creek durante algunas semanas, ¿cómo resistir a la tentación de utilizar los pozos preparados, de verificar su rendimiento?... ¿El tío Josias había hecho todo para obtener buenos resultados?... ¿No se habría

contentado con seguir el antiguo método de los *orpailleursi*, evidentemente muy rudimentario, mientras que un ingeniero encontraría, sin duda, otro procedimiento más rápido y más productivo?... Y, en fin, si en las entrañas de ese suelo que le pertenecía había que recoger cientos de miles de francos, de millones tal vez, ¿era razonable renunciar a ellos por un precio irrisorio?...

Tales eran los pensamientos de Ben Raddle. La cuestión de la frontera no le molestaba, pues éste era un argumento que obligaría a Summy Skim a ceder, y, optimista hasta el fin, creía que su primo acabaría por aficionarse a lo que a él le apasionaba.

Por esto cuando hubo examinado las cuentas del tío Josias, cuando el capataz le hubo suministrado todos los documentos, preguntó sin preámbulos:

—Si tuviese que reclutar personal, ¿podría hacerlo?

—Sin duda, señor Raddle —respondió el capataz—. Millares de emigrantes buscan trabajo en el distrito y no encuentran. Yo creo que, vista la afluencia, no pretenderán salarios muy elevados.

—¿No harían falta más que unos cincuenta mineros?

—Todo lo más. El señor Josias Lacoste no ha empleado más nunca.

—¿Y en cuánto tiempo podría reunir ese personal?

—En veinticuatro horas.

Después de un instante de silencio, el capataz añadió:

—¿Tendría la intención de prospectar por su cuenta, señor Raddle?

—Puede ser... Al menos mientras no cedamos el 129 a su precio.

—En efecto, eso le permitirá apreciar mejor su valor.

—Además —observó Ben Raddle—, ¿qué hacer aquí hasta el día en *que* la cuestión de la frontera esté arreglada de una manera o de otra?

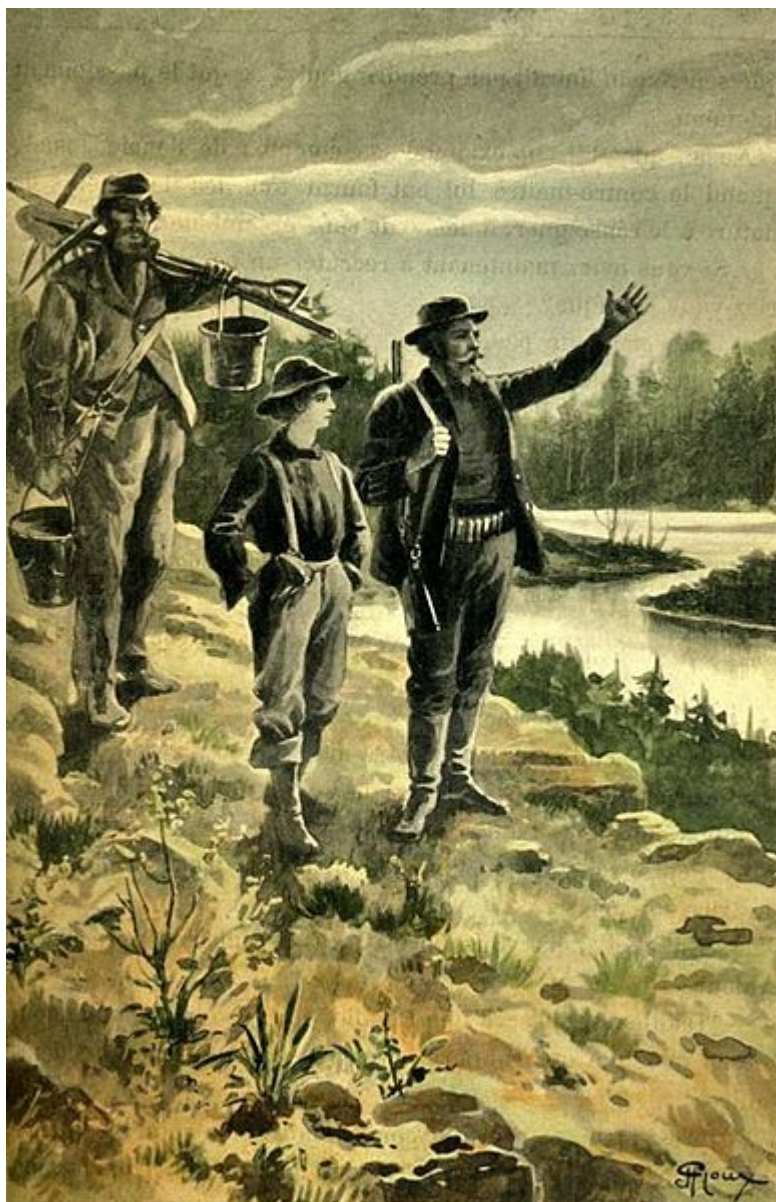
—Es justo —aprobó el capataz—; pero que sea americano o canadiense, el 129 no valdría menos que vale. Yo he estado

siempre en la idea de que los *claims* de los afluentes de la izquierda del Yukón no son inferiores a los de la orilla derecha, y se hará fortuna tan de prisa sobre el Sixty Miles y el Forty Miles como sobre el Bonanza o el Eldorado.

—Acepto el augurio, Lorique —concluyó Ben Raddle, muy satisfecho de estas respuestas, que coincidían con sus propios deseos.

Summy Skim encontraría tal vez la píldora demasiado amarga. Ben Raddle concebía respecto a esto una inquietud que no quería confesar.

Pero decididamente le protegía la suerte. No hubo necesidad de la explicación temida, pues cuando Summy volvió, cerca de las cinco de la tarde, no volvía solo. Ben le vio aparecer en la cumbre de la colina que limitaba el *claim*, precedido de un gigantesco obrero, cargado como una bestia de carga, y llevando a su lado un compañero de pequeña estatura. Desde lejos Summy le llamaba por señas.



—¡Eh! ¡Ben! —gritó en cuanto pudo oírse—. ¡Ven para que te presente a nuestra vecina!

—¡La señorita Jane! —exclamó Ben Raddle, reconociendo al supuesto compañero de su primo.

—¡La misma! —contestó Summy—. ¡Y propietaria del *claim* 127 bis aún!

Inútil es decir que la joven americana recibió del ingeniero una cordial acogida. Éste fue puesto al corriente de las aventuras de su

asociada, a quien felicitó con calor por su sangre fría. Summy aprovechó esta ocasión para deslizar su demanda.

—He afirmado a nuestra vecina que no le rehusarás un consejo. Espero que no me desaprobéis.

—Tú bromeas —protestó Ben Raddle.

—¿Entonces visitarás su *claim*?

—Sin duda alguna.

—¿Lo examinarás cuidadosamente?

—Desde luego.

—¿Y le darás tu autorizada opinión?

—Desde mañana. Si hay necesidad llamaré a Lorique, que tiene más práctica que yo en estas regiones.

—Está muy bien, Ben; eres un buen muchacho. En cuanto a usted, señorita, su fortuna está hecha —declaró Summy con convicción.

Ben Raddle estimó oportuno el momento para comunicar a su primo su decisión.

—Y la nuestra también, Summy —insinuó, sin atreverse a mirarle de frente.

—¿La nuestra?

—Sí. Puesto que es preciso esperar que la cuestión de ese maldito meridiano se decida, he tomado el partido de explotar hasta entonces. Desde mañana Lorique reclutará el personal.

Ben Raddle esperaba una explosión. Pero quedó atónito cuando oyó decir a su primo con aire bonachón:

—¡Es una excelente idea, Ben! ¡Excelente en verdad! Después, abandonado este asunto, como si no tuviese importancia, Summy añadió:

—A propósito, Ben; me he permitido ofrecer la hospitalidad nocturna de nuestra casa a la señorita Jane, que se ve obligada a acostarse a la intemperie. Creo que no verás en ello ningún inconveniente.

—¡Vaya una pregunta! —dijo Ben—. Nuestra casa está a disposición de la señorita Edgerton.

—Todo va lo mejor posible —dijo Summy—. Y en estas condiciones soy de la opinión...

—¿Qué?

—Que demos una vuelta por la propiedad —acabó alegremente Summy, que, sin esperar la respuesta, se puso en marcha, arrastrando con él a Jane Edgerton, y seguido de Ben Raddle, absorto del cambio de su primo.

Sin embargo, decía éste a su compañero, con el aire más serio del mundo:

—Los placeres pueden ser buenos algunas veces. Los placeres, señorita Jane...

Incapaz de comprender tan sorprendente metamorfosis, Ben Raddle se encogió de hombros.

CAPÍTULO XIV

EXPLOTACIÓN

El optimismo de Summy no duró más que una noche. Al despertarse al día siguiente volvió en seguida a sus ideas ordinarias, de las cuales había desistido un instante por una influencia inexplicable. Se puso entonces de mal humor al comprobar que sus temores eran justificados.

Hasta el momento en que pudiese venderlo, Ben Raddle iba a poner el *claim* en actividad. ¡Quién sabe si consentiría en deshacerse de él!

—Esto es fatal —se repetía el pacífico Summy Skim—. ¡Ah, tío Josias!... Si nosotros hemos llegado a ser mineros, *orpailleurs*, *prospecteurs*, cualquiera que sea el nombre que se quiera atribuir a los buscadores de oro, que yo llamo buscadores de miseria, a usted lo debemos... Una vez puesta la mano en esta empresa, llegará el invierno sin que hayamos emprendido la vuelta a Montreal. ¡Un invierno en el Klondike!... Con fríos para los cuales ha sido preciso fabricar termómetros graduados bajo cero, al contrario de los demás, que lo están sobre él... ¡Qué perspectiva!... ¡Ah! ¡Tío Josias, tío Josias!...

Así razonaba Summy Skim. Pero fuese por el natural efecto de la filosofía que se vanagloriaba de practicar, o por otra causa, su

convicción no tenía ya la fuerza de antaño. ¿Estaría en vías de evolucionar el tranquilo hidalgo, arrendatario de Green Valley, y se aficionaría a la vida de aventuras?

Apenas había empezado la estación para los yacimientos del Yukón. Hacía ya quince días que el deshielo del suelo y la irrupción de los *creeks* los habían hecho practicables.

La tierra, endurecida por los grandes fríos, ofrecía aún alguna resistencia al pico y la piqueta; pero, sin embargo, se consiguió ablandarla. Era bastante fácil tocar la capa aurífera sin temer que las paredes de los pozos, solidificadas por el invierno, se desplomasen.

A falta de un material más perfeccionado y de máquinas que hubiera sabido emplear, Ben Raddle iba a estar reducido a la escudilla o al plato, el *pan*, como se llama en el argot de los mineros. Pero estos utensilios rudimentarios serían suficientes para lavar el cieno en la parte próxima al Forty Miles Creek.

En suma, son las minas de filones, no los *claims* de ribera, las que necesitan ser trabajadas industrialmente. Ya están establecidas sobre los yacimientos montañosos del Klondike máquinas para machacar el cuarzo, y funcionan allí como en las otras comarcas mineras de Canadá y de la Columbia inglesa.

Ben Raddle no hubiese podido encontrar mejor agente que el capataz Lorique. No había más que dejarle hacer a este hombre, muy experimentado, muy entendido en ese género de trabajos, y capaz, por otra parte, de aplicar los perfeccionamientos que le propusiese el ingeniero.

Además, una interrupción demasiado larga en la explotación del *claim* 129 hubiese motivado quejas por parte de la Administración. Muy ávida de los repartos que extraía de los rendimientos de los placeres, pronunció con gusto la prescripción del derecho de las concesiones abandonadas durante un período de tiempo relativamente breve en el curso de la primavera.

El capataz tuvo más dificultades de las que pensaba para reclutar personal. Nuevos yacimientos, señalados en la parte del

distrito que dominan las cúpulas, habían atraído a los mineros, pues la mano de obra prometía ser allí cara. Seguramente las caravanas no cesaban de llegar de Dawson City; la travesía de los lagos y el descenso del Yukón eran más fáciles después del deshielo. Pero los brazos de los trabajadores eran reclamados de todos lados en esta época en que el empleo de máquinas no estaba todavía generalizado.

Mientras que Lorique se ocupaba en reunir un número suficiente de trabajadores, Ben Raddle se apresuró a cumplir la promesa hecha a Jane Edgerton. Sin esperar más, Summy Skim y Ben Raddle franquearon la colina que separaba su propiedad de la de su joven vecina.

La singular división del *claim* en dos pisos, el superior hacia arriba, el inferior hacia abajo, llamó en seguida la atención del ingeniero. Después de haber avanzado hasta el borde del *creek* y haber examinado cuidadosamente la disposición de las riberas, formuló claramente su opinión.

—Nadie podrá valuar, señorita —dijo a Jane Edgerton—, el valor real de su *claim*. Lo que sí puedo afirmarle con certeza es que ha equivocado el camino al pensar explotar el piso inferior.

—¿Por qué? —objetó Jane—. ¿Mi elección no ha sido dictada por el sitio de los pozos?

—Precisamente la presencia de los pozos —replicó Ben Raddle— debiera haberle hecho separarse de ellos. Es evidente que, si en una región surcada por tantos mineros, estos pozos han sido sondeados y después abandonados, es porque su rendimiento ha sido siempre nulo. ¿Por qué ha de tener éxito donde los otros han fracasado?

—Es verdad —dijo Jane, convencida de la observación.

—Hay otro argumento —prosiguió Ben Raddle—. Pero para que sienta toda su fuerza, es preciso que tenga una idea clara de la manera en que está formada la capa aurífera que uno y otro explotamos. Esta capa no es otra cosa que un depósito abandonado por las aguas del Forty Miles Creek en una época muy remota en

que no estaba contenido en sus actuales riberas. La ribera, más ancha, cubría entonces, como el *claim* 129 y como todos los *ciabais* vecinos, el sitio mismo en que nos encontramos, y el barranco bajo el cual ha fundado su explotación formaba una especie de golfo, en el cual la corriente, desviada por la colina que separa nuestras propiedades, venía a sepultarse con cierta violencia. Es de suponer que el agua debía atravesar al principio el piso superior, puesto que éste está hacia arriba; después, del alto de la barrera de rocas caía en cascada sobre el piso inferior, para volver a tomar en seguida su curso. Esta barrera de rocas constituía un obstáculo, contra el cual el agua se estrellaba en remolinos. Es, pues, muy probable que antes de traspasarla habría abandonado al lado de este obstáculo todos los cuerpos duros, y especialmente las partículas de oro que pudiera tener en suspensión. La cubeta, formada por la barrera de rocas, se llenaba poco a poco del depósito de estos cuerpos duros, y habría llegado un día en que el oro hubiera podido empezar a verterse sobre el piso; pero es de suponer que en este momento una convulsión del suelo ha hecho desplomarse la masa de piedras que recubre y esconde la capa arenosa que creo ha de existir, y que el *creek*, arrojado hacia el norte por este hundimiento, ha debido renunciar a atravesar la ribera tal como la vemos hoy.

Summy Skim no ocultaba su admiración.

—¡Soberbio! —exclamó—. ¡Eres un sabio, Ben!

—No vayamos tan de prisa —respondió Ben Raddle—. Después de todo, no son más que hipótesis. Sin embargo, no creo equivocarme al afirmar que si el *claim* 127 bis contiene oro, no puede ser sino debajo del montón de pedruscos que cubre la mitad superior.

—Vamos a ver —concluyó Jane con su decisión acostumbrada.

Los dos primos y su compañera subieron el barranco, cerca de doscientos metros; después, cuando llegaron al punto en que la barrera de rocas salía insensiblemente de la vaguada, se dirigieron a la parte superior, volviendo hacia el *creek*. La marcha se hacía

imposible en medio de los escombros de pedruscos, algunas veces enormes, y tardaron más de una hora para llegar a la rivera.

Por desgracia, Ben Raddle no pudo descubrir la menor partícula de arena por ninguna parte. Aquello no era más que un caos de piedras y peñascos, en el intervalo de los cuales se distinguían aún otras rocas más profundamente encajonadas.

—Será difícil probar mi teoría —hizo observar Ben Raddle, ganando el borde cortado a pico, como un escarpado por encima de la corriente.

—Tal vez menos de lo que tú crees —respondió Summy Skim, que parecía haber hecho un descubrimiento interesante a pocos metros de allí—. He aquí arena, Ben.

Ben Raddle se unió a su primo. Un cuadro de arena, del tamaño de un pañuelo de bolsillo, aparecía, en efecto, entre dos rocas.

—¡Y arena magnífica! —exclamó *Ben*, después de examinarla un momento—. Es un milagro que no la haya encontrado nadie antes que nosotros. Mira su color, Summy; mire, señorita Jane. ¡Apostaría ciento contra uno que esta arena da cincuenta dólares por plato!

No había allí ningún medio de verificar sobre el terreno la afirmación del ingeniero. Apresuradamente se llenaron bolsillos y sombreros del precioso sedimento, y se hizo en sentido inverso el camino recorrido.

Cuando llegaron cerca del *creek*, la arena lavada abandonó su metal, y Ben Raddle tuvo la satisfacción de comprobar que la había valuado en la mitad de su valor.

El rendimiento no podía estimarse en menos de cien dólares por plato.

—¡Cien dólares! —exclamaron Jane y Summy admirados.

—Pero entonces... ¡mi fortuna está hecha! —balbució Jane, algo emocionada, a pesar de su imperturbable sangre fría.

—No nos entusiasmemos —dijo Ben Raddle—, no nos entusiasmemos... Mi parecer es que esta parte de su *claim* debe contener pepitas por una suma colosal; pero, aparte de que la

riqueza de este pequeño terreno puede ser un simple accidente, hay que tener en cuenta los enormes gastos que serán precisos para quitar los escombros del suelo. Le harán falta personal, herramientas... La dinamita no será demasiado para desembarazarse de este montón de rocas.

—Hoy mismo nos pondremos a la obra —dijo Jane con energía—. Patrick y yo procuraremos despejar un rincón pequeño, sin la ayuda de nadie. Lo que encontremos allí me permitirá contratar el personal y comprar el material necesario para activar el trabajo.

—Muy bien pensado —aprobó Raddle—; y no nos resta más que deseárselo buena suerte...

—Y aceptar, lo mismo que el señor Summy, mis más expresivas gracias —añadió Jane—. Sin ustedes, me hubiera decidido a franquear la frontera para internarme en Alaska, y nadie podría decir...

—Puesto que soy su asociado —interrumpió Ben Raddle, más fríamente—, me interesaba, señorita Edgerton, ayudarla a encontrar la mejor solución y disminuir en lo posible los riesgos corridos por el capital que representa.

—Es justo —dijo Jane con aire satisfecho.

Summy Skim interrumpió el diálogo, que le ponía nervioso.

—Están ustedes verdaderamente asombrosos... Aunque no soy «asociado», esto no me impide estar muy contento.

Los dos primos dejaron a Jane Edgerton empezar su nueva explotación, y volvieron al *claim* 129, donde ya había algunos obreros. A la caída de la tarde, Lorique había conseguido contratar unos treinta, con salarios muy elevados, que pasaban a menudo de diez dólares al día.

Tales eran los precios que se pagaban entonces en la región del Bonanza. Multitud de obreros cobraban de setenta y cinco a ochenta francos al día, y muchos de ellos se enriquecían, pues no gastaban el dinero tan fácilmente como lo ganaban.

No hay que asombrarse de esta elevación de salarios, pues en los yacimientos de Sookum, por ejemplo, un obrero recogía hasta

cien dólares por hora. En realidad, él no extraía del capital más que la centésima parte de su ganancia.

Ya se ha dicho que el material del 129 era de los más rudimentarios, platos y escudillas. Pero si Josias Lacoste no había querido completar este material demasiado primitivo, su sobrino iba a hacerlo. Con la ayuda del capataz y pagando un buen precio, fueron añadidos al material del 129 dos *rockers*.

El *rocker* es sencillamente una caja de tres pies de largo y dos de ancho, sobre una báscula. En el interior está colocado un saco, provisto de un cuadrado de lana que retiene los granos de oro, dejando pasar la arena. En la extremidad inferior de este aparato, al cual su báscula permite imprimir sacudidas regulares, una cantidad de mercurio se amalgama al metal, cuando la finura de éste impide retenerlo en la mano.

Ben Raddle hubiera deseado establecer un *sluice* mejor que un *rocker*, y no habiendo podido procurárselo, soñaba en construirlo. Éste es un conducto de madera surcado de seis en seis pulgadas por ranuras transversales. Cuando se lanza allí una corriente de lodo líquido, la tierra y el cuarzo son arrastrados, mientras que las ranuras retienen el oro, en razón de su peso específico.

Estos dos procedimientos, bastante eficaces, dan buenos resultados, pero exigen la instalación de una bomba para elevar el agua hasta la extremidad superior del *sluice* o del *rocker*, lo que aumenta notablemente el precio del aparato. Cuando se trata de *claims* de las montañas, se puede utilizar algunas veces caídas naturales, pero en la superficie de los *claims* de ríos es necesario recurrir a un medio mecánico que necesita bastantes gastos.

La explotación del 129 fue, pues, empezada de nuevo en las mejores condiciones.

Summy Skim, filosofando a su manera, no dejaba de observar con qué ardor, con qué pasión se entregaba Ben Raddle a este trabajo.

—Decididamente —se decía—, Ben no ha escapado a la epidemia reinante, y quiera Dios que no sea yo también atacado.

Temo que no se cure ni aun después de hacer fortuna, y que no sea suficiente tener bastante oro. ¡No! Es preciso tener mucho, y puede que no sea aún bastante.

Podría ser que el yacimiento fuese rico, si había de creerse al capataz; pero de todos modos no entregaba sus riquezas generosamente. Había dificultades para separar la capa aurífera que corría a través del suelo, siguiendo el curso del Forty Miles. Ben Raddle reconoció que los pozos no tenían suficiente profundidad y que era preciso profundizar más; ruda faena en esta época del año en que el hielo no daba ya solidez a las paredes.

¿Pero era prudente lanzarse a esos trabajos tan costosos? ¿No era preferible dejarlos a los sindicatos o a los particulares que desearan adquirir el *claim*? ¿No debía Ben Raddle limitarse al rendimiento de los platos y del *rocker*? Es cierto que los platos alcanzaban apenas un cuarto de dólar. Al precio que se pagaba el personal, el provecho era escaso, y se podía preguntar si las previsiones del capataz tenían una base sólida.

Durante el mes de junio, el tiempo fue bastante hermoso. Estallaron violentas tormentas, pero pasaron pronto. Los trabajos interrumpidos se emprendían de nuevo en seguida a lo largo del Forty Miles Creek.

En los primeros días de julio, todo lo que pudieron hacer los propietarios del *claim* 129 fue enviar a Dawson una suma de tres mil dólares, que fue depositada al crédito de su cuenta en las cajas de la American Trading and Transportation Company.

—Yo pondría de mi bolsillo, si no estuviese vacío —decía Summy Skim—, para enviar más, a fin de que sintiesen haber dejado escapar el *claim* 129... ¿Pero tres mil dólares?... Se van a reír de nosotros.

—¡Paciencia, Summy, paciencia! —respondía Ben Raddle—. Ya enviaremos más.

En todo caso, para lograrlo, como decía el ingeniero, era necesario apresurarse. En julio no quedan ya más que dos meses de verano. El sol, que se pone a las diez y media, aparece sobre el

horizonte antes de la una de la mañana, y todavía entre su salida y puesta hay un crepúsculo que apenas deja ver las constelaciones circumpolares. Reemplazando con una segunda cuadrilla de obreros la primera, los *prospecteurs* hubieran podido continuar el trabajo. Así es como se procedía en los yacimientos situados más allá de la frontera, sobre el territorio de Alaska, donde los americanos desplegaban una increíble actividad.

Con gran sentimiento de Ben Raddle, era imposible imitarlos. Lorique no había podido reunir más de cuarenta trabajadores.

En el *claim* 127 bis Jane Edgerton tocaba con una dificultad semejante. Le fue preciso contentarse con diez obreros. Era imposible encontrar más a ningún precio.

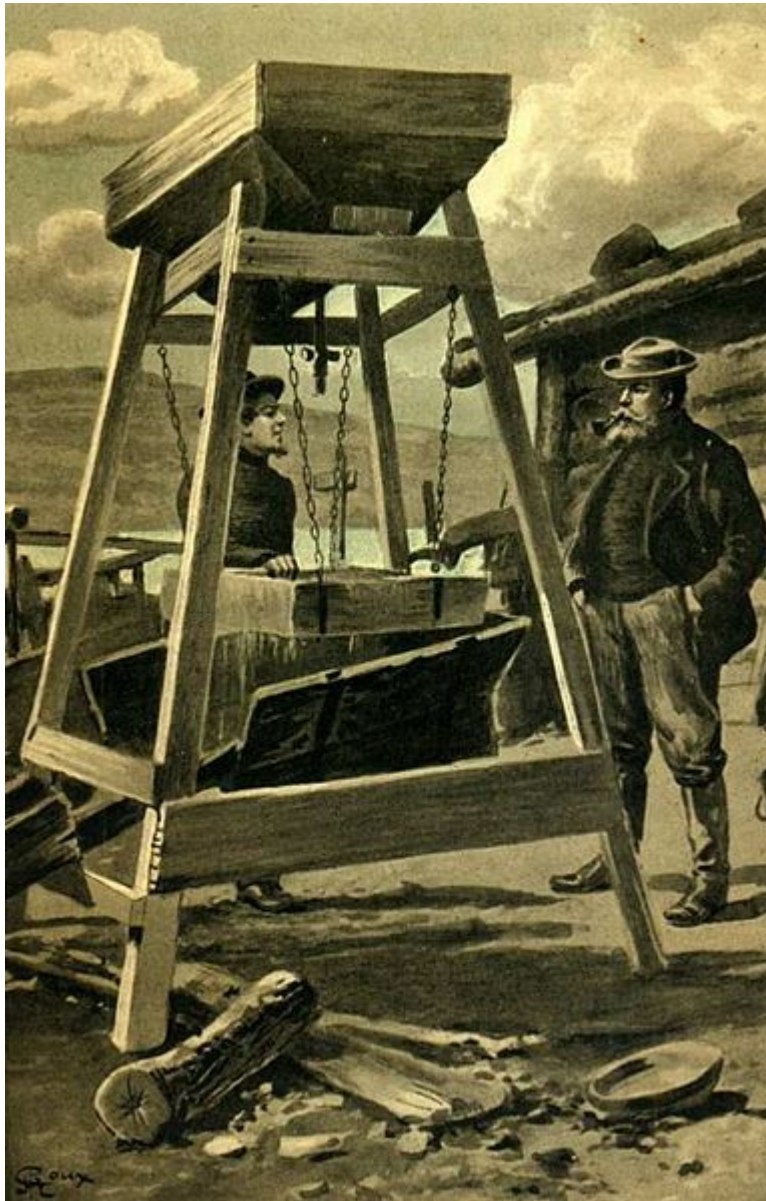
Todas las tardes, Summy Skim y Ben Raddle estaban al corriente del resultado de sus esfuerzos. Sin mantenerse al nivel de la primera experiencia, el contenido del *claim* animaba. El rendimiento medio de los platos se elevaba a cuatro dólares, y los platos de diez dólares no escaseaban. Diez obreros hábiles hubieran debido ser suficientes, en estas condiciones, para asegurar un beneficio de muchos centenares de miles de francos al finalizar la estación.

Desgraciadamente, los obreros de Jane Edgerton estaban casi todos ocupados en quitar los escombros del terreno, y a pesar de la buena voluntad y la fuerza prodigiosa de Patrick, este trabajo avanzaba lentamente. Sin embargo, aparecía poco a poco una superficie mayor de arena, a medida que las rocas eran arrojadas al piso inferior, y se podía prever que a mediados del mes de julio el *claim* 127 bis empezaría a dar a su propietaria considerables provechos.

La perspectiva era menos risueña en el *claim* 129, a pesar de la actividad desplegada por Ben Raddle.

No se extrañará, dado su temperamento, que quisiese algunas veces tomar parte directamente en la tarea. No desdeñaba juntarse a sus obreros, y, con el plato en la mano, lavar los barros del 129. A

menudo, también con su propia mano, maniobraba los *rockers*, mientras Summy le consideraba con un aire astuto.



—Y qué, Summy, ¿no ensayas? —decía.

—No —respondía invariablemente Summy Skim—; no tengo afición.

—No es difícil. ¡Un plato que se agita, en el cual se desliza la arenilla, y en cuyo fondo quedan las partículas de oro!

—En efecto, Ben; pero ¡qué quieres!; ese oficio no me gusta, aun cuando me pagasen dos dólares por hora.

—¡Estoy seguro que tendrías buena mano! —suspiró Ben Raddle, con expresión de sentimiento.

Por fin, un día, Summy Skim se dejó convencer. Tomó dócilmente el plato, lo llenó de la tierra que acababa de ser extraída de uno de los pozos y, después de haber transformado esta tierra en légamo líquido, la pasó poco a poco.

Ni la menor huella de ese metal, que Summy Skim no cesaba de maldecir. Summy era más feliz en la caza. Aunque el azar de la persecución le llevaba casi todos los días, como si lo hiciese expresamente, hasta el *claim* 127 bis, donde perdía un tiempo precioso esperando que Jane Edgerton dejase el trabajo, volvía generalmente con el morral lleno.

No había duda de que estos resultados eran debidos a sus conocimientos de cazador; pero la abundancia de caza de pelo y de pluma en los llanos y los desfiladeros próximos influía también en este resultado. A falta de alces, pues no había podido ver una sola señal, los caribúes se encontraban frecuentemente en los bosques. En cuanto a las agachadizas, las perdices de nieve y los patos, pululaban en la superficie de las charcas de los dos lados del Forty Miles Creek. Summy Skim se consolaba, pues, de su estancia en el Klondike, no sin echar de menos la abundante caza de los campos de Green Valley.

Durante la primera quincena de julio, el lavado dio los mejores resultados. El capataz había, por fin, encontrado la verdadera capa aurífera, que se hacía más rica al aproximarse a la frontera. Con los platos y los *rockers* se sacaba una importante suma en granos de oro. Aunque no fue recogida ninguna pepita de gran valor, el rendimiento de esta quincena no fue inferior a treinta y siete mil francos. He aquí lo que justificaba el parecer de Lorique, y que debía suscitar la ambición de Ben Raddle.

Por los rumores que circulaban entre los obreros, se sabía en el *claim* 129 que una mejora idéntica era comprobada en el *claim* 131

del tejano Hunter, a medida que la explotación avanzaba hacia el este. No cabía duda, después del enriquecimiento gradual de la capa aurífera en los dos sentidos, que había una bolsa, una bonanza en los alrededores de la frontera, y tal vez en ella misma.

Excitados por esta perspectiva, los obreros de Hunter y Malone y el personal de los dos canadienses avanzaban el uno hacia el otro. No tardaría en llegar el día en que se encontrarían sobre el trazado actual de la frontera comprobada por los dos Estados.

Los reclutas de los tejanos —unos treinta hombres— eran todos de origen americano. Hubiera sido difícil reunir más deplorable cuadrilla de aventureros. De rostros poco tranquilizadores, especie de salvajes, violentos, brutales y pendencieros, eran dignos de sus dueños, tan desagradablemente conocidos en la región del Klondike.

Existe, en general, cierta diferencia entre los americanos y los canadienses empleados en los yacimientos. Éstos se muestran generalmente más dóciles, más tranquilos, más disciplinados. También los sindicatos les dan la preferencia. Las sociedades americanas buscan, sin embargo, primero a sus compatriotas, a pesar de su violencia, su tendencia a la rebelión, su cólera en las riñas casi cotidianas, provocadas por las bebidas fuertes, que hacen inmensos estragos en las regiones auríferas. Es raro que pase día sin que la policía no tenga que intervenir en algún *claim*. Se cambiaban puñetazos y tiros, y algunas veces había alguna muerte. En cuanto a los heridos, era preciso llevarlos al hospital de Dawson City, lleno ya de enfermos que las epidemias envían sin cesar.

Durante la tercera semana de julio, la explotación continuó siendo provechosa, sin que Ben Raddle, Lorique ni sus hombres hubiesen recogido nunca una pepita de valor. Pero, en fin, los provechosos eran muy superiores a los gastos, y el 20 de julio pudo hacerse un nuevo envío de doce mil dólares al crédito de los señores Summy Skim y Ben Raddle, en las cajas del American Trading and Transportation Company.

Summy Skim se frotaba las manos.

No era, pues dudoso en lo sucesivo que los beneficios de la campaña se elevasen a mucho más de cien mil francos. Podría, pues, ponerse el *claim* 129 a precio elevado cuando los que fueran a adquirirlo se presentasen.

En el *claim* 127 bis, los negocios tomaban igualmente un giro favorable. Jane Edgerton había despejado una pequeña parte de su terreno, llegando al fin al período de rendimiento. Le pertenecían ya más de tres mil dólares de polvo de oro, que estaban reservados en la casita de los dos primos, en espera del próximo envío a Dawson. Según toda probabilidad, debía recoger de su *claim* unos cincuenta mil francos, a pesar de las dificultades y lentitud del ensayo. Hacia finales de julio, Summy Skim hizo una proposición no desprovista de razón.

—No veo la necesidad de quedarnos aquí. ¿Por qué la señorita Jane y nosotros no vendemos nuestros *claims*?

—Porque esta operación —dijo Ben Raddle— no puede hacerse a buen precio antes de la rectificación de la frontera.

—¡Eh! —replicó Summy—. ¡Que el diablo se lleve el meridiano ciento cuarenta y uno! Una venta puede hacerse por correspondencia, por intermediario, en Montreal, en el bufete de Snubbin, lo mismo que en Dawson City.

—No en condiciones tan ventajosas —dijo Ben.

—¿Por qué no, puesto que tanto la señorita Jane como nosotros estamos seguros del valor de nuestros *claims*?

—Dentro de un mes o seis semanas lo estaremos más —dijo el ingeniero—; y entonces no serán ya cuarenta mil dólares lo que se nos ofrecerá por el *claim* 129 ¡serán ochenta mil, cien mil dólares!

—¿Qué haremos de todo eso? —exclamó Summy Skim.

—Lo emplearemos bien, puedes estar seguro —afirmó Ben Raddle—. ¿No ves, pues, que la capa se hace cada vez más rica, a medida que se avanza hacia el oeste?

—Sí; pero, a fuerza de avanzar, se acabará por llegar al 131 —observó Summy Skim—; y cuando nuestros hombres se encuentren en contacto con los de ese delicioso Hunter, no sé qué pasará.

En efecto, podía temerse entonces que se entablase una lucha entre los dos bandos que se aproximaban cada día más al límite medio de los dos yacimientos. Ya se habían cambiado injurias, y violentas amenazas se oían algunas veces. Lorique había tenido cuestiones con el capataz americano, especie de atleta brutal y grosero, y se podía temer que estas injurias llegasen a vías de hecho cuando Hunter y Malone volviesen. Más de una piedra había sido lanzada de un *claim* a otro...; pero sin poder asegurar, sin embargo, que tuviesen la menor partícula de oro.

En estas circunstancias, Lorique, secundado por Ben Raddle, hacía cuanto podía por contener a sus obreros.

El capataz americano no cesaba, por el contrario, de excitar a los suyos, y no dejaba escapar ninguna ocasión de buscar querrela a Lorique.

Por otra parte, la prospección daba peores resultados en el territorio americano, y por el momento el 131 no valía lo que el 129; parecía que el enriquecimiento de la capa aurífera manifestaba tendencia a desviarse hacia el sur, separándose de la ribera del Forty Miles Creek, y podía creerse que la bolsa, el lugar codiciado, se encontraría en territorio canadiense.

El 27 de julio las dos cuadrillas no estaban más que a diez metros la una de la otra. No pasarían quince días sin que se encontrasen en la línea de separación. Summy Skim no se había equivocado al prever y temer cualquier colisión.

Precisamente el 27 de julio un incidente vino a agravar singularmente la situación.

Hunter y Malone habían vuelto a hacer su aparición en el *claim* 131.

CAPÍTULO XV

LA NOCHE DEL CINCO AL SEIS DE AGOSTO

No es solamente el territorio del Dominion el que posee regiones auríferas. Existen otras sobre esta vasta extensión del noroeste de América comprendida entre el océano Glacial Ártico y el Pacífico, no tardando probablemente en descubrirse nuevos yacimientos. La naturaleza se muestra pródiga en tesoros minerales con estas comarcas, a las que niega las riquezas agrícolas.

Los placeres que pertenecen al territorio de Alaska están situados sobre todo en el interior de la ancha curva que el Yukón describe entre el Klondike y Saint-Michel, que tiene su convexidad hacia el círculo polar.

Una de estas regiones linda con Circle City, aldea establecida a trescientos setenta kilómetros aguas abajo de Dawson City, cerca de donde nace el Birch Creek, afluente que desemboca en el Yukón, a poca distancia del fuerte del mismo nombre, fundado sobre el círculo polar, en el punto más septentrional de la curva del gran río.

Al final de la última campaña se había extendido el rumor de que los yacimientos de Circle City valían como los del Bonanza. No era preciso tanto para atraer a la multitud de mineros.

Creyendo estos rumores, Hunter y Malone, después de haber vuelto a poner en explotación el 131, habían tomado pasaje en uno de los vapores que hacen las escalas del Yukón, y, desembarcados en Circle City, habían visitado la región regada por el Birch Creek. Sin duda no habían juzgado conveniente estar allí toda la estación, puesto que acababan de volver al *claim* 131.

La prueba de que el resultado de su viaje había sido nulo, es que los dos tejanos se habían detenido en Forty Miles y tomaban sus disposiciones para quedarse allí hasta el fin de la campaña. Si hubiesen hecho abundante recolección de pepitas y de polvo de oro en los yacimientos del Birch Creek, hubieran tenido prisa por llegar a Dawson City, donde las casas de juego y los casinos les ofrecían tantas ocasiones de disipar sus ganancias.

—No será la presencia de Hunter la que devolverá la tranquilidad a los *claims* de la frontera, y en particular a los de Forty Miles —dijo Lorique a los dos primos, al saber la vuelta de los propietarios del *claim* 131.

—Estaremos en guardia —dijo Ben Raddle—. Será conveniente, señores, y yo recomendaré prudencia a nuestros hombres.

—¿No sería preciso informar a la policía de la vuelta de esos dos infames? —preguntó Ben Raddle.

—Debe estarlo ya —respondió Lorique—. Además, enviaremos un recado a Fort Cudahy para prevenir toda agresión.

—*¡By God!* —exclamó Summy Skim con una viveza que no le era habitual—; me permitiréis que os diga que sois bastante pusilánimes. Si ese individuo se entrega a sus violencias habituales, encontrará quien le responda.

—¡Sea! —concedió Ben Raddle—. ¿Pero por qué has de comprometerte con ese hombre?

—Tenemos que arreglar una antigua cuenta, Ben.

—La creía arreglada y con ventaja para ti —objetó Ben Raddle, que no quería en modo alguno dejar a su primo mezclarse en un lance tan malo—. Es natural que tomases la defensa de una mujer insultada y pusieras a ese Hunter en su puesto; yo hubiese hecho lo

mismo; pero aquí, donde todo el personal de un *claim* está amenazado, la defensa incumbe a la policía.

—¿Y si ésta no está? —replicó Summy Skim, que no parecía ceder.

—Si no está, señor Skim —dijo el capataz—, nos defenderemos nosotros mismos, y nuestros hombres no retrocederán, créalo.

—Después de todo —concluyó Ben Raddle—, no hemos venido aquí para librar el Forty Miles de los miserables que lo infestan, sino para...

—Para vender nuestro *claim* —acabó Summy Skim, que empezaba a acalorarse un poco—. Dígame usted, Lorique, ¿se sabe algo de la comisión de rectificación?

—Se dice que trabaja en el sur —respondió el capataz—, al pie del monte Elie.

—Es decir, ¿demasiado lejos para que se la pueda acosar?

—Sí, muy lejos, y a menos de volver a pasar por Skagway...

—¡Maldito país! —exclamó Summy Skim.

—Mira, Summy —dijo Ben Raddle, dándole unas palmadas en la espalda—, tienes que calmarte. Vete de caza, llama a Neluto, que no desea otra cosa, y tráenos esta tarde caza de la mejor. Durante este tiempo, sacudiremos nuestros *rockers* y procuraremos hacer buena faena.

—¿Quién sabe? —insinuó el capataz—. Tal vez nos suceda lo que en octubre de 1897 al coronel Earvay en Cripple Creek.

—¿Qué le sucedió a su coronel? —preguntó Summy Skim.

—Que encontró en su *claim*, a una profundidad de siete pies, un lingote de oro que valía cien mil dólares.

—¡Bah! —dijo Summy Skim, con tono desdeñoso.

—Toma tu escopeta, Summy —dijo Ben Raddle—. Ve a cazar hasta la tarde, y desconfía de los osos.

Summy Skim no tenía nada mejor que hacer. Neluto y él remontaron el barranco, y un cuarto de hora más tarde sonaban sus primeros disparos.

En cuanto a Ben Raddle, emprendió de nuevo su trabajo, no sin haber recomendado a sus obreros que no hicieran caso de las provocaciones que pudiesen venirles del 131. En el resto del día no ocurrió ningún incidente que diese lugar a riñas entre el personal de los dos *claims*.

Durante la ausencia de Summy Skim, que tal vez no hubiera podido contenerse, Ben Raddle tuvo ocasión de ver a Hunter y Malone. La casita que ocupaban los dos tejanos estaba simétricamente colocada, con relación a la habitación de Lorique, al pie de la vertiente opuesta. Así, desde su cuarto, Ben Raddle pudo observar a Hunter y su compañero mientras recorrían el *claim* 131. Sin parecer ocuparse de lo que pasaba en casa de sus vecinos, pero sin tratar tampoco de ocultarse, se quedó apoyado en la barandilla de la ventana del piso bajo de la casa.

Hunter y Malone avanzaron hasta el poste límite. Hablaban con animación. Después de haber dirigido su mirada hacia el riachuelo, y observado los *claims* de la otra ribera, dieron algunos pasos hacia el barranco. No cabía duda de que estaban de muy mal humor, pues los rendimientos del 131 eran medianos desde el principio de la campaña, mientras que las últimas semanas habían valido al *claim* medianero beneficios muy importantes.

Hunter y Malone continuaron subiendo hacia el barranco, y se detuvieron cerca de la altura de la casa. Desde allí vieron a Ben Raddle, que no pareció prestarles atención. Sin embargo, vio que le señalaban con la mano, y comprendió por sus gestos violentos y sus voces furiosas que querían provocarle. Prudentemente no hizo caso, y cuando los dos tejanos se hubieron marchado, se reunió con Lorique, que trabajaba con el *rocker*.

—¿Los ha visto, señor Raddle? —dijo entonces.

—Sí, Lorique —respondió Ben Raddle—; pero sus provocaciones no me harán salir de mi reserva. —El señor Skim no parecía de humor tan paciente...

—Será preciso que se calme —dijo Ben Raddle—. Nosotros no debemos ni hacer ver que conocemos a esas gentes.

Los días siguientes pasaron sin incidentes. Summy Skim —y su primo le incitaba— partía desde por la mañana de caza con el indio, y no volvía hasta la tarde. Cada vez era más difícil impedir que los obreros americanos y canadienses se pusieran en contacto. Sus trabajos les aproximaban cada día más a los postes que servían de límite a los dos *claims*. Llegaría un momento en que las piquetas se juntarían. Entonces la menor contestación podría engendrar una discusión, la discusión un conflicto, el conflicto una riña que acabaría en batalla. Cuando los hombres se hubiesen lanzado los unos contra los otros, ¿quién sería capaz de detenerlos? Hunter y Malone ¿no procurarían provocar disturbios en otros *claims* americanos de la frontera? Con semejantes aventureros todo había que temerlo. En este caso, la policía de Fort Cudahy sería incapaz de restablecer el orden.

Durante cuarenta y ocho horas, los dos tejanos no se dejaron ver. Era posible que estuviesen recorriendo los yacimientos del Forty Miles Creek situados en territorio alaskiense. Si en su ausencia se promovía algún altercado entre los obreros, no sería de importancia.

Los tres días siguientes, Summy no pudo entregarse a su placer favorito, a causa del mal tiempo. La lluvia caía algunas veces a torrentes, y era preciso quedarse al abrigo en la casita. El lavado de las arenas se hacía muy difícil en estas condiciones: los pozos se llenaban hasta la boca, y, una vez llenos, el agua pasaba a la superficie del *claim*, cubierto de un barro espeso, en el cual los hombres se hundían hasta las rodillas.

Se aprovechaban estos ocios forzosos para pesar y poner en sacos el polvo de oro recogido. El rendimiento del 129 había bajado un poco en los últimos quince días. Sin embargo, la próxima expedición a Dawson no sería inferior a diez mil dólares.

La explotación de Jane Edgerton, por el contrario, mejoraba poco a poco. Cada día daba mayor producto que el de la víspera, y pudo juntar cerca de doce mil dólares a los diez mil de los dos primos.

El trabajo no fue emprendido de nuevo hasta el 3 de agosto por la tarde. Después de una mañana lluviosa, el cielo se serenó bajo la

influencia del viento del sudeste. Pero debían esperarse tormentas que en esta época del año son terribles y ocasionan algunas veces verdaderos desastres.

Los dos tejanos volvieron de su expedición ese día. Se encerraron en seguida en su casa, y no se dejaron ver en toda la mañana del 4 de agosto.

En cuanto a Summy, aprovechó la mejoría para volver de nuevo a la caza. Acababan de ser vistos algunos osos hacia abajo, y deseaba encontrarse con uno de esos temibles plantígrados. Más de uno había caído bajo sus balas en los bosques de Green Valley.

En este día, Lorique tuvo un feliz hallazgo. Profundizando un hoyo, casi al límite del *claim*, descubrió una pepita, cuyo valor no debía ser inferior a cuatrocientos dólares, o sea dos mil francos en moneda francesa. El capataz no pudo contener su alegría, y llamó a sus compañeros a grandes voces.

Los obreros y Ben Raddle acudieron, y todos prorrumpieron en exclamaciones al ver una pepita como una nuez incrustada en un fragmento de cuarzo.

En el 131 se comprendió la causa de estos gritos, y la acogieron con una explosión de cólera envidiosa, muy justificada, puesto que desde algún tiempo los obreros americanos no habían podido encontrar una capa de mineral remuneradora, y de aquí que su explotación se hiciera cada vez más gravosa.

Una voz se dejó oír entonces, la voz de Hunter.

—¡De modo que no hay aquí más que para esos perros de las praderas del Far West! —gritaba furioso. Así es como calificaba a los canadienses.

Ben Raddle había oído el insulto.

Haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se contentó con volver la espalda al grosero personaje, levantando los hombros en señal de desprecio.

—¡Eh! —dijo entonces el tejano—. Es de usted de quien hablo, señor de Montreal.

Ben Raddle se contentó con guardar silencio.

—¡No sé lo que me detiene! —volvió a decir Hunter.



Iba a franquear el límite y a arrojarse sobre Ben Raddle. Malone le detuvo. Pero los obreros de los dos yacimientos se amenazaban con la voz y el gesto, y era evidente que las hostilidades comenzarían pronto.

Por la tarde, cuando Summy Skim entró satisfecho por haber derribado un oso, no sin algún peligro, contó al detalle su hazaña cinegética. Ben Raddle no quiso hablarle del incidente de la tarde, y después de cenar, los dos se retiraron a su cuarto, donde Summy Skim durmió el confortable sueño del cazador.

¿Habría que temer que el hecho no tuviese consecuencias? ¿Hunter y Malone buscarían de nuevo querrela con Ben Raddle y empujarían sus hombres contra los del 129? Era probable; pues al

día siguiente los picos y las piquetas se encontrarían en el límite de los dos *claims*.

Para mayor fastidio de su primo, Summy Skim no salió aquel día de caza. El tiempo estaba bochornoso; grandes nubes se levantaban en el sudeste. No pasaría el día sin tormenta, y era conveniente no dejarse sorprender por ella lejos de la casa.

Toda la mañana se empleó en el lavado, mientras que una cuadrilla, bajo la dirección de Lorique, proseguía la excavación casi sobre la línea de demarcación de las dos propiedades.

Hasta el mediodía no hubo ninguna complicación. Es cierto que los americanos dirigieron a los canadienses algunas palabras malsonantes, a las que éstos contestaron con otras; pero todo se redujo a palabras, y los capataces no tuvieron que intervenir.

Por desgracia, no pasó lo mismo al volver al trabajo por la tarde. Hunter y Malone iban y venían por su yacimiento, mientras que Summy Skim, en compañía de Ben Raddle, hacían otro tanto por el suyo.

—Mira —dijo Summy Skim a Ben Raddle—, ¿están ya de vuelta esos bandidos? No los había visto todavía... ¿Y tú, Ben?

Si... ayer —respondió evasivamente Ben Raddle—. Haz como yo. No te ocupes de ellos.

—Es que nos miran de un modo que no me gusta nada...

—No les hagas caso, Summy.

Los tejanos se estaban aproximando. Aunque dirigían miradas provocativas a los dos primos, no las acompañaban de las frases injuriosas que acostumbraban, por lo cual Summy Skim no tuvo que ocuparse de ellos.

Entretanto, los obreros continuaban trabajando en el límite de los dos *claims*, desbrozando el suelo, recogiendo el barro para llevarlo a los *sluices* y a los *rockers*. Casi se tocaban y, aunque no quisieran, sus picos chocaban a cada instante.

Sin embargo, hasta entonces no se habían fijado en ello, cuando hacia las cinco se oyeron violentos gritos. Ben y Summy, por un

lado, y Hunter y Malone, por el otro, se precipitaron al encuentro los unos de los otros.

Las dos cuadrillas no trabajaban ya, y cantaban victoria. La bolsa, la bonanza, había sido, por fin, descubierta. Desde hacía algunos instantes las arenas llevadas de un lado a otro a los aparatos de lavado daban rendimientos que pasaban de cien dólares, cuando en el fondo de la excavación se acababa de descubrir una pepita, un verdadero lingote, de un valor de al menos dos mil dólares sobre el cual habían puesto el pie al mismo tiempo los dos capataces.

—¡Es nuestro! —exclamó Hunter, llegando sofocado.

—¡No! Es nuestro —protestó Lorique, sin soltar su presa.

—¿Tuyo, perro? —dijo Hunter—. Mira antes el poste y verás si tu pie no está en mi terreno.

Una ojeada sobre la línea determinada por las dos estacas más próximas convenció a Lorique de que, en su exceso de celo, había realmente traspasado el límite, y, suspirando, iba a abandonar su hallazgo, cuando Ben Raddle intervino.

—Si ha pasado el límite, Lorique —dijo con voz reposada—, es porque ha sido cambiado durante la noche. Todo el mundo puede ver que los postes no están en la misma línea y que éste ha sido trasladado más de un metro hacia el este.

Era cierto. La serie de postes formaba, en efecto, una línea rota, presentando hacia el este un ángulo entrante a la altura de los dos *ciabais*.

—¡Ladrón! —rugió Lorique a Hunter.

—¡Ladrón, tú! —replicó éste, saltando sobre el canadiense, que fue derribado por sorpresa.

Summy Skim se precipitó en auxilio del capataz, a quien el tejano mantenía en tierra. Ben Raddle le siguió en seguida, y cogió por el cuello a Malone, que acudía. En un instante, Lorique se levantaba, libre, mientras que Hunter rodaba por el suelo a su vez.

Entonces la pelea se generalizó. Las piquetas, los picos, manejados por estas manos vigorosas, se transformaban en armas

terribles. No hubiera tardado en correr la sangre, y tal vez hubiese habido algún muerto, si una ronda de policía no hubiese aparecido en aquel instante en esta parte de Forty Miles.

Gracias a estos hombres resueltos, la confusión fue rápidamente reprimida.

Ben Raddle fue el primero que se dirigió a Hunter, a quien el furor impedía hablar.

—¿Con qué derecho —le dijo— ha querido robar nuestros bienes?

—¿Tus bienes? —vociferó Hunter, con un tuteo grosero—. Guárdatelos. ¡No los tendrás mucho tiempo!

—Pruebe a cogerlo otra vez —amenazó Summy, apretando los puños.

—¡Oh! En cuanto a ti —aulló Hunter, que literalmente espumaba—, tenemos los dos una antigua cuenta que arreglar.

—Cuando quiera —dijo Summy Skim.

—¿Cuándo quiera?... ¿Y bien?...

Hunter se interrumpió de repente. Precedida de Patrick, Jane Edgerton, volviendo del trabajo cotidiano, llegaba, como todas las tardes, al *claim* 129. Intrigada, se aproximó al grupo ruidoso que gesticulaba. Hunter la reconoció al momento.

—¡Ah! —dijo sonriendo—. ¡Todo se explica! El valiente defensor de mujeres trabajaba por su cuenta.

—¡Cobarde! —exclamó Summy indignado.

—¡Cobarde!...

—¡Sí, cobarde! —repitió Summy Skim que ya no se contenía—. Y más cobarde para habérselas con un hombre.

—Ya lo verás —rugió—. Yo te volveré a encontrar.

—Cuando quiera —replicó Summy Skim—. Desde mañana.

—¡Sí, mañana! —dijo Hunter.

Rechazados por los agentes de policía, que volvieron a poner el poste en su sitio, los mineros entraron de nuevo en sus yacimientos respectivos. Al menos, Lorique llevaba en señal de triunfo la preciosa pepita origen de la disputa.

—Summy —dijo Ben Raddle a su primo cuando llegaron a su casa—, tú no puedes batirte con ese infame.

—Lo haré, sin embargo, Ben.

—No, Summy, tú no lo harás.

—Te digo que lo haré, y si puedo darle un balazo en la cabeza, será la más hermosa caza de mi vida.

A pesar de todos sus esfuerzos, Ben Raddle no pudo obtener nada. Aburrido, le pidió ayuda a Jane Edgerton.

—¡La señorita Jane!... —dijo Summy—. Aunque no fuese más que por ella, ese duelo sería necesario. Ahora que Hunter la ha reconocido, no cesaría de rondar a su alrededor.

—No necesito que se me proteja, señor Skim —afirmó Jane irguiéndose.

—Déjeme tranquilo —exclamó Summy exasperado—. Ya tengo edad para saber lo que tengo que hacer. Y lo que tengo que hacer ahora es...

—¿Qué?

—Comer —dijo Summy Skim, sentándose con tal violencia, que su escabel se rompió en tres pedazos.

Un desastre inesperado iba a hacer imposible, o al menos retardar el desenlace de este asunto.

El tiempo estaba cada vez más pesado durante este día. Hacia las siete de la tarde, el cielo, saturado de electricidad, fue surcado de relámpagos, y el trueno resonó en el sudeste. La oscuridad se hizo más profunda, aunque el sol estaba por encima del horizonte.

Durante la tarde ya se habían comprobado en los diversos *claims* del Forty Miles Creek síntomas inquietantes; sordas trepidaciones corriendo a través del suelo y acompañadas de ruidos prolongados. Seguramente se podía temer una manifestación de fuerzas plutónicas.

Cerca de las diez y media, todos iban a retirarse a descansar en la casita del *claim* 129, cuando violentas sacudidas conmovieron la habitación.

—¡Un temblor de tierra! —exclamó Lorique.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando la casa se desplomó bruscamente, como si le hubiese faltado de repente la base.

No sin trabajo, pudieron sus habitantes salir de los escombros sin herirse.



Por fuera el espectáculo era espantoso. El suelo del *claim* desaparecía bajo una inundación torrencial. Una parte del riachuelo se había desbordado y pasaba a través de los yacimientos, abriéndose un nuevo lecho.

Por todas partes se oían gritos de desesperación y dolor. Los mineros, sorprendidos en sus cabañas, pretendían huir de la inundación que les alcanzaba. Los árboles, arrancados o rotos, eran arrastrados con la rapidez de un expreso.

La inundación llegaba ya al sitio donde se encontraba la habitación derribada. En algunos instantes hubiese llegado el agua a medio cuerpo.

—¡Huyamos! —exclamó Summy Skim, que, levantando a Jane Edgerton entre sus brazos, la arrastró por la pendiente.

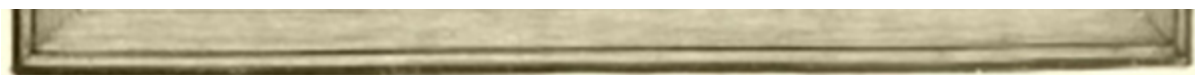
En este momento, un tronco de abedul alcanzó a Ben Raddle, y le rompió una pierna por debajo de la rodilla. Lorique, y después Neluto, se lanzaron en su auxilio, y fueron derribados también. Los tres iban a perecer. Afortunadamente, Patrick había visto el peligro. Mientras que Summy levantaba a su primo sobre sus espaldas, el gigante cogía en brazos al capataz y al piloto, y firme como una roca en medio de las aguas desencadenadas, los llevaba lejos del alcance del torrente.

En un instante todos estuvieron fuera del peligro, sin otra desgracia que la fractura de la pierna de Ben Raddle. Entonces se pudo contemplar el desastre al resplandor de un relámpago.

La casa había desaparecido, y con ella los tesoros amontonados por los dos primos y por Jane Edgerton. La colina que ésta franqueaba todos los días, mañana y tarde, había cambiado de forma. Contra ella se rompía una enorme masa de agua, que recubría en una extensión de más de un kilómetro la ribera derecha del Forty Miles Creek por un lado y otro de la frontera.

Como otras muchas propiedades próximas, las de los dos primos y la de Jane Edgerton habían desaparecido bajo más de diez metros de agua. En vano los herederos de Josias Lacoste habían recorrido miles de kilómetros para sacar el mejor partido del *claim* 129. Su herencia había desaparecido para siempre. Ya no había allí el *claim* 129.





PARTE II

CAPÍTULO I

UN INVIERNO EN EL KLONDIKE

Un temblor de tierra, por lo demás muy localizado, acababa de arruinar esta parte del Klondike, comprendida entre la frontera y el Yukón, que atraviesa el curso medio del Forty Miles Creek.

A decir verdad, el Klondike no está expuesto a frecuentes sacudidas sísmicas. Su suelo contiene, sin embargo, agregados de cuarzo, rocas eruptivas, lo que indica que las fuerzas plutónicas lo han agitado en su origen, y esas fuerzas, tan sólo adormecidas, se despiertan alguna vez con una violencia extraordinaria. Por lo demás, en toda la región de las Montañas Rocosas, que nacen en las proximidades del círculo polar ártico, se levantaban varios volcanes a los que no se cree completamente extinguidos.

Si la eventualidad de los temblores de tierra o de las erupciones es, en general, poco peligrosa en este distrito, no sucede lo mismo con las inundaciones, debidas a las avenidas repentinas de los riachuelos. Dawson City no se ha salvado; más de una vez ha sido llevado el puente que une la ciudad a su arrabal Klondike City.

Esta vez el territorio de Forty Miles Creek había sufrido un doble desastre. El trastorno completo del suelo entrañaba la destrucción de los *claims* en una vasta extensión de los dos lados de la frontera.

La inundación había venido además, y el agua cubría el terreno de los antiguos placeres, donde toda explotación sería en lo sucesivo imposible.

En un principio no fue posible apreciar la importancia del desastre. Una oscuridad profunda envolvía la comarca. Hasta el día siguiente no se podría conocer el número de casitas, barracas y chozas que habían sido destruidas, los mineros que habían quedado sin hogar y los heridos y muertos, unos aplastados bajo los escombros y otros ahogados. Tampoco se sabía la cantidad de emigrantes que tenían que abandonar la región hasta no conocer la importancia de la catástrofe.

Lo que parecía haber causado un desastre irreparable era el vertimiento de una parte de las aguas del Forty Miles Creek sobre los yacimientos de su ribera derecha. Por el empuje de las fuerzas subterráneas, el fondo del lecho había sido elevado al nivel de los dos bordes. Había que pensar con fundamento que la inundación no era pasajera. En esas condiciones, ¿cómo emprender las excavaciones en un suelo cubierto por cinco o seis pies de agua corriente cuya derivación no era posible intentar?

¡Qué noche de terror y de angustia debieron pasar las pobres gentes, horriblemente impresionadas por esta repentina catástrofe! No tenían ya ningún abrigo, y la tormenta duró hasta las cinco de la mañana. El rayo descargó en los bosques de abedules y de álamos, donde se habían retirado muchas familias. Al mismo tiempo una lluvia torrencial, mezclada de pedrisco, no cesó de caer. Si Lorique no hubiera descubierto, subiendo el barranco, una gruta pequeña, a la que Summy Skim y él transportaron a Ben Raddle, el herido no hubiera encontrado refugio.

Puede comprenderse fácilmente la idea de los dos primos en aquellos momentos. ¡Para ser víctimas de tal desastre habían emprendido tan largo y penoso viaje! Todos sus anhelos estaban perdidos. No quedaba ya nada de su herencia, ni siquiera lo que la explotación había producido en el curso de las últimas semanas. Del oro recogido por ellos mismos y por su infortunada compañera no

existía ya la menor partícula. Después de la caída de la casa, la inundación había barrido todo. No había podido salvarse ningún objeto, y en aquel momento el oro se marchaba tras la corriente del río.

Cuando cesó la tormenta, Summy Skim y el capataz salieron algunos instantes de la gruta, dejando a Ben Raddle al cuidado de Jane Edgerton, y trataron de darse cuenta de la extensión del desastre. Como el 129, el 127 bis y el 131 habían desaparecido bajo las aguas; la cuestión de la frontera se había resuelto de golpe. Que el meridiano ciento cuarenta y uno fuese trasladado al este o al oeste no interesaba ya a los dos *claims*; que el territorio fuese alaskiense o canadiense poco importaba. El riachuelo, ensanchado, corría por su superficie.

En cuanto al número de víctimas de este temblor de tierra, no se supo hasta después de una minuciosa información. Seguramente familias enteras habían sido sorprendidas, por las sacudidas del suelo o por la inundación, en sus chozas o en sus cabañas, y era de temer que la mayor parte hubieran perecido sin tener tiempo de huir.

Ben Raddle, Summy Skim, Lorique y Jane Edgerton se habían salvado milagrosamente, y aun del ingeniero no se podía decir que estuviera sano y salvo. Convenía conseguir los medios de transportarle al hospital de Dawson City lo antes posible.

No hay que decir que del asunto Hunter-Skim no había ya nada. Otros cuidados reclamaban a los dos adversarios, que no se volverían a encontrar tal vez el uno frente al otro.

Cuando las nubes se disiparon por completo y cuando el sol iluminó el teatro del drama, ninguno de los dos tejanos fueron encontrados. De la casa que éstos ocupaban en la entrada del barranco, a través del cual correría en lo sucesivo la derivación del Forty Miles, no existía ya nada. Del material dedicado a los trabajos del *claim* no quedaba el menor vestigio. La corriente se propagaba con gran rapidez, pues la tormenta del día anterior había hecho aumentar las aguas de una manera muy considerable.

¿Los dos tejanos y su personal habrían quedado ilesos, o tendrían que contarlos en el número de las víctimas? Se ignoraba, y en realidad, Summy Skim no se preocupaba de eso. Su única preocupación era llevar a Ben Raddle a Dawson City, donde estaría bien cuidado, y esperar allí su restablecimiento, y, si era tiempo aún, tomar el camino de Skagway, de Vancouver y de Montreal. No tenían ya por qué prolongar su estancia en el Klondike. El 129 no encontraría compradores, ahora que yacía bajo una profunda masa de agua. Lo mejor sería, pues, dejar lo antes posible este detestable país, del que varias veces había dicho Summy Skim, no sin alguna razón, que gentes de talento no deberían poner jamás el pie en él. ¿Pero sería posible volver pronto? ¿La curación de Ben Raddle no exigiría largos días, semanas, meses tal vez?

La primera quincena de agosto iba a terminar. La segunda no terminaría sin que el invierno, muy temprano en esta alta latitud, no encerrase las regiones lacustres y el paso del Chilkoot. El mismo Yukón no tardaría en estar impracticable, y los últimos vapores partirían para descender hasta la desembocadura antes que Ben Raddle estuviera en estado de embarcarse.

En este caso, tendrían que pasar todo un invierno en Dawson. La perspectiva, pues, de estar sepultados siete u ocho meses bajo las nieves del Klondike, con fríos de cincuenta o sesenta grados bajo cero, no era agradable, ni mucho menos. Para evitar tal calamidad, convenía volver a Dawson City en seguida y confiar el herido al doctor Pilcox, con encargo de curarle lo antes posible.

La cuestión del transporte no dejaba de ser difícil; pero, por fortuna, Neluto encontró su calesa intacta en el sitio donde la había dejado, pues las aguas no la habían alcanzado. En cuanto al caballo, que se hallaba pastando libremente y que había huido en el momento del cataclismo, pudo ser recogido y entregado a sus dueños.

—¡Partamos! —exclamaba Summy Skim—. ¡Partamos al instante!

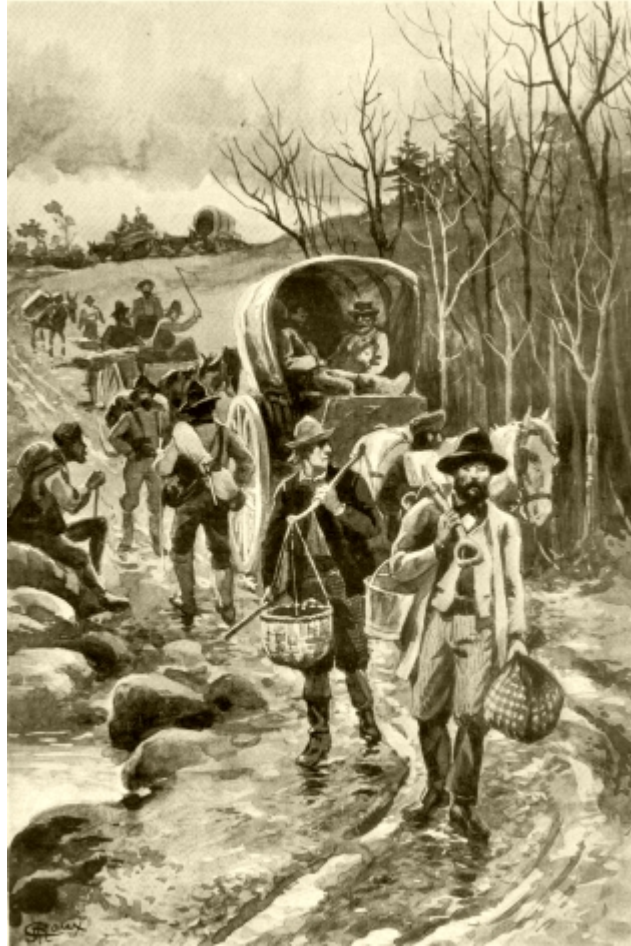
Ben Raddle le tendió la mano.

—Pobre Summy —dijo—; ¿me perdonarás? ¡Si supieras cuánto sufro por haberte metido en este triste asunto!...

—No se trata de mí —replicó Summy Skim, con tono disgustado—. Se trata de ti: sé dócil, ¡o si no!... La señorita Jane va a liarte la pierna lo mejor posible, después Patrick y yo te pondremos en la calesa, sobre un buen mullido de hierba seca. Yo me colocaré también con Jane y Neluto. Lorique y Patrick se nos reunirán en Dawson City como puedan. Marcharemos tan deprisa... no, quiero decir tan lentamente como sea necesario, a fin de evitarte los vaivenes. Una vez en el hospital, tus males se aliviarán, y el doctor Pilcox te curará la pierna con sólo mirarla... ¡Con tal que no la vea demasiado tarde y que nos permita partir antes del mal tiempo!

—Mi querido Summy —dijo entonces Ben Raddle—, es posible que mi curación necesite varios meses, y yo comprendo tu prisa por volver a Montreal... ¿Por qué no vas tú solo?

—¿Sin ti, Ben?... Me parece que deliras. Antes me dejaría yo romper una pierna también.



A través de los caminos llenos de gente, que iban a buscar trabajo en otros filones, la calesa, transportando a Ben Raddle, tomó el camino de Fort Cudahy, siguiendo la ribera derecha del Forty Miles Creek. Al borde del río funcionaban los *claims* que la inundación no había alcanzado. Algunos, sin embargo, si no habían sido invadidos por las aguas, no estaban explotables por el momento. Trastornados por el temblor de tierra, que se había propagado a considerable distancia de la frontera, el material roto, los pozos inundados, los postes caídos, las casitas destruidas, presentaban un lamentable aspecto. Pero, en fin, la ruina no era absoluta y podrían emprender los trabajos al año siguiente.

La calesa no marchaba de prisa; los vaivenes por los malos caminos causaban grandes sufrimientos al herido. Al tercer día de haber emprendido el viaje llegaron a Fort Cudahy.

Seguramente, Summy Skim no escatimaba los cuidados a su primo; pero forzoso es reconocer que se mostraba disgustado y de mal humor, y que Ben Raddle hubiera pasado malos ratos sin la compañía de Jane Edgerton. Ésta inventaba mil medios para poner cómodamente el miembro herido; siempre descubría posiciones nuevas, a cuál mejor, y, sobre todo, encontraba sin esfuerzo palabras muy a propósito para confortar el ánimo del enfermo.

Por desgracia, ni ella ni Summy Skim podían curar una fractura. Para eso era preciso un médico; no lo encontrarían en Fort Cudahy, pues no lo había; pero sí en Fort Reliance, donde llegarían cuarenta y ocho horas después.

Summy Skim se inquietaba con razón. ¿Empeoraría su primo al pasar tantos días sin que le curase un médico? Ben Raddle soportaba sin quejarse sus dolores, que debían ser muy fuertes; pero no quería alarmar a Summy Skim, si bien éste comprendía lo que sufría por los gritos de dolor que de vez en cuando exhalaba el ingeniero en los accesos más fuertes de fiebre.

Era preciso, pues, darse prisa por llegar cuanto antes a la capital del Klondike. Sólo allí podría ser verdaderamente cuidado Ben Raddle. Así que cuando en la tarde del 16 de agosto llegaron al hospital de Dawson, Summy Skim respiró con alguna tranquilidad.

La casualidad quiso que en este momento Edith Edgerton estuviera en el umbral de la puerta para recibir a los enfermos que llegaran. Al instante reconoció al enfermo que le llevaban, y sin duda debió recibir una violenta emoción, pues todas las personas que estaban presentes notaron en su rostro una gran palidez. Fuera por lo que fuera, lo cierto es que no dio otra prueba exterior de su impresión, y se abrazó cariñosamente a su prima. Sin pronunciar una palabra, buscó rápidamente los medios más a propósito para consolar al herido, que una fiebre ardiente tenía medio inconsciente. Bajo su dirección, éste fue bajado de la calesa y transportado al hospital con tal habilidad, que no tuvo el menor motivo para quejarse. Diez minutos después era colocado en una habitación

particular, y se dormía entre dos blanquísimas sábanas, cuidadosamente bordadas.

—¿Ve usted, señorita Edith, cómo tenía yo razón al decir que necesitaríamos sus cuidados? —dijo Summy Skim en tono desolado.

—¿Qué le ha ocurrido al señor Raddle? —preguntó Edith, sin contestar directamente a la observación de Summy.

Jane puso a su prima al corriente de cuanto había ocurrido. El relato duraba aún cuando se presentó el doctor Pilcox, a quien Edith había avisado para que fuese en seguida.

El temblor de tierra que había ocurrido en la región de Forty Miles Creek era conocido hacía ya algunos días en Dawson City. Se sabía que había habido unas treinta víctimas; pero no podía imaginarse el doctor que una de ellas fuese el ingeniero.

—¡Cómo! —exclamó, con su acostumbrada franqueza—. ¡Es el señor Raddle!... ¡Y con una pierna rota!

—Sí, doctor —respondió Summy Skim—; y el pobre Ben sufre horriblemente.

—¡Bueno... bueno! Eso no será nada —respondió el doctor—; se le curará la pierna... Para esto no hace falta médico, sino un curandero. ¡Se le curará en toda regla!

Ben Raddle no tenía más que una fractura sencilla por debajo de la rodilla, fractura que el médico unió muy hábilmente; después fue colocado el miembro en un aparato para que estuviera completamente inmóvil. Mientras hacía todo esto, el doctor hablaba, siguiendo su costumbre.

—Mi querido cliente —decía—, ¡puede alabarse de haber tenido una verdadera suerte! Axioma: herirse los miembros para tenerlos sólidos. ¡Tendrá usted piernas de ciervo o de alce... mejor dicho, de ciervo, a menos que quiera que le rompa la otra!

—¡Muchas gracias! —murmuró, con débil sonrisa, Ben Raddle, ya consciente.

—¡No tenga usted reparo! —volvió a decir el jovial doctor—. Estoy a su disposición. ¿No?... ¿No se decide usted?... Se

contentará entonces con que le curemos una.

—¿Cuánto tiempo requiere la curación? —preguntó Summy.

—¡Bah!... Un mes... seis semanas... Los huesos, señor Skim, no se pueden soldar como dos cabos de hierro calentados al rojo. Es preciso el tiempo, a falta de fragua y de martillo.

—¡El tiempo, el tiempo! —decía Summy renegando.

—¿Qué quiere usted? —replicó el doctor Pilcox—. Aquí es la naturaleza la que opera, y usted no ignora que nunca tiene prisa la naturaleza. Por eso se ha inventado la paciencia.

Paciencia; he ahí lo que le quedaba que hacer a Summy Skim: tenerla. Paciencia y resignación para ver llegar el mal tiempo antes de que Ben Raddle pudiera levantarse. El invierno empieza en este país en las primeras semanas de septiembre, donde las nieves y los hielos se acumulan hasta el punto de hacer la comarca impracticable. ¿Cómo iba a soportar Ben Raddle, suponiendo que se pusiera bien, las fatigas de tan largo viaje, y franquear los pasos del Chilkoot para ir a embarcarse a Skagway en los vapores de Vancouver? De los que descendían el Yukón hasta Saint-Michel, el último que partiría sería dentro de unos quince días, dejando que los hielos se formasen detrás de él.

Precisamente el *scout* volvería el 20 de agosto a Dawson City.

El primer cuidado de Bill Stell fue informarse si los señores Ben Raddle y Summy Skim habían terminado el negocio relativo al *claim* 129, y si se proponían volver a Montreal. Fue en seguida al hospital a ver al doctor Pilcox.

¡Cuál fue su sorpresa cuando supo que Ben Raddle estaba allí enfermo y no podría estar restablecido antes de seis semanas!

—Sí, Bill —le dijo Summy Skim—; ¡ya ve usted cómo nos encontramos! No solamente no hemos vendido el 129, sino que ni existe siquiera. ¡Y no solamente no hay 129, sino que nos es imposible dejar este atroz Klondike por un país más habitable!

El *scout* conoció entonces la catástrofe del Forty Miles y que Ben Raddle había sido gravemente herido en esta circunstancia.

—Esto es lo más deplorable —concluyó Summy Skim—, pues al fin ya nos hubiéramos conformado con el desastre del 129. Yo le advierto que ni siquiera lo tenía por mío. ¡Demonio, qué tonta idea tuvo el tío Josias en adquirir el 129 y dejárnoslo a nosotros!

¡Ciento veintinueve!... ¡Con qué desprecio decía Summy Skim ese maldito número!

—¡Ah, *scout*! —exclamaba—. ¡Si el pobre Ben no hubiera sido víctima, hubiera bendecido ese temblor de tierra! ¡Él nos hubiera dejado libres de una herencia que no nos proporcionaba más que molestias!

—Van ustedes a verse obligados a pasar el invierno en Dawson City —interrumpió el *scout*.

—En Dawson o en el polo norte, que es lo mismo —replicó Summy Skim.

—De manera que yo que venía a buscarles...

—Usted, que venía a buscarnos, se marchará sin nosotros —respondió Summy Skim con un acento de resignación que rayaba en desesperación.

Pocos días después el *scout* se despidió de los dos canadienses, prometiendo volver al principio de la primavera.

—¡Ocho meses! —dijo Summy Skim.

La enfermedad de Ben Raddle seguía su curso regular. No había sobrevenido ninguna complicación, y el doctor Pilcox se mostraba muy satisfecho. La pierna de su cliente quedaría tan sólida que valdría por dos.

—Con eso tendrá tres —tenía la costumbre de repetir.

En cuanto a Ben Raddle, sufría su mal con paciencia. Admirablemente cuidado por Edith, parecía estar perfectamente acostumbrado al régimen del hospital. Todo lo más que se le podía reprochar era lo exigente que se mostraba con respecto a su dulce enfermera. Era preciso que ésta hiciese interminables estaciones en la cabecera de la cama del herido, y cuando le dejaba algunos momentos para atender a sus obligaciones, tenía que oír las más vehementes protestas. Es justo añadir que la víctima de esta tiranía

no se mostraba por eso disgustada. Con gusto charlaba con él hasta que se dormía, y aprovechaba esos momentos para hacer verdaderos milagros, a fin de que los demás enfermos del hospital no sufriesen con la preferencia que dispensaba a uno solo.

Durante sus conversaciones, los dos jóvenes no pensaban en bosquejar el menor asomo de romance. No; mientras que su primo iba de caza cada vez que el tiempo lo permitía, acompañado del fiel Neluto, Ben Raddle se informaba de las ventas de Dawson City y de los nuevos descubrimientos en las regiones auríferas. Edith era su noticiera. Ella le leía los periódicos de la localidad, tales como *Le Soleil du Yukón*, *Le Soleil du Minuit*, *La Pépíte du Klondike* y otros varios. Como no existía ya el 129, ¿no les quedaba nada que hacer en el país? ¿No podrían adquirir otro *claim* para explotarlo? Indudablemente había tomado gusto el ingeniero a esos trabajos del Forty Miles Creek.

Se guardaba muy bien Ben Raddle de hablar de estos vagos proyectos delante de su primo, que no podría esta vez contener su justa indignación, y sólo se expansionaba con Edith cuando estaba sola al lado de su cama. Ésta había acogido con serenidad la ruina de su prima, y tenía fe en el porvenir. Discutía con el ingeniero los méritos de tal o cual parte del distrito. Elaboraban juntos los planes más serios. Se veía que, si la fiebre causada por la herida no devoraba el cuerpo de Ben Raddle, la fiebre del oro no se había separado de su alma, y ésta no parecía tener curación. Esta fiebre moral no la producía, después de todo, el deseo de poseer el precioso metal, era más bien la pasión del descubrimiento y la embriaguez superior de hacer realizables los sueños intrépidos que su cerebro fantaseaba.

Su imaginación pudo ser sobreexcitada por las novedades de los *claims* montañosos del Bonanza, del Eldorado y del Little Skookum.

¡Aquí se lavaban hasta cien dólares por obrero y por hora! Allí se sacaban ocho mil dólares de un hoyo de veinticuatro pies de largo por catorce de ancho. Un sindicato de Londres acababa de comprar dos *claims* sobre el Bear y el Dominion al precio de un millón

setecientos cincuenta mil francos. ¡El placer número 26 del Eldorado había sido cedido por dos millones, y los obreros recogían allí cada uno hasta sesenta mil francos al día! En el Dóme, sobre la línea que divide las aguas entre el Klondike River y la Indian River, ¿no había previsto M. Ogilvie con su alta competencia una extracción que pasaba de ciento cincuenta millones de francos?

Y, sin embargo, a despecho de ese espejismo, Ben Raddle hubiera obrado tal vez muy cuerdamente, sin olvidar lo que el doctor de Dawson City repetía a un francés, *monsieur* Arnés Serviré, uno de los viajeros que han estudiado mejor esas regiones auríferas:

—Antes de partir conviene que se asegure la posesión de una cama en mi hospital. Si adquiere la fiebre del oro, en el curso de sus excursiones, no echará de menos mi advertencia. Por pocas partículas de oro que encuentre de las que hay por todas partes en este país, os rendirá seguramente. En ese caso, adquirirá el escorbuto u otra cosa. Oro por doscientos cincuenta francos al año, yo cedo abonos que le dan derecho a una camilla y a los cuidados gratuitos del médico. Todo el mundo me hace caso. He aquí el suyo.

De los cuidados del hospital de Dawson estaba satisfecho Ben Raddle. Pero su irresistible necesidad de aventuras, ¿no le arrastraría lejos de Dawson City, en esas regiones inexploradas donde se descubrían nuevos yacimientos?

Entretanto, Summy Skim se había informado por la policía de los tejanos Hunter y Malone. ¿Había vuelto a vérselos después de la catástrofe de Forty Miles Creek?

La respuesta había sido negativa. A ninguno de los dos se había vuelto a ver en Dawson City, donde sus excesos hubieran denotado, como de costumbre, su presencia. Se les hubiera encontrado en los casinos, en las casas de juego, en todos los sitios de placer, donde tenían el primer puesto. Se podía creer, pues, que hubieran perecido en el temblor de tierra del Forty Miles Creek, arrastrados por la inundación. No obstante, como no se había vuelto a ver a ninguno de los americanos que trabajaban en el *claim* 131, y como no era fácil que hubiesen perecido todos, era posible que Hunter y Malone

hubiesen marchado con su personal hacia los filones de Circle City y de Birch Creek, en donde ya habían empezado la explotación.

A primeros de octubre pudo Ben Raddle dejar el lecho. El doctor Pilcox estaba satisfecho del estado de su enfermo, a cuya curación habían contribuido tanto los cuidados de Edith como los suyos.

Aunque el ingeniero estaba en pie, le era preciso, sin embargo, imponerse aún ciertos cuidados, y no hubiera podido soportar el viaje de Dawson City a Skagway. Por lo demás, ya era demasiado tarde, pues las primeras nieves de invierno caían en abundancia, los ríos empezaban a helarse y no se podía navegar ni por el Yukón ni por los lagos. La temperatura media era ya de quince grados bajo cero, y se esperaba que descendiese hasta cincuenta o sesenta.

Los dos primos habían tomado una habitación en el hotel de Front Street, comían en el French Royal Restaurant. Las comidas no eran muy animadas, hablaban poco, pero hasta en la tristeza se notaba la diferencia de sus caracteres.

Cuando Summy Skim decía alguna vez moviendo la cabeza:

—Lo más triste de todo este asunto es que no hayamos podido marcharnos de Dawson City antes del invierno.

Ben Raddle respondía invariablemente:

—Lo más triste es no haber podido vender el *claim* antes de la catástrofe, y el haber quedado seguramente en la imposibilidad de continuar en él la explotación.

Por no entablar una discusión por esto, Summy Skim descolgaba la escopeta, llamaba a Neluto y marchaban a cazar algo en los alrededores de la ciudad.

Así transcurrió un mes, en el cual las oscilaciones de la columna termométrica fueron verdaderamente extraordinarias. Descendía a treinta o cuarenta grados, después subía a quince o diez bajo cero, siguiendo la dirección del viento.

Durante este mes, Ben Raddle se repuso notablemente. En seguida pudo emprender, en compañía de Summy, excursiones más largas cada día, a las que les acompañaba Jane Edgerton, no pudiendo hacerlo Edith por sus muchas obligaciones en el hospital.

Era un verdadero placer para los tres paseantes, bien pasear, cuando lo permitía la calma de la atmósfera, o deslizarse en trineo sobre la nieve endurecida.

Un día, el 17 de noviembre, salieron los tres a pie, llegando hasta cerca de una legua al norte de Dawson City; Summy Skim había hecho buena caza, y se preparaban para volver, cuando Jane Edgerton se detuvo de repente, y exclamó, indicando un árbol a unos cincuenta pasos de distancia:



—¡Un hombre!... ¡allí!

—¿Un hombre? —repitió Summy Skim. En efecto, al pie de un abedul había un hombre extendido en la nieve. No hacía ningún movimiento. Sin duda estaba muerto; muerto de frío, pues la temperatura estaba muy baja.

Los tres corrieron hacia él. El desconocido parecía un hombre de unos cuarenta años. Tenía los ojos cerrados y su fisonomía expresaba un gran sufrimiento. Respiraba aún, pero tan débilmente, que parecía estar en las mismas puertas de la muerte.

Como si se tratara de cosa suya, Ben Raddle tomó las medidas que creyó oportunas.

—Tú, Summy —dijo—, procura adquirir un coche cualquiera. Yo corro a la casa más próxima a buscar alguna medicina. En tanto, la señorita Jane friccionará al enfermo con la nieve y tratará de reanimarle.

La orden fue ejecutada inmediatamente. Cuando Ben Raddle emprendió la carrera, ya había partido Summy Skim y se dirigía hacia Dawson a toda prisa.

Jane quedó sola con el desconocido, y se puso a friccionarle, primero la cara; después le entreabrió el capote, a fin de friccionarle la espalda y el pecho.

De uno de los bolsillos se deslizó una cartera de cuero, y los papeles se esparcieron por el suelo. Uno de ellos atrajo particularmente la atención de Jane, que lo recogió y echó una rápida mirada. Era una hoja de pergamino plegada en cuatro, con las aristas gastadas y casi cortadas en que se notaba lo manoseada que había sido. Abierto el documento, vio que no era otra cosa que un mapa geográfico de un litoral marino, sin otra indicación que un paralelo, un meridiano y una gran cruz roja en un punto de esta desconocida costa.

Jane dobló el documento y lo puso maquinalmente en su bolsillo; recogió los otros papeles, que colocó en la cartera, y continuó su enérgica medicación. Los buenos efectos se notaron en seguida. El enfermo empezaba a agitarse. En seguida parpadeó, y vagas palabras se escaparon de sus labios azulados, mientras que una mano, que había llevado primero al pecho, estrechaba la de Jane Edgerton. Inclínándose la joven, pudo oír algunas palabras que le parecieron sin sentido:

—¡Allí!... —decía el moribundo—. Cartera... usted se lo da... Volcán de oro... Gracias... A usted... Mi madre...

Ben Raddle volvía en este momento, y se oía por el camino el ruido de un coche que se aproximaba a galope.

—He aquí lo que he encontrado —dijo Jane, entregando al ingeniero la cartera del moribundo.

Esta cartera no contenía más que cartas, dirigidas todas a la misma persona: señor Jacques Ledun, y fechadas en Nantes o en París.

—¡Un francés! —exclamó Ben Raddle. Un instante después, el hombre, que había caído en profundo sopor, era colocado en la calesa que había llevado Summy y transportado a toda prisa hacia el hospital de Dawson.

CAPÍTULO II

EL VOLCÁN DE ORO

En algunos minutos la calesa llegó al hospital. El hombre que la ocupaba fue introducido y colocado en la misma habitación que había ocupado Ben Raddle. De este modo, el enfermo no tendría que sufrir a los demás que en el hospital había.

Gracias a Summy Skim se obtuvo este favor, quien puso en juego sus altas relaciones.

—¡Es un francés, casi un compatriota! —dijo a Edith Edgerton—. Le ruego que haga con él lo que ha hecho con Ben, y espero que el doctor Pilcox le curará como ha curado a mi primo.

El doctor no tardó en llegar y ver al francés, que aún no había recobrado el conocimiento y continuaba con los ojos cerrados. Notó el médico un pulso muy débil, una respiración apenas sensible. No observó ninguna herida en aquel cuerpo, horriblemente extenuado por las privaciones, las fatigas, la miseria. No había duda de que el desgraciado cayó extenuado cerca del árbol en que se le recogió, y seguramente hubiera terminado con él el frío, si llega a pasar allí la noche sin ningún socorro.

—Este hombre está medio helado —dijo el doctor Pilcox.

Se le rodeó de mantas y de botellas de agua caliente; le hicieron tomar bebidas ardientes y se le friccionó para restablecer la circulación. Todo cuanto debía hacerse fue hecho; pero resultaron vanos los esfuerzos, pues no pudieron sacarle de su estado de postración.

¿Volvería a la vida el moribundo que se había recogido? El doctor no se atrevió a afirmar nada.

Jacques Ledun, tal era el nombre escrito en la dirección de las cartas, firmadas todas por su madre, encontradas en la cartera del francés. La más reciente, sellada en Nantes, tenía fecha de hacía cinco meses. La madre escribía a su hijo a Dawson City, Klondike. Imploraba la infeliz una contestación, que no habría quizás obtenido.

Ben y Summy leyeron estas cartas, que pasaron en seguida a Edith y a Jane Edgerton. A todos emocionaron profundamente. Más de una mueca hicieron los hombres para disimular; pero las muchachas, a pesar de sus esfuerzos, dejaban correr libremente las lágrimas de piedad. Cada línea acusaba el amor maternal más ardiente. Era una continuación ininterrumpida de consejos, caricias y llamamientos. Que se cuidase mucho, y sobre todo que volviera y renunciase a aventurarse a hacer fortuna; tal era el deseo incesante de la pobre madre, que se reía de la miseria, con tal de pasarla al lado de su hijo.

En estas cartas se hallaban, en todo caso, útiles indicaciones que podrían servir para notificar a la pobre mujer su desgracia, en caso de fallecer el desafortunado emigrante.

Lo que se supo con certeza, por las diez cartas encontradas, era que hacía dos años que Jacques Ledun había salido de Europa. Por lo visto, no se había dirigido directamente al Klondike para ejercer el oficio de *prospecteur*; según indicaban algunas cartas, debió buscar fortuna al principio en los yacimientos auríferos de Ontario y de la Columbia. Después, atraído sin duda por las prodigiosas noticias de los periódicos de Dawson City, se había unido a la muchedumbre de mineros. Además, no parecía que hubiese sido propietario de un *claim*, pues su cartera no contenía ningún título de propiedad, ni

había ningún documento, fuera de las cartas que acababan de leerse.

Existía uno, sin embargo; pero no se encontraba ya en la cartera. Estaba en manos de Jane Edgerton, que ni remotamente se acordó de comunicarlo a su prima ni a sus amigos. Tan sólo por la noche, cuando fue a acostarse, se encontró con el pedazo de pergamino, y, extendiéndolo a la luz de la lámpara, se entretuvo en descifrarlo, como hubiera hecho con un jeroglífico.

Era, en efecto, un mapa, según se había figurado en un principio. Líneas bastante irregulares, trazadas con lápiz, designaban el litoral de un océano, donde iba a desembocar un río, al que afluían algunos otros. A juzgar por la orientación natural del mapa, este río parecía dirigirse hacia el noroeste. ¿Sería el Yukón, o su tributario el Klondike? Esta hipótesis no era admisible. Con arreglo al sentido del mapa, no podía ser más que o el océano Glacial o una comarca situada por encima del círculo polar ártico. En el cruce de un meridiano numerado en $136^{\circ} 15'$ y de un paralelo que no indicaba orden numérico, había trazada una cruz roja, que llamó la atención de Jane desde el primer momento. En vano se esforzaba por resolver el problema. Sin la cifra de la latitud, era imposible saber qué parte del norte de América representaba el mapa, y más especialmente en qué punto del continente podía estar situada la misteriosa cruz roja.

¿Era, pues, hacia esta comarca, cualquiera que fuese, donde se dirigía Jacques Ledun? ¿O volvería de ella cuando cayó a algunos kilómetros de Dawson City? No se sabría nunca, si moría el desgraciado francés sin haber recobrado el conocimiento.

Parecía que Jacques Ledun pertenecía a una familia de cierta posición social. No era, pues, un obrero. Las cartas de su madre, escritas con toda corrección, lo demostraban. ¿Por qué vicisitudes, por qué infortunios había pasado para llegar al triste estado de tener que ocupar una cama del hospital?

Transcurrieron algunos días, y a pesar de los cuidados que rodeaban a Jacques Ledun, su estado no mejoraba. Apenas si

podía responder a las preguntas, balbucir palabras ininteligibles. Se podría dudar incluso de que estuviera en posesión de sus facultades mentales.

—Es de temer —dijo el doctor Pilcox— que nuestro enfermo haya perdido la razón. Cuando entreabre los ojos, noto en él una mirada vaga que me da qué pensar.

—¿Pero no mejora su estado físico? —preguntó Summy Skim.

—Me parece aún más grave que su estado moral —respondió el doctor.

Cuando el doctor Pilcox, tan confiado de ordinario, hablaba en esta forma, ¿es que había perdido la esperanza en la curación de Jacques Ledun?

Sin embargo, Ben Raddle y Summy Skim no querían desesperarse. Esperaban que se produjera una reacción con el tiempo, y que si Jacques Ledun no recobraba por el momento la salud, recobraría al menos su inteligencia: hablaría, respondería.

Algunos días después pareció dar señales de conservar la razón. ¿Habría dudado el doctor de la eficacia de sus remedios? La reacción, tan impacientemente esperada por Ben Raddle, empezaba a producirse. El estado de postración parecía menos absoluto. Los ojos los tenía más tiempo abiertos. Su mirada, más firme, recorría con sorpresa la habitación desconocida y las personas agrupadas a su alrededor: eran el doctor, Ben Raddle, Summy Skim, Edith y Jane Edgerton.

¿Estaba salvado el desgraciado?

El doctor movió la cabeza con desaliento. Un médico no podía confiarse en esas engañosas apariencias. Si se avivaba su inteligencia, sería para apagarse al día siguiente. Esos ojos, que acababan de abrirse, se cerrarían muy pronto para siempre. Allí no había ya más que una última lucha por la vida, inútil contra un próximo abatimiento.

Edith se había inclinado, descifrando las palabras que, muy bajo, con una voz entrecortada de suspiros y que apenas se entendía,

murmuraba Jacques Ledun. Respondiendo ella a una pregunta, adivinada más bien que comprendida, dijo:

—Está usted en una habitación del hospital.

—¿Dónde? —preguntó el enfermo, tratando de enderezarse.

—En Dawson City... Hace seis días se le encontró desmayado en el camino... Se le ha transportado aquí.

Los párpados de Jacques Ledun se bajaron un instante. Parecía como si este esfuerzo le hubiese agotado. El doctor le hizo tomar unas gotas de un cordial, que devolvió la sangre a sus pálidas mejillas y la palabra a sus labios.

—¿Qué es usted? —preguntó el enfermo.

—Canadiense —respondió Summy Skim—, casi francés. Tenga confianza. Nosotros le salvaremos.

El enfermo tuvo una débil sonrisa, y cayó en la almohada. Sin duda comprendía que su muerte estaba próxima, pues sus ojos, cerrados, filtraron gruesas lágrimas, que corrieron una a una sobre su cara enflaquecida. El doctor prohibió que le hicieran más preguntas. Era mejor dejarle descansar. Se le vigilaría a la cabecera de la cama y se estaría allí, dispuesto a contestarle cuando tomase bastante fuerza para hablar.

En los días siguientes no mejoró ni se agravó el estado de Jacques Ledun. Su debilidad era siempre la misma, y se podía temer que le fuese imposible resistirla. Sin embargo, con largos intervalos y algunos esfuerzos, pudo hablar de nuevo y responder a las preguntas que parecía provocar. Se veía que deseaba decir muchas cosas.

Poco a poco se fue conociendo la historia del francés, tanto por lo que él contó voluntariamente en los momentos de lucidez, como por lo que dio a entender en los ratos de delirio. Ciertas circunstancias de su vida continuaban, no obstante, rodeadas de misterio. ¿Qué hacía en el Klondike? ¿De dónde venía, o dónde iba, cuando cayó a las puertas de Dawson? No había ningún indicio al respecto.

Jacques Ledun era un bretón de Nantes, tenía cuarenta y dos años y era de constitución tan robusta, que sólo las más atroces privaciones habían podido alterarla.

Su madre, viuda de un agente de bolsa arruinado en aventuradas especulaciones, vivía aún en esta ciudad, donde se sostenía luchando contra la miseria.

Desde niño había tenido Jacques Ledun vocación de marino. Una grave enfermedad, que le afectó en los días en que iba a realizar los exámenes en la Escuela Naval, le detuvo en el primer paso de esta carrera. Habiendo pasado de la edad reglamentaria, se enroló como piloto a bordo de un barco mercante, y después de algunos viajes a Melbourne, a las Indias y a San Francisco, se matriculó para capitán; es decir, ingresó como alférez auxiliar de la marina militar.

Su servicio duró tres años, al cabo de los cuales, comprendiendo que, a menos de circunstancias raras donde puede distinguirse un marino, no hubiera adelantado nunca a sus compañeros, salió del *Borda*, presentó su dimisión y buscó una colocación en la marina mercante.

Era muy difícil obtener el mando de un buque, y tuvo que contentarse con entrar como segundo en un velero con destino a los mares del sur.

Cuatro años transcurrieron así. Tenía veintinueve cuando murió su padre, dejando a la viuda poco menos que en la miseria. En vano Jacques Ledun se esforzaba por cambiar su plaza de segundo por la de capitán. La falta de dinero le impidió tomar, como se hace de ordinario, una parte en el navío del cual solicitaba ser su capitán, y tuvo que quedarse de segundo. ¡Qué mediano porvenir se abría ante él! ¿Podría de este modo alcanzar el bienestar que soñaba para su madre?

Estuvo viajando por Australia y California, donde los yacimientos auríferos atraían tantos emigrantes. Como siempre, la menor parte era la que se enriquecía, mientras que la inmensa mayoría no encontraba allí más que ruina y miseria. Estimulado Jacques Ledun

por el ejemplo de los más afortunados, resolvió perseguir la fortuna por el peligroso camino de los buscadores de oro.

En esta época era atraída la atención sobre las minas del Dominion, aun antes de que sus riquezas metálicas se acrecentasen por los descubrimientos del Klondike. Poseía Canadá, en otras partes menos lejanas y de acceso más fácil, territorios auríferos donde la explotación se efectuaba en mejores condiciones, sin ser interrumpida por los terribles inviernos de la región yukoniense. Una de las minas de esta región, tal vez la más importante, era *Le Roi*, que acababa de producir en dos años cuatro millones quinientos mil francos de dividendo. Al servicio de esta sociedad fue donde entró Jacques Ledun.

Pero el que se limita a vender el trabajo de su cerebro o de sus miembros no se enriquece, generalmente. Lo que soñaba el valeroso e intrépido francés era una fortuna hecha rápidamente, por cualquier feliz casualidad, y esto era tan irrealizable en tierra firme como en el mar. Obrero o empleado, estaba condenado a vegetar toda su vida.

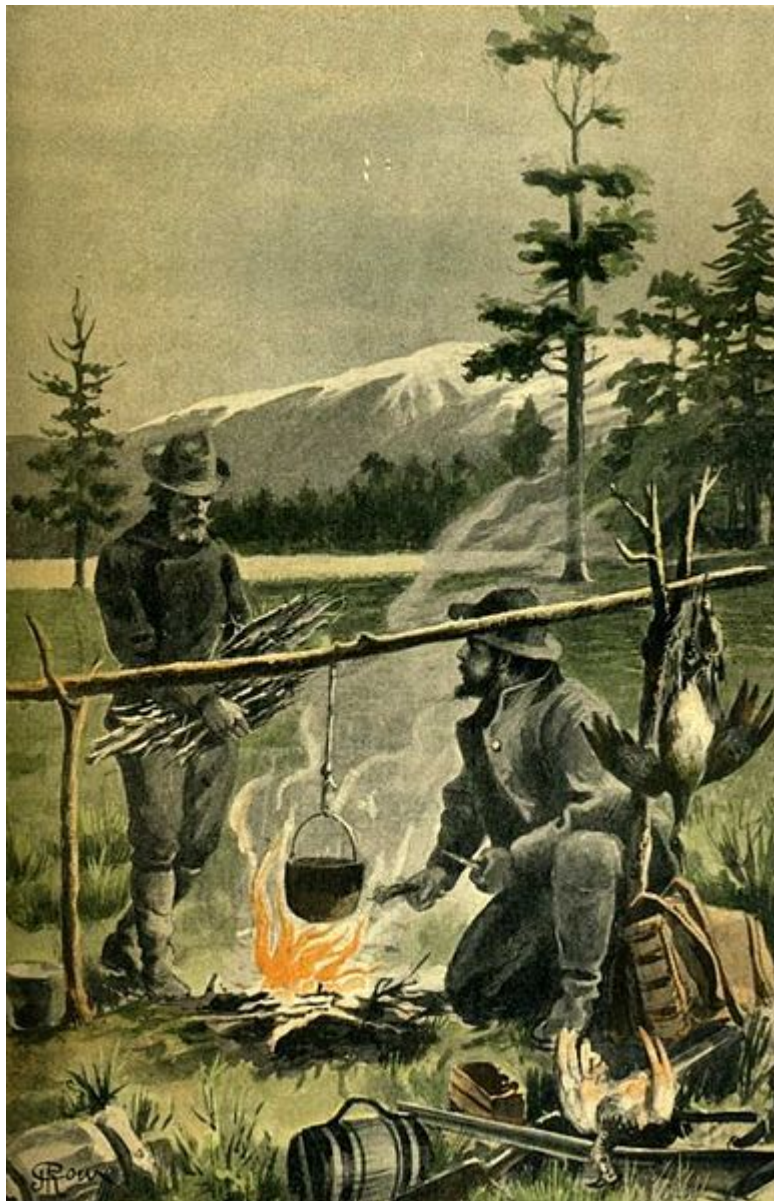
Se hablaba entonces de los nuevos descubrimientos hechos en los territorios regados por el Yukón. El nombre del Klondike deslumbraba, como habían deslumbrado los de California, de Australia y del Transvaal. La muchedumbre de mineros se dirigía hacia el norte. Jacques Ledun siguió a la multitud.

Trabajando en los yacimientos de Ontario, había conocido a un tal Harry Brown, canadiense de origen inglés. Los dos estaban animados de la misma ambición, devorados del mismo apetito de salir triunfantes. Harry Brown fue quien decidió a Jacques Ledun a dejar su posición para lanzarse a lo desconocido. Con las economías de que podían disponer se dirigieron los dos a Dawson City.

Resueltos a trabajar esta vez por cuenta propia, juzgaron prudente dirigirse a los distritos muy conocidos del Bonanza, Eldorado, Sixty Miles o a Forty Miles, Aun cuando los *claims* no fuesen elevados a precios exorbitantes, los recién llegados no

hubiesen encontrado un sitio libre. Se disputaban ya los placeres a millones de dólares. Era preciso ir más lejos, al norte de Alaska o del Dominion, o mejor, más allá del Grand Fleuve, en esas regiones, casi inexploradas, donde algunos atrevidos *prospecteurs* señalaban nuevas riquezas auríferas. Era preciso ir allí donde nadie había ido aún. Era preciso descubrir algún yacimiento sin dueño, cuya posesión perteneciese al primero que la descubriera.

Así razonaban Jacques Ledun y Harry Brown.



Sin material, sin personal, después de haberse asegurado la subsistencia por dieciocho meses, se fueron a Dawson City, y viviendo del producto de su caza se aventuraron en el Yukón a atravesar la comarca casi desconocida que se extiende más allá del círculo polar ártico.

Empezaba el verano cuando Jacques Ledun se puso en camino, casi precisamente seis meses antes del día en que acababa de ser encontrado moribundo en los alrededores de Dawson City. ¿A dónde había conducido la campaña emprendida por los dos aventureros? ¿Se habían trasladado a los límites del continente, sobre las costas del océano Glacial? ¿Qué descubrimiento les había recompensado de tantas fatigas? No parecía haber encontrado ninguno, a juzgar por el estado lastimoso de uno de ellos, es decir, del único que quedaba, pues había podido salvarse de la agresión de los indígenas en el viaje de vuelta, abandonando todo cuanto poseía a los perseguidores. Harry Brown había muerto a golpes, y sus huesos jalonaban el camino de esas regiones desoladas.

Ésa fue la última información que se pudo obtener. Esta dolorosa historia se había sabido por partes, cuando el enfermo tenía algún rato de lucidez, pues la debilidad que le dominaba se iba agravando de día en día, como lo había predicho el doctor Pilcox.

En cuanto al resultado de su exploración y a la región a la que habían llegado Jacques Ledun y Harry Brow, y de la que regresaban cuando fueron atacados por los indios, había tantos secretos, que corrían peligro de ser enterrados para siempre en la tumba, donde el pobre francés no tardaría en ir a descansar.

Existía un documento incompleto, es verdad; pero que hubiera completado, probablemente, el final de esta historia. Ese documento, que nadie, fuera de Jane, conocía, hacía a ésta pensar el uso que debería hacer de él. Dependía, naturalmente, de las circunstancias. Lo restituiría a Jacques Ledun si se salvaba. Pero ¿y si moría?... Entretanto, Jane se obstinaba en vanas tentativas para descubrir el irritante misterio. Que este mapa era de la comarca donde el francés y su compañero habían pasado la última

temporada, no cabía duda. ¿Pero qué comarca era aquélla?... ¿Dónde corría ese *creeck*, cuya línea tortuosa estaba dibujada del sudeste al noroeste? ¿Era un afluente del Yukón, del Koyukuk o del Porcupine?

Un día que Jane estaba sola puso ante los ojos del enfermo este mapa, trazado indudablemente por su mano. La mirada de Jacques Ledun se animó, se fijó un instante en la cruz roja, que era lo que más excitaba la curiosidad de Jane, y se convenció de que esta cruz marcaba el lugar de algún descubrimiento... Pero en seguida el enfermo rechazó con la mano el mapa que le ofrecía Jane, luego cerró los ojos, sin que la menor palabra aclarase el enigma.

¿No tendría fuerza para hablar? ¿O esperaría guardar su secreto hasta el fin? ¿En el fondo de esta alma, preparada a abandonar un cuerpo extenuado, quedaba aún la esperanza de volver a la vida? Quizás el desgraciado quisiera reservarse el premio de tantas penalidades. Quizá pensaba volver a ver a su madre y llevarle una fortuna conquistada para ella.

Transcurrieron varios días. Entonces se encontraban en pleno invierno. La temperatura había descendido a cincuenta grados centígrados bajo cero. Era imposible poder soportar tales fríos en la calle. Las horas que no estaban en el hospital las pasaban los dos primos en su cuarto. Alguna vez, sin embargo, después de forrarse de pieles hasta la cabeza, se marchaban a algún casino donde apenas había gente, pues la mayor parte de los mineros se van a Dyea, a Skagway o a Vancouver antes de los grandes fríos.

Tal vez Hunter y Malone habrían ido a establecerse durante el invierno en una de esas ciudades. Lo cierto era que desde la catástrofe nadie los había visto y que no figuraban tampoco en el número de víctimas del terremoto cuya identidad había sido reconocida.

Durante esos días, turbados por tempestades de nieve, Summy Skim no podía salir a cazar, en compañía del fiel Neluto, los osos que rondaban las cercanías de Dawson City. Se veía obligado todo el mundo a encerrarse en una clausura casi absoluta, causa, con el

excesivo descenso de la temperatura, de las enfermedades que diezmaron la ciudad durante el invierno. El hospital no era capaz para tantos enfermos, y sería ocupado de nuevo el sitio que no tardaría en estar libre en la habitación de Jacques Ledun.

El doctor Pilcox había ensayado en vano todo para devolverle las fuerzas. Los remedios habían perdido toda su eficacia y el estómago no soportaba ya ningún alimento. La vida abandonaba visiblemente de día en día, de hora en hora, este organismo agotado.

El 30 de noviembre por la mañana, Jacques Ledun tuvo una crisis tan violenta, que se temió que no volviera. Forcejeaba de tal modo, a pesar de su debilidad, que hubo necesidad de sujetarle en la cama. Víctima de un violento delirio, tartamudeaba palabras, siempre las mismas, de las que él no tenía conciencia.

—¡Allí!... el volcán... la erupción... el oro... la lava de oro...

Después, llamando desesperadamente, gritaba:

—¡Madre... madre... para ti!...

Poco a poco se calmó y el infeliz cayó en un profundo abatimiento. No se notaba que tuviera vida más que por una ligera respiración. El doctor consideró que no soportaría una segunda crisis de ese género.

Durante la tarde, Jane Edgerton fue a sentarse a la cabecera del enfermo, y le encontró más calmado. Parecía que hasta había recobrado el conocimiento. Se había notado una mejoría, como ocurre muchas veces en los moribundos.

Jacques Ledun había abierto los ojos. Su mirada, de una singular fijeza, fue a buscar la de Jane. Evidentemente, tenía algo que decir y quería hablar. Jane se inclinó, esforzándose por comprender las palabras, casi ininteligibles, que balbucían los labios del moribundo.

—El mapa... —decía Jacques Ledun.

—Aquí está —respondió vivamente Jane entregando el documento a su legítimo propietario.

Como había hecho la primera vez, éste rechazó el papel con un gesto.

—Yo lo doy... —murmuraba—. Allí... la cruz roja... un volcán de oro...

—¿Da usted su mapa?... A...

—Usted.

—¿A mí?

—Sí... a condición... de que piense en mi madre.

—¿Su madre? ¿Quiere recomendarme a su madre?

—Cuenta conmigo. ¿Pero qué debo hacer de su mapa? No puedo comprender su sentido.

El moribundo se concentró; después, pasado un momento de silencio, dijo:

—Ben Raddle...

—¿Quiere ver al señor Raddle?

—Sí.

Minutos después estaba el ingeniero a la cabecera de la cama del enfermo, quien con un signo hizo comprender a Jane Edgerton que deseaba estar solo con él.

Entonces, después de haber buscado a tientas la mano de Ben Raddle, Jacques Ledun dijo:

—Voy a morir... mi vida se va... yo lo noto...

—No, amigo mío —dijo Ben Raddle—. Nosotros le salvaremos.

—Voy a morir —repitió Jacques Ledun—. Acérquese usted... Me ha prometido no abandonar a mi madre... Tengo confianza en usted... Escúcheme bien lo que voy a decirle.

Con una voz que se debilitaba por momentos, pero clara, la voz de un hombre que no tiene alterada la razón, en posesión de toda su inteligencia, he aquí lo que confió a Ben Raddle:

—Cuando me encontraron... venía yo... de muy lejos... del norte. Allí están situados los más ricos yacimientos del mundo... No hay necesidad de remover la tierra... ¡La misma tierra arroja el oro de sus entrañas!... ¡Sí!... ¡Allí... he descubierto yo una montaña... un volcán que encierra una inmensa cantidad de oro... un volcán de oro... el Golden Mount...!

—¿Un volcán de oro? —repitió Ben Raddle con un tono que expresaba cierta incredulidad.

—Ha de creerme —exclamó Jacques Ledun con una especie de violencia, tratando de enderezarse en la cama—. Es preciso que me crea. Si no por usted, que sea por mi madre... Mi herencia, de la que ella tendrá su parte... Yo he hecho la ascensión a ese monte... He descendido a su cráter... de cuarzos auríferos... lleno de pepitas, sólo hay que recogerlas...

Después de este esfuerzo, el enfermo cayó en una postración, de la que salió después de algunos minutos. Su primera mirada fue para el ingeniero.

—Bien —murmuró—; está ahí... cerca de mí... me creerá; irá allí... allí... al Golden Mount...

Su voz se apagaba poco a poco. Ben Raddle, a quien atraía de la mano, se había inclinado sobre la cabecera de la cama.

—Por sesenta y ocho grados treinta y siete minutos de latitud...; la longitud está marcada en el mapa...

—¿El mapa? —preguntó Ben Raddle.

—Pregúnteselo... a Jane Edgerton...

—¿La señorita Edgerton posee el mapa de esa región? —insistió Ben Raddle lleno de sorpresa.

—Sí... dado por mí... Allí... en el punto marcado con una cruz... cerca de un *creek*... el Rubber... brazo izquierdo del Mackenzie..., derecho en el norte del Klondike... un volcán... cuya próxima erupción lanzará oro..., cuya escoria es polvo de oro... allí... allí...

Jacques Ledun, medio recostado entre los brazos de Ben Raddle, tendía su mano temblorosa en dirección al norte.

Esas últimas palabras se escaparon de sus labios lívidos.

—¡Madre!... ¡madre!...

Después de una dulzura infinita:

—¡Mamá!

Una suprema convulsión le agitaba.

Estaba muerto.

CAPÍTULO III

SUMMY SKIM NO TOMA PRECISAMENTE EL CAMINO DE MONTREAL

El entierro del pobre francés se verificó al día siguiente. Jane y Edith Edgerton le acompañaron hasta el cementerio en unión de Ben Raddle y Summy Skim.

Una cruz de madera, con el nombre de Jacques Ledun, fue colocada sobre su tumba, que las intemperies se encargarían bien pronto de hacer anónima. A la vuelta, según había prometido Ben Raddle, escribió a la desventurada madre, que ya no volvería a ver a su hijo.

Cumplidos esos sagrados deberes, examinó bajo todas sus fases la nueva situación creada por la semiconfidencia de la que era depositario.

Que el secreto relativo al Golden Mount fuera origen de preocupación para Ben Raddle, no tenía nada de particular. Pero lo más extraño era que un ingeniero, es decir, un hombre de buen sentido y de sangre fría, aceptase tal secreto como una verdad indiscutible. Así era, sin embargo. Ni por un solo instante pasó por el pensamiento de Ben Raddle que la revelación de Jacques Ledun no tuviera una base cierta. No puso en duda que al final del Rubber Creek no se elevara una montaña maravillosa que, como un enorme

saco de oro, se vaciaría por sí solo un día u otro. Millones de pepitas serían entonces proyectadas por el aire, a menos que hubiera que recogerlas en el cráter extinguido definitivamente.

Además, él tenía idea de que existían ricos filones en las regiones regadas por el Mackenzie y sus afluentes. Según los indios que frecuentan esos territorios próximos del océano Ártico, los ríos acarrearán allí el oro. Por eso los sindicatos pensaban extender su rebusca hasta en la parte del Dominion comprendida entre el mar Glacial y el círculo polar, y como los primeros que llegasen serían los más favorecidos, muchos *prospecteurs* pensaban ya en trasladarse allí para la próxima campaña.

—¿Quién sabe —decía Ben Raddle— si no descubrirán ese volcán, del cual gracias a las confidencias del pobre Jacques Ledun, yo soy, sin duda ninguna, el único conocedor de su existencia?

Si quería sacar provecho de esta ventaja, procuraría darse prisa. Ante todo convenía completar los informes de su posesión, y sobre todo conocer el mapa, que, después de morir el francés, pertenecía a Jane Edgerton.

Sin pérdida de tiempo se dirigió Ben Raddle al hospital, dispuesto a tratar inmediatamente este asunto.

—Según lo que Jacques Ledun me confió antes de morir —dijo a Jane—, parece que tiene usted un mapa perteneciente a él.

—Lo tengo, en efecto... —contestó Jane.

Ben Raddle lanzó un suspiro de satisfacción. El asunto marcharía por sí solo desde el momento que Jane confirmaba tan fácilmente las aseveraciones del francés.

—Pero este mapa no pertenece a nadie más que a mí —concluyó ésta.

—¿A usted?

—A mí. Por la sencilla razón de que Jacques Ledun me lo ha dado voluntariamente.

—¡Ah!... ¡Ah!... —dijo Ben Raddle con un tono indeciso.

Después de un instante de silencio, continuó:

—Poco importa, por lo demás, pues no creo yo que usted se negara a dejármelo.

—Eso depende —replicó Sane con la mayor calma.

—¡Bah!... —exclamó sorprendido Ben Raddle—. ¿Eso depende?... ¿De qué? Explíquese usted, se lo ruego.

—Es muy sencillo —respondió Jane—. El mapa de que se trata, y que me ha sido dado, lo repito, por su legítimo propietario, muestra, como creo, el sitio exacto de una mina fabulosamente rica. Si Jacques Ledun me ha hecho esta confidencia, es a cambio de mi promesa de socorrer a su madre; promesa que no deberé ni podré cumplir más que utilizando el documento que me ha sido entregado. Además, los indicios de este mapa son incompletos.

—¿Y bien? —preguntó Ben Raddle.

—¡Y bien! Que su pretensión me hace, suponer que Jacques Ledun le ha dado las indicaciones que me faltan, seguramente, a cambio de una promesa parecida a la mía, pero ocultándole las que yo poseo. Si así es, yo no me niego a comunicarle lo que desea conocer; pero solamente a título de asociada. En resumen: usted tiene la mitad de un secreto y yo tengo la otra mitad. ¿Quiere usted que reunamos esas dos mitades y que nos repartamos lo que ese secreto entero produzca?

Por el momento se le indigestó, como suele decirse, la respuesta. No la esperaba verdaderamente. Luego el buen sentido y la equidad se sobrepusieron. Después de todo, no era mala la tesis de la joven *prospectrice*. No había duda de que Jacques Ledun quiso asegurar por duplicado la suerte de su madre, y por eso se había dirigido a dos personas distintas, reclamando a cada una idéntica promesa. Además, ¿qué inconveniente había en aceptar la proposición de Jane y en repartir con ella el producto de la explotación del volcán de oro? O el volcán de oro no era más que una ilusión, y en ese caso el secreto de Jacques Ledun no tenía ningún valor, y, por consiguiente, tampoco lo tenía su mitad, o la historia era seria, y entonces la participación de Jane Edgerton no

podía perjudicarle en nada, puesto que el volcán de oro daría una fortuna casi infinita.

Esta serie de reflexiones las hizo el ingeniero en algunos segundos, y sin titubear más tomó una decisión.

—Convenido —dijo.

—He aquí el mapa —replicó Jane, ofreciéndole el pergamino desplegado.

Ben Raddle echó una rápida ojeada; después, por el punto de intersección de la cruz roja, trazó un paralelo que numeró con 68° 37'.

—Ahora, las coordenadas están completas —dijo Ben Raddle con aire satisfecho—. Iría con los ojos cerrados al volcán de oro.

—¿El volcán de oro? —repitió Jane—. Jacques Ledun había pronunciado ese nombre.

—Es el de una montaña extraordinaria que iré a visitar...

—Que iremos —rectificó Jane.

—Que iremos a visitar en la primavera —indicó el ingeniero.

Ben Raddle puso entonces a Jane al corriente de lo que le había confiado Jacques Ledun. Le había revelado, o más bien confirmado, la existencia de una verdadera montaña de oro, el Golden Mount, desconocida de todos, y que éste había descubierto en compañía de Harry Brown. Le participó cómo, obligados a volver por falta de material, los dos aventureros, que llevaban, sin embargo, magníficas pruebas de su hallazgo, habían sido atacados por los indígenas, que uno había sido muerto y el otro despojado de cuanto poseía.

—¿Y no ha dudado de la verdad de tan fabulosa historia? —preguntó Jane cuando Ben Raddle terminó su relato.

—He sido al principio escéptico, lo confieso; pero el acento de sinceridad de Jacques Ledun ha hecho desaparecer mi escepticismo. La historia es verdadera, no lo dude. Eso no quiere decir que estemos seguros de poder sacar partido de ella. El gran peligro en esta clase de negocios es que alguno se adelante. Si el Golden Mount no es conocido, en el buen sentido de la palabra, se tienen, sin embargo, nociones de su existencia transmitidas por

tradición y consideradas como legendarias. Sería necesario un *prospecteur* más crédulo y más intrépido que los otros para transformar la leyenda en bella realidad. Ahí está el peligro, al cual nos lanzaremos nosotros, con dos condiciones: callarnos y apresurarnos.

No es de extrañar que el ingeniero quisiera marchar tan pronto, estando al corriente de todas las noticias que circulaban en el mundo de los buscadores de oro. Jane no tenía menos interés que él en partir, y muy a menudo se entretenían los dos en tratar del asunto que les preocupaba. Pero estaban resueltos a guardar el secreto del volcán de oro hasta el último momento. Ben Raddle ni siquiera había hablado de ello a Summy Skim. Después de todo, no tenía necesidad de decirlo, pues no habían transcurrido aún más que tres meses de los ocho que dura el invierno en el Klondike.

Entretanto, la comisión de rectificación de la frontera hizo conocer el resultado de sus trabajos. Ésta decía que las reclamaciones no eran admisibles, ni por una parte ni por otra. No había sido cometido ningún error. La frontera entre Alaska y el Dominion, exactamente trazada, no debía ser retirada ni al oeste, con provecho de los canadienses, ni al este, con detrimento suyo, y los *claims* limítrofes no sufrirían cambio de nacionalidad.

—¡Estamos muy adelantados! —dijo Summy Skim el día que supo esta novedad—. El 129 es canadiense. Por desgracia, no hay ya 129; se le bautiza después de muerto.

—Exite bajo el Forty Miles Creek —respondió el capataz, que no quería renunciar a toda esperanza.

—¡Justamente! Tiene perfecta razón, Lorique. ¡Vaya, pues, a explotarlo a cinco o seis pies bajo el agua! A menos que un nuevo terremoto venga a poner las cosas en su sitio, no veo...

Y Summy Skim, encogiéndose de hombros, añadió:

—Después de todo, si Plutón y Neptuno quieren colaborar aún en el Klondike, espero que será para acabar de una vez con este horrible país, para trastornarle y sumergirle, aunque no se pueda ya recoger ni una pepita.

—¡Oh, señor Skim! —dijo el capataz, sinceramente indignado.

—¿Y qué? —replicó Ben Raddle, como hombre que se reservaba de decir algo sobre eso—. ¿Crees tú que no hay yacimientos más que en el Klondike?

—Yo no excluyo de mi catástrofe —respondió Summy Skim, alterándose un poco— a los que están en Alaska, el Dominion, el Transvaal... y, para ser franco, en el mundo entero.

—Pero, señor Skim —exclamó el capataz—, el oro es oro.

—No está en lo cierto, Lorique. No lo está de ningún modo. ¡El oro! ¿Sabe usted lo que es? Pues bien, el oro es una farsa; ésa es mi opinión.

La conversación hubiera podido continuarse más tiempo sin ningún provecho para los interlocutores. Summy Skim la terminó bruscamente.

—Después de todo —dijo—, que Neptuno y Plutón hagan lo que les parezca, no me interesa. Yo no me ocupo más que de lo que me importa. Me basta con saber que el 129 ha desaparecido, de lo que me alegro, pues, gracias a eso, nos es forzoso emprender el camino hacia Montreal.

Summy Skim hablaba en figura retórica. En realidad, lejana estaba aún la época en que el estado de la temperatura les permitiera dar el primer paso sobre el camino de vuelta. El año no había terminado aún. Nunca olvidaría Summy Skim aquella semana de nochebuena, que si bien el frío no pasaba de veinte grados bajo cero, no era menos abominable. Tal vez hubiera sido preferible un descenso de temperatura más excesivo, con vientos del norte fuertes y secos.

En esta última semana del año, las calles de Dawson estaban poco menos que desiertas. Ningún alumbrado hubiera podido resistir a los torbellinos de nieve, que llegó a tener un espesor de más de seis pies. Ningún vehículo, ningún tiro hubiera podido lanzarse a la calle. Si volvía el frío con su intensidad habitual, el pico y la piqueta no podrían hacer brecha en esas masas acumuladas. En algunos barrios próximos a las riberas del Yukón y del Klondike,

varias casas, bloqueadas hasta el primer piso, no eran accesibles más que por las ventanas. Felizmente, las de Front Street no corrieron esa suerte, y los dos primos hubieran podido salir del hotel si la circulación no hubiese sido absolutamente imposible. Al cabo de algunos pasos estaban cubiertos de nieve hasta el cuello.

En esta época del año, el día dura muy pocas horas. Apenas si se ve el sol por encima de las colinas que rodean la ciudad. Los copos de nieve eran tan abundantes y tan espesos que la luz eléctrica no podía penetrarlos, y estaban en una profunda oscuridad durante veinte horas de las veinticuatro del día.

Suspendida toda comunicación con las afueras de la población, Summy Skim y Ben Raddle estaban encerrados en su habitación. El capataz y Neluto, que ocupaban con Patrick un modesto albergue en uno de los barrios bajos, no podían ir a visitarlos, como tenían por costumbre, y estaba rota toda relación con Edith y Jane Edgerton. Una vez intentó Summy Skim ir hasta el hospital; fue sepultado entre la nieve, y con grandes penas pudieron sacarle sano y salvo.



No hay que decir que los diversos servicios no funcionaban ya en el Klondike. Las cartas no llegaban, los periódicos no eran distribuidos. Sin las reservas acumuladas en los hoteles, en las casas particulares, en previsión de esas lamentables eventualidades, la población de Dawson City hubiera estado expuesta a morir de hambre. Inútil es decir que los casinos y casas de juego no ganaban nada absolutamente. Nunca se había encontrado la ciudad en una situación tan alarmante. La nieve hacía inaccesible la residencia del gobernador, y, tanto en el territorio canadiense como en el americano, la vida administrativa estaba totalmente detenida. ¿Cómo conducir a su última morada las víctimas que causaba cada día la epidemia? Si se declaraba la peste en Dawson, no quedaría un solo habitante.

El primer día del año 1899 fue espantoso. Durante todo el día y toda la noche anteriores cayó la nieve en tal cantidad que cubrió

casi por completo algunas casas. En la ribera derecha del Klondike algunas no dejaban ya libres más que las cubiertas. Era de creer que la ciudad entera iba a desaparecer bajo las blancas capas de nieve, como había desaparecido Pompeya bajo las cenizas del Vesubio. Si un frío de cuarenta a cincuenta grados hubiera sucedido inmediatamente a esta tormenta, toda la población hubiera perecido bajo esas masas endurecidas.

El 2 de enero se produjo un brusco cambio de temperatura. Por haber cambiado el viento súbitamente de dirección, el termómetro subió rápidamente por encima de los cero grados, y no hubo ya lugar de temer que los montones de nieve se solidificaran. Se fundió en unas horas. Como suele decirse, era preciso verlo para creerlo. Siguió una verdadera inundación, que no dejó de ocasionar grandes perjuicios; las calles se transformaron en torrentes, y las aguas, cargadas de escombros de todas clases, se precipitaron hacia el Yukón y el Klondike, y corrieron con gran estrépito sobre su superficie helada.

Esta inundación fue general en el distrito. El Forty Miles Creek, entre otros, creció desmesuradamente y recubrió los *claims* aguas abajo. Fue un nuevo desastre, comparable al del mes de agosto. Si Ben Raddle había conservado alguna esperanza de volver a entrar en posesión del 129, tuvo que renunciar a ella definitivamente.

En cuanto las calles estuvieron practicables, se apresuraron a reanudar las relaciones interrumpidas. Lorique y Neluto se presentaron en el Northern Hotel. Ben Raddle y Summy Skim se apresuraron a ir al hospital, donde fueron recibidos por las dos jóvenes con una alegría que la clausura que acababan de sufrir había hecho aumentar. En cuanto al doctor Pilcox no había perdido nada de su buen humor.

—¿Y qué? —le preguntó Summy Skim—. ¿Sigue usted tan entusiasmado de su país adoptivo?

—¿Por qué no, señor Skim? —respondió el doctor—. ¡Asombroso, verdaderamente asombroso es este Klondike!... ¡Yo creo que no hay nadie que recuerde haber visto caer tanta cantidad

de nieve!... Será un recuerdo que no se borrará de su viaje, señor Skim.

—¡Le respondo de ello, doctor!

—Seguramente, si los grandes fríos no hubieran sido precedidos de algunos días de deshielo, estaríamos todos momificados. ¡Ah, qué asunto tan diverso para los periódicos del antiguo y del nuevo continente! ¡Es una ocasión que no volverá a encontrar ya, y este cambio de viento del sur es un incidente bien sensible!

—¿Lo cree usted así, doctor?

—Y así es como hay que creerlo. Es filosofía, señor Skim.

—¡Filosofía a cincuenta grados bajo cero! No entiendo yo de eso —protestó Summy Skim, sin convencerse.

La ciudad tomó en seguida su aspecto ordinario y sus costumbres. Los casinos abrieron sus puertas. El público llenó de nuevo las calles, obstruidas a cada paso por los coches mortuorios que conducían al cementerio innumerables víctimas de los fríos.

Sin embargo, en enero se está lejos de haber terminado el invierno en el Klondike. Durante la segunda quincena del mes se sufrió aún un excesivo descenso de temperatura; pero, en fin, aunque con un poco de trabajo, no se paralizó la circulación y terminó el mes mejor que había empezado, pues las nevadas fueron menos frecuentes y no se desencadenaron con tanta violencia. Cuando la atmósfera está en calma, los fríos se soportan fácilmente; pero cuando el viento viene del norte, después de haber atravesado las regiones del polo ártico, sopla un aire que corta la cara y el aliento se hiela; así que es peligroso arriesgarse a estar al aire libre. Summy Skim, sin embargo, pudo casi constantemente cazar en compañía de Neluto, y alguna vez de Jane Edgerton. No había logrado nadie disuadirle de salir al campo, a pesar de los rigores de la temperatura. El tiempo se le hacía muy largo, pues no comprendía ni las emociones del juego ni las distracciones de los casinos. Un día que le instaban mucho para que no saliera, respondió muy serio:

—Bueno, no cazaré, os lo prometo, cuando...

—¿Cuándo? —insistió el doctor Pilcox.

—Cuando haga tal frío que la pólvora no arda.

Cuando Jane Edgerton no acompañaba a Summy Skim, se veía generalmente con Ben Raddle, bien en el hospital, bien en el Northern Hotel. En suma, no pasaba día sin que cambiaran una visita. A esas entrevistas asistía siempre Edith. Su presencia no era necesaria, y, sin embargo, parecía esencial para el ingeniero que por ella únicamente había creído deber desistir de la discreción rigurosa que se había impuesto, y desde entonces solicitaba su opinión sobre el menor detalle de organización de la expedición proyectada. Verdaderamente parecía que tasaba sus consejos a alto precio. Tal vez fuera porque ella los escatimaba y porque aprobaba con los ojos cerrados, como había aprobado al principio del proyecto, todo cuanto decía el ingeniero, aun quitando la razón a su prima y a Lorique, que, aunque no sabía el verdadero fin de esos conciliábulos, era generalmente admitido a participar de ellos. Todo cuanto decía Ben Raddle estaba bien dicho. Todo cuanto hacía estaba bien hecho. Éste apreciaba mucho una opinión tan lisonjera y tan ingenuamente expresada.

El ingeniero preguntaba sin cesar a Lorique sobre el Klondike, y más particularmente sobre las regiones al norte del distrito que el capataz había recorrido muy a menudo. Summy Skim, que los encontraba juntos siempre que volvía de caza con Neluto, se preguntaba con inquietud de qué podrían ocuparse.

—¿Qué traerán entre manos los cuatro? —se repetía—. ¿No ha tenido Ben bastante..., y aun demasiado en este abominable país? ¿Querrá probar fortuna otra vez, y se dejará arrastrar por Lorique? ¡Ah! Pero... yo estoy resuelto, y si el mes de mayo me coge en esta horrible ciudad, será porque el doctor Pilcox me habrá amputado las dos piernas...; ¡y aun así, no estoy seguro de no hacer el camino a rastras!

Summy Skim no sabía nada de las confidencias de Jacques Ledun. Ben Raddle y Jane Edgerton habían guardado bien el silencio que se habían prometido recíprocamente, y Lorique no

estaba mucho más enterado que Summy Skim. Eso no impedía al capataz seguir adulando, como había hecho siempre, los gustos de Ben Raddle, y excitar a éste a perseguir su suerte. ¿Iba a desanimarse al primer fracaso, después de haber hecho tanto por ir al Klondike, sobre todo cuando este fracaso había sido en circunstancias excepcionales, por no decir únicas? Sin duda, estaba desolado por haber sido destruido el 129; pero ¿por qué no tratar de adquirir otro *claim*? Más hacia arriba se descubrirían nuevos yacimientos, que valdrían tanto como el que habían perdido. En una y otra dirección el Bonanza y el Eldorado continuaban dando magníficos resultados... Del lado de los Dómes se extendía una vasta región aurífera apenas trabajada por los mineros... Los placeres pertenecían allí al primero que los ocupase... El capataz se encargaría de reclutar personal... Después de todo, ¿por qué Ben Raddle había de arruinarse donde tantos otros habían logrado éxito? Parecía, por el contrario, que en esos juegos aventurados la ciencia de un ingeniero sería un buen reclamo.

Se comprende fácilmente que el ingeniero escuchara con gusto estas proposiciones. La existencia del Golden Mount la consideraba totalmente cierta. Y soñaba con ese Golden Mount... Un *claim*, más que un *claim*, una montaña, cuyo seno encerraba millones de pepitas...; un volcán que daría él mismo sus tesoros... ¡Ah! Ciertamente, era preciso correr esa aventura. Partiendo al principio de la primavera, llegarían en tres o cuatro semanas a la montaña. En algunos días recogerían más pepitas que en todos los tributarios del Yukón en dos años, y volverían antes del invierno ricos de tesoros fabulosos, con una soberanía ante la cual palidecería la de los reyes.

Ben Raddle y Jane consagraban horas enteras al estudio de los croquis trazados por la mano del francés sobre el mapa general del Klondike. Habían podido comprobar, por su longitud y su latitud, que la cruz debía estar pintada sobre la ribera izquierda del río Rubber, uno de los afluentes del Mackenzie, y que la distancia que separaba

el volcán de oro de Dawson City no pasaba de doscientas ochenta millas, cerca de quinientos kilómetros.

—Con un buen coche y un buen tiro —decía Lorique, preguntado respecto a esto—, quinientos kilómetros pueden franquearse en unos veinte días.

Entretanto Summy Skim no cesaba de repetir:

—¿Pero qué diablos maquinarán los cuatro?

Aunque no estaba al corriente, suponía que tan frecuentes entrevistas tenían por objeto alguna nueva expedición, y estaba resuelto a oponerse a ella por todos los medios.

—¡Andad, hijos míos —murmuraba—, haced vuestro gusto, yo haré el mío!

Marzo llegó, y con él los fríos otra vez. Durante dos días el termómetro descendió a sesenta grados centígrados bajo cero. Summy Skim hizo constar a Ben Raddle que, si el frío continuaba, la graduación del instrumento sería seguramente insuficiente.

El ingeniero, que veía la irritación latente de su primo, se esforzaba en ser conciliador.

—Sí, en verdad, es un frío excesivo; pero como no hace viento, se soporta mejor de lo que yo pensaba.

—Sí, Ben, si... —dijo Summy Skim, conteniéndose—. Es, en efecto, muy sano, y quiero creer que mata los microbios a millares.

—Según las gentes del país, no parece que durará —respondió Ben Raddle—. Se tiene la esperanza de que el período invernal no será muy largo este año, y que los trabajos podrán ser emprendidos de nuevo a principios de mayo.

—¿Los trabajos? Si te permites decir otra vez esa fuerte expresión, me atreveré a decirte que estoy prevenido, Ben —exclamó Summy, levantando la voz—, yo espero que aprovecharemos la precocidad de la primavera para ponernos en camino en cuanto el *scout* vuelva.

—No obstante —hizo observar el ingeniero, que creyó, sin duda, llegada la hora de las confidencias—, sería tal vez conveniente antes de marcharnos hacer una visita al *cktim* 129.

—El 129 se parece ahora a un viejo almacén de navío embutido en el mar. Y como no tenemos escafandras...

—¡Hay perdidos allí millones!...

—Millares de millones, si tú quieres, Ben. Yo no me opongo a ello; pero, de todos modos, perdidos y bien perdidos. No veo la necesidad de volver a Forty Miles Creek para tener tristes recuerdos.

—¡Oh! Ya estoy curado, y bien curado, Summy.

—Tal vez no tanto como tú crees. Me parece que la fiebre... la famosa fiebre... la fiebre del oro...

Ben Raddle miró a su primo atentamente, y como hombre que tiene tomada su resolución, se decidió a descubrirle sus proyectos.

—Tengo que hablarte, Summy; pero te ruego no te enfades desde las primeras palabras.

—Me enfadaré entonces a las últimas. Te advierto que nada podrá retenerme, si haces, aun indirectamente, una alusión cualquiera para la sencilla posibilidad de un retraso.

—Escucha, te digo; tengo que revelarte un secreto.

—¿Un secreto? ¿Referente a quién?

—Referente a ese francés que tú levantaste del suelo y llevaste a Dawson City.

—¿Jacques Ledun te ha confiado un secreto, Ben? —Sí.

—¿Y aún no me has hablado de él?

—No, porque me ha dado la idea de una cosa que merecía reflexión.

Summy Skim botaba.

—¡Un proyecto!... —exclamó—. ¿Qué proyecto?

—No, Summy —replicó Ben Raddle—. ¿Qué secreto? El secreto primero. Después el proyecto. Procedamos por orden, si te parece, y cálmale.

Ben Raddle dio a conocer entonces a su primo la existencia del Golden Mount, del que Jacques Ledun había revelado exactamente la situación en la embocadura del Mackenzie, en los mismos bordes del océano Ártico.

Summy Skim echó una mirada al croquis original, después al mapa, donde la montaña había sido transportada por el ingeniero. La distancia entre ésta y Dawson City se encontraba igualmente trazada, siguiendo una dirección nor-nordeste aproximadamente sobre el meridiano ciento treinta y seis. En fin, le comunicó que esta montaña era un volcán... un volcán, cuyo cráter contenía cantidades enormes de cuarzo aurífero, y que encerraba en sus entrañas millares de pepitas.

—¿Y crees tú en ese volcán de las mil y una noches? —preguntó Summy Skim con tono guasón.

—Sí, Summy —respondió Ben Raddle, que parecía decidido a no admitir ninguna discusión sobre ese punto.

—Bueno —dijo Summy Skim—. ¿Y después?

—¡Cómo después! —replicó Ben Raddle, alterándose—. ¿Se nos ha revelado tal secreto y no nos aprovecharíamos? ¿Dejaríamos a otros sacar partido de ello?

Summy Skim, esforzándose por conservar su sangre fría, se limitó a decir:

—Jácques Ledun también había querido sacar partido de él, y tú sabes cómo le ha resultado. Los millares de pepitas del Golden Mount no le han impedido morir en la cama del hospital.

—Porque había sido atacado por malhechores...

—Mientras que nosotros —replicó vivamente Summy Skim— no lo seremos... De todos modos, para ir a explotar esa montaña sería preciso, creo yo, subir unas cien leguas hacia el norte.

—Unas cien leguas, en efecto, y tal vez más. —Además, nuestra partida para Montreal está fijada para los primeros días de mayo.

—Se retrasará unos meses; eso es todo.

—¡Eso es todo! —repitió Summy Skim irónicamente—. Pero entonces será demasiado tarde para ponerse en camino.

—Si es demasiado tarde, invernaremos por segunda vez en Dawson City.

—¡Nunca! —exclamó Summy Skim, tan excitado, que Ben Raddle creyó deber terminar ahí esta conversación tan interesante.

Pensaba, sin embargo, reanudarla, y así lo hizo, en efecto, a pesar del mal humor de su primo. Apoyó su proyecto con las mejores razones. El viaje se efectuaría sin dificultad después del deshielo. En dos meses llegarían al Golden Mount, se enriquecerían con algunos millones y volverían a Dawson. Sería aún tiempo de ponerse en camino para Montreal, y al menos esta campaña al Klondike no se haría sin ventajas.

Ben Raddle se reservaba un supremo argumento. Si Jacques Ledun le había hecho esta revelación no había sido sin motivos. Su madre, que él amaba tiernamente, era una pobre desgraciada, para la cual se había esforzado en adquirir fortuna, y cuya vejez sería asegurada si se realizaban los deseos de su hijo. ¿Quería Summy Skim que su primo faltase a la promesa hecha a un moribundo?

Había dejado hablar a Ben Raddle sin interrumpirle. Se preguntaba si estaría loco cuando decía cosas tan enormes, o si lo estaría él, que las oía tan impasible. Cuando terminó el relato, soltó las riendas de su indignación.

—No tengo que contestarte más que una cosa —dijo con una voz que la cólera hacía temblar—, y es que llegaría a sentir haber recogido al desgraciado francés, y haber así impedido que su secreto desapareciese con él en la tumba. Si has tomado respecta a eso una obligación insensata, hay otros medios para que la cumplas. Se puede, por ejemplo, pasar una pensión a su madre, y si te parece, yo me encargaré de ello. En cuanto a empezar de nuevo la broma que tan bien nos ha resultado, no. He prometido volver a Montreal, y no me volveré nunca atrás. Ésta es mi última palabra.

En vano Ben Raddle volvió a la carga. Summy Skim continuaba inflexible. Y parecía que hasta guardaba rencor a su primo de una insistencia que consideraba como desleal, y Ben empezaba a inquietarse seriamente del giro que tomaban sus relaciones casi fraternales.

La verdad es que Summy Skim luchaba contra él mismo. No cesaba de pensar en lo que ocurriría si no lograba convencer a Ben Raddle. Si éste persistía en llevar adelante la aventura hasta el fin,

¿se vería obligado a lanzarse solo en esa peligrosa campaña? Summy Skim no se hacía ilusiones; sabía que no se resignaría con las molestias y angustias que tendría que pasar, y pensaba ceder en el último momento, para evitárselas en lo posible. Rabiaba al pensar esto, y disimulaba su debilidad bajo las más rudas apariencias.

Fiado Ben Raddle de esto, desesperaba cada día más de llevar a su primo a compartir sus ideas. Aunque no era sentimental, sin embargo, no dejaba de afligirse por la fisura hecha en su amistad. El tiempo transcurría sin modificar la situación, y un día que estaba solo en el hospital se decidió a poner al corriente a Jane Edgerton de la invencible resistencia de Summy Skim. Ésta se extrañó mucho, pues siempre había contado con la aprobación de Summy Skim respecto al proyecto que la apasionaba. Le parecía lo más natural que esta opinión fuese conforme a la suya, y, después de todo, se hubiera visto confusa para precisar las razones de tal optimismo. Pero como estaba ilusionada, su extrañeza se convirtió en seguida en irritación, como si el pobre Summy se hubiera hecho culpable, con respecto a ella, de una injuria personal. Con su acostumbrada decisión, fue a buscarle al hotel, resuelta a dirigirle los reproches que merecía su incalificable conducta.

—Parece que se opone a nuestra excursión al Golden Mount —le dijo, sin más preámbulo, con un tono algo agrio.

—¿Nuestra?... —repitió, sorprendido, Summy.

—Yo me pregunto qué interés podrá tener —continuó Jane— para impedir el viaje que hemos proyectado Ben y yo.

Summy se puso en un segundo de todos los colores del arco iris.

—Entonces —balbució—, ¿va a hacer también ese viaje, señorita Jane?

—No se haga de nuevas —replicó ella con severidad—. Mejor sería que fuese buen compañero y formase parte del botín. El Golden Mount podrá sin trabajo enriquecer a los tres.

Summy Skim se puso rojo como una amapola. De un solo aliento aspiró una cantidad tal de aire, que se podía preguntar si iba a quedar para los demás.

—¡Yo —dijo descaradamente— no deseo otra cosa! Esta vez correspondió a Jane el extrañarse.

—¡Bah!... —dijo—. ¿Qué me contaba, pues, el señor Ben Raddle?

—No sé lo que Ben habrá dicho —afirmó Summy con la audacia de un embustero empedernido—. Yo le he hecho algunas objeciones de detalle, es verdad; pero mis objeciones eran sobre la organización de la expedición. Su objeto está fuera de discusión.

—¡Muy bien! —dijo Jane.

—¡Vamos, señorita Jane! ¿Cómo iba yo a renunciar a semejante viaje? Aunque, a decir verdad, no es el oro el que me atrae, es...

Summy Skim se halló muy apurado para decir lo que le interesaba. En realidad, ni él lo sabía.

—¿Es?... —insistió Jane.

—Es la caza. Y hasta el viaje mismo, la aventura, el descubrimiento...

Summy se volvía lírico.

—Cada uno lleva su fin —concluyó Jane, que partió para contar a Ben Raddle el resultado de su diligencia. Éste se presentó en el hotel de un salto.

—¿Es verdad, Summy —preguntó abordando a su primo—, que te decides a ser de los nuestros?

—¿Te he dicho alguna vez lo contrario? —replicó Summy con tan prodigiosa serenidad, que Ben Raddle, aturdido, se preguntó después si había soñado las largas discusiones de los días precedentes.

CAPÍTULO IV

CIRCLE CITY

Se sabe que las riquezas del norte del Dominion y de Alaska no se limitan solamente a las del Klondike. Eso es muy conveniente para los que gozan con emociones fuertes, pues si los *claims* del Klondike no se verán agotados en mucho tiempo, sus precios se elevarán de día en día, y sólo podrán soportarlo las sociedades poderosas, pues para las demás serán muy pronto imposibles de adquirir. Por eso los *prospecteurs* se ven obligados a extender sus rebuscas hasta en las comarcas del norte, descendiendo el curso del Mackenzie y del Porcupine.

Es de notar que rumores de todas clases atraían desde esta época la atención de los mineros sobre esas lejanas comarcas, más desconocidas que Australia, California y el Transvaal cuando las primeras explotaciones. Llegaban las noticias traídas no se sabe por quién ni por dónde. Circulaban sobre todo entre esas tribus de indios que recorren las vastas soledades del norte sobre los confines del océano Ártico. Incapaces de explotar ellos mismos los yacimientos, se esfuerzan esos indígenas por atraer los emigrantes hacia las regiones septentrionales, en hacerles creer que los *creeks* auríferos se multiplican en la parte del norte de América que se desenvuelve más allá del círculo polar. Los indios llevaban algunas

veces muestras de pepitas recogidas en los alrededores de Dawson City, y que ellos pretendían hacer ver que habían sido encontradas hacia el paralelo sesenta y cuatro. Los mineros estaban dispuestos a todo, pues les obcecaba la idea de que fuesen auténticos esos hallazgos.

Ben Raddle no ignoraba que la existencia de un volcán aurífero se había acreditado en el Klondike bajo una forma legendaria. Quizás esos vagos rumores habrían impulsado al francés Jacques Ledun a aventurarse en el extremo norte. Nada indicaba actualmente que se pensase emprender esa aventura. Pero la leyenda del volcán de oro no dejaba de tener partidarios, y puesto que algunos mineros se disponían a buscar fortuna en las regiones septentrionales del Dominion, podría convertirse el estado de hipótesis en realidad.

Hacia el este y el oeste la prospección era muy activa. Ya la región de los Dómes empezaba a estar demasiado poblada, y en la dirección opuesta una multitud de azadas abrían el terreno de los alrededores de Circle City.

En esta región habían empezado los dos tejanos Hunter y Malone la campaña que debía ser interrumpida tan trágicamente. La explotación emprendida sobre la margen del Birch Creek no había dado más que medianos resultados, y habían ido al *claim* 131 hasta el momento de la catástrofe del 5 de agosto.

Ni Hunter ni Malone ni ninguno de sus hombres fueron personalmente víctimas del desastre. Si al principio se creyó que habían perecido, fue porque partieron inmediatamente para Circle City con su personal, después de comprender que la desgracia era irreparable.

En tales circunstancias, Hunter no pensó ya en el encuentro proyectado con Summy Skim, y éste, por su parte, tampoco lo pensó. El asunto se encontraba arreglado *ipso facto*.

Cuando los tejanos volvieron a los yacimientos del Circle City, la primavera no había comenzado aún. Volvieron a empezar la explotación interrumpida; pero, por lo visto, no habían tenido la

suerte de adquirir un nuevo *claim*. Los gastos eran tantos como los ingresos, y si Hunter no hubiera poseído algún recurso, sus compañeros y él mismo se hubieran visto sin duda muy apurados durante el próximo invierno.

Una circunstancia particular iba a dejarles libres de toda inquietud respecto a eso.

Esos hombres violentos no podían sembrar a su alrededor más que discordia y querrela. Con sus insolentes pretensiones de imponer su voluntad a todos, de no respetar los derechos de nadie, de creerse en todas partes como en país conquistado, no cesaban de atraerse enemigos. Se ha visto qué giro tornaban las cosas sobre el *claim* de Forty Miles Creek. A falta de extraños, sus compatriotas tuvieron que sufrir su mala fe y su violencia.

Por fin intervino el gobernador de Alaska. La policía, y después la justicia, se mezclaron en el asunto. Después de una colisión con los representantes de la autoridad, la banda de Hunter toda entera fue detenida, condenada a diez meses de prisión y convenientemente encerrada en la prisión de Circle City.

La cuestión de alojamiento y alimentación durante el invierno la encontraron arreglada los tejanos y sus compañeros. En cambio, Hunter y Malone tuvieron que renunciar a los placeres de las grandes poblaciones, y se notó su ausencia durante la temporada en los casinos de Skagway, Dawson y Vancouver.

Su encarcelación daba tiempo a Hunter y a Malone de pensar en el porvenir. Cumplirían su condena al empezar la primavera. ¿Qué harían entonces de su personal, y qué sería de ellos mismos en ese momento? La explotación del *claim* del Forty Miles Creek era ya imposible; la del yacimiento de Circle City no daba más que resultados insuficientes; sus recursos se agotarían rápidamente si no encontraban algún buen negocio. Su personal lo habían reclutado en diversas comarcas, y estaba compuesto de la peor gente, pero muy del agrado de los dos aventureros. La orden que ellos daban, fuera la que fuese, era exactamente cumplida. Ahora les hacía falta poder darles alguna, es decir, tener un plan, llevar un

fin. ¡Ese fin lograrían descubrirlo! ¿Se les presentaría oportunidad de salir del atolladero en que se encontraban?

Esta ocasión se presentó, en las siguientes circunstancias:

Entre el número de detenidos con que compartían su vida había encontrado Hunter un indio llamado Krarak, al que parecía distinguir mucho Hunter. Ésas son simpatías muy naturales. Los miserables se aprecian entre sí, y los dos hombres habían nacido para comprenderse; así que muy pronto se estableció entre ellos cierta amistad.

Krarak tenía unos cuarenta años. Era rechoncho, vigoroso, de mirada cruel, la fisonomía salvaje, y sus ideas no podían agradar más que a Hunter y a Malone.

Era de origen alaskiense, y conocía bien el país, que había recorrido desde su juventud. Seguramente hubiera sido un excelente guía, y habrían podido fiarse en su inteligencia si su aspecto no inspirara la más grande desconfianza, muy justificada por cierto. Los mineros que habían entrado a su servicio siempre tenían quejas de él, y fue precisamente a continuación de un robo de importancia en las explotaciones de Brich Creek cuando había sido llevado a la prisión de Circle City.

Durante los primeros meses, Hunter y Krarak guardáronse mutua reserva; pero como se observaban, Hunter comprendía que Krarak quería hacerle una confidencia, y esperó a que se decidiese.

No se equivocaba. Un día, en efecto, con el fin de entrar en materia, el indio le habló de sus peregrinaciones a través de la parte desconocida del norte de América, cuando servía de guía a los agentes de la bahía de Hudson, en la región regada por el Porcupine, y situada entre el Fort Yukon, Fort Mac Pherson y el mar Ártico.

Krarak se limitó al principio a generalizar, y no dijo más que lo que era preciso decir para excitar la codicia de Hunter; pero poco a poco se mostró más expansivo.

—En el norte y en los alrededores del océano —afirmó éste un día— se encuentra el oro en abundancia. Dentro de muy poco se

contarán los mineros por millares en el litoral.

—No hay más que hacer una cosa —respondió Hunter—. Adelantarse a ellos.

—Sin duda —replicó Krarak—; pero es preciso conocer la situación de los yacimientos.

—¿La conoces tú?

—Conozco varios. Pero el país es difícil... Se puede estar extraviado durante meses enteros y hasta pasar cerca de los *dairns* sin verlos... Uno sobre todo; y ¡qué *ciaim*!... ¡Ah! ¡Si yo estuviera libre!...

Hunter le miró fijamente.



—¿Qué harías tú si estuvieras libre? —le preguntó.

—Iría donde iba cuando he sido detenido —respondió Krarak.

—¿Dónde, pues?

—¡Donde el oro se acarrea! —declaró el indio con énfasis.

Hunter quiso hacer más preguntas a Krarak; pero no sacó nada en claro. Había dicho ya bastante para excitar la avaricia de su interlocutor.

Convencidos Hunter y Malone de que Krarak conocía yacimientos en las proximidades del mar polar, tuvieron los dos el pensamiento de hacerle confesar todo cuanto supiera, en vista de la próxima campaña. Desde entonces tuvieron los tejanos interminables confidencias, de las que no sacaron ningún provecho. Si el indio continuó afirmando que existían filones, guardó un silencio absoluto sobre su situación exacta.

Con las últimas semanas de abril llegó el fin de un invierno que había sido tan crudo en Circle City como en Dawson. Los prisioneros habían sufrido mucho. Hunter y sus compañeros esperaban impacientes ser puestos en libertad, resueltos a emprender una expedición hacia las altas regiones del continente americano.

Por eso, el concurso de Krarak les era indispensable y éste no parecía estar dispuesto a rechazarlo. Las autoridades de Alaska se oponían desgraciadamente a que formase parte de esta banda. Si Hunter y sus compañeros debían, en efecto, estar próximos a verse en libertad; en cambio, no ocurría así con el indio, pues por fechorías anteriores fue condenado a varios años de prisión en Circle City.

Quedaba el recurso de una evasión. La fuga no era posible más que abriendo un hueco por uno de los muros del patio, que limitaba a la vez, por un lado, la prisión y la ciudad. Por el interior no podía practicarse esta abertura sin atraer la atención de los vigilantes; pero por fuera, tomando por la noche las precauciones necesarias, se efectuaría el trabajo sin grandes dificultades.

El concurso de Hunter le era necesario esta vez. Entre los dos pendencieros se convino la fuga. En cuanto Hunter estuviera libre vendría a la ayuda de Krarak, que, libre también, se pondría al

servicio del tejano y le conduciría a los yacimientos conocidos de él en el norte del Klondike.

El 13 de mayo fue puesto en libertad Hunter con su banda. El indio no había tenido ya nada que convenir. Como no estaba encerrado en una celda, le sería fácil, en el momento convenido, dejar el dormitorio común y deslizarse a través del patio sin ser visto.

Fue lo que hizo desde la noche siguiente. Acostado al pie del muro, esperaba hasta el alba.

Tuvo tiempo de ejercitar su paciencia. Ningún ruido llegaba a su oído desde la noche hasta el amanecer. Hunter y Malone no habían podido aún empezar su obra. Temiendo que la policía hubiera sospechado no viéndoles marchar inmediatamente de Circle City, había ya desesperado casi de que pudieran ir a libertarle; pero aún esperó veinticuatro horas. Las herramientas no les faltaban; las habían dejado escondidas, y allí las encontraron al salir de la prisión.

Ya empezaba a notarse en Circle City gran animación. Los *prospecteurs* de los yacimientos alaskienses de la parte baja del Yukón, atraídos por la precocidad de la primavera, empezaban a afluir. Esta circunstancia favorecía a la banda de los tejanos, que se perdía así más fácilmente entre la multitud.

A la noche siguiente volvió a Krarak, a las diez, a ocupar su puesto al pie del muro. La noche era oscura, y un viento bastante fuerte soplaba del norte.

A eso de las once aplicó el indio el oído al ras del suelo, creyendo oír ruido como si trabajaran para salvarle.

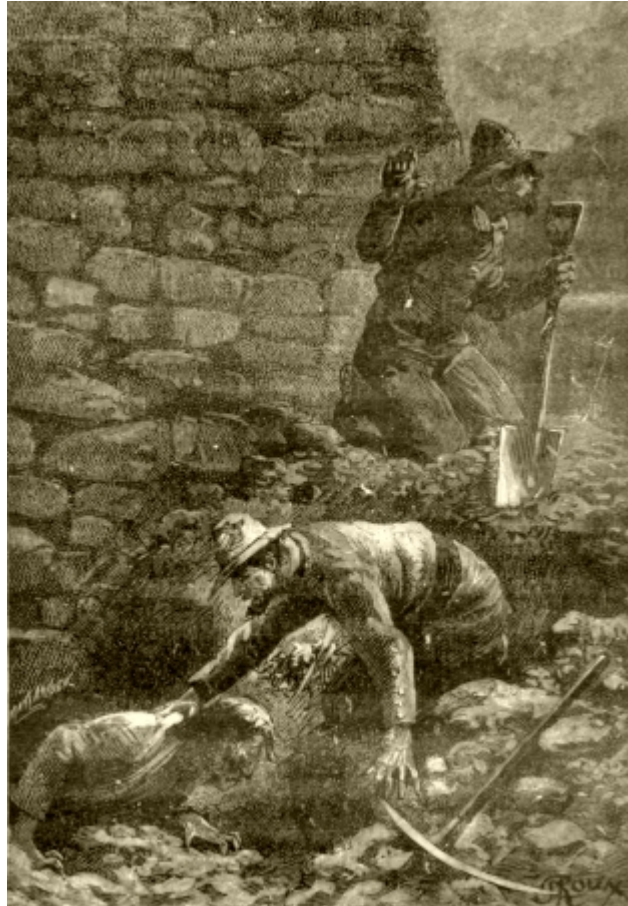
No se engañaba. Hunter y Malone habían empezado su obra. Con la piqueta formaron una galería bajo el pie de la muralla, a fin de no tener necesidad de quitar las piedras.

En cuanto Krarak reconoció el sitio por el cual trabajaban, excavó el suelo con las uñas.

No tuvo por qué alarmarse. Los vigilantes no bajaron al patio. El viento, demasiado fresco, les retenía en el interior, donde la

ausencia de Krarak había pasado desapercibida.

Al fin, un poco después de medianoche el hueco era bastante ancho para poder pasar un hombre de regular corpulencia.



—Ven —dijo una voz, que era la de Hunter.

—¿No hay nadie ahí fuera? —preguntó Krarak.

—Nadie.

Unos instantes después el indio estaba en libertad.

Más allá del Yukón, del que Circle City ocupa la orilla izquierda, vio una vasta llanura, sembrada aún de las últimas nieves de invierno. El deshielo había empezado, y el río acarreaba grandes témpanos de hielo. No hubiera sido posible hacer marchar una barca, aunque Hunter la hubiese podido adquirir sin llamar la atención de la policía.

El indio no era hombre que se detenía por tal obstáculo. Sabía saltar de un témpano de hielo a otro para ganar la orilla derecha. Una vez allí, todo el campo se abría ante él, y estaría muy lejos cuando se descubriese su fuga.

Era, sin embargo, conveniente que el fugitivo estuviera fuera de alcance antes del amanecer, y no había una hora que perder.

Hunter le dijo:

—¿Está todo convenido?

—Convenido —respondió Krarak.

—¿Dónde nos reuniremos?

—Donde hemos dicho: a diez millas de Fort Yukon, sobre la ribera izquierda del Porcupine.

Así había sido convenido, en efecto, entre ellos. Pasados dos o tres días, Hunter y sus compañeros dejaron Circle City y se dirigieron hacia Fort Yukon, situado hacia abajo, en el noroeste. Desde allí subieron el curso del Porcupine, hacia el nordeste. En cuanto al indio, después de haber franqueado el gran río, se dirigía al norte en línea recta por su tributario.

En el momento de separarse repitió Hunter:

—¿Está todo convenido?

—Todo.

—¿Y nos conducirás?... —dijo Malone.

—Derecho a los placeres.

Hunter conservaba, sin embargo, cierta desconfianza.

—Parte pues —le dijo—, y si nos has engañado, no creas que te escaparás; habrá entonces treinta hombres que se lanzarán en tu persecución y te encontrarán en seguida.

—Yo no os he engañado —respondió Krarak. Extendiendo un brazo hacia el norte, añadió:

—¡Una fortuna, una fortuna inmensa nos espera a todos allá!

El indio se aproximó a la orilla.

—El sitio donde os conduciré —afirmó con una especie de solemnidad— no es un placer, es una bolsa de oro, mejor dicho, una montaña. No tendréis que hacer más que molestaros en llenar

vuestras carretas. Si sois ciento, como si sois mil, podréis dejarme mi parte sin disminuir la vuestra.

De un salto se lanzó sobre un témpano de hielo, que fue en seguida arrastrado por la corriente. En un momento le vieron Hunter y Malone saltar de un témpano de hielo a otro, alejándose siempre hacia la orilla derecha del río. En unos instantes se perdió en la oscuridad.

Los tejanos volvieron a su albergue, y desde el día siguiente empezaron sus preparativos para esta nueva campaña.

No hay que decir que la evasión del indio fue conocida al amanecer del día siguiente. Pero las pesquisas de la policía no dieron ningún resultado, y la complicidad de Hunter quedó ignorada.

Tres días después, éste y sus compañeros, treinta hombres en total, se embarcaban, con un material muy reducido, en una chalana, que iba a descender el río hasta Fort Yukon.

El 22 de mayo, después de haber cargado provisiones sobre un trineo, arrastrado por un vigoroso tiro de perros, volvió a subir la caravana hacia el nordeste, a lo largo de la ribera izquierda del Porcupine. Si el indio era puntual a la cita, se verían aquella misma tarde.

—¡Con tal que esté allí! —dijo Malone.

—Estará —respondió Hunter—. Si ha mentado, tanto peor para él; su interés está en que haya dicho la verdad.

El indio estaba, en efecto, en el sitio convenido, y bajo su dirección la banda continuó a lo largo de la ribera izquierda del Porcupine, en dirección de las soledades heladas del extremo norte.

CAPÍTULO V

UNA LECCIÓN DE BOXEO

Estaba escrito en el libro del destino de Summy Skim que después de haber acompañado a Ben Raddle al Klondike, le acompañaría hasta las regiones más elevadas de América del Norte. Se había resistido en vano y presentado todos los argumentos en contra del nuevo proyecto. Y, finalmente, habían sido suficientes algunas palabras de Jane Edgerton para vencer en diez minutos su inflexible resolución.

Pero verdaderamente la derrota de Summy Skim había sido voluntaria en parte. ¿Habría tenido el valor de emprender sin Ben Raddle el camino de Montreal, o la paciencia de esperarle en el confortable Dawson?

De ninguna manera; Summy Skim acompañaría a su primo a la conquista del Golden Mount.

—Cediendo la primera vez —repetía—, se está expuesto a ceder siempre. No puedo culpar a nadie más que a mí... ¡Ah, Green Valley, Green Valley, qué lejos estás!

Ciertamente, el recuerdo de Green Valley le hacía languidecer; pero no estaba muy apenado; se sentía alegre y ligero como un niño por algo que no podía definir, y la perspectiva de un viaje bastante

emocionante no le inquietaba. Sin duda la caza era la que daba al buen Summy el placer de las aventuras.

Gracias a lo adelantada que venía la estación, el *scout* estuvo de vuelta en Dawson City en los primeros días de mayo. El paso del Chilkoot, la navegación a través de los lagos y sobre el Lewis River había podido efectuarse más pronto que de costumbre y en favorables condiciones. Como había sido convenido ocho meses antes, Bill Stell venía a ponerse a la disposición de los dos primos para llevarlos a Skagway, donde el vapor les conduciría a Vancouver.

No se mostró Bill Stell muy sorprendido cuando supo los proyectos de Ben Raddle. Sabía que al poner el pie en el suelo del Klondike se corría el riesgo de echar raíces en él; y si el ingeniero no pensaba así, al menos no parecía estar próximo a preparar el viaje para Montreal.

—¿Conque no hay nada de lo tratado?... —dijo el *scout* a Summy Skim.

—Nada, mi buen Bill.

Ésta fue toda la respuesta de Summy.

Éste, sin embargo, estuvo menos conciso cuando supo que Bill Stell aceptaba hacer la nueva campaña. Con entusiasmo le expresó el placer que la noticia le causaba.

Era, en efecto, una buena idea. Ben Raddle había pensado con razón que no podía encontrar concurso más seguro que el del *scout*, y para decidirle a aceptar le habían hecho conocer el fin de la expedición. El secreto del francés Jacques Ledun que con tanto cuidado había guardado, y del que sólo eran conocedores hasta entonces Summy Skim y las dos primas Edgerton, no había titubeado en confiárselo a Bill Stell, en quien tenía la más absoluta confianza.

Al principio se resistió a creer la existencia del Golden Mount. Había oído hablar de esa leyenda, y no admitía que se la pudiera conceder el menor crédito; pero cuando Ben Raddle le contó la historia de Jacques Ledun, cuando le enseñó el mapa donde

figuraba el volcán de oro, el *scout* se mostró menos escéptico, y poco a poco la convicción que animaba al ingeniero se la comunicó por completo.

—En fin, Stell —concluyó Ben Raddle—, que hay allí riquezas incalculables no hay que dudarlo. Si he logrado persuadirle, ¿por qué no viene usted con nosotros?

—¿Me ofrece acompañarle al Golden Mount? —insistió Bill Stell.

—Mejor que acompañarnos, guiamos hasta allí. ¿No tiene usted recorrido esos territorios del norte? Si la expedición no tiene buen resultado, yo pagaré con largueza sus servicios; y si tiene buen éxito, ¿por qué no se aprovecha de esas riquezas?



El *scout*, aunque era muy filósofo, se sentía indeciso. Jamás se le había presentado una ocasión semejante.

Lo que le asustaba era lo largo del viaje. El mejor itinerario seguía una línea quebrada pasando por Fort MacPherson, que él había visitado varias veces, y la distancia que tenían que franquear excedía de seiscientos kilómetros.

—Es, poco más o menos, la que hay desde Skagway a Dawson —dijo el ingeniero—, y nunca le ha espantado esa distancia.

—Sin duda, señor Raddle; y añadiré que el país es menos difícil entre Dawson City y Fort Mac Pherson. Pero más allá, para llegar a las bocas del Mackenzie, es ya otra cosa.

—¿Por qué admitir lo peor? —replicó Ben Raddle—. Seiscientos kilómetros pueden hacerse en un mes.

Era posible, en efecto, con tal de que no sobreviniese ninguna enojosa eventualidad, tan frecuentes en tan altas latitudes.

Bill Stell titubeaba.

No pudo dudar mucho tiempo. A las instancias de Ben Raddle se unieron las de Neluto, gozoso de volver a ver a su amo; de Summy Skim, que habló en el mismo sentido con una elocuencia atrayente; de Jane Edgerton, que se hizo persuasiva hasta lo increíble. Todos tenían razón; desde el momento en que el viaje estaba resuelto, el concurso del *scout* les era preciso y aumentaba las probabilidades del éxito.

Aunque Neluto ignoraba el verdadero fin de la expedición, estaba muy satisfecho. ¡Qué buena caza debían ofrecer esos territorios, apenas visitados hasta entonces!

—Falta saber —dijo Summy Skim— qué clase de cazadores requiere esa caza.

—Toma... la nuestra —respondió Neluto, un tanto extrañado.

—¡A menos que no seamos nosotros los cazados! —replicó Summy, probando así a Neluto que había hecho mal en ser excepcionalmente afirmativo.

En efecto; las regiones septentrionales son recorridas durante la primavera por bandadas de indios, de los que no hay nada bueno que esperar, y contra los cuales los agentes de la Compañía de la Bahía de Hudson han tenido que defenderse muy frecuentemente.

Los preparativos estuvieron listos rápidamente. Resuelto el *scout* a partir con sus hombres para el norte como para el sur, se procuró sin trabajo todo el material necesario: carretones, bote portátil, tiendas de campaña, tiros de mulas, cuya alimentación estaba asegurada en esas praderas verdes, y, por consiguiente, preferible a los tiros de los perros. En cuanto a los víveres, a más de lo que produciría la caza o la pesca, fue fácil asegurarlos para algunos meses, pues Dawson City acababa de ser abastecida por las sociedades que comunican los yacimientos del Klondike, desde el restablecimiento de las comunicaciones con Skagway y Vancouver. Las municiones no les faltaban tampoco, y si era preciso recurrir a las carabinas, éstas les serían útiles.

La caravana, bajo la dirección del *scout*, estaba compuesta de los dos primos, Jane Edgerton, Neluto con su calesa y su caballo, Patrick Richardson, nueve canadienses que habían trabajado en el 129 y seis al servicio de Bill Stell; total veintiuna personas. Ese reducido número de *prospecteurs* era suficiente para la explotación del Golden Mount, puesto que, según Jacques Ledun, no había que hacer más que recoger las pepitas amontonadas en el cráter del volcán.

Los preparativos fueron hechos con tanta diligencia, que el 6 de mayo fue la fecha fijada para emprender esta campaña, de la que sólo eran conocedores de su fin Ben Raddle, Summy Skim, Jane Edgerton y el *scout*.

No es de extrañar que antes de partir quisiera Ben Raddle informarse, por última vez, de la situación de los *claims* de Forty Miles Creek. Por orden suya, el capataz y Neluto volvieron a la comarca donde se encontraba poco antes la herencia del tío Josias.

La situación era la misma. El 129, como el 131 y otros muchos *claims* de ese sitio y de otros de la frontera, estaban sumergidos por completo. El río, aumentado de anchura por el terremoto, seguía su curso regular. Desviarle y encauzarle nuevamente en su antiguo lecho hubiera sido una tarea imposible quizá, y tan considerable y costosa que nadie pensaba en ello. Lorique volvió, pues, con la

certidumbre de que debía ser abandonada toda esperanza de poder explotar alguna vez esos yacimientos.

Los preparativos estuvieron terminados el 5 de mayo. Por la tarde, Summy Skim y Ben Raddle fueron al hospital a despedirse de Edith y del doctor.

Encontraron primero a las dos primas, que habían pasado juntas este último día. Edith tenía, como siempre, el aire tranquilo. ¿Qué pensaba de este viaje? Al fin pudo decirlo.

—No tengo formada opinión —respondió a una pregunta que le hizo Ben Raddle—. Cada uno lleva su vida a su manera. Lo esencial es hacer bien lo que se hace.

La conversación se prolongó durante más de dos horas. Cosa extraña; Summy Skim y Jane Edgerton eran casi los únicos en hablar. A medida que la hora avanzaba, Ben Raddle y Edith guardaban un silencio pertinaz, como si una idea fija hubiera abatido su espíritu.

Summy Skim fue quien terminó alegremente la entrevista cuando llegó el momento de separarse.

—Está resuelto: ¡no haya, pues, disgusto! —concluyó con voz estrepitosa—. ¡Estemos alegres, que antes del invierno estaremos de vuelta, cargados de fardos de pepitas!

—¡Dios te oiga! —murmuró Ben Raddle con una especie de desfallecimiento, mientras tendió la mano a Edith, y ésta la estrechó silenciosamente.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, y mientras iban a visitar al doctor Pilcox, Summy le preguntó con vivacidad.

—¿Qué te ocurre? Parece que tienes el diablo en el cuerpo, y también la señorita Edith parece participar de tu disgusto. ¿Cómo está tu ánimo? ¿Es que el viaje ha cesado de agradarte?

Ben Raddle, con un esfuerzo, pareció ahuyentar los pensamientos inoportunos.

—¡Tú bromeas! —le respondió.

El doctor Pilcox les dijo:

—¡Van ustedes a hacer un viaje soberbio, pues aquel país debe ser aún más hermoso que el del Klondike! Y si hubiesen tomado el camino del sur, hubiera sido para volver a Montreal, y nosotros no les hubiéramos vuelto a ver. Así, cuando vuelvan ustedes de allá, vendrán a Dawson y volveremos a verles.

Ben Raddle consagró el final del día a tener el último conciliábulo con Lorique. De lo que trataron los dos interlocutores, Summy no supo nada, por fortuna, pues se hubiera disgustado al saber el verdadero estado de ánimo de su primo.

Durante las largas conferencias que sostenía desde hacía tantos meses con el capataz, había sido completamente dominado por esa fiebre del oro que Summy tanto temía. Como Lorique había pasado su vida de minero y ejerciendo la prospección, fue imbuyendo poco a poco esas ideas a Ben Raddle. El sirviente, por intoxicación, por contagio lento, había logrado subyugar a su amo, y éste llegó a tener, como fin exclusivo de su vida, la busca de filones o de arenas auríferas. En su fuero interno, la vuelta a Montreal estaba retardada para una fecha indeterminada. Todo su interés estaba únicamente concentrado en el Klondike, manantial inagotable de emociones, con las que él había soñado.

Ben Raddle decidió que Lorique no formase parte de la expedición que iba a internarse en el norte. Se quedaría en Dawson, y tendría como misión ponerle al corriente de todos los acontecimientos interesantes de la industria minera. Si veía alguna buena operación que efectuar, podría de este modo hacerla él mismo.

Convenido todo, la caravana salió de Dawson al día siguiente, a las cinco de la mañana, por el barrio alto de la ribera derecha del Klondike, y se dirigió hacia el nordeste.

El tiempo estaba a pedir de boca: cielo puro, brisa agradable, temperatura de cinco a seis grados sobre cero. La nieve se había derretido en gran parte, y raras placas de una blancura deslumbradora subsistían en el suelo, que ya empezaba a criar hierba.

Inútil es decir que el itinerario fue cuidadosamente trazado, pues el *scout* había hecho ya el viaje de Dawson City a Fort Mac Pherson, y podían fiarse él, pues recordaba perfectamente el camino.

La comarca que tenían que recorrer era bastante llana, y dividida solamente al principio por algunos ríos, afluentes o subafluentes del Yukón y del Klondike River; después, más allá del círculo polar ártico, afluentes o subafluentes del Peel River, que costea la base de las Montañas Rocosas antes de desembocar en el Mackenzie.

Durante este primer período del viaje entre Dawson y Fort Mac Pherson, el camino no ofrecía grandes dificultades. Después del derretimiento de las últimas nieves, los ríos descenderían en su más bajo estiaje; se atravesarían fácilmente, y siempre con agua suficiente para las necesidades de la pequeña cuadrilla. Cuando ganaran la Peel River, se decidiría en qué condiciones se efectuaría la última parte del itinerario.

Por un fenómeno muy humano de autosugestión, todos, a excepción quizá de Summy Skim y de Patrick Richardson, partían llenos de esperanza en el éxito de la expedición. Summy Skim se proponía no dar su opinión ni pensar un solo instante en el fin del viaje. Después de una larga y estéril hostilidad, se ponía en camino gozoso, sin saber por qué, y rebosando un irresistible buen humor.

En cuanto a Patrick, tampoco daba su opinión, admitiendo que hubiera sido capaz de tenerla. La víspera de la marcha, Jane le había dicho:

—Patrick, partimos mañana.

—Bueno, señor Jean —había respondido el fiel gigante, que nunca había notado, al parecer, el cambio de sexo de su joven amo.

Los otros, los de la confianza de Ben Raddle, Jane Edgerton y el mismo Bill Stell, admitían la existencia del Golden Mount y de sus tesoros como un artículo de fe. El resto de la cuadrilla seguía confiadamente, sabiendo solamente que se hacía un viaje de prospección en el norte, y todos, exaltados por un optimismo sin causa, hacían cálculos sobre los resultados del porvenir. La

personalidad de Ben Raddle producía entusiasmo. Se contaba que el *scout* le había dado un talismán, y que se iba a golpe seguro hacia fabulosas riquezas que el ingeniero sabía hacer salir de la tierra de un solo golpe.

Con estas ilusiones dejaron Dawson City. Al salir de la ciudad, la calesa, conducida por Neluto, y en la que se habían colocado los dos primos y Jane Edgerton, marchó al principio con gran rapidez; pero en seguida aflojó, y continuó despacio, pues los tiros no podían seguir, por lo muy cargados que iban. Sin embargo, fue fácil alargar esas primeras etapas sin fatigas de los hombres ni de los animales: la vasta llanura no presentaba ningún obstáculo. Con frecuencia, para que las mulas descansaran algo, andaban los hombres un buen trecho de camino. Ben Raddle y el *scout* charlaban entonces del objeto que ocupaba su atención. Summy Skim y Neluto tiraban a derecha e izquierda, y como abundaba por allí la caza, no desperdiciaban la pólvora. Después, antes de anochecer, que era ya bastante tarde en esta época del año y bajo esta latitud, el campamento se organizaba hasta el día siguiente.

El 16 de mayo, diez días después de salir de Dawson City, franqueó la caravana el círculo polar, un poco más allá del paralelo 66. No habían tenido ningún incidente en esta primera parte del trayecto. Ni aun habían tenido el encuentro con esas bandas de indios que los agentes de la Compañía de la Bahía de Hudson perseguían e incluso obligaban a ir hacia el oeste.

El tiempo era hermoso, la salud buena. El personal vigoroso, ágil para las fatigas, no parecía sufrir las incomodidades de un viaje. Los tiros encontraban fácilmente dónde alimentarse en medio de las verdes praderas. Los campamentos nocturnos se podían instalar siempre a orillas de un río de aguas cristalinas, en los lindes de los bosques de abedules, de álamos temblones y de pinos que se suceden en la dirección del nordeste.

El aspecto de la región se modificaba lentamente. En el horizonte se perfilaba la arista de las Montañas Rocosas. En esta parte del norte de América se notaron las primeras excavaciones de

terreno, que se prolongaron en seguida y alcanzaron casi toda la extensión del nuevo continente.

Algunos kilómetros después de franquear el círculo polar la caravana vadeó cerca de su origen un río que se dirigía hacia el noroeste, yendo a desembocar en el Porcupine.

Tanto a causa de la red de *creeks* como de las desigualdades del terreno, el camino, al norte de este río, se hizo con bastante dificultad, y sin el extremo cuidado de Neluto, los ejes de las ruedas de la calesa se hubieran roto varias veces.

Ninguno se extrañaba de esas dificultades. No esperaban encontrar en esas regiones perdidas buenas carreteras bordeadas de mecheros de gas y cuidadosamente reparadas; así que no tuvieron por qué extrañarse. Únicamente Bill Stell, que había seguido hacía tiempo aquel mismo camino, manifestaba alguna sorpresa.

—El camino —dijo un día que la caravana estaba metida en un estrecho desfiladero— no me pareció tan malo cuando lo recorrí hace veinte años.

—Pues no habrá cambiado desde entonces —replicó Summy Skim.

—Eso depende quizá del rigor del último invierno —observó el ingeniero.

—Eso creo yo, señor Raddle —respondió el *scout*—. Han sido tan excesivos los fríos, que los hielos han hondeado profundamente la tierra. Así que no está demás tomar precauciones contra las avalanchas.

Se produjo ésta, en efecto, dos o tres veces. Enormes pedazos de cuarzo y de granito, desequilibrados por las excavaciones de las aguas del río, rodaron, rebotando sobre el declive y rompiendo los árboles situados en el pasaje. Estuvo a punto de ser destruida una de las carretas y su tiro por esas pesadas masas.

Durante dos días fueron muy penosas las etapas, y tenían que sufrir retrasos, contra los que Ben Raddle echaba pestes, y Summy Skim acogía con la calma de un filósofo.

No era el oro lo que le atraía. Puesto que había renunciado a volver a mejores países, prefería pasar el tiempo viajando, sin ocuparse de otra cosa. Y, después de todo, tenía que convenir con él mismo en que se encontraba perfectamente dichoso.

—Es sorprendente este Ben —decía alguna vez Summy a Jane Edgerton—. Es incorregible.

—Nada de eso —reponía Jane—. Sólo tiene prisa.

—¿Prisa? —replicaba Summy—. ¿Prisa de qué? Estropea siempre el presente con su inquietud por el porvenir. Yo acepto las cosas como vienen.

—Es que el señor Raddle lleva un fin. Va derecho al Golden Mount, y el camino que hay que seguir para llegar allí no es más que un medio que no le interesa.

—El Golden Mount, si existe —replicaba Summy—, estará allá donde aún se tardará en llegar quince días con quince noches. Yo espero, sin embargo, que tendremos algún descanso en Fort Mac Pherson. Después de tal distancia, se tiene el derecho de querer extenderse en una cama.

—¡Si hay albergues en Fort Mac Pherson! Consultado el *scout*, declaró que no había ninguno.

—Fort Mac Pherson —dijo éste— no es una parada fortificada por los agentes de la Compañía, pero tiene habitaciones.

—Pues puesto que tiene habitaciones, habrá camas —replicó Summy Skim—, y no me disgustaría estirar las piernas durante dos o tres buenas noches.

—Empecemos por llegar —dijo Ben Raddle—, y no nos detengamos en discusiones inútiles.

La caravana marchaba tan de prisa como lo permitían las revueltas y los obstáculos de los desfiladeros; pero, a pesar del deseo de Ben Raddle, fue preciso cerca de una semana para salir de la región montañosa y llegar al Peel River.

El 21 de mayo, por la tarde, llegaron allí, y sin más demora, atravesaron este importante afluente del Mackenzie, auxiliándose con los últimos témpanos del deshielo, que aún lo ocupaban. Antes

de la noche, personal y material eran transportados sin ningún incidente a la orilla izquierda, y el campamento se estableció al borde del agua, bajo las frondosidades de grandes pinos marítimos.

Colocadas las tiendas de campaña, se ocuparon de la cena, esperada siempre con impaciencia.

Pero estaba escrito que no terminaría el día sin algún incidente dramático. Apenas se habían instalado bajo los árboles, cuando uno de los canadienses, que había ido un poco hacia abajo, reapareció corriendo velozmente y convulso de miedo.

—¡Alerta!... ¡Alerta!... —gritó cuando pudieron oírle.

Se levantaron desordenadamente. Sólo Summy Skim, cazador de profesión, tuvo la sangre fría de coger una escopeta. En un instante estaba en pie, armado, dispuesto a hacer fuego.

—¿Los indios? —preguntó.

—No —respondió Bill Stell—, los osos.

Tras del fugitivo aparecieron, en efecto, tres osos de gran tamaño, de aspecto formidable, pertenecientes a esta especie de *grizzlis* que acostumbran frecuentar las zanjas de las Montañas Rocosas.

Esos osos estaban excitados por el hambre, a juzgar por sus terribles rugidos, que hicieron enloquecer a las bestias de tiro. La confusión general se aumentó, y los tres osos estuvieron en medio del campo antes que nadie hubiera tomado la menor medida de defensa.

En primera línea se encontraba por casualidad Jane Edgerton. Trató de retroceder, de huir, pero estaba visto que no tenía ya tiempo. De un salto se colocó Summy Skim delante de ella, y echándose la escopeta a la cara, hizo fuego dos veces seguidas.

Summy tenía buena puntería; ésa era al menos su pretensión, que fue justificada una vez más. Cayeron dos osos heridos en el corazón para no volverse a levantar.

Quedaba aún el tercero. Indiferente a la muerte de sus congéneres, el animal acudía a gran velocidad. En un segundo hubiera asido con las tenazas de sus terribles garras al desgraciado

Summy desarmado. Éste decidió vender cara su vida; tomó por el cañón la escopeta, convertida en estaca, y esperó a pie firme.

De repente el oso vaciló. Atacado de costado, tenía que hacer frente a un nuevo enemigo, que no era otro que Patrick Richardson. Sin otra arma que las que la naturaleza le había provisto, el irlandés había ido en su ayuda, y según las reglas de la más pura *savate*, había lanzado en el costado derecho del oso un puntapié tan magistral, que el arranque de la bestia fue detenido.

El oso giró sobre uno de sus costados, y lanzando al aire un conmovedor rugido, se abalanzó sobre el audaz que le desafiaba. Los espectadores de esta escena rápida dieron un grito de horror. Sólo Patrick, ensimismado, no manifestó ninguna emoción.

Era verdaderamente un espectáculo hermoso; por una parte, un animal gigantesco, trastornado por la más furiosa cólera, se precipitaba con la ceguedad de la bestia, las garras en ademán amenazador; por otra parte, un soberbio ejemplar físico de la raza humana, tan grande, tan fuerte como su terrible adversario, menos armado, sin duda ninguna; pero reemplazando a la inferioridad de sus armas la inteligencia de la que la especie humana tiene el exclusivo privilegio.

Parecía que se iba a reproducir una escena de los tiempos prehistóricos, en los cuales nuestros primeros antepasados debieron, por la única fuerza de sus músculos, conquistar la tierra desconocida y hostil.

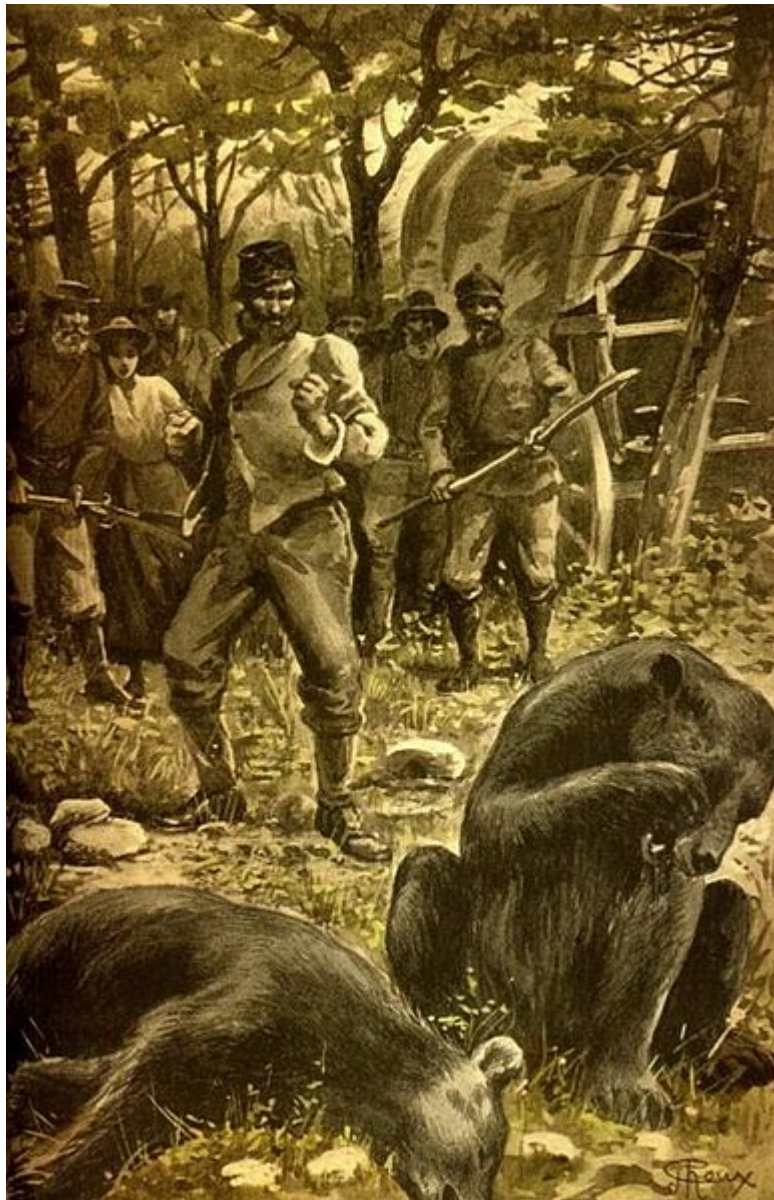
Esta vez también debía triunfar la inteligencia. En el instante preciso en que el oso iba a ahogar a Patrick entre sus peludas garras, se lanzó el irlandés con la rapidez de la pólvora y dio un terrible puñetazo en el hocico al acometedor animal.

El golpe había sido formidable. El oso vaciló sobre las patas de detrás y cayó como una masa boca arriba. Patrick se sonrió, y sin moverse se preparó para sostener un nuevo ataque.

Éste no se hizo esperar. Apenas cayó se volvió a levantar con el hocico ensangrentado. Ciego de rabia, se lanzó impetuosamente sobre su enemigo.

Patrick no perdió su sangre fría: escogió con perfecto tacto el momento favorable y los dos puños partieron al vuelo. Con el izquierdo, primero, saltó un ojo al animal; después el derecho acabó de aplastar el hocico con tal violencia que se sintió el seco crujido de los dientes rotos.

De nuevo cayó el oso boca arriba, y de nuevo Patrick esperó generosamente que estuviese derecho antes de volver a emprender el juego. No se hubiera obrado con más lealtad en una sesión de lucha romana.



El oso volvió a levantarse al fin con menos rapidez que la primera vez. Se enderezó, pero para descansar en seguida pesadamente sobre su cuarto trasero. Ya no se movía, ya no rugía tampoco. Con aire desorientado frotaba con la mano su ojo saltado, mientras que su espesa lengua pasaba y repasaba por sus hocicos ensangrentados.

Cansado de esperar, Patrick, con el puño detenido, dio un paso hacia adelante, y el oso inmediatamente dio otro hacia atrás. Avanzó el irlandés un segundo paso, después un tercero, mientras que el oso retrocedía otro tanto. Continuó esta singular persecución durante tres minutos, con gran embelesamiento de los espectadores.

Desesperado Patrick de esperar a su adversario en la retirada, y comprendiendo la necesidad de un arma de fuego, se bajó para coger una gran piedra, que le envió a modo de insultante provocación, esperando, sin duda, volver a empezar la batalla.

No fue así. Al ver el oso el movimiento de Patrick, no esperó más. Le bastaba con la lección. Dejándose caer sobre sus cuatro patas, emprendió una carrera, alejándose penosamente y lanzando con su único ojo una mirada tímida dirigida a su vencedor.

Unos minutos después había desaparecido entre los árboles del bosque.

Una carcajada homérica, acompañada de una estruendosa salva de aplausos, saludó este desenlace inesperado. Rodearon a Patrick y le felicitaron.

—Gracias, Patrick —dijo con calor Summy Skim, estrechando vigorosamente la mano de su salvador.


—Si, gracias —repitió Jane al gigante—. Gracias, y ¡bravo!

Patrick no pareció apercibirse de la presencia de Summy. Se volvió del lado de su joven ama, pues no había para él nadie más que ella en el mundo.

—No hay de qué —dijo modestamente—. Esta bestia no sabe el boxeo, señor Jean.

CAPÍTULO VI

DONDE SE TOCA AL FIN

ituado poco más o menos a 135" de longitud oeste y 67° de latitud, Fort Mac Pherson era en esta época la estación más septentrional que poseía la Compañía de la Bahía de Hudson en el norte de América. Dominaba toda la parte del territorio regado por los numerosos brazos que se ramifican en la embocadura del Mackenzie sobre el mar polar Ártico. Allí encuentran refugio los cazadores de pieles contra las bandas de indios errantes a través de las llanuras del alto Dominion.

Ese fuerte, elevado sobre la orilla derecha del Peel River, estaba lo más posible en comunicación con Fort Good Hope, construido aguas arriba al borde del Mackenzie. Los peleteros acudían allí para ser en seguida transportados bajo buena escolta a la factoría central de la compañía.

Fort Mac Pherson está constituido por un vasto almacén, por encima del cual se suceden la habitación del agente jefe, la estación de los hombres a sus órdenes y una sala, provista de camas de campaña, que pueden albergar unas veinte personas. Abajo están las cuadras donde los tiros de caballos y mulas pueden alojarse. Los bosques vecinos abastecen del combustible necesario para combatir los grandes fríos de la estación glacial.

La madera no falta ni faltará en muchos años. La alimentación se asegura todos los veranos por los abastecedores de la compañía; la caza y la pesca son aún más abundantes que las conservas.

Fort Mac Pherson estaba mandado por un jefe, que tenía a sus órdenes unos veinte hombres, originarios de Canadá y de la Columbia británica, verdaderos soldados sometidos a una severa disciplina. Su vida es bastante dura, dado el rigor del clima y el constante peligro de ser atacados por las bandas de aventureros errantes en esas soledades. Por eso la compañía tiene buen cuidado de que no falten las municiones, habiendo buen número de carabinas y de revólveres.

En el momento en que la expedición de Ben Raddle llegó a Fort Mac Pherson, el jefe y sus hombres acababan precisamente de tener un aviso.

Algunos días antes, en la mañana del 25 de mayo, el que estaba de guardia había participado la próxima llegada de una cuadrilla compuesta de treinta a cuarenta hombres, varios de ellos indios, que remontaban la ribera derecha del Peel River.

Como es costumbre en estos casos, la puerta de Fort Mac Pherson se cerró herméticamente. Amenos de escalar los muros, no se hubiera podido entrar en él.

Cuando la cuadrilla llegó ante la puerta, uno de ellos, que parecía el cabecilla, pidió que se les dejase entrar.

El jefe de la compañía subió entonces por el muro y examinó a los huéspedes que la casualidad le enviaba. Es de creer que este examen no le dio ninguna tranquilidad y que la cuadrilla le pareció sospechosa, pues su respuesta fue que no entraría nadie.

Lo que ocurrió después le probó la prudencia de su decisión. Injurias y amenazas estallaron en seguida. En el acento comprendió el jefe de guardia que era una cuadrilla compuesta de indios, americanos del sur, gentes acostumbradas a llevar siempre todo a la más extrema violencia.

Los aventureros no se conformaron con las palabras, pasaron a los hechos. Fuese con el objeto de adquirir provisiones, fuese para

apoderarse de Fort Mac Pherson, punto de apoyo muy importante que domina la embocadura del Mackenzie, ellos trataron de forzar la puerta. Ésta no cedió, y después de una descarga, que hirió a algunos, los salteadores se alejaron en dirección del noroeste, no sin haber hecho uso de sus carabinas contra los agentes de la compañía, que afortunadamente resultaron ilesos.

Desde entonces se esperaba constantemente que volviera aquella cuadrilla de infames, y estaban alerta de día y de noche. Cinco días después, el 30 de mayo, se recibió nuevo aviso de que otra cuadrilla se dirigía hacia el fuerte, descendiendo la orilla derecha del río.

Grande fue la sorpresa de la caravana del *scout* —pues se trataba de ésta— cuando vio aparecer una docena de hombres armados, que le intimaron la orden de alejarse.

El agente reconoció en seguida que se trataba de canadienses, y se encontró con Bill Stell, que era amigo suyo muy antiguo, pues los dos habían servido en la milicia del Dominion. En vista de esa feliz circunstancia, las puertas de Fort Mac Pherson se abrieron de par en par, y la caravana penetró en el patio interior, donde se les hizo buena acogida.

El agente jefe dio entonces la explicación de su actitud al aproximarse una cuadrilla extraña. Contó que una banda de americanos e indios había hecho unos días antes demostración hostil contra el fuerte: que habían intentado penetrar por la fuerza, y que se habían visto precisados a echarlos a tiros. Lo que querían esos vagabundos se ignoraba; pero la desconfianza de la guarnición era justificada, como se demostró por las barrabasadas que hicieron.

—¿Y qué ha sido de esa cuadrilla? —preguntó el *scout*.

—Ha continuado su camino.

—¿De qué lado?

—Hacia el noroeste.

—Puesto que nosotros vamos a tomar el del norte —dijo Ben Raddle—, no es probable que nos encontremos con ellos.

—Así se lo deseo a ustedes —continuó el agente—, pues me parece que está compuesta de la peor gente.

—¿Dónde puede ir? —preguntó Summy Skim.

—Sin duda a la busca de nuevos yacimientos, porque llevaban material de *prospecteurs*.

—¿Ha oído usted decir que hay alguno en esa parte del Dominion? —preguntó Ben Raddle.

—Existen con toda seguridad; pero falta encontrarlos.

El agente no sabía más. No hizo la menor alusión al Golden Mount, y, no obstante, no debía estar muy lejos de Fort Mac Pherson.

Ben Raddle se mostró muy satisfecho de esa circunstancia. Prefería que el secreto de Jacques Ledun no fuese conocido de nadie. Por el contrario, tal ignorancia no dejó de impresionar a Summy Skim, que aún dudaba de la existencia de la montaña de oro. Para tranquilizarse, preguntó al agente si había volcanes en el norte, Éste declaró que no había oído hablar nunca de eso, y esta respuesta hizo aumentar la duda de Summy.

El *scout* se contentó con decir a su compañero de regimiento que la caravana iba precisamente a la busca de territorios auríferos hacia la embocadura del Mackenzie. Añadió que después de un mes de camino deseaban descansar dos o tres días en el Fort Mac Pherson, si se les quería dar hospitalidad.

Sin ninguna dificultad fue atendido el deseo de Bill Stell. Precisamente en aquel momento no había en el fuerte más gente que su pequeña guarnición. Los cazadores no se esperaban hasta pasado un mes. No faltaba, pues, sitio, y la caravana pudo alojarse fácilmente sin causar ningún trastorno.

Ben Raddle dio las gracias expresivamente al agente jefe por su buena acogida, y en menos de una hora la instalación del personal y del material estaba terminada.

Transcurrieron tres días en un absoluto descanso, sin que ningún incidente turbase la tranquilidad de la caravana durante su

estancia en Fort Mac Pherson. Cuando llegó la hora de partir, como estaban bien descansados, se pusieron en camino ligeros y alegres.

El 2 de junio, por la mañana, volvió a organizarse la pequeña tropa bajo la dirección del *scout*, quien dio al agente jefe y a sus compañeros gracias tan sinceras como merecidas; después se pusieron en marcha siguiendo la ribera derecha del Peel River.

Ben Raddle, Summy Skim y Jane Edgerton volvieron a colocarse en la calesa conducida por Neluto. Los otros tiros los dirigía el *scout*. Éste no conocía ya el camino que atravesaban, pues en sus viajes anteriores no había ido más allá de Fort Mac Pherson.

Tenía que guiarse por las indicaciones del ingeniero. El mapa trazado por Jacques Ledun demostraba que el camino, a partir de Fort Mac Pherson, torcía hacia la izquierda del Peel River.

A mediodía descansaron cerca de un río, a la orilla de un bosque de abetos. Los animales se pusieron a pastar en una pradera próxima. El tiempo había refrescado; una ligera brisa del nordeste duró todo el día y se veían algunas nubes.

Se estaba en país llano. Mirando hacia levante, no se veía más que la cadena de las Montañas Rocosas. La distancia que había que recorrer hasta Golden Mount, distancia que, según el mapa, no debía exceder de doscientos kilómetros, podían recorrerla en cinco o seis días, si no ocurría algún incidente.

Charlando con Bill Stell, durante el descanso, éste dijo:

—En fin, señor Skim, henos ya al término del viaje. Dentro de poco no tendremos que pensar más que en volver.

—Mi querido Bill —respondió Summy—, un viaje no está terminado más que cuando se llega a casa, y en lo concerniente a éste, no lo creeré terminado hasta el día en que la puerta de la casa de la calle de Jacques-Cartier se cierre tras de nosotros.

Bill Stell no insistió, pero Ben Raddle cambió una mirada con Jane Edgerton, como diciendo: «¡Siempre será el mismo este Summy!».

Hasta pasados tres días no llegarían a la confluencia del Peel River y del Mackenzie. Éste no apareció hasta el mediodía del 5 de

junio.

Las largas etapas se efectuaron sin gran fatiga sobre la orilla bastante llana del río. El país estaba desierto. Apenas si encontraron algunos grupos de indios, de los que viven de la pesca sobre el delta de un gran río. La pandilla señalada por el jefe de Fort Mac Pherson no fue encontrada, de lo que se felicitaba el *scout*.

—Llegaremos solos al Golden Mount —repetía—; volveremos solos, y seremos felices, si no tenemos ningún encuentro.

Para eso tomaba todas las precauciones posibles. Tres hombres iban constantemente explorando por todas partes, y durante los descansos vigilaban con cuidado para no ser sorprendidos.

Estas precauciones habían resultado superfluas hasta entonces, y la caravana no había tenido ningún desagradable encuentro en el momento en que llegaban al Mackenzie.

La embocadura de ese gran río constituye una importante red hidrográfica, que no puede compararse con ninguna región del nuevo y del antiguo mundo.

Ciento cincuenta kilómetros antes de desembocar en el océano, el Mackenzie se despliega, a manera de un abanico, en brazos, unidos por una multitud de canales secundarios, que durante el invierno forman una vasta superficie helada. En esta época del año, los restos del deshielo se disuelven en las aguas del mar Ártico, y el Peel River no acarrea ya ni un solo témpano de hielo.

Al ver esta disposición tan complicada de la desembocadura del Mackenzie, se creería que la rama del oeste está formada por el mismo Peel River, unido al brazo principal del este por la red que se extiende entre ellos.

Pero bien sea que el brazo del oeste prolongue el Peel River, o constituya una derivación del Mackenzie, la caravana tenía necesidad de pasar a la ribera izquierda, pues el Golden Mount está a poca distancia de esta ribera, sobre la costa del océano Glacial Ártico.



Felizmente, el estiaje de las aguas no era muy elevado, y el *scout* logró vadearlo. El paso pudo efectuarse el día 5, con bastantes dificultades.

En esta operación emplearon toda la tarde, y al anochecer Bill Stell y sus compañeros estaban en la otra orilla.

Al día siguiente, 6 de junio, a las tres de la madrugada, dio Bill Stell la orden de partir. Creía que tres días serían más que suficientes para llegar al litoral. La caravana estaría entonces a la vista del Golden Mount, si eran exactas las indicaciones del mapa. Y aun suponiendo que la longitud y la latitud anotadas por Jacques Ledun no fuesen exactas en absoluto, la montaña estaría visible, pues debía dominar la región.

Las etapas a lo largo de la rama occidental del gran río se efectuaron sin obstáculos notables. El tiempo no era ya tan

favorable, las nubes del norte llegaron a gran velocidad y la lluvia cayó con violencia. La marcha fue retardada, y los altos que hacían de noche eran bastante penosos; pero se soportaba alegremente esta contrariedad que la proximidad del fin hacía parecer ligera.

Sería una suerte que la caravana saliese con facilidad de la red hidrográfica del delta. El *scout* pensaba la manera de salir bien de ella. Si no eran vadeables la infinidad de ríos que tenían que atravesar, se presentarían serias dificultades. Tendrían que dejar detrás parte del material, perdiéndolo, por consiguiente, puesto que no habrían de volver por él.

El 8 de junio, después del alto de la noche, no les quedaban más que siete u ocho leguas del litoral, que las harían al día siguiente sin esfuerzo ninguno.

Ben Raddle creyó llegado el momento de dar a conocer a sus compañeros el verdadero fin de esta excursión. Contó la historia de Jacques Ledun, y repitió las confidencias del desgraciado francés a la tropa de los *prospecteurs* agrupados en círculo alrededor de él.

Fue una explosión de alegría. Todas las miradas se dirigieron hacia el norte, esperando ver la cumbre del Golden Mount. Aun admitiendo que no tuviera más que cinco o seis pies de altura, hubiera sido visible a esta distancia.

El sol estaba aún bastante alto en el cielo; pero, por desgracia, se acumulaban algunas brumas en el horizonte. Nada apareció ante aquellos ojos impacientes.

Se concibe el grado de impaciencia que se apoderó del personal de la caravana, y más que de ninguno, de Ben Raddle, que, absorto desde hacía tiempo por su idea fija, veía llegado el momento de saber si era realidad o un sueño el objeto de sus preocupaciones.

Jane Edgerton participaba de la excitación del ingeniero. Ninguno de los dos tenía calma para descansar lo necesario. Si el *scout* y Summy Skim no les hubieran hecho entrar en razón, hubieran continuado el camino en medio de la oscuridad.

—¡Pero hombre, cálmate! Cálmese usted también, señorita Jane—repetía Summy Skim—. Paciencia hasta mañana. Si el Golden

Mount está allí, lo encontrarán ustedes en su sitio. No volará, ¡qué diablo! Así que es inútil dejar nuestro campamento durante la noche por llegar unas horas antes.

Consejo prudente, que fue apoyado por Bill Stell. Siempre eran de temer desagradables encuentros, fuese con los indios o con las bandas de aventureros del género de la que había atacado Fort Mac Pherson.

Transcurrió la noche en esas condiciones. Cuando amaneció, no se había disipado la niebla. No se divisaba el Golden Mount a dos kilómetros.

Ben Raddle, con las facciones contraídas y sombrío el rostro, procuraba dominarse. Summy Skim, a pesar de su bondad natural, no dejaba de sentir algún maligno placer por la cólera del tirano que le había arrastrado tan lejos de Gren Valley.

—Rabia, amigo mío, rabia —murmuraba entre dientes—. Si no existe el Gulden Mount, es evidente que no puedes verlo.

Esta reflexión, llena de buen sentido, que probaba su incurable escepticismo, la pronunció cerca de Jane Edgerton. Ésta le echó una mirada de desagrado, que le hizo enrojecer hasta las orejas. Summy quiso reparar su error.

—Pero como existe —se apresuró a añadir—, es evidente que se le verá en cuanto el tiempo esté claro.

Y queriendo quedar del todo bien, repitió en voz alta con convicción:

—¡Es evidente!

Después, a fin de saber si había obtenido el perdón, dirigió una mirada a la joven *prospectrice*; pero tuvo la contrariedad de ver que ésta no se ocupaba ya de él.

El campamento se levantó a las cuatro de la mañana. Ya era de día, y el sol estaba algunos grados por encima del horizonte, pero sus rayos no habían podido disipar aún las brumas.

La caravana se puso en marcha. A las once estaban a tres leguas aproximadamente del litoral. El Golden Mount continuaba aún invisible.

Summy Skim empezaba a inquietarse por su primo, pues parecía que se iba a volver loco. ¡Sufrir tantas fatigas, correr tantos peligros, para no llegar más que a una desilusión!...

Al fin, un poco antes de mediodía la atmósfera se aclaró. El globo rojo del sol apareció vagamente en la niebla, ya menos densa.

La voz de Neluto resonó:

—¡Allí!... ¡Allí!... ¡Humo! —gritaba.

Pero tuvo bien pronto el sentimiento de haberse mostrado tan audazmente afirmativo.

—¡Ah! Es una nube —dijo.

Y reflexionando un momento, añadió:

—¡O un pájaro!

El piloto volvió a reflexionar.

—Humo, una nube, un pájaro...

¿Había agotado las hipótesis?... No, él no podía imaginar otra posibilidad... Y sin embargo, ¿existía quizá?...

—¡O nada absolutamente! —concluyó por decir entre dientes, para contestarse a sí mismo y para tranquilizar su conciencia.

La caravana no oyó las últimas exclamaciones de Neluto; parecía atacada de inmovilidad, y almas y miradas se dirigieron al norte.

Ben Raddle también miraba al norte, turbado por una vaga inquietud.

—¿Humo?... —murmuraba—. ¡No, eso no es posible...; puesto que, según Jacques Ledun, el Golden Mount es un volcán extinguido!...

Y, sin embargo, Neluto hizo mal en ser tan tímido. Su primera hipótesis era buena.

La bruma se disipaba cada vez más. Bien pronto el sol resplandeció libremente en el cielo azul pálido, mientras que, saludado por los vítores de los *prospecteurs*, aparecía el monte prodigioso, el volcán de oro, cuyo cráter se empenachaba de vapores fuliginosos.

CAPÍTULO VII

UNA COMPLICACIÓN INESPERADA

A pesar de las dificultades del camino, Ben Raddle y los suyos sólo necesitaban dos horas para franquear la distancia que les separaba del Golden Mount. Todos, sin cambiar una palabra siquiera, absortos en la contemplación del fin que iban a alcanzar, marchaban tan de prisa como la naturaleza del terreno les permitía. Parecían atraídos por la montaña como por un enorme imán.

No habían pasado aún tres horas, cuando la caravana se detuvo al pie del volcán, donde el río Rubber rodeaba la base del este, y el océano Glacial azotaba al norte las últimas hiladas.

Comarca absolutamente desierta. Ni más allá de la montaña, hacia el oeste, ni del lado del nacimiento del Mackenzie, se apercibía una aldea indígena o un grupo de indios de los que recorren el litoral. En el mar ni una embarcación, ni una vela de ballenero, ni humo de vapor. Y, sin embargo, era época en la cual los mares septentrionales son frecuentados por los pescadores de cetáceos o por los cazadores de focas. En una palabra: nadie había adelantado en su llegada a esta región lejana a Ben Raddle y sus compañeros. ¿Sería, pues, Jacques Ledun el único que hubiera llevado adelante las rebuscas hasta la embocadura del Mackenzie;

el único, por consiguiente, que pudo hacer constar la existencia del volcán de oro?

Si existía el yacimiento, pertenecería, sin duda ninguna, a Ben Raddle, por ser el primero que había llegado. Nadie había tomado posesión antes que él del Golden Mount; nadie habría, pues, de disputarle el derecho de intervenir, y la Administración canadiense no podría exigir ningún censo.

En el lado este, separado del río Rubber por un bosque de abedules y de álamos temblones, estableció el *scout* el campamento, a menos de media legua del litoral. El agua dulce y la madera no faltarían.

Más allá se extendían, hacia el oeste y el sur, vastas llanuras verdes, sembradas de grupos de árboles, que, según Summy, debían ser bastante abundantes en caza.

La instalación se organizó rápidamente bajo la dirección del *scout*. Las tiendas de campaña fueron colocadas en la linde del bosque. La calesa y las carretas fueron colocadas en un claro, y después de trabadas las mulas las pusieron a pacer. Se colocaron los puestos de guardia en los sitios de observación que juzgaron más convenientes, si bien no eran de temer más encuentros que por parte de los osos, huéspedes que frecuentaban los territorios del Dominion.

Nadie dudaba que la explotación del Golden Mount fuese de poca duración. El tiempo preciso para sacar el tesoro acumulado en el cráter y de cargar las carretas para volverse inmediatamente. Ni pico ni piqueta eran precisos para la extracción del precioso metal, pues, según había dicho Jacques Ledun, el oro existía allí en polvo o en pepitas libres; el trabajo preparatorio estaba hecho desde hacía largo tiempo por los *prospecteurs* de Plutón.

Ben Raddle no se daría exacta cuenta respecto a esto hasta no haber hecho la ascensión de la montaña y cuando reconociera la disposición del cráter, el cual era fácil de descender, según había dicho Jacques Ledun.

Bill Stell hizo una observación que no dejaba de tener fundamento.

—Señor Ben —dijo—, ¿cuando el francés le reveló la existencia del Golden Mount, no le habló de un volcán extinguido?

—En efecto, Bill.

—¿Había trepado él hasta la cumbre?

—Sí, y hasta había visitado el cráter; pero desde entonces las fuerzas eruptivas han tenido tiempo de reanimarse.

—No hay duda ninguna —respondió el *scout*—, puesto que en este momento salen nubes de humo de la montaña. Y pienso si en esas condiciones será el cráter inaccesible.

Ben Raddle había pensado ya en esta eventualidad. Ya no se trataba de un volcán extinguido, sino de un volcán adormecido solamente y que se despertaría.

—Es posible, en efecto —respondió—; pero ese contratiempo puede sernos favorable. Una erupción puede ahorrarnos trabajo, vaciando el Golden Mount las pepitas que encierra. En ese caso no tendríamos que hacer más que recogerlas al pie de la montaña. Mañana, cuando hayamos hecho la ascensión, obraremos según las circunstancias.

La vigilancia del campamento fue organizada por el *scout*; pero la noche no fue turbada, a no ser por algunos lejanos rugidos de osos que no se acercaron al Golden Mount.

A las cinco todos estaban en pie.

—¿Sabes lo que pienso Ben? —dijo Summy a su primo.

—No, Summy —respondió Ben Raddle—; pero lo sabré cuando me lo digas.

—¡Naturalmente! Pues bien, pienso que si nuestro tío Josias hubiera hecho un descubrimiento semejante, se hubiera vuelto a su país con los millones del nuevo mundo, en lugar de morir en el Klondike...; lo que nos hubiera evitado venir aquí.

—El destino no lo ha querido, Summy, y esa suerte la reservó a sus sobrinos... ¡De los cuales uno, por lo menos, no ha tenido nunca, ni en sueños, tal ambición!

—Entiendo, Summy; pero puesto que hemos hecho tanto para llegar a las orillas del mar Ártico, no encontrarás mal que procuremos volver con el bolsillo bien repleto, y por bolsillo quiero decir las carretas y calesa cargadas de oro hasta romperse.

—¡Así sea! —repitió Summy—. Sin embargo, te diré que, aunque he examinado esta montaña bajo todas sus fases, no he llegado a saber por qué dicen que es la única que puede humillar a Australia, California y África reunidas; no me he llegado a impresionar, la verdad. Para mí, no tiene trazas de ser tan rica.

—Según eso, sería preciso, para que te satisficiera, que el Golden Mount pareciese una caja del banco.

—No veo el inconveniente, Ben; sobre todo, si el cajero se prestaba a abrirme la puerta.

—No tenemos necesidad de eso —afirmó Ben Raddle—; ya sabremos sacar buen partido.

—¡Hum! —dijo Summy con aire de duda, considerando la cumbre empenachada del volcán.

A Summy Skim le parecía el Golden Mount un monte como otro cualquiera. Sus mil pies de altitud dominaban el litoral, y la base medía cerca de dos kilómetros de circunferencia; sus flancos se elevaban en pendiente muy rápida hasta la meseta que coronaba la cumbre. Tomaba, pues, la forma de un cono o, más exactamente, de un tronco de cono.

Lo rápidas que eran las pendientes hacía sin duda más difícil la ascensión. Pero, en fin, esto no debía ser imposible, puesto que Jacques Ledun había podido llegar hasta el cráter.

El flanco más perpendicular era el que miraba a alta mar, y no había que pensar en atacar el volcán por su vertiente norte, pues el mar la batía directamente.

No había ninguna roca que se elevara al pie de la montaña que mereciera el nombre de escarpada y que estuviera compuesta de materias gredosas o blanquinosas, pues lo estaban de sustancias negruzcas eruptivas. Lo primero que tenían que hacer, pues, era decidir por qué lado del Golden Mount ensayarían ganar la cumbre.

Jacques Ledun no había dicho nada respecto a esto. Ben Raddle y Bill Stell dejaron el campamento establecido en el ángulo formado por el Rubber y el flanco de éste, y contornearon la base del volcán, a fin de proceder a un examen preliminar.

La pendiente estaba cubierta de una hierba menuda, sembrada de espesos leños que podrían servir de punto de apoyo a los ascensionistas. Pero en la parte superior, entre los macizos de hierba, se notaba una especie de tierra negra, quizás una capa de cenizas y de escoria. Ninguno de los dos notaron rasgos de una erupción reciente.

Cuando volvieron al campamento, Ben Raddle y el *scout* explicaron el resultado de su examen. Por el flanco oeste, donde la pendiente era menos acentuada, era por donde convendría efectuar la ascensión.

Se desayunó apresuradamente y se preparó la marcha. Bill Stell aconsejó que se llevasen algunas provisiones, y las calabazas se llenaron de ginebra y de *whisky*, mezclados con agua en una proporción conveniente. Se proveyeron igualmente de piquetas y de cuerdas, por si tenían necesidad de emplearlas en las pendientes demasiado rápidas.

El tiempo les favorecía para esta tentativa; se presentaba un hermoso día. Las pocas nubes, empujadas por una ligera brisa del norte, no hacían más que moderar los ardores del sol.

Neluto no seguía a los ascensionistas. Esperaba con el personal en el campamento, del que no se alejarían bajo ningún pretexto; pues aunque el país parecía estar completamente desierto, convenía no separarse y estar en constante vigilancia.

Ben Raddle, Summy Skim y el *scout* se pusieron en marcha a eso de las ocho, acompañados de Jane Edgerton, que había querido, a toda costa, tomar parte en la expedición, y los cuatro costearon la hilada meridional del monte a fin de ganar la vertiente del oeste.

De la última erupción no se encontraba ningún indicio a lo largo de la base. Ni el menor rastro de materias eruptivas, y

principalmente del polvo de oro, que, según Jacques Ledun, estaba contenido en gran proporción.

—Yo creo que las lavas del volcán han sido arrojadas del lado del mar y yacen bajo las aguas profundas que bañan el litoral.

—¡Qué nos importa! —respondió Ben Raddle a Bill Stell, que hacía esta observación—. Es indudable que no ha habido erupción después de la visita de Jacques Ledun. Eso es lo esencial. Las pepitas que él ha visto también las veremos nosotros.

Eran cerca de las nueve cuando los cuatro ascensionistas se detuvieron en la base de la vertiente oeste.

El *scout* se puso en seguida a la cabeza y empezó la subida. Al principio, la pendiente era relativamente suave, y las hierbas prestaban al pie un sólido apoyo. No fue preciso, pues, recurrir a las estacas ni a las cuerdas. Bill Stell tenía práctica en esto de subir montañas. Un seguro instinto le conducía, y era tan vigoroso, tan ágil en los ejercicios de este género, que les costaba a sus compañeros buen trabajo seguirle.

—He ahí lo que hace —decía Summy Skim un poco sofocado— el haber atravesado veinte veces los pasos del Chilkoot. Eso os da piernas de gamo y pies de acero.

Algunas veces, después de haber ascendido la tercera parte, hasta un gamo se hubiera visto apurado. Las alas de un buitre o de un águila no hubieran estado de más.

La pendiente era tal, que había que ayudarse con las rodillas y las manos, y agarrarse a los arbustos. Bien pronto hubo que hacer uso de las estacas y de las cuerdas. El *scout* estaba arriba, plantaba una estaca entre las hierbas y desenrollaba la cuerda para que ayudase a los otros a subir hasta él. Se hacía esta operación con gran prudencia, pues la caída hubiera sido mortal.

A eso de las once, los ascensionistas habían llegado a la mitad de la vertiente. Se hizo alto, a fin de tomar aliento, y se bebió algún trago de las calabazas; después de lo cual volvieron a empezar la subida a lo largo del escarpado talud.

Las fuerzas subterráneas estaban en acción, como lo probaban los vapores que coronaban la cima del volcán; pero no se notaba ninguna trepidación ni se sentía ningún crujido. Por ese lado era sin duda el espesor muy considerable, e indudablemente la chimenea del cráter se abría más bien en la parte norte, próxima a la orilla del mar.



La ascensión se continuó, cada vez más difícil a medida que se elevaban, pero siempre posible, sin embargo. Y, después de todo, lo que Jacques Ledun había hecho ¿por qué el *scout* y sus compañeros no habían de hacerlo?

El reloj de Ben Raddle marcaba exactamente las doce y trece cuando los ascensionistas se encontraron reunidos sobre la base menor del tronco de cono que formaba la meseta del monte.

Todos, más o menos rendidos, se sentaron en las rocas de cuarzo que rodeaban esta meseta, cuya circunferencia medía de trescientos a cuatrocientos pies aproximadamente. Hacia el centro, poco más o menos, se abría el cráter, de donde se escapaban vapores fuliginosos y fumarolas amarillentas.

Antes de dirigirse hacia esta chimenea, Ben Raddle y sus compañeros, después de tomar aliento, observaron el amplio panorama que se extendía ante sus ojos.

Hacia el sur se veían llanuras verdes que la caravana acababa de atravesar, terminando en lejanas ondulaciones, detrás de las cuales Fort Mac Pherson dominaba la comarca cercana.

Hacia el oeste sobresalía, entre una continuación de playas arenosas, el océano Ártico, y en el interior de las tierras aparecía la masa sombría de un extenso bosque, a legua y media de distancia aproximadamente.

Al este, al pie del Golden Mount, se entremezclaba la red hidrográfica de la embocadura del Mackenzie, cuyos múltiples brazos se esparcían en una ancha bahía protegida por un archipiélago de islas áridas y de negruzcos escollos. Más allá de la costa se elevaba derecha al norte, terminada por un promontorio, una especie de cerro colosal, que cerraba el horizonte de este lado.

Al norte del Golden Mount, a partir del escarpado vertical, cuya base desaparecía bajo las aguas, el mar no tenía otro límite que el horizonte.

La atmósfera, purificada y limpia por la brisa, tenía entonces una claridad perfecta. El mar centelleaba bajo los rayos del sol.

La orilla estaba desierta. Ningún pescador extranjero o indígena aparecía en aquel momento, a pesar de ser las bocas del Mackenzie ricas en mamíferos marinos y en anfibios de varias clases.

Pero no ocurría lo mismo en el centro del río, pues el *scout* pudo ver, con ayuda de sus anteojos, algunas velas y humo que se destacaban en el horizonte septentrional.

—Ésos son balleneros que vienen del estrecho de Bering —dijo el *scout*— Dentro de dos meses volverán a tomar el mismo camino en sentido inverso. Unos arribarán en Saint-Michel, en la embocadura del Yukón, otros en Petropolawsk del Kamtchatka, en la costa de Asia; después irán a los puertos del Pacífico a vender los productos de su pesca.

—¿No son de los que van hasta Vancouver? —preguntó Summy Skim.

—En efecto —respondió Bill Stell—; pero esto les origina grandes perjuicios, pues es muy difícil retener la tripulación, y la mayor parte de los marineros desertan para volverse al Klondike.

Eso es muy cierto. La proximidad de las minas de oro enloquece por completo a los marineros que vuelven de una penosa campaña. Así, para salvarlos de esa epidemia, los capitanes balleneros evitan lo posible arribar en los puertos de la Columbia y prefieren los del continente asiático.

Después de un descanso de media hora, del que tenían gran necesidad, Ben Raddle y sus compañeros se pusieron a examinar la meseta del Golden Mount. No era en la parte central, como habían creído, sino en la del nordeste, donde se profundizaba el cráter, cuyo orificio medía de setenta y cinco a ochenta pies de circunferencia. Teniendo cuidado de preservarse del viento, para escapar de los torbellinos de humo desagradable que salía del cráter, pudieron aproximarse hasta la extremidad del borde y dirigir sus miradas al interior del abismo.

Todo contribuía a hacer más verídica la historia contada por Ledun. El cráter se profundizaba en pendiente suave, y la bajada hubiera sido de lo más sencillo sin los gases irrespirables que impedían la entrada.

El polvo de oro, del que el suelo estaba cubierto, confirmaba más aún lo dicho por el francés. Pero este polvo impalpable, mezclado de tierra y de escoria, no podía dar más que un provecho irrisorio en relación de los prodigiosos montones de pepitas que habían ido a buscar tan lejos.

—Es evidente —dijo Ben Raddle— que Jacques Ledun no tropezó con esta dificultad, pues cuando él vino aquí el volcán estaba completamente adormecido, y pudo descender sin peligro al fondo del cráter. Esperemos que el movimiento eruptivo se calme, que los vapores se disipen, y descenderemos también nosotros para sacar el oro a manos llenas, como él mismo lo sacó.

—¿Y si los vapores no se disipan —preguntó Summy Skim—, y es imposible el descenso?

—Esperaremos aún, Summy.

—¿Esperaremos... qué?

—Que la erupción haga lo que nosotros no hemos podido hacer, y que ella arroje las materias contenidas en las entrañas del Golden Mount.

Era, en efecto, el único partido que podían adoptar, aunque ofrecía serios inconvenientes. Para gentes que no tuvieran que contar con el tiempo, que hubieran podido afrontar la terrible estación fría de las embocaduras del Mackenzie como en Dawson City, sí, ese partido era el indicado. Pero si la cosa se dilataba, si no volvía a adormecerse o si no vaciaba su tesoro de pepitas, ¿no sería conveniente levantar el campamento, retirarse hacia el sur, donde se llegaría justo para pasar el invierno?

Este pensamiento lo tuvieron los cuatro *prospecteurs*; pero cada uno de ellos lo acogía según su temperamento particular.

Bill Stell se reía en sus barbas de una manera picaresca. Recibía en aquel momento una buena lección. Después de haberse resistido tantos años al contagio del oro, se había dejado coger, y he ahí el resultado que obtenía. Esto lo había esperado él del oficio de *prospecteur*.



Jane Edgerton, frunciendo el ceño, permanecía inmóvil al borde del cráter, los ojos fijos en los torbellinos de vapores que de él se escapaban. Comprendía que era uno de esos casos en que son insuficientes la energía y la decisión, y se irritaba al verse detenida por fuerzas naturales, contra las cuales su voluntad era impotente.

Summy Skim era el más desdichado de todos. ¡Pasar un nuevo invierno en la capital del Klondike! No podía pensar en esta eventualidad sin estremecerse.

Él fue quien respondió a su primo.

—Está perfectamente razonado, Ben; pero a condición de que haya una erupción. ¿Pero habrá erupción? Todo está en eso. ¿No notas que el volcán está muy calmado? No arroja ni cenizas ni el menor guijarro. No se oye ninguna detonación. Hay humo, es cierto, pero humo en silencio. ¿No te da eso qué pensar?

Ben Raddle hizo un gesto evasivo.

—Ya veremos —dijo.

Después de una parada de dos horas sobre la meseta, los ascensionistas empezaron a descender del Golden Mount. Una hora emplearon solamente. Antes de las tres de la tarde, Ben Raddle y sus compañeros, un tanto fatigados, pero sanos y salvos, estaban de vuelta en el campamento.

En cuanto estuvieron solos, Summy, perseguido por su idea fija, se aproximó a su primo y le dijo:

—Vamos, Ben, te hablo seriamente. ¿Qué haremos si tarda la erupción... si no tiene lugar hasta el invierno?

Sin contestar, Ben Raddle volvió la cabeza, y Summy no tuvo valor para insistir.

CAPÍTULO VIII

PROYECTO DEL INGENIERO

Cuando Ben Raddle emprendió la nueva campaña no dudó por un momento, después de las informaciones exactas de Jacques Ledun, de que, en llegando al volcán, no tendrían más que recoger las pepitas, cargar de ellas los carros y tomar otra vez el camino de Dawson City. Unos ocho días serían suficientes para esta faena tan sencilla, y con el viaje de ida y vuelta tendrían sobradamente con menos de tres meses. Así pues, con la mayor sinceridad afirmó a Summy Skim que la caravana volvería a Dawson en los primeros días de agosto, a tiempo, por consiguiente, para llegar antes de los grandes fríos a Skagway, después a Vancouver, desde donde el ferrocarril conduciría a los dos primos a Montreal.

—¡Y qué tren será necesario —respondió Summy, en tono de broma— para transportarnos a nosotros y a nuestros millones del Golden Mount!... ¡Y qué exceso de equipaje!...

Ahora bien: si los millones estaban en el sitio indicado en el cráter, seguramente no sería posible extraerlos.

Esta complicación inesperada obligaba a organizar el campamento, en vista de una estancia de algunas semanas. El *scout* tomó, pues, sus precauciones para asegurar la subsistencia de sus compañeros y la alimentación de los tiros hasta el día en que

fuera absolutamente indispensable volver a descender hacia el sur. Querer pasar el invierno bajo la tienda de campaña, hubiera sido una verdadera locura. De todos modos, lograra éxito o no la campaña, era preciso franquear el círculo polar a mediados de agosto, lo más tarde. Pasado ese término, el camino estaría impracticable en esta región en que tantos estragos hacen las tempestades de nieve y las borrascas.

Esta existencia iba a transcurrir en la esperanza, y para soportarla no estaba de más una buena dosis de paciencia. Allí podrían observar el estado del volcán y vigilar la marcha de la erupción. Varias ascensiones más serían necesarias, y ni Ben Raddle, ni el *scout*, ni menos que nadie, Jane Edgerton retrocederían ante la fatiga, y los progresos del fenómeno serían seguidos de día en día.

Summy Skim y Neluto podrían emplear muchas horas cazando, ya fuese en las llanuras del sur y del oeste, ya hacia los pantanos del delta del Mackenzie. La caza abundaba, y de este modo no se les hacía interminable el día a los empedernidos cazadores. Desde el primer día, sin embargo, el *scout* les recomendó que no se alejasen demasiado. Durante el verano el litoral del océano polar se ve frecuentado por tribus de indios, con los que es prudente evitar el encuentro.

En cuanto al personal de la caravana, podría entregarse al placer de la pesca. El pescado no faltaba en el laberinto de ríos, y sólo con esta clase de alimentación podría sostenerse el personal hasta que llegaran los hielos.

No ocurrió ningún cambio de situación en algunos días. La erupción no mostraba tendencias a aumentar. Viendo Ben Raddle en qué punto de la cumbre se abría el cráter, supuso que la chimenea volcánica estaba bien profunda en el lado nordeste de la montaña, lo que explicaba la oblicuidad del perfil oeste, por el que únicamente podía efectuarse la ascensión. Desde el campamento, establecido casi al pie del Golden Mount, y que dominaba la parte oriental, se oía con bastante claridad el ruido sordo del trabajo

plutónico. El ingeniero dedujo que el espesor de ese costado, muy escarpado, no debía ser considerable, y Bill Stell participaba de esta opinión.

Jane Edgerton, Ben Raddle y el *scout* hacían casi diariamente la ascensión al volcán, mientras el infatigable Summy cazaba en compañía de Neluto. Un día, sin embargo, quiso éste unirse al trío de los ascensionistas, transformado así en cuarteto. Esta determinación pudo costar cara al arriesgado cazador.

Habían llegado cerca de la cumbre; unidos los cuatro por una cuerda, marchaban, como la primera vez, en fila india, el *scout* a la cabeza, Ben Raddle el último, y entre ellos Summy Skim, precedido de Jane Edgerton. Trepaban el cono de cenizas friables amontonadas por las anteriores erupciones sobre las capas inferiores del volcán, cuando la cuerda se rompió a ras de la estaca que el *scout* acababa de clavar. Summy, que en aquel momento estaba inseguro, vaciló, perdió tierra, cayó y rodó la pendiente con gran velocidad. En vano se esforzaba por detenerse. El terreno al cual se agarraba huía bajo sus crispados dedos.



Sus compañeros dieron un grito de espanto. Summy no llegaría vivo al final de la montaña, e iba a arrastrar tras él a los que unía el resto de la cuerda rota, Ben Raddle y, ante éste, Jane Edgerton.

Felizmente, ésta no perdió su sangre fría. La casualidad quiso que encontrase bajo la mano, en el momento mismo del accidente, un montón de arbustos muy pequeños, a los cuales se agarró fuertemente. Cuando Summy, rodando por la pendiente, pasó por su lado, logró Jane cogerlo por las ropas, y haciendo un esfuerzo desesperado, lo detuvo.

En seguida se levantó Summy, un poco aturdido, tal vez, pero sano y salvo.

—¿No te has roto nada? —preguntó Ben Raddle desde abajo.

—Nada —respondió Summy—. Algunos rasguños de poca importancia, que no necesitarán la intervención del doctor Pilcox.

—¡Entonces, en marcha! —exclamó Ben Raddle. Summy protestó.

—Déjame siquiera dar las gracias a Jane, pues me ha salvado la vida.

—Nada de eso —dijo ella—, estamos en paz. Me permitirá, sin embargo, hacerle observar que las mujeres pueden ser algunas veces tan útiles como los hombres.

Summy creyó oportuno no contrariarla; así lo hizo, y continuó la ascensión sin otro incidente.

Transcurrieron los días sin que se produjese ninguna modificación. No se escapaba ninguna llama, ni arrojaba el volcán ninguna materia eruptiva.

Así las cosas, llegó el 20 de junio.

Se comprende perfectamente la impaciencia en que vivían Ben Raddle y sus compañeros. La imposibilidad de intentar algo, la pasividad que se les imponía, les excitaba hasta el más alto grado. Terminada la instalación, los *prospecteurs* no tenían nada que hacer y se aburrían soberanamente.

La persona más ocupada era, seguramente, Jane Edgerton, que se había encargado de guisar. Asegurar la alimentación de veinte personas no es cosa de un momento, así que le invertía mucho tiempo.

Llegó, sin embargo, a faltar a su obligación en una ocasión. Un día que, como de costumbre, había subido a la cumbre del Golden Mount, con Ben Raddle y el *scout*, se levantó tal niebla que fue imposible descender. Les fue preciso, pues, continuar en esta situación algunas horas, con gran sentimiento de Jane, preocupada por el almuerzo de sus compañeros.

Si lo hubiera dado antes de subir a la montaña, hubiese estado más tranquila. Un suplente se encontró, y éste era Summy. La misma causa que retenía a los excursionistas en la cumbre de la montaña le impedía a él cazar, y para pasar el rato se ocupó de las funciones de la ausente. Provisto de un delantal, que le hizo tropezar más de tina vez, y blandiendo tenedor y cuchillo, se

apresuraba en la confección de una comida, que sería succulenta si el cocinero tenía tan buena disposición como voluntad.

Cuando al fin desapareció la niebla, los ascensionistas pudieron continuar su camino, y tuvieron la sorpresa al llegar al campamento de ver preparada la mesa, el almuerzo cocido y en su punto. Summy no se ocultó; lejos de eso, se adelantó, no sin cierta vanidad, con el delantal aún puesto y armado de los utensilios culinarios, con la cara de color grana, efecto del calor del fuego.

—¡A la mesa! —exclamó gozoso, cuando Jane y sus dos compañeros se presentaron.

Cuando todo el mundo estuvo sentado, él mismo quiso servir a su joven compañera de viaje. Con la corrección de un ayuda de cámara bien educado, le presentó un plato, del cual ésta se sirvió en abundancia.

—No tenga miedo de ponerse, señorita Jane —repetía Summy entretanto—. Ya me dirá después.

Pero un momento antes de probar los primores del cocinero improvisado, éste la detuvo.

—Una palabra antes, señorita Jane —dijo—; me permitirá hacerle observar que los hombres son a veces tan útiles como las mujeres.

Jane, sin contestar, probó la comida.

—No lo creo así yo —respondió fríamente.

El guisado estaba detestable, en efecto, y Summy, muy desilusionado, tuvo que convenir en ello, después de haberlo probado.

Pero, bueno o malo, fue devorado bien pronto. Los dientes no descansaban y las lenguas mucho menos.

El tema constante de la conversación era el Golden Mount; se hablaba de las riquezas que encerraba en su seno y de la imposibilidad de alcanzarlas. En el curso de la conversación uno de los *prospecteurs* propuso, como la cosa más natural, abrir la montaña a fuerza de barrenos.

—Todo nuestro material sería insuficiente —respondió Bill Stell—, y, después de todo, aun admitiendo que pudiera practicarse una brecha, ¿qué saldría del volcán?

—Un torrente de pepitas —dijo el canadiense.

—No —dijo el *scout*—, nada más que vapores, y las pepitas se irían entre ellos en lugar de salir por la chimenea, y nosotros estaríamos allí de más,

—¿Qué hacer, pues?

—Esperar.

—¡Esperar! —protestó otro de los antiguos obreros del *claim* 129—. Muy pronto no podremos más. Dentro de dos meses, lo más tarde, nos será preciso partir, si no queremos ser sorprendidos por el invierno.

—Pues bien, partiremos —dijo Ben Raddle, tomando la palabra a su vez—. Volveremos a Dawson City y vendremos aquí otra vez en los primeros días del buen tiempo.

—¡Cómo! —exclamó Summy Skim, levantándose de un salto—. ¡Sufrir otro invierno en el Klondike!

—Si —dijo Ben Raddle rotundamente—. Eres libre de volverte a Montreal. En cuanto a mí, continuaré en Dawson. La erupción vendrá pronto o tarde, pero quiero estar allí.

Jane Edgerton intervino en la discusión, que tomaba mal cariz. Ésta preguntó:

—¿No hay ningún medio para provocar esta erupción?

—Ninguno —dijo Ben Raddle—, nosotros no podemos...

Como asaltado de una idea repentina, el ingeniero se interrumpió, mirando fijamente a Jane Edgerton. En vano ésta rogó para que continuase. Sacudiendo la cabeza, se negó a completar su pensamiento.

Durante los días sucesivos hizo bastante mal tiempo. Grandes tormentas del sur les molestaron. La depresión atmosférica pareció aumentar la actividad del volcán. Algunas llamas se mezclaron con los vapores vomitados por el volcán.

Lluvias torrenciales sucedieron a esas tormentas, rápidamente apaciguadas. Hubo una inundación parcial del estuario del Mackenzie, y las aguas desbordaron entre los dos principales brazos del río.

Inútil es decir que durante este período Summy Skim no pudo continuar sus cacerías cotidianas, y que debió pasar en el campo días que le parecieron interminables.

En esta situación se encontraban, cuando se produjo un acontecimiento importante.

El 23 de junio, por la tarde, Ben Raddle invitó a Summy Skim, a Jane Edgerton y al *scout* a acompañarle en su tienda de campaña.

—Tengo que hablarles, amigos míos —les dijo en cuanto tomaron asiento—, y les ruego que escuchen con atención la proposición que tengo que hacerles.

Estaba grave. Las arrugas de la frente demostraban la obsesión que le dominaba, y dada la sincera amistad que Summy Skim experimentaba por él, esta actitud le inquietaba. ¿Habría tomado Ben Raddle el partido de abandonar la campaña, de renunciar a luchar con la naturaleza, que se rebelaba contra él? ¿Se habría al fin resignado a volver a Montreal, si la situación no se modificaba antes de terminarse el buen tiempo? No hay que decir lo que hubiera agradado a Summy Skim tal decisión.

—Amigos míos —empezó diciendo Ben Raddle—: no tengo la menor duda sobre la existencia del Golden Mount ni sobre el valor de las materias que encierra. Jacques Ledun no nos ha engañado, como hemos podido observar por nuestros propios ojos. Las primeras manifestaciones de una erupción han sido pérdidas para nosotros y no nos es posible penetrar en el cráter. Si hubiéramos podido hacerlo, se habría terminado nuestra campaña y ya estaríamos camino del Klondike.

—Ésta se producirá —afirmó Bill Stell.

—Antes de seis semanas —dijo Summy entre dientes.

Hubo algunos momentos de silencio: cada uno estaba preocupado con su idea. Después de un instante de reflexión, como

si quisiera pesar todas las consecuencias de un proyecto meditado desde hacía tiempo, volvió a decir Ben Raddle:

—He dejado pasar algunos días sin hablar de una idea que Jane Edgerton me ha sugerido. Tal vez esta reflexión haya sido dictada por despecho al ver nuestra impotencia para sacar a flote nuestra empresa, y tal vez también no le haya concedido ninguna importancia... A mí me ha impresionado la idea emitida; he reflexionado profundamente; he buscado todos los medios de realizarla, y creo haberlos encontrado. A la pregunta que se me hizo, ¿no se podría provocar la erupción?, yo respondo ahora: ¿por qué no?

Jane Edgerton miraba fijamente al ingeniero. Ese lenguaje le agradaba. ¡Dominar los seres y las cosas; doblegar a su voluntad hasta la naturaleza, eso era vivir! La boca temblorosa, la nariz dilatada, todo en su actitud demostraba su impaciencia, ávida de conocer los detalles de tan excitante proyecto.

Summy Skim y el *scout* se miraban, como preguntándose si el ingeniero conservaba aún su pleno juicio; si tantas decepciones y preocupaciones no habían turbado su razón. ¿Adivinó Ben Raddle su pensamiento? Quizá por eso, con la lucidez de un hombre perfectamente dueño de sí mismo, volvió a decir:

—Los volcanes, como saben, están todos situados al borde del mar: el Vesubio, el Etna, el Hecla, el Chimborazo y tantos otros del nuevo y del antiguo continente. De lo que se deduce que la presencia de agua les es necesaria, y la teoría moderna admite que los volcanes deben estar en comunicación subterránea con el océano. Las aguas se filtran allí; se introducen brusca o lentamente, según la naturaleza del suelo; penetran hasta el pozo interior y se reducen en vapores. Cuando esos vapores encerrados en las entrañas de la tierra del globo han adquirido alta tensión, provocan trastornos internos, buscan el modo de escapar fuera, arrastrando las escorias, las cenizas, las rocas, por la chimenea del volcán, en medio de torbellinos de humo y de llamas. Ahí está, sin duda ninguna, lo que produce la erupción y también los temblores de

tierra, de algunos de ellos... Pues bien, lo que hace la naturaleza, ¿por qué los hombres no lo han de hacer?

Puede decirse que en este momento todos devoraban al ingeniero con la mirada. Si la teoría de los fenómenos eruptivos no tiene aún un carácter de certidumbre absoluta, la explicación que acababa de dar se consideraba como la más posible. En lo concerniente al Golden Mount, nada se oponía a que hubiera recibido filtraciones del océano Ártico. Obstruidas las comunicaciones durante un tiempo más o menos largo, no lo estaban hoy, puesto que bajo la presión de las aguas volatilizadas el volcán empezaba a arrojar vapores. ¿Sería, pues, posible introducir a torrentes las aguas del mar en el foco central? ¿Llegaría la audacia del ingeniero hasta querer intentar semejante obra, hasta creerla posible?

—Ustedes han observado como yo —volvió a decir Ben Raddle—, cuando estamos en la cima del Golden Mount, que el cráter está situado hacia el lado nordeste del monte. El ruido del trabajo plutoniano se oye desde ese lado, y en este mismo momento precisamente los ruidos interiores son muy perceptibles.

En efecto; como para apoyar el razonamiento del ingeniero, se propagaron por fuera ruidos sordos con una intensidad particular.

—Debemos tener por cierto —dijo Ben Raddle— que la chimenea del volcán está ahuecada en el sitio más próximo a nuestro campamento. No tendremos, pues, más que taladrar ese lado de la montaña, y allí excavar un canal, por el cual las aguas se precipiten en cantidad ilimitada.

—¿Qué aguas? —interrogó Bill Stell—. ¿Las del mar?

—No —respondió el ingeniero—. No será necesario buscar el agua tan lejos. ¿No tenemos el río Rubber? Separado de una de las ramas del Mackenzie, se desviará en el Golden Mount la inagotable red del delta.

Y Ben Raddle añadió:

—Desviará como si el canal, taladrado ya a través del macizo, hubiera dejado paso a las aguas del río Rubber. A medida que lo

exponía se afirmaba en su proyecto, que era ya para él resolución firme e inquebrantable. Por muy audaz que fuese el proyecto, ninguno de sus compañeros, ni aun el mismo Summy Skim, tuvieron intención de hacer objeción alguna.

Sin Ben Raddle lograba su objeto, la cuestión estaba resuelta, y no le quedaría ya más que partir. Si el volcán lanzaba sus riquezas, la solución sería la misma; pero entonces, cargados, tanto o más que las carretas, volverían a tomar el camino del Klondike.

Lanzar masas líquidas en el foco volcánico podía, es cierto, ofrecer grandes peligros. ¿Su evaporación no se efectuaría con una violencia inmoderada? Sustituyendo a la naturaleza, ¿no podría ocurrir alguna catástrofe? ¿Provocarían, más que una erupción, un temblor de tierra, que desconcertaría la región y aniquilaría el campamento con los que lo ocupaban?

Pero esos peligros nadie quería verlos, y en la mañana del 24 de junio empezaron los trabajos.

Siguiendo la orden del ingeniero, se empezó atacando, en primer lugar, el lado del Golden Mount. En efecto, si la piqueta encontraba una roca demasiado dura para taladrarla; si la galería no podía ser abierta hasta la chimenea del cráter, sería inútil sondear, por la derivación del río, un canal que no tendría salida.

La abertura de la galería fue establecida a unos veinte pies debajo del estiaje del río, de manera que pudiera facilitar una corriente muy rápida. Por una dichosa circunstancia, las herramientas no tuvieron que trabajar en materia resistente, por lo menos, al principio de la galería. Se encontró primero tierras friables, después restos pedregosos y fragmentos de lavas hundidas en la masa desde largo tiempo, y, en fin, pedazos de cuarzo, fragmentado sin duda por sacudidas anteriores.

El trabajo continuaba de día y de noche. No había que perder una hora. ¿Cuál era el espesor de la muralla? Ben Raddle no había podido decidirse por ningún cálculo, y la galería sería quizá más larga de lo que había creído. A medida que la obra avanzaba, los ruidos interiores eran cada vez más intensos.

Sin embargo, aunque se aproximasen a la chimenea, esto no quería decir que estuvieran a punto de alcanzarla.

Summy Skim y Neluto habían suspendido sus cacerías; tomaban parte en los trabajos, como el ingeniero mismo, y diariamente el horadamiento avanzaba cinco o seis pies.

Por desgracia, después de cinco días se encontró cuarzo, contra el cual el pico y la piqueta se embotaban. ¿Cuánto tiempo serían necesarios para ahuecar ese macizo de una extrema dureza, del cual, sin duda, estaba formado el corazón de la montaña? Ben Raddle resolvió emplear barrenos, y Summy Skim tuvo que desprenderse de una parte de la pólvora que tenía reservada, transformada en cartuchos. Esta pólvora no constituía solamente munición de caza; en caso preciso, podría también serles útil para la defensa. Pero no parecía que la caravana corriera ningún peligro.

La comarca estaba siempre desierta, y jamás se había visto ninguna partida de indígenas en los alrededores del campamento.

El empleo de los barrenos dio bastantes buenos resultados. Aunque la media de avance descendió bastante, por lo menos no fue detenido.

El 8 de julio, después de quince días de trabajos, la longitud de la galería pareció suficiente. Medía ya catorce toesas de profundidad en una sección de treinta pies cuadrados. Era, pues, capaz para dejar paso a una gran masa de agua. Los ruidos, los zumbidos del volcán se notaban entonces con tal fuerza que el espesor de la muralla no debía pasar de uno o dos pies. Sería suficiente barrenar un poco más para abrirla y terminar el taladro de la galería.

Ciertamente el proyecto de Ben Raddle no se detendría por un infranqueable obstáculo. El canal a cielo abierto por el que derivarían las aguas del río Rubber, se ejecutaría sin gran trabajo en un suelo compuesto únicamente de tierra y arena, y aunque medía trescientos pies, aproximadamente, el ingeniero pensaba acabarlo en unos diez días.

—Lo más difícil está hecho —dijo Bill Stell.

—Y lo más largo —respondió Ben Raddle—. Desde mañana empezaremos a excavar el canal a seis pies de la ribera izquierda del río Rubber.

—Y bien —dijo Summy Skim—, puesto que tenemos medio día de reposo, yo propongo emplearlo...

—¿En la caza, señor Summy? —preguntó Jane riendo.

—No, señorita Jane —respondió Summy Skim—. En hacer por última vez la ascensión del Golden Mount, a fin de ver lo que pasa allá arriba.

—Buena idea, Summy —dijo Ben Raddle—, pues parece que la erupción tiende a acrecentarse, y es conveniente comprobarlo con nuestros propios ojos.

La proposición era prudente, en efecto, y se aceptó al momento. Más diestros, por la repetición del mismo ejercicio, los ascensionistas, a los cuales se unió Neluto, no emplearon más que hora y media en llegar al cráter.

Les fue imposible aproximarse a él tanto como la primera vez. Los vapores eran más altos y más espesos, y era tal el calor cerca del cráter, que realmente no podían tolerarlo. El volcán, sin embargo, continuaba sin arrojar ni lavas ni escorias.

—Decididamente —observó Summy Skim—, no es este Golden Mount generoso ni mucho menos, y si tiene pepitas las guarda preciosamente.

—Se le cogerán a la fuerza, puesto que no quiere darlas con gusto —respondió Jane Edgerton.

Lo cierto era que los fenómenos eruptivos se manifestaban ahora con más energía. El zumbido interior se parecía al de una caldera sometida a alta presión y cuyos palastros se resienten bajo la acción del fuego. Era evidente que se preparaba una erupción. Pero quizá transcurrirían semanas y hasta meses antes de que el volcán lanzase al espacio su sustancia inflamada.

Así, Ben Raddle, después de haber observado el estado actual del cráter, no pensó de ningún modo interrumpir los trabajos empezados, y resolvió continuarlos con un aumento de actividad.

Antes de descender, los excursionistas echaron una mirada a su alrededor. La comarca parecía desierta. No se veía nada ni en la explanada ni en el mar. Respecto a eso, Ben Raddle y sus compañeros podían estar satisfechos. El secreto del Golden Mount era ignorado de todo el mundo.

Vueltos de espaldas al cráter, Ben Raddle y sus compañeros se entusiasmaban en la contemplación del extenso horizonte. Summy Skim, particularmente, parecía estar absorto. Con la mirada fija en el sudeste, no hacía ningún movimiento, como si se olvidara de todo lo que le rodeaba.

—¿Qué es lo que hay de tanto interés por ese lado? —le preguntó Jane Edgerton.

Summy respondió emocionado:

—Montreal, señorita Jane, Montreal y Green Valley.

—¡Green Valley! —repitió Jane—. Ese nombre lo tiene en el corazón, señor Skim.

—¡No sería posible de otra manera! —replicó Summy, sin dejar de mirar en la dirección que le atraía, como el polo atrae la aguja imantada—. ¿No es allí donde yo he triunfado? En Green Valley he visto nacer a unos, y otros me han visto a mí. Allí, conocido y bien acogido de todos, desde el anciano hasta el niño más pequeño, soy el amigo de todo el mundo, y si exceptúo a mi querido Ben, más dispuesto, por desgracia, a recibir la afección que a demostrarla, allí es donde únicamente encuentro una familia. Quiero a Green Valley porque me ama él a mí, señorita Jane.

Summy se calló, y Jane imitó su silencio. Ésta parecía pensativa. ¿Las palabras pronunciadas por su compañero de aventuras despertaban en su corazón sentimientos adormecidos? ¿Pensaría que la energía, el esfuerzo, aun siendo victoriosos, no serían suficientes para llenar todas las aspiraciones de la vida; que si el libre ejercicio de una voluntad bien dirigida y consciente no son por sí solos bastante para colmar de orgullo nuestro cerebro, sino que otros instintos más poderosos son los que pueden satisfacernos? ¿Bajo la influencia de las palabras oídas, había tenido una noción

más clara de su singular posición? ¿Se había visto, débil y sola, en la cumbre de esta montaña, perdida en los confines del mundo habitable, rodeada de hombres, la mayor parte groseros, y para los cuales bien pronto no sería más que una pasajera de un día olvidado? ¿Se diría que no tenía familia tampoco, y que, menos feliz que Summy, no había para ella un Green Valley lleno de brazos abiertos y de corazones amantes?

—¡Toma!... —exclamó de repente Neluto, que era el que mejor vista tenía de todos.

—¿Qué? —preguntó Ben Raddle.

—Nada —respondió Neluto—. Y sin embargo, me ha parecido ver...

—¿Qué? Termina —insistió Ben Raddle.

—Yo no sé... —dijo el indio titubeando—. Me ha parecido... Humo tal vez.

—¡Humo! —exclamó el ingeniero—. ¿En qué dirección?

—Por allí —explicó Neluto, señalando hacia el bosque, que empezaba en el oeste, a tres millas del volcán.

—¿En el bosque? ¿Sobre la linde?

—¿En el interior, bajo los árboles, entonces?

—Sí.

—¿A qué distancia?

—¡Oh!... Dos o tres millas, en los árboles... Menos tal vez...

—O más —acabó Ben Raddle impacientado—. Conozco el estribillo, mi buen Neluto... No veo nada, tal vez...

—Yo no veo ya nada tampoco... —dijo Neluto—. Y ni estoy seguro de haberlo visto... Era tan poca cosa... He podido equivocarme.

Era la primera vez, desde que habían llegado al litoral del océano polar, que la presencia del hombre se señalaba en esas regiones hiperbóreas. ¡Humo por cima de los árboles! ¿Qué quería decir eso? Que una tropa acampaba en aquel momento a su abrigo, y cualquiera que fuese esta tropa no había nada bueno que esperar de ella.

¿Quiénes eran esas gentes? ¿Serían cazadores, o tal vez *prospecteurs* en busca del volcán de oro cuya existencia conocían?

Podía muy bien haber sucedido que los recién llegados no hubieran notado siquiera la existencia del Golden Mount, pues los árboles eran muy altos y ocultaban la montaña. Pero si no lo habían visto, lo verían, y nadie podía decir lo que resultaría de este descubrimiento.

De todos modos, esta eventualidad no dejó de preocupar vivamente a Ben Raddle y a sus compañeros.

Todos, a excepción de Jane, que continuaba absorta, dirigían con persistencia miradas hacia occidente. No notaron nada extraño. No se vio ninguna nube de humo por cima de los árboles, cuya masa sombría se prolongaba más allá del horizonte.

Convencido del error de Neluto, Ben Raddle dio la señal de partir.

En este momento, Jane se aproximó a Summy.

—Estoy cansada, Summy —dijo con tono quejumbroso.

Summy se quedó estupefacto. Y tenía por qué. Que Jane confesase que estaba fatigada, eso no se había visto nunca. Necesariamente algo le había hecho cambiar.

Si, algo era lo que había hecho cambiar a Jane Edgerton. El resorte que la sostenía cuando cumplía, sin cansarse, necesidades superiores a sus fuerzas, acababa, si no de romperse, al menos de aflojarse. Por un instante veía la vida de otro modo que una continuación de luchas y de esfuerzos ininterrumpidos. Comprendía la dulzura de ser amada, protegida; adivinaba lo que sería un nido de familia, donde todo lo que le rodea es ternura, y su cuerpo había languidecido por el abandono de su corazón solitario. ¡Ah, cómo se había fatigado Jane Edgerton!

No estaba Summy lejos de conocer la causa de este cambio; no se perdía en este complicado análisis. Miraba a Jane sorprendido de su reflexión y del tono que había tomado, extrañándose de descubrir lo que no había visto hasta entonces. ¡Qué delicada, qué débil y qué bonita era esta niña, cuya silueta, proyectada sobre el cielo, era tan

poca cosa en el espacio inmenso que les rodeaba! ¡Qué disparate que fuese hasta allí, a una comarca perdida, expuesta a todas las fatigas, a todas las enfermedades, a todos los peligros! Y el bueno de Summy estaba conmovido y lleno de fraternal piedad.

—No tenga miedo, señorita Jane —le dijo riendo para ocultar su emoción—; yo estoy aquí. Apóyese en mí. Tengo el brazo y el pie fuertes.

Empezaron a descender; Summy dirigía y sostenía a su ligera compañera con las atenciones de un hermano mayor, con los cuidados de un amante, queriendo conducir a buen puerto algún objeto frágil y precioso.

Jane Edgerton, medio inconsciente, se dejaba guiar. Marchaba en una especie de ensueño; los ojos, sin expresión, miraban muy lejos. ¿Qué miraba? No lo hubiera podido decir ella misma. ¿Allá, más allá del horizonte, lo desconocido, o el misterio más impenetrable aún de su turbado corazón?

CAPÍTULO IX

LA CAZA DEL ALCE

La orilla izquierda del río Rubber formaba un recodo pronunciado, de unas cincuenta toesas, cerca del sitio donde se abría la galería que la iba a unir con la chimenea del cráter. La derivación sería practicada en el mismo ángulo que formaba el recodo. Se trataba, pues, de cavar un canal de trescientos pies de largo.

Desde la mañana del 9 de julio se emprendió la obra.

A los primeros golpes dados con las herramientas comprendieron que el terraplén no exigía grandes esfuerzos. El suelo, hasta siete u ocho pies, estaba formado de materias friables. Esta profundidad sería más que suficiente, con una anchura igual, y no sería necesario recurrir a los barrenos, lo que hubiera podido agotar la provisión de pólvora.

El personal de la caravana mostraba una gran actividad. La proximidad del fin doblaba el ardor de todos. Se conocía el plan de Ben Raddle, y aunque muchos comprendiesen mal la teoría, ninguno ponía en duda que el Gulden Mount no vomitase muy pronto el oro a boca llena por su cráter.

Patrick, sobre todo, hacía maravillas. Valiéndose de su fuerza prodigiosa, trabajaba como diez hombres.

El canal avanzaba con rapidez. Se relevaban, y aprovechando los largos crepúsculos se trabajaba una parte de la noche. Ben Raddle vigilaba las obras y se ocupaba en hacer sostener los ribazos del canal, rebuscando siempre cómo recortar algún filón aurífero; pero no descubría nada.

—He ahí un río —hizo observar el *scout*— que no vale lo que el Bonanza. Pero, en fin, ¡poco importa que sus aguas no acarreen pepitas, si nos procuran las del Golden Mount!

Transcurrieron ocho días. El 16 de julio el canal estaba casi terminado por completo. Con unos metros más que cavasen bastaría para sesgar el ribazo del río, sobre cinco o seis pies de largo, y de taladrar la muralla que subsistía aún entre el fondo de la galería y la chimenea. Las aguas irían por sí solas a verterse en las entrañas del volcán.

¿Cuánto tiempo sería preciso para que la erupción, provocada por la acumulación de los vapores, se produjese? Nadie podía responder con precisión a ese punto. Sin embargo, el ingeniero había observado que la actividad volcánica crecía de día en día. En medio de los humos más espesos que coronaban la montaña, las llamas se elevaban a mayor altura, y durante las horas de oscuridad resplandecía la comarca cercana sobre una larga extensión. Era, pues, de esperar que las aguas lanzadas en el foco central se evaporarían inmediatamente y provocarían una enérgica y repentina recrudescencia de los fenómenos eruptivos.

Ese día, hacia el anochecer, Neluto fue a buscar a Summy Skim, y con voz jadeante, por la carrera que se había dado, dijo:

—¡Ah señor Skim... señor Skim!

—¿Qué hay, Neluto?

—¡Hay... hay alces, señor Skim!

—¡Alces! —exclamó Summy.

—Sí... una manada... una media docena tal vez... o más... o...

—O menos —continuó Summy—. Ya conozco tu estribillo. ¿En qué dirección los has visto?

—Por allí.

—Y el indio indicaba la llanura oeste del Golden Mount.

—¿Lejos?

—¡Quiá!... Una legua lo más... o media legua...

—O doscientos kilómetros, está comprendido —dijo Summy riendo.

Uno de los más vivos deseos del entusiasta cazador era encontrar alces y matar un par. Ese deseo no lo había podido satisfacer desde su llegada al Klondike. Apenas se había visto esos animales en los alrededores de Dawson City o sobre el territorio del Forty Miles Creek. La noticia llevada por Neluto era para excitar sus instintos cinegéticos.

—¡Ven! —dijo al indio.

Los dos dejaron el campamento y costearon en unos cien pasos la base del Golden Mount. A los pocos pasos pudo Summy convencerse por sus propios ojos de la verdad que Neluto acababa de decir. Una manada de alces subía tranquilamente hacia el noroeste, a través de la vasta llanura.

A pesar del violento deseo que tuvo de emprender inmediatamente la persecución, tuvo la prudencia de dejar para el día siguiente el cumplimiento de su proyecto. Era demasiado tarde para partir. Lo principal, después de todo, era que esos rumiantes hubiesen aparecido en aquellos alrededores. Ya sabrían encontrarlos.

En cuanto volvieron al campamento, Summy comunicó a Ben Raddle su proyecto. Como no faltaban brazos para acabar el canal, el ingeniero no vio ningún inconveniente en privarse de Neluto durante un día. Se convino que los dos cazadores se lanzarían desde las cinco de la mañana en busca de los alces.

—Pero me prometerás —dijo Ben Raddle— que no te alejarás mucho...

—A los alces es a quien debías hacer esa recomendación —respondió Summy Skim, riendo.

—No, Summy, a ti es a quien la hago. Siempre hay que temer algún mal encuentro en este país desierto.

—Precisamente porque está desierto está seguro —replicó Summy.

—Bueno, pero prométeme estar de vuelta en las primeras horas de la tarde.

—En las primeras horas... o en las últimas, Ben.

—¡Tardes que duran la mitad de la noche!... Eso no quiere decir nada —dijo el ingeniero—. No, Summy, decimos que a las seis, y sabes que si no has vuelto antes estaré realmente intranquilo.

—Comprendido, Ben —repitió Summy Skim—, comprendido; para las seis... con el cuarto de hora de propina.

—Acepto el cuarto de hora de propina, con la condición de que no dure más de quince minutos.

Ben Raddle temía que su primo, una vez en la caza, se dejase arrastrar más de lo conveniente. Hasta entonces no se había presentado ninguna partida de indios en las bocas del Mackenzie, de lo que se congratulaban. Pero esta eventualidad podía producirse un día u otro, y Ben Raddle no dejaba de pensar en el humo que Neluto había creído divisar por cima de los árboles del bosque. Aunque ya habían transcurrido quince días, conservaba cierta angustia y ansiaba que llegara el momento de que, terminada felizmente la campaña, pudiera volver a tomar el camino de Dawson.

Al día siguiente, antes de las cinco, Summy Skim y Neluto dejaron el campamento, armados cada uno de una escopeta, municiones, provisiones para dos comidas y acompañados de un perro escogido entre las varias muestras de raza canina que la caravana había llevado con ellos. Este animal, que atendía al nombre de *Stop*, era más bien un perro de guardia que de caza; pero Summy había notado en él cierta delicadeza de olfato, unido a un carácter de lo más sociable; lo llevaba siempre con él y seguía metódicamente su educación. Y él mismo se alababa de los resultados obtenidos.

El tiempo era hermoso y fresco, a pesar de que el sol hacía bastante tiempo había salido por encima del horizonte. Los dos

cazadores se alejaron rápidamente, mientras que su perro saltaba alrededor de ellos ladrando.

En suma: las excursiones que había hecho Summy Skim en los alrededores de Dawson City o en las cercanías de Forty Miles Creek no habían tenido el encanto que ésta le producía, si se exceptúa los tres osos derribados.

El alce es un anta con la cabeza adornada de magníficos cuernos. Antes era muy común en la comarca regada por el Yukón y sus tributarios; ese rumiante, antiguamente medio doméstico, había desaparecido desde el descubrimiento de los *claims* del Klondike, y se refugió en las latitudes más septentrionales, donde tiende a volver al estado salvaje.

Difícilmente se aproxima, y no se le caza más que en circunstancias muy favorables. Es una lástima, pues su piel es preciosa, y su carne excelente y estimada tanto como la del buey.

Summy Skim no ignoraba que el alce es muy desconfiado y que está dotado de excelente oído, olfato y vista. Al menor ruido huye con tal velocidad que es inútil seguirlo. Los dos cazadores tomaron minuciosas precauciones para obtener buena puntería.

El rebaño de rumiantes, detenido en el límite del bosque, estaba a legua y media aproximadamente.

Algunos grupos de árboles se elevaban aquí y allá, y era preciso, para franquear una parte del trayecto, deslizarse o, mejor dicho, reptar de uno a otro sin ser apercebidos. Pero en la proximidad del lindero no sería así, y los cazadores no podrían dar un paso sin ser descubiertos. El alce huiría y habría que renunciar a encontrar sus huellas. Después de un conciliábulo, Summy Skim y Neluto decidieron penetrar en el bosque más al sur. Desde allá, yendo de árbol en árbol, quizá lograrían unirse a la manada y la cogerían desprevenida.

Tres cuartos de hora más tarde, Summy Skim y el indio entraban en el bosque, a unos dos kilómetros del sitio donde pacían los alces. Neluto llevaba a *Stop* por el collar, que temblaba de impaciencia.

—Sigamos la linde por el interior de los árboles —dijo Summy Skim—; pero ¡por Dios, no sueltes al perro!

—¡No, señor Skim! —respondió Neluto—. Pero usted, a su vez, sosténgame a mí.

Summy Skim sonreía. ¡En verdad costaba bastante sostenerse uno mismo!

La marcha se efectuaría con dificultad bajo los árboles. Los álamos temblones, los abedules y los pinos se apretaban unos con otros, y espesas zarzas impedían el paso. Era preciso evitar el chasquido de las ramas caídas en el suelo, pues el ruido hubiera sido oído por los alces. El sol, más ardiente, inundaba de luz los ramajes inmóviles. No se oía piar a ningún pájaro; ningún rumor llegaba de las profundidades del bosque.

Eran ya más de las nueve cuando los dos cazadores hicieron alto a menos de trescientos pies del sitio donde estaban los alces. Los unos pacían y saciaban su sed en un río que salía del bosque; los otros, echados en la hierba, parecían dormidos. El rebaño no manifestaba ninguna inquietud. Sin embargo, no había duda de que la menor alerta les pondría en fuga, y probablemente en dirección al sur, hacia los manantiales del Porcupine River.

Summy Skim y Neluto no eran gentes que les gustara descansar, aunque tuviesen necesidad de ello. Puesto que la ocasión de hacer un buen disparo se presentaba, no querían dejarla escapar.

Helos, pues, la escopeta cargada, el dedo en el gatillo, siguiendo la rampa de la linde. Nunca había sentido Summy Skim más emoción. El corazón le latía precipitadamente; la mano le temblaba y temía no poder apuntar bien. ¡Verdaderamente, si perdía esta ocasión tan codiciada de matar al alce, no habría más que morir de vergüenza!

Summy Skim y Neluto se aproximaban sin ruido a través de las hierbas, seguido uno del otro. En este silencio llegaron a menos de sesenta pasos del pundo donde se encontraban los rumiantes. Neluto sostenía a *Stop*, que estaba jadeante, pero no ladraba.

Los alces no parecían darse cuenta de la proximidad de los cazadores. Los que estaban tendidos en el suelo no se levantaron, y los otros continuaban paciendo.

Sin embargo, uno de ellos, un animal magnífico, cuyos cuernos se desarrollaban como las ramas de un arbolito, levantó la cabeza en aquel momento. Se agitaron sus orejas y extendió el hocico hacia la linde, como queriendo respirar el aire que llegaba.

¿Habría comprendido el peligro e iría a huir, arrastrando tras él a los otros?

Summy Skim tuvo el presentimiento de que pasaría esto, y la sangre afluyó a su corazón.

Pero, serenándose, dijo a Neluto en voz baja:



—¡Fuego! Y los dos a la vez para no fallar el tiro.

De repente se oyó un violento ladrido, y *Stop*, a quien acababa de soltar Neluto, se lanzaba en medio del rebaño.

Una bandada de perdices no habría desaparecido con la velocidad de estos animales. Ni Summy Skim ni Neluto tuvieron tiempo de tirar.

—¡Maldito perro! —exclamó Summy Skim, levantándose furioso.

—Debía haberlo tenido por el cuello —dijo Neluto.

—¡Y estrangularlo! Summy Skim, fuera de sí. Y, verdaderamente, si el animal hubiese estado allí, no lo hubiera pasado muy bien.

Pero *Stop* estaba ya a más de doscientos metros cuando los cazadores franquearon la linde del bosque. Se había lanzado a la persecución de los alces y se esforzaban en vano en llamarlo.

El rebaño se dirigía hacia el norte con una rapidez mayor que la del perro, a pesar de ser éste un animal vigoroso y muy ligero. ¿Volvería al bosque o desaparecería a través de la explanada, yendo hacia el este? Sería lo mejor que podía ocurrir, pues de ese modo se aproximaría al Golden Mount, cuyo humo hacía remolinos a legua y media. Pero también podría ser que tornase la dirección oblicua hacia el sudeste, del lado del Peel River, y que fuese a buscar refugio en los primeros desfiladeros de las Montañas Rocosas. En ese caso, habría que renunciar a volverlo a ver.

—Sígueme —gritó Summy Skim al indio—, y procuremos no perderlo de vista.

Corriendo los dos a lo largo de la linde, se pusieron a perseguir al rebaño, alejado ya cerca de un kilómetro. La misma irresistible pasión que arrastraba al perro les exaltaba a ellos, y no les permitía ya razonar.

Un cuarto de hora después, Summy Skim tuvo una viva emoción. Los alces acababan de detenerse, como indecisos sobre el rumbo que les convenía tomar. ¿Qué irían a hacer? No podían continuar huyendo hacia el norte, del lado del litoral, que les obligaría bien pronto a detenerse. ¿Volverían a descender hacia el sudeste? En ese caso Summy y Neluto deberían abandonar la partida.

Después de unos momentos de indecisión, los alces se decidieron a entrar en el bosque y a refugiarse detrás del enmarañamiento de los árboles. El jefe del rebaño franqueó la linde de un salto y los otros le siguieron.

—Eso era lo mejor que podía ocurrirnos —dijo Summy Skim—. En la explanada no hubiéramos podido aproximarnos a una distancia conveniente. En el bosque les será imposible escapar tan de prisa; tal vez podamos darles alcance, y entonces...

Tuviese fundamento este razonamiento o no, el caso es que dio por resultado la marcha de los cazadores a través de un bosque cuya extensión ignoraban y que les era desconocido por completo.

Stop les había precedido. Saltaba entre los árboles, y sus ladridos se oían aún, pero no se le veía ya.

Su agilidad le permitía pasar por todas partes, y llegó a ganar a los alces, pues sus largos cuernos les impedían pasar por las breñas y los zarzales. No era posible, en esas condiciones, que no se fatigasen.

Los dos entusiastas cazadores se introdujeron entre los ramajes, y guiados únicamente por los ladridos del perro, anduvieron por espacio de dos horas. Llevados por una pasión irresistible, iban a la ventura, internándose cada vez más hacia el oeste, sin preguntarse si no tendrían alguna dificultad en encontrar el camino cuando quisieran volver.

El bosque era cada vez menos espeso a medida que se alejaban del lindero. Los árboles eran de la misma especie que los anteriores, pero más esparcidos y crecidos en un terreno más libre de raíces y de malezas.

Si no apercibían a los alces, *Stop* al menos no les había perdido la pista. Sus ladridos persistían, y no debía estar muy lejos de su amo.

Summy Skim y Neluto se aventuraban cada vez más en las profundidades del bosque, cuando un poco después de mediodía los ladridos del perro cesaron de oírse.

Se encontraban en un espacio al descubierto donde penetraban libremente los rayos del sol. ¿A qué distancia del lindero se encontraban? Summy Skim no podía darse cuenta más que por el tiempo transcurrido, y juzgaba que a unos ocho o diez kilómetros. El tiempo lo tenían justo para volver al campamento, después de un alto, del que los dos tenían gran necesidad. Rendidos, hambrientos, se sentaron al pie de un árbol. Sacaron las provisiones del morral y comieron con un excelente apetito, no sin experimentar vivos sentimientos de no poder añadir a su menú algún trozo de alce asado.

Repuestas sus fuerzas, estuvieron indecisos sobre la dirección que debían seguir. La prudencia aconsejaba en vano volver al campamento. Summy Skim parecía poco dispuesto a ello. Volver de caza con las manos vacías es vergonzoso para un cazador; volver sin su perro es el colmo del deshonor, pues *Stop* no había aparecido.

—¿Dónde podrá estar? —preguntó Summy Skim.

—Seguramente persiguiendo a los alces —respondió el indio.

—Naturalmente. ¿Pero dónde están esos alces? Como para responder a esta pregunta, los ladridos de *Stop* se oyeron de repente, a menos de trescientas toesas.

Sin cambiar otras palabras, los dos se lanzaron del lado donde se oían los ladridos del perro.

No pensaban ya en nada más que en echar a correr de nuevo a gran velocidad.

Irían tal vez muy lejos. En efecto, la dirección seguida no era la del noroeste. Se dirigían hacia el sudoeste, y tras los alces iba *Stop*, obstinado en seguirles, y tras *Stop* sus amos, más obstinados aún. Éstos volvían la espalda completamente al Golden Mount.

Después de todo, apenas empezaba el sol a declinar hacia el horizonte occidental; si los cazadores no estaban de vuelta en el campamento a las seis, según lo convenido con Ben Raddle, estarían a las siete o a las ocho, todo lo más; es decir, mucho antes de ser noche cerrada.

Summy Skim y Neluto no se detenían en estas reflexiones. Corrían tan de prisa como se lo permitían sus fuerzas, sin pensar en otra cosa, aun sin tratar de llamar al perro.

Habían perdido toda noción del tiempo que había transcurrido. No sentían cansancio. Summy Skim no se daba cuenta de dónde se encontraban. Cazaba en los territorios del extremo norte como hubiera cazado en los alrededores de Montreal.

Una o dos veces creyeron conseguirlo. Se veían algunos cuernos por encima de las zarzas, a menos de quinientos pasos. Pero los ágiles animales no tardaron en desaparecer, y no se presentó ocasión de disparar.

Varias horas transcurrieron en esta vana persecución, pues los débiles ladridos de *Stop* demostraban que los alces avanzaban mucho. Al fin esos ladridos dejaron de oírse, fuese porque el perro estuviera demasiado lejos, o fuese porque, rendido de tan larga carrera, ladrara tan bajo que no se le oyera.

Summy Skim y Neluto se detuvieron, sin fuerzas ya, y cayeron al suelo como dos masas. Eran entonces las cuatro de la tarde.

—¡Terminado! —dijo Summy Skim en cuanto pudo hablar.

Neluto movió la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Dónde estamos? —volvió a decir Summy Skim.

El indio hizo un gesto de ignorancia, y miró a su alrededor.

Los dos cazadores se encontraban al borde de una extensión bastante clara de árboles, por donde pasaba un río pequeño, que sin duda iba a reunirse en el sudoeste a uno de los afluentes del Porcupine River. Más allá, los árboles se apretaban unos contra otros, como para impedir el paso.

—Es preciso ponernos en marcha —dijo Summy Skim.

—Para el campamento, supongo —respondió Neluto, que se encontraba rendido.

—¡Voto a...! —exclamó Summy Skim, encogiéndose de hombros.

—¡En marcha, pues! —dijo el indio, levantándose penosamente, y empezando a seguir el contorno del claro.

No habían andado aún diez pasos cuando se detuvo mirando al suelo.

—Mire usted, señor Skim —dijo.

—¿Qué hay? —interrogó Summy.

—Lumbre, señor Skim.

¡Lumbre!

—La ha habido al menos.

Summy Skim se aproximó y vio un montoncito de cenizas, ante las cuales el indio permanecía inmóvil y pensativo.

—¿Hay, pues, cazadores en este bosque? —preguntó Summy.

—Cazadores... u otra cosa —respondió Neluto. Summy se había inclinado y miraba con atención las cenizas sospechosas.

—No son de ayer —dijo, levantándose.

En efecto, esas cenizas blancas, medio cementadas, por decirlo así, por la humedad, debían estar allí desde hacía mucho tiempo.

—Así parece —dijo Neluto—; pero nos conviene fijarnos.

El indio descubrió a pocos pasos, entre la hierba, un objeto brillante. Se dirigió rápidamente hacia él; se agachó y recogió el objeto, lanzando un grito de sorpresa.

Era un puñal de hoja recta, enmangada en un puño de cobre.

Después de haberlo examinado, Neluto exclamó:

—Si no se puede conocer exactamente el tiempo que llevan aquí estas cenizas, he aquí un puñal que ha sido perdido no hará más de diez días.

—Sí —respondió Summy Skim—. La hoja está aún brillante, y no está más que ligeramente oxidada. Ha debido caer entre la hierba muy recientemente.

La hoja era, según había visto Neluto, después de mirarla y remirla, de fabricación española. En el mango estaba grabada la inicial M., y en la hoja el nombre de Austin, capital de Tejas.

—¿Así —volvió a decir Summy Skim— hace algunos días, algunas horas quizá, que han acampado extranjeros en esta explanada?

—Y eso no es de los indios —observó Neluto—, pues ellos no tienen armas de este género.

Summy miraba a su alrededor con inquietud.

—¿Quién sabe —añadió— si se dirigirán al Golden Mount?

Esta hipótesis era admisible, después de todo. Y si el hombre a quien pertenecía este puñal formaba parte de una tropa numerosa, amenazaba quizás un gran peligro a Ben Raddle y a sus compañeros. ¡Tal vez en este momento estuvieran cerca de los alrededores de la embocadura del Mackenzie!

—Vámonos —dijo Summy Skim.

—Al instante —respondió Neluto.

—¿Y nuestro perro? —exclamó Summy.

El indio llamó muy fuerte, volviéndose en todas direcciones; pero *Stop* no apareció.

No se trataba ya de la caza de los alces. Era preciso volver lo antes posible al campamento, a fin de que la caravana se pusiera en guardia para la defensa.

—¡En marcha, y sin perder un minutos! —ordenó Summy Skim.

En este mismo momento, a unos trescientos pasos del claro, resonó la detonación de un arma de fuego.

CAPITULO X

EL DESIERTO SE PUEBLA MÁS DE LO CONVÉNIENTE

Después de partir Summy Skim y Neluto para la caza de los alces, Ben Raddle había inspeccionado nuevamente los trabajos. Si no ocurría ningún contratiempo, se terminaría el canal aquella misma tarde.

No habría más que abrir la sangría en la ribera izquierda del río Rubber, dar los últimos golpes de piqueta en la muralla del cráter, y las aguas se precipitarían en torrente en las entrañas del Golden Mount.

Esas enormes masas líquidas, vaporizadas por el fuego central, determinarían muy pronto una violenta sacudida, que lanzaría fuera las materias volcánicas. Sin duda contendrían una fuerte proporción de lavas, de escorias y de otras sustancias sin valor; pero las pepitas, los cuarzos auríferos estarían mezclados, y no tendrían más que recogerlos, sin tomarse la pena de extraerlos.

La violencia de las fuerzas subterráneas continuaba aumentando. Los hervores interiores tomaban cada día mayor intensidad. Casi había lugar a dudar si sería necesaria la introducción de las aguas en el cráter.

—Veremos —respondió Ben Raddle al *scout*, que le hacía esta observación—. No hay que olvidar que tenemos que aprovechar el

tiempo. Estamos ya a más de mediados de julio.

—Y sería imprudente —dijo Bill Stell— retrasarse más de quince días en la embocadura del Mackenzie. Contemos con tres semanas para volver al Klondike, sobre todo si nuestras carretas van muy cargadas.

—Irán, Stell, no lo dude usted.

—En ese caso, señor Raddle, la estación estará ya bastante avanzada cuando lleguemos a Dawson City. Si el invierno viene adelantado, podremos experimentar grandes dificultades al atravesar la región de los lagos para llegar a Skagway.

—Habla usted de oro, mi querido Stell —respondió el ingeniero—, en broma, y es ocasión de hablar de ello cuando se está al pie del Golden Mount. Pero esté usted tranquilo, pues mucho me equivocaré si nuestros tiros no han emprendido el camino del Klondike dentro de ocho días.

El día pasó como de costumbre, y cuando llegó la noche, el canal estaba cavado de extremo a extremo.

A las cinco de la tarde ninguno de los cazadores aparecía en la llanura del oeste. Ben Raddle no se inquietó, pues Summy Skim podía aún disponer de una hora sin faltar a su promesa. Varias veces, sin embargo, al ir el *scout* a hacer un reconocimiento más allá del canal, iba a ver si los veía; pero no vio a nadie. Ninguna silueta se divisaba en el horizonte.

Una hora después, Ben Raddle, que empezaba a impacientarse, se propuso hacer reconvencciones a su primo, pero se suavizó en vista de la tardanza del culpable.

A las siete, como aún no aparecían Summy Skim y Neluto, el mal humor de Ben Raddle se cambió en inquietud, y esta inquietud aumentó cuando, una hora después, los ausentes no estuvieron aún de vuelta.

—Se han dejado arrastrar —repetía—. Con ese diablo de Summy no se puede contar para nada cuando tiene ante él un animal y en su mano una escopeta. ¡Sigue... sigue... sin tener

fuerza de voluntad para detenerse!... Yo debía haberme opuesto a esta caza.

—No será de noche antes de las diez —dijo Bill Stell para tranquilizar al ingeniero—, y no hay miedo de que el señor Skim pueda extraviarse. El Golden Mount se ve desde lejos, y en la oscuridad sus llamas sirven de faro en caso de necesidad.

La observación no carecía de fundamento. A cualquier distancia que estuvieran del campamento, los cazadores debían ver la claridad del volcán. Pero ¿y si eran víctimas de algún accidente? ¿Y si se encontraban en la imposibilidad de volver?

Pasaron dos horas; Ben Raddle no podía ya parar en su sitio, y el *scout* empezaba a ponerse nervioso. El sol se pondría muy pronto y sólo se alumbrarían por la luz crepuscular de las altas latitudes.

Poco después de las diez, Ben Raddle y el *scout*, que, cada vez más inquietos, habían dejado el campamento, costeaban la base de la montaña en el momento en que el sol se ocultaba. La última vez que miraron hacia la explanada no vieron nada; estaba completamente desierta. Inmóviles, escuchaban con gran atención, mientras la noche entraba poco a poco. No oían ningún ruido; la explanada estaba tan silenciosa como desierta.

—¿Qué cree usted, señor Raddle? —dijo el *scout*—. La caza de los alces no es una caza peligrosa, y a no ser que el señor Skim y Neluto hayan tenido un encuentro con los osos...

—Con osos... o con pillos, Si, tengo el presentimiento de que les ha ocurrido una desgracia.

Bill Stell cogió bruscamente la mano del ingeniero.

—Escuche usted —dijo.

En la noche creciente se oían ladridos lejanos.

—¡*Stop!* —exclamó Ben Raddle.

—¡No están muy lejos entonces! —añadió el *scout*. Los ladridos se oían ya mejor, y parecía que el perro se quejaba como si estuviera herido.

Ben Raddle y su compañero corrieron al encuentro de *Stop*, al que hallaron a unos doscientos pasos.

El perro volvía solo, arrastrando la pata trasera ensangrentada. Parecía que estaba sin fuerzas.

—¡Herido!... ¡Herido... y solo!... —exclamó Ben Raddle, con el corazón palpitando con violencia.

Sin embargo, el *scout* hizo esta reflexión:

—Quizá *Stop* está herido por su mismo amo o por Neluto, claro es que involuntariamente. Alguna bala perdida le habrá alcanzado...

—¿Por qué no se habría estado con Summy, si él podía darle algún cuidado, y traerlo con él? —observó Ben Raddle.

—De todos modos —dijo Stell—, llevaremos el perro al campamento y curaremos su herida. Si es ligera, él podrá ponernos en la pista de dónde se encuentra su amo.

—Sí —respondió el ingeniero—; saldremos todos bien armados, sin esperar a que amanezca.

El *scout* llevó al animal entre sus brazos. Diez minutos después estaban de vuelta en el campamento.

Llevaron al perro a la tienda de campaña y examinaron cuidadosamente la herida. No parecía grave; se trataba de una profunda desgarradura, limitada a los músculos, y que no interesaba ningún órgano.

Era una bala lo que le había herido, y el *scout*, muy entendido en ese género de operación, se dispuso a extraerla él mismo.

Ben Raddle tomó la bala y la examinó atentamente.

—Esta bala no es de Summy —dijo—. Ésta es más grande y no es de una escopeta de caza.

—Tiene usted razón —aprobó Bill Stell—; este proyectil es de un rifle.

—¡Han debido tener algún encuentro con aventureros, con malhechores! —exclamó el ingeniero—. Han debido defenderse, y durante el ataque *Stop* ha sido alcanzado... ¡Y si no se ha quedado al lado de su amo, es porque su amo ha sido agredido... o porque ha sucumbido con Neluto! ¡Ah, mi pobre Summy! ¡Mi pobre Summy!

¿Qué le podía responder Bill Stell? ¿Esta bala que no había sido lanzada por uno de los dos cazadores; este perro que volvía solo,

todo eso no justificaba los temores de Ben Raddle? ¿Era posible dudar que les había ocurrido una desgracia? O Summy Skim y su compañero habían perecido en su defensa, o estaban en manos de sus agresores, puesto que no aparecían.

A las once, Ben Raddle y el *scout* se decidieron a informar a sus compañeros de esta situación. Se despertó a todo el personal, y en pocas palabras les dijo el ingeniero que Summy Skim y Neluto habían salido antes de amanecer y que no habían vuelto aún. Jane Edgerton tradujo el pensamiento de todos.

—Es preciso partir —dijo con voz temblorosa—, partir al instante.

—Se hicieron inmediatamente los preparativos necesarios. No había necesidad de tornar víveres, puesto que la caravana no se alejaría del Golden Mount, al menos en las primeras horas. Pero todo el mundo iría armado y dispuesto a defenderse si eran atacados, o a poner en libertad, si era preciso, a los prisioneros.

Stop había sido curado con cuidado. La bala se le había extraído; la herida, vendada; se le dio de comer, pues estaba muerto de hambre y de sed, y en seguida manifestó deseo de ir al encuentro de su amo.

—Le llevaremos —dijo Jane Edgerton—; lo cogeremos si está cansado. Tal vez encuentre las huellas del señor Skim.

Si durante la noche no aparecían los cazadores, continuarían buscándolos al día siguiente por toda la comarca, entre el océano polar y el curso del Porcupine River. No se haría caso del Golden Mount mientras no se encontrase a Summy Skim o se supiese su paradero.

Partieron.

Jane Edgerton a la cabeza, al lado de Ben Raddle y de Bill Stell, que llevaba el perro; bordearon lo primero la base de la montaña, cuyos ruidos sordos hacían retemblar el suelo. En la cumbre, empenachada de vapores, se destacaban lenguas de fuego, muy visibles en la oscuridad del crepúsculo.

Cuando llegaron al pie de la vertiente occidental, se detuvieron para tratar la dirección que debían tomar. Nada encontraron más

acertado que seguir al perro, que el *scout* había dejado ya en el suelo. El inteligente animal parecía que comprendía lo que se esperaba de él. Con el hocico en el suelo buscaba por todas partes, gruñendo por lo bajo.

Después de unos instantes de indecisión, se dirigió hacia el noroeste.

—Cuando el señor Skim nos ha dejado esta mañana, iba más hacia el sur —observó el *scout*.

—Sigamos al perro —replicó Jane Edgerton—. Él sabe mejor que nosotros lo que hay que hacer.

Durante una hora, la pequeña tropa recorrió la llanura en esta dirección. Ganaron entonces la linde del bosque. Allí volvieron a detenerse, indecisos.

—Bueno, ¿y qué esperamos aquí? —preguntó algo nerviosa Jane.

—Que sea de día —respondió Bill Stell—. No veremos nada bajo los árboles; hasta *Stop* titubea.

No, *Stop* no titubeaba. De repente dio un salto y desapareció entre los árboles, ladrando con fuerza.

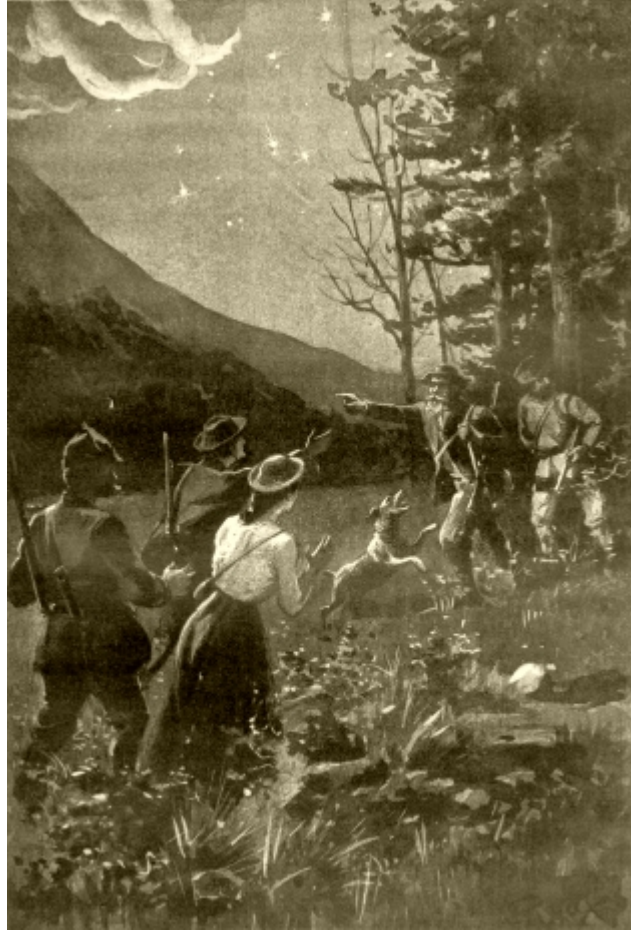
—¡Sigámosle! —exclamó Jane Edgerton.

—No, esperad —dijo Bill Stell, deteniendo a sus compañeros—, y preparad las armas.

No fue necesario servirse de ellas. Casi inmediatamente, conducidos por el perro, que parecía no sentir ya la herida, dos hombres salieron de entre los árboles, y un instante después Summy Skim estaba en brazos de su primo.

Su primera palabra fue:

—¡Al campamento!... ¡Al campamento!



—¿Qué ocurre? —preguntó Ben Raddle.

—Ya lo sabrás —respondió Summy Skim—; pero allí... ¡Al campamento os digo, al campamento!

Guiados por las llamas del Golden Mount, se pusieron en marcha rápidamente. Un poco después de la una de la mañana llegaban al río Rubber. Muy pronto amanecería. Ya el alba arrebolaba el horizonte del nordeste. Antes de reunirse en la tienda de campaña, Ben Raddle, Jane Edgerton, el *scout* y Summy Skim observaron por última vez las proximidades del Golden Mount. Nada insólito vieron en la oscuridad plateada.

Cuando estuvieron solos, Summy Skim expuso brevemente a sus compañeros cuanto les había ocurrido desde las seis de la mañana hasta las cinco de la tarde. Contó la primera persecución de los alces, inútilmente continuada hasta mediodía; después la

segunda parte de la caza, cuando los ladridos del perro, y, en fin, el alto al borde del claro, donde habían encontrado las cenizas de un hogar apagado.

—Era evidente —añadió— que hombres, indígenas o extranjeros, habían acampado en este sitio; lo que no tenía nada de extraño después de todo.

—En efecto —dijo el *scout*—, sucede que la tripulación de balleneros desembarca en el litoral, a más de los indios que lo frecuentan durante el verano.

—Pero —volvió a decir Summy Skim— en el momento en que nos disponíamos a volver al Golden Mount, Neluto ha encontrado entre las hierbas esta arma.

Ben Raddle y el *scout* examinaron el puñal, y reconocieron, como Neluto, al primer golpe de vista que era un arma de fabricación española.

—El aspecto del puñal nos ha hecho comprender —continuó Summy— que ha sido perdido recientemente. En cuanto a la letra M. que tiene grabada en el mango...

—Por ella no podemos deducir nada en concreto, señor Skim —interrumpió el *scout*.

—No, Bill; y, sin embargo, sé delante de qué nombre hay que ponerla.

—¿Qué nombre? —preguntó Ben Raddle.

El del tejano Malone.

—¡Malone!

—Si, Ben.

—¿El compañero de Hunter? —insistió Bill Stell.

—El mismo.

—¿Estaban allí hace unos días? —dijo el ingeniero.

—Y lo están aún —replicó Summy Skim.

—¿Los han visto ustedes? —preguntó Jane Edgerton—. Escuchen ustedes el final de mi relato.

Y Summy Skim continuó en estos términos:

—Íbamos a partir Neluto y yo después del encuentro del puñal; este encuentro nos causó vivas inquietudes, cuando un tiro resonó a poca distancia.

Que había cazadores en el bosque no era dudoso, y probablemente extranjeros, pues los indios no se sirven de armas de fuego. Pero fuesen quienes fuesen, lo más prudente era huir de ellos.

Ahora bien: ¿ese tiro era dirigido a uno de los alces que Neluto y yo habíamos perseguido inútilmente? Yo lo he creído hasta el momento de conocer la herida de nuestro perro. Es evidente que el tiro era dirigido a él.

—Y —interrumpió Ben Raddle— ¡cuando nosotros le hemos visto volver sin ti, herido por bala extraña, arrastrándose casi sin poder llegar, calcula lo que yo habré experimentado!... Era ya presa de horribles inquietudes no viéndote aparecer. ¿Qué podía creer sino que tú y Neluto habíais sido atacados y que durante el ataque tu perro había sido herido?... ¡Ah Summy, Summy!... ¡Cómo olvidar que yo era quien te había arrastrado!...

Ben Raddle estaba atacado de una violenta emoción. Summy Skim comprendió lo que pasaba en el alma de su primo, consciente de su responsabilidad.

—¡Ben! ¡Mi querido Ben! —le dijo, cogiéndole afectuosamente la mano—; lo hecho, hecho está. No te reproches nada. Si la situación es grave, no es desesperada; y nosotros triunfaremos, así lo espero. Después de todo, tú vas a juzgar de ello.

En cuanto oímos la detonación, que venía del este, es decir, de la dirección que íbamos a tomar para volver al campamento, nos apresuramos a dejar el claro, donde podíamos haber sido advertidos, y ocultarnos entre la maleza que lo rodea.

Muy pronto se oyeron numerosas voces. Un grupo de hombres avanzaba apresuradamente a nuestro lado.

Pero nosotros quisimos ver sin ser vistos. ¿Qué clase de gente era aquella? ¿Qué hacían esos hombres a tan poca distancia del

Golden Mount? ¿Conocerían la existencia del volcán y se dirigirían a él? Teníamos gran interés en conocer la solución de tal problema.

Convencidos de que los desconocidos se instalarían por la noche en el claro nos apresuramos a ganar un espeso zarzal desde donde podríamos observar todo. Agazapados en medio de las altas hierbas y de los zarzales, no corríamos peligro de ser descubiertos, y, lo que era esencial, podríamos ver y oír.

La tropa apareció casi en seguida. Se componía de unos cuarenta hombres, siendo la mitad americanos y la otra mitad indígenas. No nos habíamos equivocado. Tenían, en efecto, intención de pasar la noche en aquel sitio, y empezaron por encender lumbre.

No conocíamos a ninguno de aquellos hombres. Estaban armados de rifles y de revólveres, que colocaron al pie de los árboles. No hablaban nada entre ellos y si hablaban lo hacían en voz tan baja que no logramos entenderlos.

—¿Pero Hunter... Malone? —preguntó Ben Raddle.

—Llegaron un cuarto de hora después —respondió Summy Skim—, en compañía de un indio y del capataz que dirigía la explotación del *claim* 131.

¡Ah! Bien pronto lo reconocimos Neluto y yo. Sí, esos infames están en las proximidades del Golden Mount, y toda una banda de aventureros de su especie les acompañaban.

—¿Pero qué vienen a hacer? —preguntó el *scout*—. ¿Conocerán la existencia del Golden Mount? ¿Sabrán que una caravana de mineros se ha trasladado hasta el volcán?

—Esas mismas preguntas me hacía yo, mi buen Bill —respondió Summy Skim—. He terminado por tener contestación a todas.

En este momento el *scout* hizo además a Summy Skim de que se callara. Le pareció oír ruido por fuera, y saliendo de la tienda de campaña, fue a observar los alrededores del campamento.



La vasta explanada estaba desierta. Nadie se aproximaba a la montaña, cuyos zumbidos era lo único que turbaba el silencio de la noche.

En cuanto volvió el *scout*, Summy Skim continuó de este modo:

—Los dos tejanos fueron a sentarse precisamente a diez pasos de las zarzas, detrás de las cuales estábamos escondidos. Al principio hablaron de un perro que habían encontrado, y comprendo ahora que se trataba del nuestro.

—«Es un encuentro singular en este bosque —dijo Hunter—. No es posible que haya venido solo a tal distancia».

—«Hay cazadores por aquí —respondió Malone—, no cabe duda; ¿pero dónde están? El perro huía en esta dirección».

—Malone tendió al mismo tiempo la mano hacia el este.

—«¡Eh! —exclamó Hunter—. ¿Quién nos dice que son cazadores? Nadie va tan lejos a perseguir rumiantes o venados».

—«Tienes razón, Hunter —aprobó Malone—; por aquí hay mineros en busca de nuevos yacimientos».

—«Que les echemos el guante, y ya verán lo que les queda de ganancia», respondió Hunter.

—«Ni siquiera con que llenar una escudilla», replicó Malone, escandalizando con su risa y sus abominables juramentos...

—Siguió un silencio; después los dos bandidos se pusieron a charlar, y así es como me he enterado de todo lo que nos interesa saber.

Hunter y Malone acampan por segunda vez en este claro. Hace dos meses y medio que han salido de Circle City, y han errado al azar, bajo la dirección de un guía indígena llamado Krarak, que conocía por tradición la existencia del Golden Mount; pero ignoran su situación exacta.

La banda, después de haber hecho una gran fechoría, ha pasado el Peel River antes que nosotros, y es, sin duda, contra la que tuvo que defenderse la guarnición del Fort Mac Pherson. De Fort Mac Pherson ha vuelto al oeste, y han llegado al bosque, donde están aún, y en el que se encuentran extraviados. Hace ya más de diez días que han llegado, y la lumbre que nosotros habíamos visto era de ellos, como también el humo que vio Neluto por cima de los árboles en nuestra última ascensión a la cumbre del volcán.

Después del primer alto en el claro, Hunter y sus acólitos, mal aconsejados por su guía Krarak, se han internado hacia el oeste. Naturalmente, no han descubierto nada en esta dirección. Cansados, al fin, de sus vanas rebuscas, se han decidido a retroceder en el camino, a hacer una tentativa del lado del este, y a recorrer todo el litoral para descubrir el Golden Mount.

A estas fechas no saben aún dónde se encuentra el volcán; pero no será, me temo, más que cuestión de horas, y debernos obrar en consecuencia.

Tal fue el relato de Summy Skim.

Ben Raddle, que le había escuchado sin interrumpirle, continuaba pensativo. Lo que siempre había temido, ocurría. El

francés Jacques Ledun no era el único que conocía la existencia del Golden Mount. Un indio poseía el secreto y éste se lo había revelado a los tejanos. Éstos no tardarían en conocer la situación del volcán, sin necesidad de recorrer todo el litoral del océano Ártico.

En cuanto pusieran el pie fuera del bosque verían las llamas, el humo, que en torbellinos salían fuera del cráter. En una hora llegarían a la base, y algunos instantes después cerca del campamento de sus antiguos vecinos de Forty Miles Creek. ¿Qué pasaría después?

—¿Cuántos has dicho que eran? —preguntó Ben Raddle a Summy.

—Unos cuarenta hombres armados.

—¡Dos contra uno! —dijo Ben Raddle, nervioso. Jane Edgerton intervino con vivacidad.

—¡Qué importa! —dijo—. La situación es grave, pero no desesperada, como acaba de decir Summy Skim. Si ellos nos aventajan en número, nosotros les ganamos en posición. Esto iguala las suertes.

Ben Raddle y Summy Skim miraron con satisfacción a la joven guerrillera.

—Tiene razón, señorita Jane —dijo Ben Raddle—. Se defenderá, si es preciso; pero antes procuraremos pasar inadvertidos.

El *scout* movió la cabeza con aire incrédulo.

—Eso me parece bastante difícil —dijo.

—Probemos, sin embargo —replicó Summy.

¡Sea! —contestó Bill Stell—. Pero, en fin, es preciso prever todo. ¿Qué haremos si nos descubren, si nos vemos obligados a llegar a las manos, si somos vencidos?

El ingeniero lo rechazó con un gesto.

—Ya veremos —dijo.

CAPITULO XI

ANTES DE LA BATALLA

¿Se podía esperar que el Golden Mount no fuese descubierto por la banda de los tejanos? No, puesto que Hunter lo vería en cuanto franquease la linde del bosque. ¿No era guiado por ese Krarak que Summy había oído nombrar?

Descubierto el Golden Mount, ¿se podía razonablemente admitir que Ben Raddle y los suyos no fuesen descubiertos? Tampoco. Evidentemente, tentarían la suerte, pero había mil probabilidades contra una de que fueran delatados por los trabajos del canal destinado a verter el río Rubber en las entrañas del volcán.

La lucha sería desde luego inevitable.

Además, la banda de Hunter contaba cuarenta hombres, y Ben Raddle y sus compañeros no eran más que veinte. De ahí una inferioridad numérica que el valor no podría compensar.

Por el momento no tenían que hacer más que esperar los acontecimientos. Tal vez antes de cuarenta y ocho horas Hunter habría visto el Golden Mount.

Abandonar el campamento del Mackenzie, emprender el camino del Klondike, dejar sitio libre a los tejanos, no podía ser de ninguna manera. El *scout* no lo había propuesto a sus compañeros; pero éstos, después de todo, hubiesen respondido negativamente. ¿No

eran ellos los legítimos propietarios, puesto que habían llegado los primeros? Seguramente no se dejarían despojar de su propiedad sin haber luchado para defenderla.

El mismo Summy Skim, el prudente Summy Skim, no consentiría en retroceder.

¡Retroceder ante ese Hunter, del que no había olvidado las groserías en el momento de llegar a Skagway, como tampoco la insolente mala fe durante la explotación de los *claims* 129 y 131! Summy Skim sentía cierto placer al encontrarse frente a un adversario del que le había separado la catástrofe del Forty Miles Creek. Quedaba entre ellos un asunto que arreglar, y puesto que la ocasión se presentaba, no la dejaría escapar.

—Dentro de algunas horas, creo yo, veremos a la banda dirigirse hacia el Golden Mount —dijo al día siguiente Bill Stell a Ben Raddle—. Cuando Hunter vea el volcán, ¿se detendrá para establecer su campamento, o preferirá continuar la base del monte para acampar al borde del Mackenzie, como nosotros lo hemos hecho?

—Yo creo, Bill —respondió el ingeniero—, que los tejanos querrán lo primero subir a la cumbre del Golden Mount, a fin de reconocer si se puede recoger allí cuarzo aurífero y pepitas. Eso es lo indicado.

—Sin duda —dijo el *scout*—, pero después de convencerse de la imposibilidad de penetrar en el cráter, descenderán. Entonces se emprenderá la cuestión. No se irán antes de que se haya declarado la erupción o que haya terminado. De todos modos se verán obligados a instalarse en el campamento.

—A menos que no se vayan como han venido —dijo Summy Skim—. Ése sería el mejor partido que debían tomar.

—Puedes estar seguro de que no lo tomarán —afirmó Ben Raddle.

—Lo que les ha hecho sospechar ha sido el encuentro del perro en el bosque —dijo el *scout*—. Querrán ver si les han precedido otros *prospecteurs* en las embocaduras del Mackenzie.

—En ese caso nos descubrirán bien pronto y tratarán de cazarnos. Por consiguiente, yo me encontraré frente a frente de ese Hunter. ¡Ah, si tuviera lugar un duelo a la francesa o a la americana!... En ese caso quedaría terminado este asunto.

No debían contar con una resolución de esa especie. Puesto que los tejanos les ganaban en número, se esforzarían, como es natural, en aprovecharse de esa circunstancia para quedar dueños absolutos del Golden Mount. Era preciso, pues, prepararse para rechazar el ataque, y fueron tomadas todas las medidas en vista de una próxima agresión.

Bill Stell hizo llevar el material más allá del canal. Los carros y las tiendas de campaña se ocultaron bajo los árboles esparcidos en el espacio trapezoidal, limitado, de un lado, por el canal, y los otros tres, por el volcán, el litoral y el río Rubber. El suelo estaba cubierto de muy poca hierba, pero suficiente, sin embargo, para poderse alimentar los animales durante algunos días. La caravana se encontraba así en una especie de trinchera, casi inabordable por el oeste, el norte y el este, el canal que formaba al sur una línea de defensa que no franquearían los asediadores sin gran peligro, bajo el fuego de sus carabinas, cuando las aguas del río corrieran por allí a torrentes.

Prepararon las armas para la defensa. Todos los hombres se proveyeron de fusiles, revólveres y cuchillos, a más de la infalible escopeta de Summy Skim.

Desde ese momento, los cazadores renunciarían a la caza, a fin de economizar las municiones.

En cuanto apuntó el día, Ben Raddle hizo colocar una barrera a la entrada de la galería, de manera que no fuese invadida por el agua cuando se practicase la sangría en la orilla del río Rubber para llenar el canal. De este modo el ingeniero aseguraba su línea de defensa, quedando dueño de provocar la erupción. Al mismo tiempo hizo perforar de barrenos la muralla de la chimenea, al fondo de la galería, y de cartuchos, que no tendrían más que encender en el momento oportuno: todo fue colocado con el mayor cuidado.

Preparado todo, se esperó el ataque, estando sobre el ¡quién vive! Los hombres continuaron en la parte más apartada del campamento. Para verlos era preciso avanzar hasta la ribera izquierda del río Rubber.

Varias veces, sin embargo, Ben Raddle, Summy Skim y el *scout* franquearon el canal, a fin de observar la llanura en una gran extensión.

Desde allí no se veían más que los primeros árboles del bosque, que a legua y media más lejos cerraba el horizonte.

La llanura estaba desierta. No se veía a nadie ni por esa parte ni tampoco del lado del litoral.

—Seguramente —dijo el *scout*— los tejanos no han dejado aún el bosque.

—No tienen prisa —dijo Summy Skim.

—Tal vez —respondió Ben Raddle— quieran reconocer la situación antes de lanzarse, y no vendrán al Golden Mount hasta mañana por la noche.

—Es probable —aprobó el *scout*—, y nos prepararemos por si acaso.

Terminó el día penosamente, y, contra la hipótesis de Ben Raddle, la noche siguiente no se presentaron los tejanos. Summy Skim pasó la noche de un sueño, según su costumbre. En cambio Ben Raddle apenas logró pegar los ojos. La inquietud y el disgusto no le dejaban un instante de tranquilidad.

En el momento de llegar al fin, la mala suerte se rebelaba contra él. ¡Y qué responsabilidad para él si no podía resistir a la banda de Hunter! ¿No era por su voluntad por lo que se había organizado esta expedición? ¿No había sido él el instigador de esta campaña, que amenazaba acabar tan desgraciadamente? ¿No había obligado, por decirlo así, a Summy Skim a pasar un segundo año en las perdidas comarcas del Dominion?

Desde las cinco de la mañana, Ben Raddle y el *scout* empezaron a franquear de nuevo el canal. Volvieron sin haber notado nada anormal.

El tiempo continuaba hermoso y el barómetro señalaba más arriba de la mitad. Un viento fresco hacía agradable la temperatura, que sin él hubiera sido bastante elevada. Esta fresca brisa hacía descender hacia el sur los vapores del cráter, que al ingeniero y a Bill Stell parecieron menos espesos y negros que el día anterior.

—¿Tenderá a disminuir la acción volcánica? —preguntó Ben Raddle.

—He ahí lo que simplificaría nuestra tarea —respondió el *scout* —, el que se apagase el cráter.

Y también la tarea de Hunter —replicó el ingeniero.

Por la tarde, Neluto fue a un extremo del lado de la explanada. Iba acompañado de *Stop*, que no se resentía ya de la herida. Si uno de los hombres de Hunter se aventuraba hasta la base del monte, el inteligente animal sabría descubrirlo.

A eso de las tres, Ben Raddle, Summy Skim y el *scout* observaban la ribera del río, cerca del sitio donde debía hacerse la sangría, cuando de repente se alarmaron. Se oían ladridos en la llanura, donde el indio y *Stop* habían ido a observar.

—¿Qué hay? —preguntó el *scout*.

—Algo de caza que nuestro perro habrá cogido —respondió Ben Raddle.

—No —objetó Summy Skim—, no ladraría de esta manera.

—¡Venid! —dijo el ingeniero.

No habían andado aún cien pasos cuando descubrieron a Neluto, que corría a todo correr. Se apresuraron a salir a su encuentro.

—¿Qué hay, Neluto? —preguntó Ben Raddle.

—Ya están ahí —respondió el indio—. Ya llegan.

—¿Todos? —preguntó Bill Stell.

—Todos.

—¿A qué distancia están? —preguntó el ingeniero.

—A mil quinientos metros, aproximadamente, señor Raddle.

—¿No te han visto?

—No —respondió Neluto—, pero yo les he visto bien. Avanzan en masa, con sus caballos y sus carretas.

—¿Y se dirigen?

—Hacia el río.

—¿Han oído los ladridos del perro? —preguntó Summy Skim.

—Creo que no —dijo Neluto—. Están aún muy lejos.

—¡Al campamento! —ordenó Ben Raddle.

Unos minutos después, los cuatro habían atravesado el canal por la barrera del río y reunido a sus compañeros al abrigo de los árboles.

¿Hunter, Malone y su banda se detendrían cuando llegasen a la base del Golden Mount y se establecerían en este sitio? ¿Continuarían, por el contrario, su marcha hacia el Mackenzie?

Esta última hipótesis parecía la más probable. En la necesidad en que estaban de acampar durante algunos días, buscarían un sitio donde no les faltase agua dulce. Además, ninguna cala bañaba la llanura al oeste del Golden Mount, y Hunter no debía ignorar que el gran río desembocaba en el océano a corta distancia. Era, pues, preciso esperar verlos pasar hacia la desembocadura. ¿Cómo era posible que no llamaran su atención los trabajos del canal, y cómo esperar que no descubriesen el campamento bajo los árboles?

Sin embargo, la tarde pasó sin que se produjese la agresión. Ni los tejanos ni ninguno de sus hombres se aproximaron a los alrededores del río Rubber.

—Es posible —dijo Jane Edgerton— que Hunter haya querido, como suponíamos el otro día, hacer la ascensión del volcán antes de establecerse en la base.

—Es posible, en efecto —respondió Summy Skim—. ¿No tendrá que reconocer el cráter para asegurarse si contiene pepitas?

La observación era justa, y Ben Raddle lo aprobó moviendo la cabeza.

Fuese lo que fuese, el día terminó sin que el campamento recibiera la visita de los tejanos.

A fin de estar preparados a toda eventualidad, el *scout* y sus compañeros resolvieron quedar en vela toda la noche. Para mayor seguridad, atravesaron el canal por la orilla del río y avanzaron en la explanada para poder observar la base de la montaña.

Hasta las once el crepúsculo alumbró lo bastante para apercebir los hombres que se dirigieran hacia el río, y tres horas después aparecían los primeros albores del día. Durante esta corta noche no se produjo ningún incidente. Al salir el sol, la situación era igual a la de la víspera.

Ese retraso de ataque hacía cada vez más verosímil la suposición hecha en un principio por Ben Raddle y ratificada por Jane Edgerton. Era evidente que los tejanos habían resuelto hacer la ascensión del volcán.

¿Cuándo se verificaría esta ascensión? He ahí lo que importaba saber. ¿Pero cómo, sin ser descubiertos, vigilarían la cumbre de la montaña? No había que pensar en descender hacia el sur. En esta dirección no encontrarían abrigo. Retrocediendo hacia el este, del lado de la rama principal del Mackenzie, sería igualmente imposible escapar a las miradas de Hunter y de Malone cuando llegaran a la meseta del Gulden Mount.

Un solo puesto podía ser ocupado, desde donde verían sin ser vistos, cuando dieran la vuelta al cráter. En la ribera izquierda del río, aguas abajo del punto escogido para establecer la derivación, un grupo de viejos abedules, situado a doscientos pasos del bosque, resguardaban a Ben Raddle y los suyos. Entre el campamento y ese grupo de abedules, una hilera de arbustos permitía ir del uno al otro arrastrándose tras ella.

Desde muy temprano Ben Raddle y Bill Stell fueron a cerciorarse de que desde ese sitio se veía perfectamente la meseta del volcán, la cual era circular, como habían notado desde las primeras ascensiones, formada por pedruscos, cuarzos y lavas endurecidas, sobre las cuales era posible hacer pie. Desde abajo caía al lado de la montaña verticalmente, como un muro, y esta disposición existía igualmente en la parte anterior que miraba a la llanura.

—El sitio es excelente —dijo el *scout*—. No será visto ni a la ida ni a la vuelta. Si Hunter sube a la meseta, querrá, seguramente, examinar de este lado el estuario del Mackenzie...

—Sí —dijo Ben Raddle—, por eso tendremos siempre allí uno de nuestros hombres de centinela.

—Yo creo, señor Raddle, que desde lo alto no debe ser visible nuestro campamento. Ahora está cubierto por los árboles. Procuraremos apagar el fuego y no hacer humo para pasar inadvertidos a Hunter.

—Eso es de desear —respondió el ingeniero—. En ese caso, sostengo lo dicho, que los tejanos después de reconocer la imposibilidad de descender al cráter, abandonarán su proyecto y se decidirán a retirarse.

—¡Que el diablo les guíe! —exclamó el *scout*, que añadió—: Si quiere, puesto que estoy rendido, me voy a quedar aquí mientras vuelve al campamento.

—No, Bill, prefiero que me deje a mi en observación. Vaya a asegurarse de si están bien tomadas todas las medidas, y tenga cuidado de que no se extravíe ninguna bestia.

—Bien, señor —respondió el *scout*—; y diré al señor Skim que venga a reemplazarle dentro de dos horas.

—Si, dentro de dos horas —dijo Ben Raddle, extendiéndose al pie de un abedul, desde donde no perdía de vista la meseta del volcán.

Bill Stell volvió solo al bosquecito, y hacia las nueve, según lo convenido, Summy Skim, con su escopeta al hombro, y cargada, como si se tratase de ir a cazar, fue a buscar al ingeniero.

—¿No hay novedad, Ben? —preguntó Summy Skim.

—No, Summy.

—¿Ningún zopenco de Tejas ha venido a colgarse en las rocas de allá arriba?

—Ninguno.

—¡Qué placer tendría en derribar uno o dos! —replicó Summy Skim, enseñando su escopeta, cargada con dos balas.

—¿A esta distancia, Summy? —observó el ingeniero.

—Es verdad... está un poco alto.

—Después de todo, Summy, no se trata de ser hábil; se trata de ser prudente. La supresión de un hombre no hace menos peligrosa la banda. Mientras que, si no somos descubiertos, espero aún que Hunter y sus compañeros nos dejarán en paz, después de ver que no tienen nada que hacer aquí.

Ben Raddle se levantó para volver al campamento.

—Vigila bien, Summy —añadió—, y si ves a los tejanos en la meseta, corre a advertírnoslo inmediatamente, teniendo cuidado de no dejarte ver.

—Convenido, Ben.

—El *scout* vendrá a reemplazarte dentro de dos horas.

—Él o Neluto —respondió Summy Skim—. Podemos fiarnos de los dos. En cuanto a Neluto, tiene ojos de indio, y ya es decir bastante.

Iba a marcharse Ben Raddle, cuando Summy Skim le cogió por el brazo.

—Espera —le dijo.

—¿Qué hay?

—¡Allá, a lo alto... mira!

El ingeniero levantó la vista hacia la meseta del Golden Mount.

Un hombre, después otro, aparecieron en la meseta.

—Son ellos —dijo Summy.

—¡Si, Hunter y Malone! —respondió Ben Raddle, que entró precipitadamente bajo el grupo de árboles.

Eran, en efecto, los dos tejanos, y probablemente algunos de los suyos se encontraban detrás, en la meseta. Después de haber reconocido el estado del cráter, dieron la vuelta, observando la comarca cercana. En ese momento examinaban la vasta red hidrográfica del delta del Mackenzie.



—¡Ah! —murmuraba Summy—. ¡Los dos infames! ¡Decir que tengo aquí dos balas y que no puedo hacerlas llegar hasta ellos!

Ben Raddle guardaba silencio, siguiendo con la mirada a los dos hombres, que sin duda iban a disputarle el Golden Mount.

Durante media hora, aproximadamente, pudo ver a los dos tejanos ir y venir sobre la meseta. Ojeaban la comarca con extrema atención; se inclinaban alguna vez, a fin de examinar la base del volcán del lado del estuario.

¿Habrían descubierto el campamento al pie de la montaña? ¿Sabrían que una caravana les había precedido a la embocadura del Mackenzie? Lo que no había que dudar era que Hunter y Malone miraban obstinadamente al río Rubber, que debía parecerles el sitio indicado para una instalación de algunas semanas.

Dos hombres se les unieron en seguida. Uno, que reconocieron Ben Raddle y Summy Skim, era el capataz del *claim* 131. El otro era

un indio.

—¿Es ése el guía que los ha conducido hasta aquí? —preguntó el ingeniero.

—Ése es el que yo he visto en la llanura —respondió Summy Skim.

Al ver a los cuatro aventureros al borde de la meseta, le vino a la imaginación la idea de que, si perdían el equilibrio, caerían de ochocientos o novecientos pies, lo que simplificaría la situación o tal vez la solucionaría. Después de la muerte de sus jefes, la banda abandonaría desde luego el campamento.

Pero no debía ser así. No fueron los tejanos los que se precipitaron desde lo alto del volcán, sino un pedrusco bastante grande de cuarzo que se desprendió del borde de la meseta.

Ese trozo de roca encontró en su caída un obstáculo, contra el que tropezó y se rompió en varios pedazos, que fueron a estrellarse en medio de los árboles que ocultaban el campamento.

Summy Skim no pudo contener un grito, que Ben Raddle comprimió poniéndole la mano en la boca.

¿Habría ido a herir a alguno de los *prospecteurs* canadienses? Ben Raddle y Summy Skim lo ignoraban. Sin embargo, no se oyó ningún grito en el campamento.

Pero ocurrió que la caída del pedrusco asustó a uno de los caballos de la caravana. El animal, después de romper el ramal, se lanzó fuera del bosquecito, subió hacia el canal, lo atravesó de un salto y huyó hacia la explanada.

Se oyeron gritos, apagados por la distancia, en la cumbre del Golden Mount. Hunter y Malone llamaban a sus compañeros.

Cinco o seis corrieron al borde de la meseta y se pusieron a discutir con animación. En los gestos se comprendía que Hunter sabía a qué atenerse ante la presencia de una caravana en las bocas del Mackenzie. Ese caballo no podía haberse escapado más que de un campamento, y ese campamento estaba allí, a sus pies.

—¡Maldito animal! —exclamó Summy Skim.

—Sí —respondió Ben Raddle—. Gracias a él hemos perdido la partida... la primera parte, por lo menos.

Summy, con la vista y con la mano acariciaba su escopeta.

Vamos ahora a defender la segunda.

CAPÍTULO XII

SITLADOS

Los compañeros de Ben Raddle y Summy Skim ignoraban aún que el campamento hubiera sido descubierto.

Desde el sitio que ocupaban al pie del Golden Mount les era imposible ver el borde de la meseta. Ni sabían siquiera que Hunter y algunos de los suyos hubieran hecho la ascensión a la montaña, y no podían, por consiguiente, suponer que éstos hubieran visto al caballo escapado, a cuya persecución se había lanzado Neluto, logrando darle alcance y cogerlo.

En cuanto los dos primos se unieron a la caravana, expusieron la situación, y nadie puso en duda que estaba muy próximo el ataque.

—Nosotros nos defenderemos —declaró el *scout*—. ¡No cederemos el puesto a esos miserables americanos!...

Estas palabras fueron acogidas con un aplauso unánime.

¿Se efectuaría la agresión aquel mismo día? Era probable. Hunter tenía interés en precipitar las cosas. Sin embargo, como ignoraba con qué fuerzas contaban ellos, no obraría probablemente sin alguna prudencia. Trataría de informarse antes de llegar a las manos. Y aun tal vez, después de asegurarse de que poseía él la superioridad numérica, trataría de obtener pacíficamente el sitio que deseaban. Sin embargo, no debía olvidarse que él ignoraba aún que

tenía que habérselas con sus vecinos del Forty Miles Creek. Cuando se encontrase en presencia de su antiguo adversario, no cedería tan fácilmente.

Se esperaba un último consejo del jefe de la caravana sobre las medidas tomadas para la defensa.

Ben Raddle tomó la palabra.

—Nuestro campamento está admirablemente cubierto —dijo—; de un lado por el Golden Mount, del otro por el río Rubber, que Hunter y los suyos no podrán atravesar sin exponerse al fuego de nuestras carabinas...

—En efecto, señor Raddle —respondió el *scout*—. Desgraciadamente, por delante no estamos defendidos más que por el canal, entre el río y la montaña, y no detendrá a los asaltantes una zanja de siete u ocho pies.

—No, si esa zanja está seca —replicó el ingeniero—; pero será más difícil de franquear si está llena de agua hasta los bordes.

—Es preciso inundarla cortando el ribazo del río —exclamó Jane Edgerton.

Ésa era mi idea —dijo Ben Raddle.

—Bien, señor Raddle, eso es lo que hay que hacer al instante. Tenemos algunas horas por delante antes de que la banda haya tenido tiempo de volver a descender y de aparecer a la vista de nuestro campamento... ¡Manos a la obra!

Bill Stell se unió a sus hombres. Armados con sus herramientas, corrieron a la orilla y empezaron a trabajar. En algunos minutos el agua se vertía con violencia hasta la presa establecida a la entrada de la galería.

Media hora bastó para hacer la sangría, que el torrente de las aguas agrandó en seguida. Pero, detenidas por la barrera, se calmaron en cuanto se estableció el nivel entre el canal y el río.

Quedó cortada toda comunicación con la llanura.

Mientras se realizaba este trabajo, Summy Skim, Jane Edgerton y Neluto se ocupaban en poner las armas en condiciones; carabinas, rifles, revólveres y también cuchillos, para el caso de que

la lucha fuese cuerpo a cuerpo. Quedaba aún una buena reserva de pólvora y balas, así como de cartuchos enteros.

—Tenemos para esos canallas —dijo Summy Skim tantos golpes como merecen, y no los escatimaremos...

—Yo creo —dijo Neluto— que si pretenden vencernos, se irán como han venido.

—Es posible; pero si hay que batirse, como nosotros estamos a cubierto detrás de los árboles y ellos no lo están del otro lado del canal, eso compensará la desventaja del número. Por ejemplo, si tienes ocasión de apuntar, aprovéchala. ¡No lo olvides, Neluto!

—Cuenta usted conmigo, señor Skim —afirmó el indio.

Los preparativos de defensa estuvieron efectuados rápidamente, y no tuvieron más que vigilar. Fueron colocados hombres ante el canal, a fin de poder observar toda la base meridional del Golden Mount.

No había nadie que no se diera cuenta de las ventajas de la posición. El espacio trapezoidal en que estaba acampada la caravana no tenía ya otra salida que la barrera del orificio de la galería, barrera bastante ancha para los carros. Si tenían que batirse en retirada y ceder el sitio a los tejanos, ese estrecho pasaje les permitiría ganar la explanada y llegar a la orilla izquierda del río Rubber. Si, por el contrario, se quería dar salida al agua del río para provocar la erupción del volcán, nada les sería más fácil que destruir la barrera en un instante con la ayuda de cinco o seis cartuchos, que fueron clavados en la masa, y que una sola mecha reuniría a los anteriormente colocados en el fondo de la galería. Esperando que tal eventualidad se realizase, se tuvo cuidado de atrincherar ese paso, no dejando más que una estrecha abertura, que sería cerrada en el momento del ataque.

Mientras que los hombres de facción estaban fuera, los otros desayunaban bajo los árboles. Ben Raddle, Summy Skim y Jane Edgerton comían reunidos. La pesca había sido abundante en los días anteriores y las conservas estaban casi intactas. Se encendió lumbre, lo que no ofrecía ya ningún cuidado, puesto que el

campamento estaba descubierto, y el humo salía libremente entre las ramas.

La comida fue tranquila. Cuando llegó el momento de relevar a los hombres de guardia, no se había advertido aún la proximidad de la banda.

—Quizá quieran esos cobardes —dijo Summy Skim sorprendernos durante la noche.

—La noche dura dos horas escasas —respondió Ben Raddle—. No pueden esperar sorprendernos.

—¿Por qué no, Ben? Ellos ignoran que estamos de guardia y que conocemos su presencia en el Golden Mount. No saben que los hemos visto cuando se encontraban al borde de la meseta.

—Es posible —reconoció el *scout*—, pero han visto el caballo que se ha escapado. Primero un perro en el bosque, después un caballo a través de la llanura, es más que suficiente para que tengan la seguridad de que una caravana acampa en este sitio. De modo que, sea por la tarde, sea por la noche, esperemos verlos llegar.

A eso de las nueve, Bill Stell atravesó la barrera y fue a reunirse con los hombres que observaban los alrededores.

Durante su ausencia, Ben Raddle y Summy Skim volvieron al grupo de árboles desde donde habían visto a Hunter y Malone en el borde de la meseta. Desde ese punto se veían perfectamente los humos del volcán. Este humo se elevaba a unos cincuenta pies por encima del cráter; salía en torbellino, atravesado por incesantes lenguas de fuego. La violencia de las fuerzas volcánicas aumentaba de una manera manifiesta. ¿Habría que pensar que la erupción no tardaría en producirse?

Hubiera sido una complicación muy sensible para los proyectos del ingeniero. El volcán arrojaría, en efecto, sus escorias, y los tejanos no tendrían más que recogerlas. ¿Cómo podría Ben Raddle disputarles la posesión? En campo raso le sería imposible luchar con ventaja. Si la erupción se producía, sería para provecho de Hunter, y la partida sería perdida irremediabilmente.

El ingeniero experimentó más inquietud por esto que por el peligro; no había nada que hacer allí, y volvió al campamento más receloso aún que cuando partió.

En el instante de llegar, Summy Skim le señaló al *scout*, que llegaba corriendo. Los dos primos fueron a su encuentro hasta la barrera.

—¡Vienen! —exclamó Bill Stell.

—¿Están lejos aún? —preguntó el ingeniero.

—A media legua, aproximadamente —respondió el *scout*.

—¿Tenemos tiempo de ir de reconocimiento?

—Si —dijo Bill Stell.

Los tres franquearon el canal y ganaron rápidamente el sitio donde algunos hombres estaban en observación.

Era fácil, sin dejarse ver, recorrer la explanada de una ojeada.

A lo largo de la base del volcán se aproximaba una tropa compacta. Debía ser la banda completa. Se veía relucir los cañones de rifles. No llevaban ni caballos ni carros. Todo el material lo habían dejado atrás.

A la cabeza marchaban Hunter, Malone y el capataz. Avanzaban con cierta prudencia, deteniéndose alguna vez y descendiendo varios cientos de pasos en la explanada, a fin de ver la cumbre del Golden Mount.

—Antes de una hora estarán aquí —dijo Ben Raddle—. Es evidente que conocen la existencia de nuestro campamento —respondió Summy Skim.

—Y que vienen al ataque —añadió el *scout*.

—Si esperase a tenerlo a buena distancia para hacer blanco, le saludaría con un tiro, y me quedaría tan tranquilo viéndole caer como un pato.

—¿Para qué? —objetó Ben Raddle—. No, entremos en el campamento, y aguardemos hasta el fin.

Era lo más prudente. La muerte del tejano no hubiera impedido un ataque que, después de todo, no era aún absolutamente cierto.



Ben Raddle, Summy Skim y el *scout* volvieron, pues, al canal. En cuanto franquearon la barrera, lino a uno, la abertura de la trinchera fue tapada con las piedras preparadas a este objeto. No quedó ya ninguna comunicación entre las dos orillas del canal.

Todos retrocedieron entonces sesenta pasos, y se replegaron detrás de los primeros árboles, donde estarían ocultos hasta que fuese necesario hacer fuego, lo que era muy probable, para lo cual estaban cargadas las armas.

Mejor sería, en efecto, aguantar hasta el último extremo; dejar a la banda que se aproximase y no intervenir hasta el momento en que tratasen de franquear el canal.

Media hora después, Hunter, Malone y sus compañeros aparecían en el recodo de la montaña. A paso lento, unos bordeando la base, otros se dirigían hacia el río, donde descendieron la ribera izquierda.

La mitad de esos hombres eran mineros que Ben Raddle, Summy Skim y Neluto habían visto trabajar en el *claim* 131 del Forty Miles Creek. La otra mitad se componía de veinte indios contratados por Hunter en Circle City y en Fort Yukon para esta campaña en el litoral del mar polar.

Toda la banda se reunió cuando llegaron al canal, al borde del cual se detuvieron Hunter y Malone.

Los dos entablaron con el capataz una conversación que debía ser de interés, a juzgar por los gestos. Que bajo los árboles estaba establecido el campamento, no podían dudarlo. Pero lo que parecía causarles una verdadera contrariedad era el canal, que les presentaba un obstáculo bastante difícil de franquear, si estallaba un tiroteo sesenta pasos más allá. Habían comprendido a la primera ojeada que el canal había sido cavado recientemente. ¿Con qué fin? No podían ellos adivinarlo; el orificio de la galería estaba invisible, detrás de una confusión de ramas. Después de todo, ¿cómo iban ellos a imaginarse nunca que esta galería fuese destinada a verter las aguas del río en las entrañas del Golden Mount?

Sin embargo, Hunter y Malone iban y venían, tratando, sin duda, de ver el medio de pasar. Necesitaban avanzar hasta el bosquecito, fuese para entenderse con ellos, que lo ocupaban, fuese para cerciorarse de que éstos habían dejado el sitio, lo que era posible después de todo.

Al cabo de algunos minutos, el capataz vino a unirse a ellos, y señaló con un gesto la barrera, que permitía franquear el canal a pie seco.

Se dirigieron todos a ese lado. En cuanto vieron que la barricada no presentaba ninguna abertura, comprendieron que el bosque no estaba abandonado, y que encontrarían un campamento al otro lado de esta barricada.

Ben Raddle y sus compañeros, detrás de los árboles, seguían todos los movimientos de la banda. Comprendieron que Hunter iba a abrirse paso derribando las piedras amontonadas en la barrera. El momento de intervenir había llegado.

—¡No sé! —dijo Summy Skim en voz baja— lo que me detiene para no apuntar a la cabezal... La tengo frente a mi escopeta.

—No... no tires, Summy —replicó Ben Raddle, bajando el arma de su primo—. Muerto el jefe, quedarían los soldados. Quizá sea preferible tener una explicación antes de llegar a las manos. ¿Qué piensa usted de eso, *scout*?

—Probemos —respondió Bill Stell—, aunque no me hago ilusiones sobre el resultado. Si eso no favorece, tampoco puede perjudicar.

—De todos modos —dijo Jane Edgerton—, no nos presentemos todos. No es conveniente que Hunter nos cuente.

—Es verdad —aprobó el ingeniero—; yo sólo...

—Y yo —añadió Summy Skim, que no hubiera consentido nunca en ocultarse ante Hunter.

En este momento, el tejano hizo una seña, y algunos hombres se presentaron con el propósito de derribar la barrera; entonces aparecieron Ben Raddle y Summy Skim. En cuanto los vio, Hunter hizo signos a su gente para que se retiraran, y toda la banda se puso a la defensiva a diez pasos aproximadamente del canal.

Únicamente Hunter y Malone se aproximaron, rifle en mano. Ben Raddle y Summy Skim tenían también sus escopetas, las que pusieron con la culata en tierra. Los dos tejanos les imitaron en seguida.

—¡Ah! —exclamó Hunter con acento de sorpresa—. ¡Son ustedes! ¡El diablo me lleve, señores del ciento veintinueve!

—Nosotros mismos —respondió Summy Skim.

—No esperaba de ningún modo encontrarles en la embocadura del Mackenzie —volvió a decir el tejano.

—No más que nosotros verles llegar —replicó Summy Skim.

—Eso prueba que su memoria es peor que la mía. ¿No hay entre nosotros un asunto que arreglar?

—Puede arreglarse aquí lo mismo que en los *claims* del Forty Miles Creek —replicó Summy Skim.

—¡A su disposición!

A la sorpresa que experimentó Hunter, sucedió la cólera, y levantó vivamente su fusil. Summy Skim hizo otro tanto.

Se produjo un movimiento en toda la banda, movimiento que Hunter reprimió con un gesto. Antes de emprender la batalla convenía saber el número de sus adversarios, y en vano él miraba al interior del bosquecito. Ninguno de los hombres de la caravana se dejó ver entre los árboles.

Ben Raddle juzgó que había llegado el momento de interponerse. Avanzó hasta el ribazo. Separados uno de otro por el canal, estaban Hunter y él solos frente a frente; Malone y Summy habían quedado detrás.

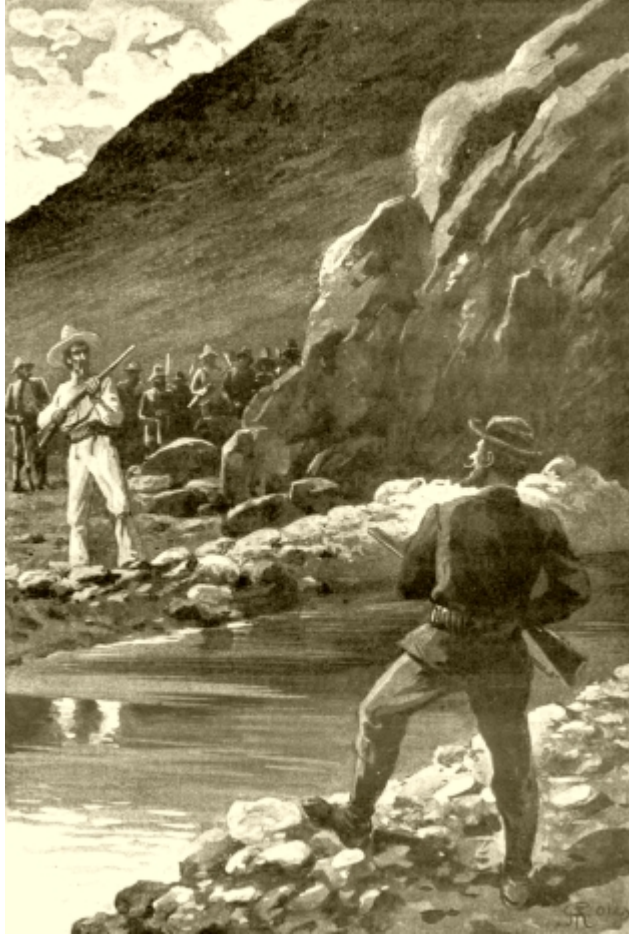
—¿Qué quieren? —preguntó el ingeniero con voz tranquila.

—Queremos saber lo que han venido a hacer en el Golden Mount.

—¿Con qué derecho?

—¡He aquí mi derecho! —respondió brutalmente Hunter, golpeando el suelo con la culata de su fusil.

—¡Y he aquí el mío! —replicó Ben Raddle, imitándole.



Hubo algunos momentos de dramático silencio.

—Otra vez le pregunto aún —repitió el tejano—, ¿qué han venido a hacer en el Golden Mount?

—Lo que ustedes —respondió Ben Raddle.

—¿Es su objeto explotar el yacimiento?

—Sí. El yacimiento que nos pertenece.

—El Golden Mount no pertenece a nadie —protestó Hunter—. Es de todo el mundo.

—No —replicó Ben Raddle—. Es de los que han llegado primero.

—No se trata de haber llegado el primero —exclamó Hunter.

—¡Verdaderamente! ¿De qué se trata, pues?

—De poder defenderlo.

—Estamos dispuestos —declaró el ingeniero con calma.

—Por última vez —replicó Hunter, a quien la sangre fría le abandonaba poco a poco—, ¿quieren cedernos el sitio?

—Vengan a tomarlo —respondió Ben Raddle.

A un signo de Malone estallaron dos disparos. Ninguno alcanzó a Ben Raddle ni a Summy Skim, que se guarecieron en el bosquecito. Antes de desaparecer bajo los árboles, Summy Skim se volvió, apoyó el arma en el hombre y disparó sobre Hunter.

El tejano, echándose a un lado, pudo evitar la bala, que fue a herir mortalmente a uno de los hombres.

Estalló el fuego de los dos lados; pero los compañeros de Ben Raddle, resguardados bajo los árboles, no sufrieron ni con mucho lo que los asaltantes. Hubo algunos heridos entre los primeros, y hubo muertos entre los segundos.

Hunter comprendió que corría riesgo de diezmar su banda si no lograba franquear el canal. Ordenó a los hombres echarse al suelo. La tierra arrojada sobre el ribazo formaba una especie de espaldón, que permitía guarecerse estando tendido. En esta posición era posible dirigir un fuego nutrido contra el bosque, de donde no podía salir ya nadie sin peligro.

Malone y dos de los suyos, siguiendo la orden de Hunter, se dirigieron a la barrera arrastrándose por el suelo. Llegaron sin peligro, y resguardados detrás de las rocas de la barricada, empezaron a quitar poco a poco las piedras, que caían en el canal.

Toda la atención de la defensa se fijó en ese punto. Si se forzaba el paso, si la banda llegaba hasta el bosquecito e invadía el campamento, toda esperanza de resistencia estaba perdida, y la ventaja sería para la banda de mayor número.

Ninguna de las balas partidas del bosquecito hirió a Malone y sus dos compañeros. Bill Stell, queriendo a toda costa impedirles franquear la barrera, trataba ya de hacer salir a la gente e ir a batirse cuerpo a cuerpo.

Ben Raddle le detuvo. Hubiera sido peligroso exponerse a atravesar el espacio descubierto que separaba el bosque del canal. Ese peligro valía más que lo pasasen Hunter y los suyos, puesto

que lo correrían lo mismo, cuando después de pasar la barricada se precipitasen hacia el campamento. Hasta entonces, lo mejor sería dirigir un fuego incesante contra la barrera, respondiendo a los múltiples tiros del espaldón del canal.

Transcurrieron diez minutos en esas condiciones. Ninguno de los que estaban ocupados en la barricada había sido herido. Pero cuando la abertura se agrandó las balas empezaron a llegar.

Uno de los indios fue derribado. En seguida otro le reemplazó, que tuvo la misma suerte. En el mismo instante, una bala enviada por Neluto alcanzó a Malone, hiriéndole en el pecho.

El tejano cayó, y su caída provocó un grito terrible en toda la banda.

—¡Bien, bien! —dijo Summy Skim a Neluto, colocado cerca de él...— ¡Excelente tiro! Pero deja a Hunter para mí.

Éste, después de la caída de Malone, pareció renunciar al ataque, que no podía decididamente ganar. En esas condiciones, los asaltantes acabarían por dejarse matar uno después de otro, hasta el último. No queriendo exponer más a sus hombres, dio la señal de retirada, y la banda, llevando a sus heridos bajo la salva de disparos que saludó su huida, tomó el camino de la explanada y desapareció bordeando el Golden Mount.

CAPÍTULO XIII

PATRICK BUSCA UN BUEN PARAPETO

Así terminó este primer encuentro, que costó a Hunter varios heridos y cuatro muertos, entre estos últimos su *alter ego* Malone. Ésta fue una pérdida sensible para la tropa de los bandidos. Los sitiados únicamente tuvieron algunos hombres ligeramente heridos por las balas perdidas. Ésa fue toda su pérdida.

Era de esperar que se renovarían las tentativas en condiciones más favorables, dado el carácter vengativo de Hunter y su deseo feroz de ser el único dueño del Golden Mount, pues no se daría por vencido en la primera escaramuza.

—Esos bribones se han batido en retirada, y no es de esperar que vuelvan hoy a empezar —dijo el *scout*.

—No... pero quizás esta noche sí —respondió Summy Skim.

—Ya vigilarémos —añadió Ben Raddle—. Durante las dos o tres horas de oscuridad encontrará Hunter más dificultad en franquear el canal que en pleno día. Aseguraré casi que no se atreverá, pues sabe que nosotros vigilamos.

—¿No es importante restablecer la barrera del barranco? —preguntó Jane Edgerton.

—Eso es precisamente lo que vamos a hacer —dijo Bill Stell, que llamó algunos de sus hombres para que le ayudaran en ese trabajo.

—Antes —indicó Summy Skim— vamos a ver si la banda vuelve a su campamento.

Ben Raddle, Summy Skim, Jane Edgerton, Bill Stell y Neluto, con las carabinas en la mano, franquearon la barrera y avanzaron unos cien metros, siguiendo la base de la montaña, hasta el sitio de parada de los tejanos.

No eran más que las seis, y era aún pleno día.

Hunter y sus compañeros se alejaban lentamente, a pesar del temor que podían tener de ser perseguidos. Estaban a buena distancia para ser alcanzados por las balas de Ben Raddle y los suyos, y, después de reflexionar, convinieron el *scout* y Ben Raddle en dejarlos partir, sin que los tejanos conocieran el pequeño número de sus adversarios. Si se alejaban tan lentamente, era porque llevaban los muertos y heridos. Varios de estos últimos no podían marchar por su pie, y tenían que llevarlos sus compañeros.

Los canadienses estuvieron cerca de una hora observando esta retirada. Vieron a Hunter volver la base del Gulden Mount y desaparecer detrás de un contrafuerte, al abrigo del cual habían establecido su campamento.

A eso de las ocho terminaron de levantar la barricada. Dos hombres se colocaron allí para vigilar y los otros volvieron al bosquecito para comer.

El tema de todas las conversaciones fueron los acontecimientos del día. La retirada de Hunter no debía ser definitiva, según ellos creían. No estarían completamente tranquilos mientras no se fuera del Gulden Mount. Mientras los tejanos fueran vecinos, había que estar alerta y esperar todo. Si se producía la erupción, irían a disputarles las pepitas a tiros.

La tarde la pasaron con toda tranquilidad. Después de tomar las precauciones más convenientes, se retiraron a descansar. Ben

Raddle, Summy Skim, el *scout* y Neluto convinieron en relevarse para guardia de la barrera. Podían confiar en su vigilancia.

Las pocas horas de la noche transcurrieron en una absoluta calma, y lo mismo fue el día siguiente. En vano el *scout* fue varias veces más allá del canal, pues no percibió nada sospechoso. ¿Habría renunciado Hunter a sus proyectos?

Terminó una nueva noche sin incidente de ninguna especie, y aparecían los primeros resplandores del alba cuando se oyeron varios tiros del lado del canal. Dejando dos hombres de guardia cerca de las tiendas de campaña, la caravana se lanzó a la orilla del bosquecito, dispuesta a defenderse.

La defensa del barranco estaba en este momento asegurada por el *scout* y por Neluto. Se podía estar seguro de que ninguno de los asaltadores lograrían franquearlo a pesar suyo. En efecto, defendidos por la barrera de rocas, tiraban por las aberturas, hechas ex profeso, lo que les permitía enfilar perfectamente el ribazo sur del canal.

No parecía, sin embargo, que sus tiros fuesen aprovechados. Los asaltantes llegaron arrastrándose durante las horas de oscuridad, y ocultos ahora detrás del declive formado por las tierras arrojadas de la excavación, debían estar al abrigo de las balas. Por lo menos, su fuego no ocasionaba ninguna baja.

Ben Raddle ordenó que no se disparase más, pues no juzgaba conveniente gastar inútilmente la pólvora, y la caravana continuó inmóvil, protegida por la primera hilera de árboles y esperando los acontecimientos con las armas a mano.

Transcurrió una hora. Del otro lado del canal continuaba el fuego, tan violento como inofensivo. Las balas se perdían en la hierba, sin causar ningún daño a los sitiados.

De repente —era ya de día— estallaron gritos detrás de la línea de defensa, mientras que los tiros amainaban de una manera notable.

El *scout* aprovechó esta calma para dejar el barranco con Neluto y unirse a sus compañeros, atravesando a la carrera el espacio

peligroso. En seguida se le confió el mando, del que era acreedor más que otro cualquiera por su experiencia en la guerra.

Rápidamente dividió la caravana en dos partes. La primera mitad, compuesta de mineros canadienses, se extendieron a lo largo de la linde del bosque para ocuparlo todo entero y asegurar eficazmente la defensa del frente sur; mientras que la otra mitad, formada en su mayoría del personal del *scout*, daba cara al enemigo y subían hacia las tiendas de campaña de donde partían los gritos; los hombres, separados unos de otros por un buen trecho, se colocaron tras de los árboles. El *scout* se unió a esta sección móvil, mientras que Ben Raddle, Summy Skim y Jane Edgerton continuaban entre los defensores del canal.

No habrían andado el *scout* y sus compañeros cien metros hacia el norte cuando vieron a corta distancia un grupo compacto de siete hombres a caballo corriendo todo lo de prisa que permitía la naturaleza del terreno, con el fin, indudablemente, de tomar por la espalda a la tropa de los canadienses.

El *scout* comprendió lo que había pasado. Indudablemente durante las treinta y seis horas que los tejanos habían dejado libres a sus adversarios, habían estudiado la manera de vadear el río Rubber, y, habiéndolo atravesado favorecidos por la noche, habían invadido el campo por el nordeste, mientras que una parte de ellos realizaban una maniobra de diversión sobre el primer frente de combate.

Este cálculo, justo en teoría, se encontró falso en la práctica. Engañado en el número real de sus enemigos, Hunter había cometido la torpeza de emplear un destacamento demasiado reducido en esta audaz incursión. ¿Qué podían sus seis hombres y él a caballo contra una docena de escopetas?

La mala suerte se había interpuesto. En lugar de llegar a un campo abandonado, lo que le hubiera permitido destruirlo sin peligro y sorprender a sus adversarios, Hunter había sido advertido desde lejos por los centinelas canadienses. Además, como los caballos se trababan en las zarzas y en los matorrales, retardaron la maniobra,

en lugar de activarla, como él esperaba. No pudo, por consiguiente, precipitar los acontecimientos, y él fue quien se sorprendió ante la reciprocidad ofensiva del *scout* y los suyos.

Era preciso que renunciase a su plan. El camino lo había cerrado el *scout* y se veía en la necesidad de volver grupas y pasar nuevamente el río Rubber galopando.

Pero no tuvo tiempo. Los fusiles canadienses empezaron a disparar entre los árboles, y en tan corta distancia muy pocas balas se desperdiciaron. En algunos minutos seis de los que montaban, heridos mortalmente, quedaron en tierra y tres caballos cayeron muertos, mientras que los otros huyeron a la ventura. Aquello no fue un fracaso, fue un desastre para Hunter.

Por una casualidad milagrosa, sólo él quedaba salvo y sin heridas. Inmediatamente resolvió lo que debía hacer, y en lugar de huir delante de las balas, que volaban más de prisa de lo que él hubiera podido correr, se lanzó atrevidamente sobre sus adversarios, obligándoles a suspender el fuego por el temor de herirse los unos a los otros, y, con riesgo de estrellarse contra los troncos de los árboles, pasó como una exhalación por medio de ellos.

En un instante desapareció entre la maleza, adelantando sin esfuerzo al destacamento del *scout*, que se había lanzado en su persecución. Antes, sin embargo, de poder decirse salvo, le quedaba que franquear la línea de exploradores que daba frente al canal; después, más allá, el espacio que separaba la linde del bosque de la explanada.

Le preocupaba bien poco a Hunter este primer obstáculo, pues pensaba que los tiradores estarían tan diseminados que le sería fácil deslizarse entre ellos. Pero no era lo mismo con el segundo, pues no ignoraba lo difícil que sería escapar a los tiros cuando dejara el resguardo del bosque y se lanzara al espacio descubierto que le seguía.

Su cerebro, fértil hasta entonces, se esforzaba en vano buscando una solución a esta dificultad, cuando de repente se

estremeció, creyendo haber encontrado la solución.

Llegaba entonces a la linde del bosquecito. Una luz brillaba entre los troncos, más allá de los últimos árboles. Resguardado por uno de ellos, un canadiense se apresuraba en la defensa. Rodilla en tierra cargaba su escopeta, apuntaba, tiraba, después volvía a cargar sin perder un minuto, y tan absorto estaba en esta operación, que no se dio cuenta de que Hunter estaba a menos de diez pasos detrás de él.

Éste reprimió una exclamación de triunfo al ver que el encarnizado tirador no era un hombre, sino la joven pasajera del *Foot Ball*.

Dominando su caballo, lo levantó de un enérgico esfuerzo, mientras él se dejaba deslizar sobre la izquierda de la silla, completamente inclinado y con la mano a ras del suelo, como los *cow-boys* del Far-West.

Al pasar, estrechó el talle de la joven, que fue levantada como una pluma y colocada atravesada en la silla. Después, Hunter continuó su carrera perdida, protegido en adelante contra las balas por la prisionera que llevaba.

Sintiéndose coger, Jane Edgerton había dado un grito, que tuvo por resultado inmediato hacer cesar el fuego de una y otra parte. Rostros intranquilos o curiosos se vieron entre los árboles y por cima del espaldón, mientras que Hunter, a todo galope, saltaba fuera del bosque, encontrándose en el espacio descubierto, lo que le produjo el mismo miedo que minutos antes.

Ninguno de los dos bandos comprendía lo que había ocurrido. Los americanos levantaron medio cuerpo por cima del montón de tierra que les protegía; después, viendo que su jefe se dirigía hacia ellos a galope tendido, creyéronse amenazados de un peligro desconocido y corrieron a través de la explanada, buscando refugio detrás del primer contrafuerte del Golden Mount. Por su parte, los canadienses salieron completamente del bosque tan extrañados, que ni siquiera pensaron en saludar con algunos tiros la marcha de sus adversarios.

Hunter se aprovechó del aturdimiento de todos. En un momento llegó al borde del canal, que su caballo atravesó de un salto, y continuó su loca carrera por la explanada.

Entonces se dieron cuenta los canadienses, y se precipitaron en tumulto hacia el canal. ¿Pero cómo era posible dar alcance a un caballo que les llevaba tanta ventaja?

Uno tan sólo no dejó la linde del bosquecito, renunciando a tan inútil persecución. Derecho e inmóvil, como si hubiera echado raíces en el suelo, perfectamente tranquilo y dueño de sí mismo, cogió la escopeta, se la apoyó en el hombro y tiró con la rapidez del relámpago.

Este intrépido tirador no podía ser otro que Summy Skim. ¿Tenía, pues, tal confianza en su destreza que no tuvo ningún temor de alcanzar a Jane Edgerton, queriendo herir a su raptor? En verdad nada sabía, pues había tirado contra Hunter sin apuntar, con la mayor espontaneidad.

Pero ya se sabe que Summy Skim siempre demostraba que era justa la fama que había adquirido de buen tirador. Esta vez también la corroboró de una manera más admirable aún que en ocasiones precedentes. Apenas partió el tiro, la montura de Hunter cayó por tierra, y bien fuese que el tejano se viera en la necesidad de aflojar las bridas para buscar el equilibrio, bien por otra razón, Jane Edgerton se deslizó de la silla y se quedó tendida sin moverse. En cuanto al caballo, dio aún dos o tres pasos y cayó como una masa, mientras que Hunter rodaba por el suelo y continuaba inmóvil.

Este rápido drama llenó de estupor a los canadienses. Un silencio sepulcral reinaba en aquel momento. Summy Skim, dudoso del resultado de su iniciativa, con la mirada fija en la explanada, no hacía ningún movimiento. Unos cincuenta metros más allá del canal estaba Hunter. ¿Muerto o vivo? No se sabía. Más cerca se retorció su caballo con las últimas convulsiones de la agonía. Respiraba por la nariz. Más cerca aún, a menos de veinte metros del barranco, estaba Jane Edgerton: una mancha pequeña en la vasta extensión. ¡Jane Edgerton, que Summy había matado tal vez!

Sin embargo, viendo caer a su jefe, la banda de Hunter se había lanzado en desorden fuera del abrigo de la montaña. No necesitaron ya más los canadienses para recobrar su sangre fría. Una lluvia de balas obligó a los bandidos a retroceder, y les probaron que la entrada en la explanada les estaba en lo sucesivo prohibida.

Por desgracia, lo que era verdad para unos lo era también para los otros. Si los tiradores de Ben Raddle, a los que se habían reunido el *scout* y sus compañeros, estaban en condiciones de impedir a los tejanos el separarse del volcán, éstos podían, por su parte, oponerse a que los canadienses dejaran el espaldón, bordeando el canal reconquistado. La explanada, en realidad, estaba infranqueable para los dos bandos.

No parecía que hubiese remedio para esta situación. Los canadienses, no pudiendo levantar la cabeza por cima del espaldón sin ser saludados por un diluvio de balas, empezaban a excitarse, y Ben Raddle temía que se cometieran imprudencias. Summy Skim, tan tranquilo hacía un momento, se distinguía ahora por su violenta sobreexcitación. Ver a Jane Edgerton tendida y como muerta a menos de treinta metros de él y no poder socorrerla le volvía loco. Era preciso contenerle y luchar contra él mismo para impedirle correr a la barricada, arrojarle bajo las piedras y desafiar la muerte, que le esperaba más allá.

—¿Vamos a dejarla morir?... ¡Somos unos cobardes! —exclamaba fuera de sí.

—No estamos locos, eso es todo —replicó severamente Ben Raddle—. Tranquilízate, Summy, y danos tiempo para reflexionar.

Pero aunque se esforzaba el ingeniero por buscar la solución satisfactoria del problema, no se le ocurría nada, y la situación parecía eternizarse en tal estado.

Patrick fue quien encontró una solución.

Esta irritante expectación duraba ya cerca de un cuarto de hora cuando se le vio salir del bosque, en el cual, por una casualidad extraordinaria, había podido entrar sin atraer la atención de la banda de los tejanos. Patrick no iba muy de prisa al principio, porque

marchaba hacia atrás, y después porque arrastraba por el suelo un objeto excesivamente pesado y voluminoso: el cadáver de uno de los caballos muertos minutos antes por el fuego de salva de la escuadra del *scout*.

¿Cuál era el proyecto de Patrick y qué quería hacer de ese caballo muerto? Nadie podía responder a esta pregunta.

Del otro lado del canal, los tejanos, resguardados en el contrafuerte del Golden Mount, habían visto también salir del bosque al gigante.

Su aparición fue saludada con clamores salvajes, acompañados de una lluvia de balas. Patrick no hizo caso ni de los gritos ni de las balas. Con ademán indiferente y tranquilo, continuó arrastrando su carga hasta el barranco, al que llegó ileso por una casualidad inexplicable.

Se quedó un momento perplejo, pensando la manera de atravesar la barricada, lo que resolvió en seguida, cogiendo el caballo por las patas de delante y levantándolo sobre las de detrás, se lo echó a la espalda.

A pesar de la gravedad de la situación, los compañeros del irlandés, entusiasmados por esta fabulosa demostración de fuerza, le aclamaron aplaudiendo. El caballo era hermoso y debía tener un peso enorme, teniendo la hazaña de Patrick algo de sobrehumano.

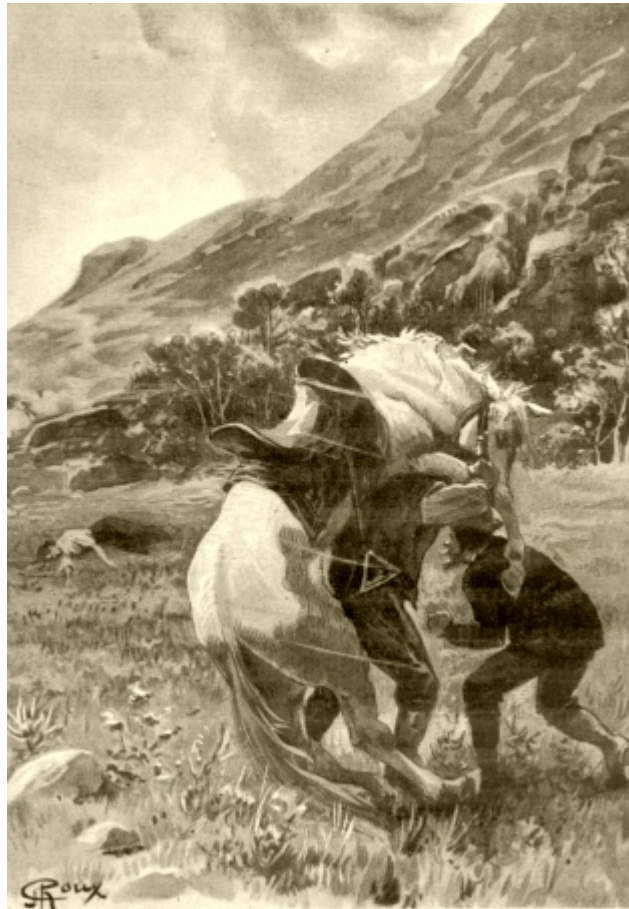
Nadie hubiera podido decir el fin que se proponía Patrick. Nadie, excepto uno.

—¡Bravo, Patrick! —exclamó Summy Skim, separándose violentamente de su gente; y sin temor a las balas que silbaban a su alrededor, fue a unirse al gigante al lado de la barrera que éste intentaba atravesar.

Los dos bandos tuvieron en este momento ocasión de asistir a un espectáculo original.

Patrick llevaba sobre los hombros el cadáver del caballo, cuyas patas de detrás arrastraban por el suelo, y franqueó la barrera con paso lento y seguro, yendo resguardado por él Summy Skim.

Apenas entraron en la explanada, cuando se vieron rodeados de balas que partían del contrafuerte del Golden Mount, más allá del cual no se atrevían a aventurarse los tejanos. Pero Patrick, y Summy delante de él, les volvían la espalda, y los tiros no valían de nada ante su espesa coraza. Ni Summy Skim ni Patrick tuvieron la menor rozadura, y los dos continuaron alejándose, bien parapetados.



No les faltaba más que algunos minutos para llegar al sitio donde estaba Jane Edgerton. Al llegar a ella se detuvo Patrick, mientras Summy Skim se agachaba y levantaba a la joven en brazos.

Lo difícil ahora era volver, pues tenían que hacer frente a sus adversarios, a los que hasta entonces habían dado la espalda, y la protección del parapeto de Patrick tenía que ser menos eficaz. Les fue preciso dar rodeos, bordear, andar el mismo camino tres o

cuatro veces; pero, al fin, Patrick y Summy, cargados cada uno con su fardo, lograron franquear de nuevo el canal, mientras que los tejanos lanzaban alaridos de rabia.

Al llegar al barranco encontraron dos de sus compañeros, que se habían arrastrado hasta allí, y que se apresuraron a reparar la brecha hecha en la barricada, mientras que los dos salvadores continuaban imperturbables su camino hasta la orilla de los árboles, donde llegaron sin obstáculo.

Allí se despojó Patrick del singular parapeto, inventado por él. Entonces pudieron apreciar su importante servicio. Más de veinte balas tenía en su cuerpo el caballo. La coraza era, pues, de excelente calidad y no tenía otro defecto que el de no ser de una medida general.

Summy Skim se apresuró a socorrer a Jane Edgerton, que no parecía tener la menor herida. Su desvanecimiento había sido causado, sin duda, por la violencia de la caída.

Con unas fricciones de agua fresca lograron que volviera en sí. La llevaron en seguida a la tienda de campaña para ver si con un poco de descanso se curaba.

Durante este tiempo, los dos partidos habían guardado sus respectivas posiciones. Los canadienses tenían el canal, impidiendo con sus tiros que salieran a la explanada los tejanos. Éstos, al abrigo de las estribaciones del volcán, continuaban también inmovilizando a sus adversarios. No había medio de poner fin a esta situación.

Transcurrió así todo el día y toda la noche.

La oscuridad dio un poco de libertad a los guerreros. Ben Raddle y sus compañeros se alejaron del canal. Se colocaron tres hombres de guardia y otro de servicio al norte del bosque, a fin de parar un nuevo ataque por el río Rubber; los demás volvieron al campamento, donde, después de la cena, se retiraron a descansar.

Al amanecer se levantaron todos los canadienses, un poco cansados tal vez, pero dispuestos a emprender la pelea. En cuanto hubo suficiente luz, todas las miradas se dirigieron hacia el sur.

¿Habrían aprovechado los tejanos la oscuridad para ir al, socorro de su jefe? No se sabía. Ni tampoco si la situación había sufrido alguna modificación.

No se oía ningún ruido en las estribaciones del Golden Mount. Algunos hombres dieron una gran vuelta a lo largo del río Rubber, determinándose a descender unos cien metros en la explanada, y pudiendo convencerse de que la posición estaba abandonada.

Nada alteró la calma de la explanada, tan silenciosa como desierta. De los dos cuerpos que habían quedado allí la víspera, no quedaba ya más que uno al apuntar el alba. Solo, a cierta distancia del canal, el caballo muerto formaba una mancha oscura en el verde claro de la pradera. Ya los pájaros carnívoros revoloteaban a su alrededor.

En cuanto a Hunter, había desaparecido.

CAPÍTULO XIV

DONDE SE LES HACE SALTAR

El segundo ataque había sido rechazado, como el primero, y con un éxito más grande. Ni uno tan sólo de los canadienses había sido herido; en cambio, la tropa asaltante había perdido la cuarta parte de su gente.

Aunque la situación había mejorado, era preciso que terminase brillantemente. Las fuerzas eran muy desiguales y no se podía considerar la victoria como adquirida hasta después de haber limpiado la región del último bandido. Hasta entonces el cuidado de la defensa absorbía toda la atención de la caravana y era imposible entregarse en serio a ningún trabajo de prospección o de explotación.

¿Obtendrían el resultado deseado? ¿Se agotarían, por el contrario, sus fuerzas en inútiles combates y no obtendrían la victoria hasta que la proximidad del invierno la hiciese inútil? En el término de tres semanas se verían en la necesidad de partir, si querían escapar de los rigores del invierno, de sus tormentas, de sus nieves y huracanes; si querían, después de haber vencido el ataque de los hombres, evitar el de la naturaleza, más implacable y más feroz aún.

¿Debía Ben Raddle, aprovechando la ausencia de los tejanos, continuar su proyecto de provocar la erupción, precipitando las aguas del río en el cráter? Si Hunter se hacía dueño del volcán, ¿no recogería él solo el fruto de tantas fatigas y tantos esfuerzos?

Durante todo el día 22 de julio, que fue de absoluta calma, no dejó Ben Raddle de pensar en esto.

Esta calma insólita no acababa de tranquilizarle. Quizás Hunter querría dar largas al asunto. En ese caso, los sitiados se verían en la necesidad de ir a buscar a sus adversarios en campo raso y solucionar a costa de todo una querrela que no podía eternizarse.

Al día siguiente, desde muy temprano, el *scout* y Ben Raddle, después de franquear el canal, fueron a observar la explanada. Ésta estaba completamente desierta. ¿Habría resuelto Hunter marcharse definitivamente?

—¡Qué lástima —dijo entonces Bill Stell— que la ascensión del Golden Mount sea imposible del lado del campamento! Los hubiéramos visto, trasladándonos al otro lado de la meseta.

—Verdaderamente es muy lamentable —respondió Ben Raddle.

—Yo creo que no hay peligro ninguno —replicó el *scout*—, si nos separamos algo del monte.

—Ninguno, Bill, puesto que no hay nadie de acecho. Lo que hicieron nuestros hombres ayer, lo podemos nosotros hacer también. Y después de todo, aunque seamos vistos, tenemos tiempo de volver al canal y cercar de nuevo la barricada.

—Vamos, pues, señor Raddle. Por lo menos, veremos el vértice del volcán. Tal vez sean los vapores más espesos, y quizás empiece ya el cráter a arrojar lavas.

Los dos se alejaron un cuarto de legua hacia el sur.

No se había producido ningún cambio en el orificio del cráter, de donde se escapaban torbellinos de vapores y llamas que el viento lanzaba hacia el mar.

—No se producirá hoy la erupción —observó el *scout*.

—Ni mañana —añadió el ingeniero—; pero no me quejo, al contrario, deseo que no tenga lugar la erupción antes de que se

vaya Hunter... ¡si se ha de ir!

—No se irá —dijo Bill Stell, señalando un humo que se elevaba al pie de un contrafuerte del Golden Mount.

—¡Sí... —dijo Ben Raddle—, están allí... como en su casa!... Y como nosotros los dejamos en paz, creerán, con razón, que no tenemos energía.

Después de haber recorrido de un vistazo la explanada, volvieron al canal y entraron en el campamento.

Era el 23 de julio, y Ben Raddle veía con pena transcurrir los días sin obtener ningún resultado.

El *scout* había hecho notar que, pasadas tres semanas, sería ya tarde para tomar el camino del Klondike, donde no llegarían antes del 15 de septiembre. Además, en esta fecha, los mineros que quieren pasar el mal tiempo en Vancouver han dejado ya Dawson City, y los últimos barcos descienden el curso del Yukón.

Summy Skim y Bill Stell hablaban con frecuencia de este asunto durante la tarde, mientras Ben Raddle se paseaba por la orilla del canal.

Éste, después de haber examinado la barrera, levantó el ramaje que ocultaba el orificio de la galería, y se deslizó hasta la pared que la separaba de la chimenea del volcán.

Una vez más se cercioró de la posición de los agujeros abiertos en seis sitios de esta pared, en los que había introducido él mismo los cartuchos de pólvora. Observó los otros cartuchos que estaban colocados en la barrera, y examinó el buen estado de la mecha. ¡Una cerilla... y el agua se precipitaría en irresistible torrente!

Puesto que estaban los tejanos, debía intentar, sin pérdida de tiempo, el resultado. ¿Por qué habría de esperar más, cuando el tiempo apremiaba, cuando no parecía que la erupción se produciría por sí sola?

Le sería suficiente prender esos cartuchos, cuya mecha duraría algunos minutos, y después de medio día, de dos horas, una hora, menos tal vez, los vapores acumulados se abrirían violentamente salida en los aires.

Ben Raddle estaba pensativo ante esta pared, maldiciendo su impotencia y la imposibilidad de provocar en el momento el desenlace de su atrevido plan.

Reflexionando todo esto, oía los ruidos de la chimenea central. Los zumbidos le parecían más intensos. Hasta le parecía oír el choque de las rocas, como si los vapores hubiesen levantado los pedruscos para dejarlos caer en seguida. ¿Serían síntomas de una erupción próxima?

En aquel momento resonaron gritos por fuera. La voz del *scout* penetró por el orificio de la galería, y llamó:

—¡Señor Raddle!... ¡Señor Raddle!

—¿Qué hay? —preguntó el ingeniero.

—¡Venga usted!... ¡Venga usted! —respondió Bill Stell.

Ben Raddle pensó que la banda intentaba un nuevo ataque, y se apresuró a volver a la barrera. Encontró a Summy Skim y a Jane Edgerton en compañía de Bill Stell.

—¿Nos atacarán otra vez los tejanos? —preguntó.

—¡Sí, los miserables! —exclamó el *scout*—. Pero no de frente ni por detrás. ¡Por arriba!

Y extendió el brazo del lado del Golden Mount.

—Mire usted, señor Ben —añadió.

En efecto; no habiendo podido forzar la barrera ni podido pasar por el norte ni por el sur, Hunter y los suyos habían renunciado a un ataque directo para adoptar otro plan, cuyo resultado sería, por lo menos, obligar a la caravana a abandonar su campamento.

Subiendo de nuevo a la cima del volcán, contornearon el vértice y se colocaron sobre el lado de la meseta que dominaba las tiendas de campaña de los canadienses. Allí, con el pico y con la barra, levantaron las enormes piedras, los pedazos de peñascos, que estaban amontonados por cientos. En seguida fueron llevados esos pesados pedruscos hasta la orilla y empezaron a caer en avalancha, rompiendo, derribando árboles, amontonándose todo en el camino. Algunos de esos terribles proyectiles rodaron hasta el mismo canal, haciendo saltar el agua fuera del ribazo. Ben Raddle y sus

compañeros estaban colocados contra el flanco del monte, a fin de no ser magullados.

No era posible que se defendieran ya desde el bosquecito. El campamento desaparecía bajo el amontonamiento de pedruscos precipitados desde lo alto de la montaña, y su personal había buscado refugio en la orilla del río, muy alejada para recibir algún trozo de la avalancha.



Del material no quedaba ya más que restos. Dos de los carros habían sido rotos, las tiendas de campaña derribadas y destrozadas, las herramientas estropeadas. Tres mulas que habían sido aporreadas yacían en el suelo. Las otras, espantadas, locas, habían atravesado el canal de un salto y se dispersaban a través de la explanada. Era una verdadera catástrofe.

De lo alto llegaban los juramentos, los gritos de alegría de la banda, que se excitaba con esta abominable exterminación. Al caer las rocas se rompían en fragmentos, que se esparcían como la metralla.

—¡Van a derribar toda la montaña sobre nuestras cabezas! — exclamó Summy Skim.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó el *scout*.

—¡Lo que hay que hacer, yo no lo sé —replicó Summy Skim—; pero sí lo que debíamos haber hecho! ¡Tirar un tiro a Hunter, en vez de haber hablado con él!

Jane Edgerton se encogió de hombros; estaba muy nerviosa.

—Eso está ya de más, y mientras tanto nuestro material se está haciendo polvo. Dentro de poco no nos quedará nada, si no salvamos, por lo menos, sus ruinas. Arrastremos nuestros carros hasta el río, donde no puedan ser alcanzados.

—Sea —dijo el *scout*—. ¡Pero después!...

—¿Después? —repitió Jane Edgerton—. Después nos iremos al campamento de esos bandidos y los esperaremos. ¡Haremos fuego contra ellos mientras descenden, y sus carros vendrán a reemplazar a los que nosotros hemos perdido!

Summy Skim miró con admiración a su heroica compañera. Su proyecto era atrevido, pero podía realizarse. Hunter y sus compañeros estarían seguramente desprevenidos en el Golden Mount, y el fuego de los canadienses sería aprovechado.

Como no dejarían el sitio mientras tuvieran piedras, tendrían tiempo suficiente para costear la base de la montaña, sin ser advertidos, y trasladarse sobre la otra vertiente. Se colocarían allí hombres, que estarían de acecho, y dispararían contra Hunter en cuanto le vieran descender.

—¡Maravilloso! —exclamó Summy Skim—. Llamemos a nuestros hombres y pasemos la barrera. Dentro de media hora se nos habrán rendido.

Aunque Ben Raddle no se había mezclado en la conversación, había oído el plan expuesto por Jane Edgerton, el único

verdaderamente realizable y práctico.

En el momento en que Summy Skim se disponía a poner en movimiento a su gente, su primo le detuvo.

—Hay algo mejor todavía —dijo.

—¿Qué? —preguntó Summy Skim.

—Responder a la banda de Hunter como ella se merece. Tenemos dispuesta un arma terrible.

—¡Un arma! —repitió el *scout*.

—¡El volcán! Provoquemos la erupción y destruyamos hasta el último de esos canallas.

Después de un corto silencio volvió a decir el ingeniero:

Id a buscar a nuestra gente, siguiendo la base de la montaña y la orilla del mar. Entretanto, yo encenderé los barrenos, después iré a reunirme con vosotros.

—¡Yo me quedo contigo, Ben!... —dijo Summy Skim, estrechando la mano del ingeniero.

—Es inútil —declaró resueltamente Ben Raddle—. No corro el menor peligro. La mecha está preparada, ya lo sabes; yo no tengo más que prender fuego.

No había que insistir. Summy Skim, Jane Edgerton y el *scout* se alejaron, a fin de reunirse con la caravana, que estaba a orillas del río Rubber. Inmediatamente desapareció Ben Raddle por el orificio que estaba oculto por el ramaje. Llegó en seguida a la rastra al medio de la galería; después encendió la mecha, que estaba unida por una parte a los cartuchos de la pared y por la otra a los de la barrera; en seguida se volvió corriendo a unirse a sus compañeros.

Un cuarto de hora más tarde los barrenos estallaron con un ruido ensordecedor. Parecía que temblaba el monte sobre su base. La barrera se partió en mil pedazos, y el agua del canal se precipitó con violencia en la galería abierta. ¿Habría destrozado la explosión la pared de la otra extremidad? Por los espesos vapores negruzcos que salían se podía juzgar, antes de poder cerciorarse de ello. Si, la pared estaba derribada, y por el boquete hecho salía del volcán un olor pestífero.

Un ruido sordo se escapó al mismo tiempo de la galería. Hervores, grandes ruidos, silbidos de agua, luchando contra las primeras lavas y vaporizándose a su contacto.

El fuego y el agua. ¿Cuál de los dos elementos saldría victorioso en esta batalla titánica? Extinguiéndose el fuego, ¿no facilitaría un obstáculo que el agua no podría franquear? Llegada el agua a torrentes desde el inagotable Mackenzie, ¿no sería, por el contrario, vencida por el fuego al llegar al centro del volcán?

Éste era el último problema que quedaba por resolver, y la solución iba a darse al instante.

Pasó media hora, una tal vez. El agua corría a torrentes, se sepultaba en la galería, y despidiendo los vapores se perdía tumultuosamente en la montaña.

La tropa canadiense se había refugiado más allá del río Rubber, en la orilla del océano. Inmóviles y silenciosos contemplaban todos el fenómeno.

De repente el suelo tembló, y un ruido sordo y terrible llegó hasta ellos de las entrañas de la tierra. Después pasó una cosa extraña. La explanada entera pareció que se movía, haciendo ondas a lo lejos, en el sur, y un espeso polvo se levantó, oscureciendo el disco del sol resplandeciente.

Los canadienses se aterraron. Todos, hasta el más valiente, conocieron el miedo, comprendiendo que aquella invencible fuerza la habían desencadenado sus débiles manos.

Pero la cólera del volcán pareció apaciguarse ya. La nube de polvo caía y dejaba ver de nuevo el sol.

Recobraron la tranquilidad. Algunos suspiros dilataron los pechos oprimidos, y los corazones dejaron de latir con violencia. Hasta se cambiaron sonrisas y se atrevieron a mirar a su alrededor.

Nada había cambiado en la naturaleza. El río Rubber continuaba su curso hacia el océano Ártico, cuyas olas seguirían estrellándose en la misma orilla. El Golden Mount, herido mortalmente, erguía su frente, empenachada de humo y de llamas, indiferente al torrente de agua que el canal vertía en sus vastos flancos.

Transcurrió un cuarto de hora, y de repente, sin que nada lo hubiera hecho presentir, se sintió una explosión terrible.

Se desprendió un pedazo de montaña y cayó en el mar, levantando una ola prodigiosa. Las piedras iban acompañadas de pedazos de lavas endurecidas, escorias, cenizas, llamas y humo que, haciendo gran ruido, salían fuera del cráter y se lanzaban a más de quinientos metros en los aires.

A partir de este momento, se sucedieron las detonaciones. El volcán lanzó con rabia millares de proyectiles incandescentes. Unos cayeron en la misma boca que los había vomitado; otros, siguiendo el camino abierto por el primer esfuerzo de la energía plutónica, iban silbando a embutirse en las olas del océano Ártico.

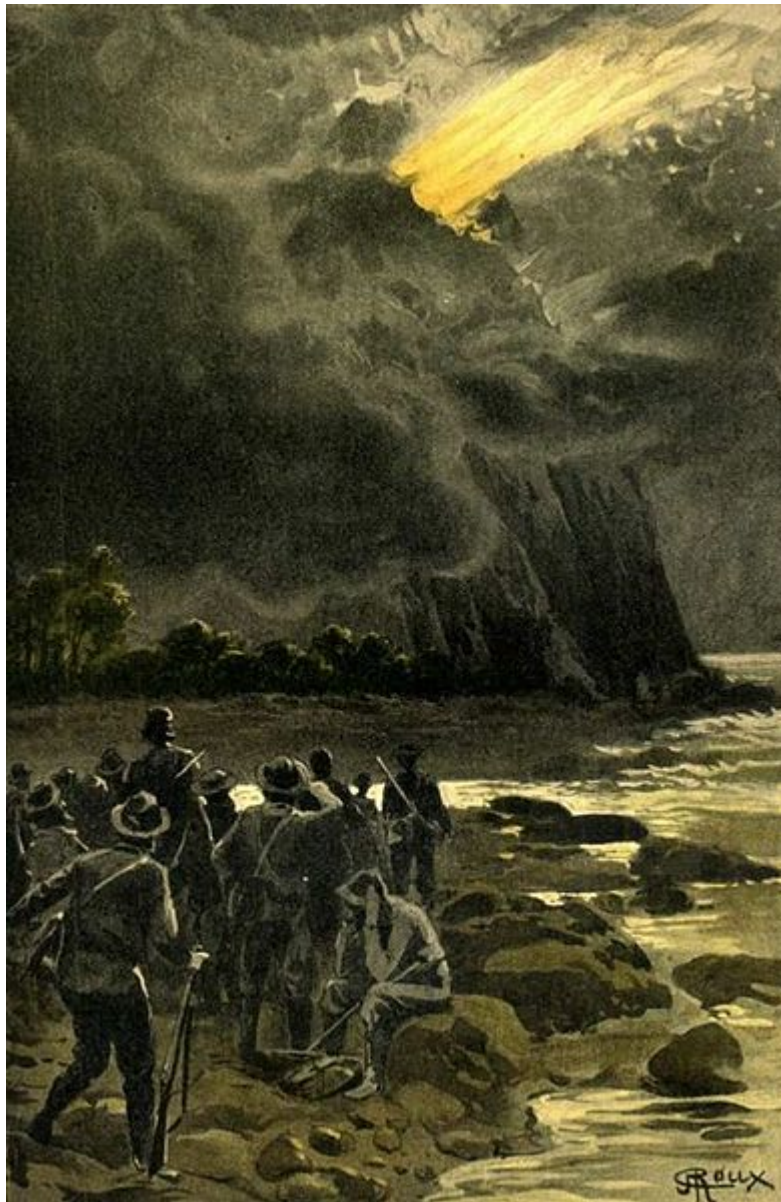
—¡Pero... Dios mío!... —balbució Summy Skim, en cuanto la emoción le permitió hablar—. ¡Van al mar nuestras pepitas!

Si no habían hecho esta misma reflexión Ben Raddle y el *scout*, había sido porque no estaban en condiciones de pronunciar una sola palabra. La sorpresa, la desesperación, más bien, les abrumaba.

¡Haber emprendido ese viaje, haber entrado en lucha con la naturaleza; tantos esfuerzos, tantas penas para llegar a eso! No se había engañado Ben Raddle. Introduciendo las aguas en la chimenea volcánica, había provocado la erupción, según lo había pensado. Pero él no tenía el poder de dirigir esta erupción, y la campaña terminaba con un desastre.

El monstruo que había soltado no obedecía a su voluntad. Nadie hubiera podido calmar la erupción, que hacía estragos. El suelo temblaba como si se fuera a abrir. El ruido de las llamas, el silbido de los vapores hacían vibrar el espacio. El cono terminal había desaparecido detrás de una cortina de humo ardiente y de gas irrespirable. Algunos de los pedruscos proyectados por los aires resplandecían como bombas, y se esparcían en polvo de oro...

—¡Resplandecen nuestras pepitas!... —decía Summy Skim en tono quejumbroso.



Todos miraban espantados este horroroso espectáculo.

No pensaban siquiera en los tejanos en ese momento, sino en esas riquezas del más prodigioso yacimiento del mundo, que se perdían en las aguas del mar Glacial.

La caravana no tenía ya nada que temer de Hunter y su banda. Sorprendidos por lo instantáneo del fenómeno, no habían tenido tiempo de huir. Quizá se habría destruido la meseta bajo sus pies... ¿Estarían embutidos en el cráter?... O, tal vez, proyectados en el

espacio, quemados, mutilados, yacían en las profundidades del océano polar.

Ben Raddle fue el primero que recobró su sangre fría.

—¡Venid!... ¡Venid!... —exclamó.

Le siguieron; subieron la orilla derecha del Rubber, que fue vadeado más allá del canal, y se introdujeron en la explanada, siguiendo la base del Golden Mount. Veinte minutos después se encontraban en el campamento de los tejanos.

Los cinco o seis hombres que se habían quedado allí de guardia huyeron hacia el bosque, mientras que los caballos, espantados por el estrépito de la erupción y por las detonaciones, acababan de dispersarse a través de la pradera.

Los canadienses tomaron posesión del campamento abandonado por sus defensores; después todas las miradas se dirigieron a la montaña.

La erupción que resonaba en lo alto había, en efecto, cumplido su obra destructiva. De la tropa que los piratas no quedaban ya más que escasos supervivientes, que, presa de una natural locura, descendían las pendientes del Golden Mount y se dejaban resbalar, expuestos a romperse brazos y piernas.

Entre ellos se vio a Hunter, gravemente herido y arrastrándose a unos cientos de metros por encima de la explanada. El vendaje que envolvía su cabeza ocultaba, sin duda, las heridas de la antevíspera, producidas por la caída del caballo, la que le había dejado completamente desvanecido.

Viendo su campamento invadido, los malhechores, diezmados, sin armas, perdidos, hicieron un gesto de desesperación y, dirigiéndose hacia el norte, se apresuraron a ganar la orilla del mar, a fin de seguir hasta el bosque.

En el momento en que Hunter, sostenido por dos de sus compañeros, daba los primeros pasos en esta nueva dirección, un bloque enorme se levantó del cráter. Mientras los otros proyectiles del volcán iban uniformemente a perderse en el norte, este bloque, desviado por causas desconocidas, describió en el sur una extensa

y poderosa parábola, y con precisión matemática se metió en el grupo de los tejanos fugitivos.

Uno de ellos pudo evitar el choque; se salvó, gritando. Otro quedó en el sitio completamente triturado.

Hunter, que había sido herido en la cabeza, dio unas vueltas, y rebotando de roca en roca fue a estrellarse debajo de la montaña.

Entretanto, precediendo a su víctima, el bloque continuó rodando por la pendiente, y como un dócil servidor se detuvo dulcemente a los mismos pies de Ben Raddle.

Éste se inclinó. Por las rozaduras causadas por los choques brillaba una sustancia amarilla de un resplandor metálico. El ingeniero, emocionado, reconoció que el bloque justiciero era completamente de oro puro.

CAPÍTULO XV

ESTUPEFACCIÓN DE JANE EDGERTON, BEN RADDLE Y SUMMY SKIM

Si, este oro, tan ávidamente perseguido por Hunter, le había dado la muerte. La sed del precioso metal había sido ardiente. ¡Qué de crímenes cometidos, y cuántos proyectados para llegar a poseer las partículas del codiciado metal! Y el destino quiso que fuese el oro el que destrozase el cerebro donde tantos sueños criminales se habían formado.

Ben Raddle calculó maquinalmente lo que podría valer el prodigioso proyectil que acababa de librarle de su enemigo, y supuso que valdría unos cien mil francos. Esta masa, que era suya sin duda ninguna, sería suficiente para cubrir los gastos de la expedición, y hasta le permitiría abonar una modesta prima a cada uno de los intrépidos pero desgraciados exploradores.

¡Qué final tan distinto al que habían pensado todos! ¡De los incalculables tesoros del volcán no se llevarían más que esta muestra!

Sin duda, la hostilidad de los tejanos había hecho variar los planes de Ben Raddle. Por defender a su caravana debió precipitar los acontecimientos; pero aunque hubiera estado en libertad para escoger el día y la hora, el oro que encerraba el cráter no hubiera

sido más aprovechable, puesto que el Golden Mount proyectaba sus materias eruptivas del lado del mar.

—La lástima fue que cuando llegamos nosotros no estuviera accesible el cráter del volcán —dijo el *scout*, en cuanto se calmaron un poco los ánimos.

—En efecto —aprobó Summy Skim—, Jacques Ledun lo creyó extinguido, cuando no estaba más que dormido.

Esta casualidad fatal era la que había hecho perder a Ben Raddle todos los beneficios de su campaña. Parecía que no se consolaría nunca de ello.

—Vamos, mi pobre Ben —dijo Summy Skim—, un poco de valor y de filosofía!... Renuncia a tus sueños y conténtate con ser feliz en nuestro querido país, del que estamos tan lejos hace dieciocho meses.

Ben Raddle estrechó la mano de su primo, y haciendo un esfuerzo pudo apartar de sí toda su tristeza, y volvió a tomar inmediatamente la dirección de la caravana.

Tenían que reedificar el campamento fuera del alcance del volcán, por si cambiaba de dirección al proyectar las lavas. Ese campamento no tendría, después de todo, más que una existencia efímera, puesto que no había ya ningún motivo para estar en esas regiones hiperbóreas.

Eligieron un terreno a dos kilómetros aguas arriba de la orilla del río Rubber, y en seguida se pusieron a la obra. Unos diez hombres fueron enviados al otro lado del canal, con orden de reunir todo lo que pudiera salvarse del antiguo material. Otros cargaron del botín conquistado los carros de los vencidos. El resto de la caravana se lanzó a la persecución de los caballos escapados, de los que capturaron varios con bastante facilidad.

Antes de terminarse el día estaba instalado el nuevo campamento de una manera bastante confortable.

La noche fue tranquila. Se vigiló por prudencia, a fin de rechazar una vuelta ofensiva de los supervivientes de la banda dispersada; pero la calma no fue alterada más que por el ruido de la erupción.

Durante las horas de oscuridad, ¡qué espectáculo el de esta erupción en su primera violencia! El polvo de oro, calentado al blanco y lanzado con una formidable potencia, se arremolinaba, formando cúpula por encima del cráter. Las llamas subían más altas que la bóveda de fuego, y resplandecía de una manera siniestra toda la comarca hasta los límites del horizonte.

El canal continuaba su curso en la tierra alterada. Si no llegaba nada que pudiera tapar la brecha abierta en el lado de la montaña, ¿cuántas semanas, cuántos meses estarían las aguas del gran estuario circulando?

—¿Quién sabe si tal inundación —dijo por la mañana el *scout* a Summy Skim— terminará por extinguir el volcán?

—¡Es muy posible, Bill; pero, por el amor de Dios, no se lo diga usted a Ben! ¡Sería capaz de esperar!... ¡Y, sin embargo, no hay nada que recoger en el cráter!

Hacía mal en inquietarse Summy Skim. El partido de Ben Raddle estaba bien tomado. Una vez más se inclinaba ante la fuerza de las cosas. El *claim* 129 sumergido bajo las aguas, el Golden Mount vaciado en el mar; he ahí dos cosas contra las que nada podía hacer, y se había decidido a no cavilar más. Esas dos decepciones pertenecían ya al pasado, y resueltamente se volvía hacia el porvenir.

El porvenir, el porvenir más próximo, por lo menos, era Dawson City. Y Dios sabe por qué esta ciudad, hacia la cual el ingeniero dirigía su pensamiento, se sintetizaba para él en una sala del hospital, donde una joven rubia decía pausadamente cosas dulces y sensatas. Cuestión de contraste, sin duda. En medio del desorden general que le rodeaba, evocaba involuntariamente, como para restablecer el equilibrio, la imagen de esa calma límpida.

Al día siguiente, a las cinco, hizo conocer a sus compañeros su decisión de empezar aquel mismo día a descender hacia el sur. Esperaba que algunos se resistieran; pero no fue así. La esperanza había huido, y con ella el valor. Todos, por el contrario, dieron un

suspiro de tranquilidad al saber que iban a emprender el camino de vuelta.

Antes de dar la orden de partir, Ben Raddle y el *scout* siguieron por última vez la base del volcán. ¿Había lanzado la erupción por esa parte algunos fragmentos de cuarzo auríferos?

No; el bloque que había ejecutado a Hunter era el único recuerdo que se llevaba del alto Dominion.

La erupción no se había desviado. Todas las sustancias, piedras, escorias, lavas, cenizas, proyectadas hacia el norte, no cesaban de caer en el mar, alguna vez hasta a dos kilómetros de la orilla. La intensidad del fenómeno no había sufrido ninguna disminución, y hubiera sido del todo imposible llegar a la cumbre del Golden Mount.

Mientras que Ben Raddle y el *scout* procedían a esta exploración, Jane Edgerton se aproximó a Summy Skim, que, sentado en la hierba, fumaba plácidamente su pipa. Como poco antes, cuando la última ascensión, la joven tenía un color pálido, que la hacía más encantadora aún.

—Ruego a usted me perdone, señor Skim —dijo con una especie de turbación—, por no haberle dado las gracias como era natural; pero hasta esta mañana no he sabido que le debía un favor más.

—¿Quién ha sido el charlatán?... —dijo Summy Skim enfadado.

—Patrick me ha contado todo —interrumpió Jane dulcemente—. Sé que si tengo vida es gracias, primero a su destreza y sangre fría, y después a su valor... Un día —añadió con una tímida y conmovedora sonrisa— tuve la petulancia de decir que me separaba de ustedes, pero hoy reconozco que me sería imposible hacerlo.

—¿Es Patrick quien le ha contado todo eso, señorita? —respondió Summy—. En ese caso es bien modesto, pues él ha sido quien en realidad ha hecho todo eso.

—No, señor Skim —insistió Jane con vehemencia—. Sé el papel que ha desempeñado Patric, y le guardo en mi corazón el sitio que debe ocupar; pero sé también cuál ha sido el papel desempeñado por usted.

—¿El mío?... —volvió a decir Summy—. He desempeñado el papel de cazador y nada más. Un cazador ve delante de él una cosa que se escapa... y tira. Es bien sencillo...

Summy se detuvo bruscamente, y simulando una viva cólera, añadió:

—Puesto que ya hemos hablado bastante de este asunto, le ruego no me lo vuelva a recordar.

—Está bien —aprobo Jane Edgerton—, no le hablaré más..., pero pensaré siempre en ello.

La caravana se puso en marcha a las ocho. El ingeniero y Summy Skim se colocaron a la cabeza, precediéndoles Jane Edgerton, instalada en la calesa conducida por Neluto. Los carros, cargados del material de campamento, seguían bajo la dirección del *scout*.

Tenían asegurada la manutención para bastante tiempo; la caza y la pesca les habían permitido economizar las conservas durante las semanas pasadas en el Golden Mount. Además, no les faltarían en el camino perdices, ni patos, ni caza mayor. Si Summy Skim tenía la suerte de matar, por fin, uno de esos famosos alces, hasta se podría decir que no sentía haber hecho el viaje.

El tiempo estaba inseguro, lo que no era nada extraño, pues el verano estaba terminando. Esperaban llegar a la capital del Klondike antes de septiembre, y no pasar frío durante las paradas de la noche.



Cuando se detuvo la caravana para almorzar, el Golden Mount se divisaba aún en el horizonte. Ben Raddle se había vuelto, y no podía apartar la vista de los torbellinos de humo que se elevaban de su cima.

—Vamos, Ben, vamos —le dijo Summy Skim—, el oro se va en humo, como tantas cosas de este mundo. No pienses ya en él. Nuestras miradas deben dirigirse, no por ese lado, sino por aquél.

Y la mano de Summy se extendió hacia el sudeste, en dirección aproximada del querido y lejano Montreal.

De común acuerdo, Ben Raddle y el *scout* habían adoptado para la vuelta un nuevo itinerario. En lugar de dar un pequeño rodeo para pasar por Fort Mac Pherson, se marcharían al sur en línea recta. De este modo acortarían el camino. En cuanto al agua, no había miedo

que faltase en estas regiones surcadas de *creeks*, sobre todo cuando se está próximo al nacimiento del Porcupine River.

Hacia el anochecer del primer día de marcha, la atención de los conductores se detuvo ante numerosos surcos, de los que estaba cubierta la tierra. Tenían que dar algunos rodeos, lo que era molesto y les hacía retrasar en su camino. Si este inconveniente continuaba, torcerían a derecha o izquierda, hasta encontrar un terreno más llano.

Por fortuna, pasados unos kilómetros, la situación se modificó favorablemente. Encontraron ya pocos surcos, y muy pronto no notaron más que algunas grietas.

A sesenta kilómetros del Golden Mount no existía más que una sola, pero de tal tamaño, que se la podía dar el nombre de barranco. Esta profunda quebradura, de quince metros de profundidad, sesenta de ancho, con los bordes desmoronados, como a continuación de una violenta tormenta, se extendía de norte a sur con algunos grados de desviación hacia el oeste. Parecía que se dirigía exactamente hacia Dawson City, y la caravana no tendría que seguir más que su orilla oriental para no separarse de la dirección que le convenía.

Esta circunstancia singular era, naturalmente, el objeto de la conversación de todos. El enorme foso iba a perderse de vista, sin torcerse en lo más mínimo. Las pendientes no tenían la más pequeña hierba, lo que demostraba que era muy reciente. ¿Qué fuerza habría podido hacer de una sola vez una obra tan gigantesca?

—El Golden Mount —respondió Ben Raddle a Summy Skim, que le había preguntado sobre ese punto—, es una reacción secundaria del volcán. Antes de la erupción, propiamente dicha, sentirnos, como recordarás, una violenta sacudida sísmica, y el horizonte del sur estuvo durante cierto tiempo cubierto de polvo. ¿Conoces ahora el origen de ese polvo?

—¡A tal distancia de la montaña! —exclamó Summy Skim.

—Eso no tiene nada de sorprendente —afirmó el ingeniero—. Los volcanes, antes de entrar en erupción, causan a menudo desórdenes a una distancia infinitamente más grande; pero todo se calma en cuanto la presión interior logra abrirse salida suficiente por el cráter. Eso es lo que ha pasado aquí.

No franquearon el círculo polar hasta el 12 de agosto. El camino corto fue mucho peor, y no podían adelantar más de doce a quince kilómetros por día. El *scout* lamentaba vivamente no haber vuelto a hacer en sentido inverso el camino de Fort Mac Pherson.

Por suerte, la salud general se mantenía en estado satisfactorio. Esos vigorosos canadienses, quebrantados por las fatigas, continuaban dispuestos a soportar las peores pruebas.

La enorme grieta abierta por el esfuerzo volcánico acompañaba a la caravana en su dirección hacia el sur. Sin embargo, cien kilómetros más allá del círculo polar pareció perder importancia. Los bordes se unían, el fondo se llenaba. Esta modificación se producía muy lentamente, y se podía fácilmente separarse de esta fiel compañera de camino, cuando, cincuenta kilómetros más lejos, torció hacia la derecha, y el abismo se convirtió en sencilla hendidura, yendo a perderse por el oeste.

Las alturas que rodean la capital del Klondike aparecieron el 3 de septiembre. Poco después de mediodía se detenía, al fin, delante de la puerta del Northern Hotel.

Llegó el momento de la dislocación. Patrick y Neluto se dirigieron hacia la casa del arrabal, donde esperaban encontrar a Lorique. El *scout* condujo a sus hombres y al material, aumentado por el de Hunter, a su depósito de Dawson. Los antiguos mineros del 129 se repartieron por la ciudad y se pusieron a buscar alojamiento.

Entretanto, Jane Edgerton, Summy Skim y Ben Raddle, a los que las duras penalidades no habían podido hacer perder el recuerdo de los refinamientos de la civilización, se entregaron con delicia a un exagerado aseo. A pesar de los precios excesivos de Dawson en baños, peluqueros, sastres, modistas, camiseras y costureras, a eso

de las tres se encontraban descansados y transformados en el Northern Hotel.

Mientras que Jane, impaciente por abrazar a su prima, se dirigía apresuradamente al hospital, Ben y Summy se fueron a las oficinas de la Anglo-American Transportation and Trading Company, donde antes de partir habían depositado los fondos que les quedaban. Había que pensar en la cuestión del dinero, pues aunque fuese mucho el valor de la masa de oro proyectada por el Golden Mount, estaban por el momento casi sin monedas.

Summy Skim presentó por la ventanilla un cheque, que el empleado recibió con aire indiferente, que inmediatamente se transformó en sorpresa en cuanto leyó los nombres que firmaban el cheque. La ventanilla se cerró en seguida con un golpe seco, después se oyó por detrás del enrejado un ruido que extrañó a los dos primos.

En espera de que se les pagase, después de cumplirse las formalidades prescritas para el pago de un cheque, se trasladaron los dos primos a otra ventanilla, donde colocaron el bloque de oro enviado por el Golden Mount en tan trágicas circunstancias. El empleado en materias preciosas, al ver esta pepita fenomenal no mostró la indiferencia de su colega de cuentas corrientes. Manifestó, por el contrario, con la vivacidad de sus gestos, la sorpresa que le causaba esta maravillosa muestra de las riquezas mineras. El bloque era espléndido en efecto. Limpio, frotado, libre de la menor partícula de materia extraña, brillaba con su color amarillo y reflejaba la luz del día por sus mil superficies.

Cuando el representante de la Trading Company hubo expresado suficientemente su admiración, procedió a pesarlo, e hizo un rápido cálculo.

—Veinte mil seiscientos treinta y dos dólares cincuenta céntimos —dijo el empleado.

Ben Raddle hizo un signo de aprobación.

—¿A la cuenta de los señores...? —inquirió el representante, con la pluma levantada.

—Summy Skim y Ben Raddle —añadió el ingeniero.

Como anteriormente, la ventanilla se cerró de un golpe seco, y hubo el mismo ruido que había ya excitado la curiosidad de los dos primos.

Transcurrieron algunos minutos. Ben Raddle, de naturaleza impaciente, empezaba a preguntarse si se burlaban de ellos, cuando un empleado, que parecía de gran categoría, atravesó la sala, rogando que le siguieran, pues el señor William Broll deseaba hablarles.

Aunque muy sorprendidos, aceptaron la cortés invitación, y poco después se encontraban en presencia del subdirector, que era antiguo conocido de los dos primos.

—Ruego a ustedes, señores, me dispensen si les he molestado; pero tenía dada orden de que me avisaran si alguno de ustedes se presentaba en nuestras oficinas, y ahora me felicito de recibir a un tiempo a los dos.

Summy Skim y Ben Raddle saludaron, sin expresar de otro modo su sorpresa por el honor que se les hacía.

—No quería, como comprenderán —continuó el subdirector—, dejarlos marchar sin haber saludado a los clientes más importantes de la casa.

Los dos a la vez clavaron sus miradas en su interlocutor. ¿Estaría loco el señor William Broll? ¿O estaba la Anglo-American Transportation and Trading Company tan miserable, que su mediano crédito tuviese tal importancia en sus libros?

—¡Ah! —continuó entretanto el subdirector—. Ustedes se habrán reído muchas veces de nosotros, y hay que confesar que estaban en su derecho. ¡Tuvimos tan mal ojo! ¡Cuando pienso que nos detuvimos por una simple discusión de frontera! ¡Cuando pienso que tasamos en cinco mil dólares! —sí, ¡en cinco mil dólares!— su propiedad... En fin, no hay que temer que reprochen nuestra ceguedad, pues gracias a ella son ustedes los felices propietarios del 129.

—¡Del 129! —repitieron al unísono Summy Skim y Ben Raddle, completamente asombrados.

—¡Del maravilloso, del extraordinario, del prodigioso 129!

Y si el prolijo subdirector se detenía en esos tres epítetos, era porque indudablemente no encontraba otros.

—Dispense usted, pero... —empezó Summy Skim sofocado.

Ben Raddle, que tenía la facilidad de ver muy claro en todas las circunstancias de la vida, le cortó la palabra.

—¡Qué quiere usted, señor subdirector; en cuestión de negocios hay ganancias y pérdidas! —dijo, afectando el tono más natural—. Ya encontrarán ustedes otra ocasión.

—Nunca se presentará otra como ésa —afirmó William Broll—. No existe en el Klondike, ni en ninguna parte, yacimiento semejante al de ustedes. Comprendo que habrán dudado mucho tiempo. Durante un año habrán titubeado, luchado en todos sentidos, y nosotros hemos tenido muy pocos beneficios. Pero ustedes están ahora bien recompensados de tantas penas, como lo prueban los envíos que hace un mes efectúan ustedes diariamente.

—¿Diariamente? —balbució Summy Skim.

—O casi diariamente, por lo menos.

—¿Cree usted que hace un mes? —insistió Ben Raddle con voz más segura.

El subdirector se quedó como recordando.

—Sí —dijo—, hace un mes recibimos el primer envío.

—Verdaderamente —dijo Ben Raddle con un tono bonachón.

—Pero si quieren ustedes saber la fecha exacta del primer envío, la encontraremos en los libros —añadió William Broll.

Tocó un timbre y apareció en seguida un empleado.

—Súbame el libro de cuentas de los señores Summy Skim y Ben Raddle, propietarios del *claim* 129. El empleado desapareció.

—Eso me permitirá dar a ustedes el saldo exacto, lo que no deja de carecer de importancia —exclamó el señor William Broll riendo.

Le trajeron el libro de cuentas corrientes. El subdirector lo abrió delante de él.

—Vean ustedes mismos, señores —dijo—. No me he equivocado. Estarnos a 3 de septiembre, y el primer envío fue el cinco de agosto...

—¿El cinco de agosto?... —decía para sí Summy Skim—. Un año, día por día, después de la inundación del *claim* 129...

—En cuanto al saldo —continuó el subdirector, siguiendo con la vista las largas columnas de cifras—. ¡Veamos!... ¡Ah, hela aquí!... ¿Quiere usted tomar nota?

Ben Raddle tomó un lápiz y escribió con pulso seguro.

—Tres millones trescientos ocho mil cuatrocientos treinta y un dólares noventa céntimos... Sin contar la entrega que han hecho ustedes hoy, que sube el total general a tres millones trescientos veintinueve mil sesenta y cuatro dólares cuarenta céntimos.

El ingeniero había escrito con cuidado estas cifras vertiginosas. Summy Skim creía perder la cabeza, sin saber aclarar el misterio, y reflexionaba, mientras William Broll continuaba en tono enfático:

—¡Ah, su envío de hoy!... Es el más maravilloso de todos, no sólo por su valor, sino por la belleza extraordinaria del ejemplar... ¡Qué pepita, *by God!*... ¡Creo que es única en el mundo, sólo el 129 puede dar tal muestra!...

Ben Raddle había terminado sus reflexiones. Que el subdirector estaba loco, y loco de atar, no cabía duda ninguna. Había un medio bien sencillo de convencerse, y dijo con aire resuelto:

—Hemos venido mi primo y yo con intención de cobrar un pequeño cheque de mil dólares; pero, puesto que estamos de paso en Dawson, creo que sería mejor tomar una suma más importante.

—Como ustedes gusten, señores —respondió el señor Broll—. ¿Qué cantidad desean?

—Cien mil dólares —dijo Ben Raddle con indiferencia.

Saldrían pronto de dudas: si estaba loco el subdirector, no creía que lo estuvieran todos los empleados a la vez. La broma terminaría cuando tuvieran que soltar semejante suma.

—A la disposición de ustedes —repitió el señor Broll a la petición formulada por Ben Raddle—. En cuanto estén contados esos cien

mil dólares se los llevarán al hotel a la vez que el recibo.

—Podemos esperar bastante tiempo —dijo Ben Raddle al despedirse del subdirector, que acompañó a sus visitantes hasta la puerta, demostrando la mayor amabilidad.

Summy se había levantado a la vez que su primo y le había seguido con la docilidad de un niño.

—¿Qué piensas tú de eso, Ben? —dijo en cuanto estuvieron en la calle.

—Nada —respondió Ben Raddle, más confuso de lo que parecía.

Continuaron andando en silencio, y se detuvieron en Northern Hotel sin haber cambiado otra palabra.

Al entrar en la sala encontraron a Jane Edgerton, que les esperaba impaciente. La joven había debido experimentar también su parte de emoción. Su cara, desencajada y llena de lágrimas, expresaba cruel inquietud.

Al verla, Summy Skim olvidó su fantástica entrevista con el subdirector de la Anglo-American Transportation and Trading Company. Corrió hacia Jane Edgerton y le cogió las manos afectuosamente.

—¿Qué tiene usted, señorita Jane? —le dijo—. ¿Qué le pasa?



—Mi prima ha desaparecido —respondió Jane Edgerton, esforzándose en vano por contener los sollozos. Entonces correspondió a Ben Raddle emocionarse.

—¿Ha desaparecido la señorita Edith? —dijo con voz temblorosa —. ¡Es imposible!

—Es cierto —afirmó Jane Edgerton—. En cuanto me separé de ustedes fui al hospital, donde encontré al doctor Pilcox, quien me dio la noticia.

—¿Y el doctor Pilcox no le ha dado ningún detalle?

—Me ha dicho que Edith había desaparecido de improviso, sin advertencia previa, el 25 de julio pasado, a primera hora.

—¿Sin dar la razón de su salida del hospital? —No.

—¿Sin decir dónde iba?

—Tampoco. Se limitó a decir que esperaba estar de vuelta a principios de invierno.

—¿Y no sabe el doctor dónde ha podido ir? —Lo ignora.

—¡A alguna aventura tal vez! —exclamó el ingeniero, que parecía presa de una violenta emoción.

En este momento un criado entró en la sala y anunció que un señor deseaba hablar con los señores Summy Skim y Ben Raddle.

—Que pase —respondió maquinalmente el ingeniero. El recién llegado llevaba en la mano una bolsa bastante voluminosa.

—Traigo encargo —dijo— de nuestro subdirector, el señor William Broll, de entregar a estos señores los cien mil dólares que han pedido, y de rogarles hagan el favor de darme recibo.

Diciendo esto, el empleado de la Transportation and Trading Company había sacado de la bolsa fajos de billetes de banco, que apilaba poco a poco sobre la mesa.

—Si los señores quieren comprobarlo, pueden hacerlo.

Dominando su turbación, Ben Raddle contó metódicamente los billetes.

—Está bien —dijo.

—¿Harán el favor de firmar el recibo?

Ben Raddle tomó la pluma y puso su nombre con pulso firme; pero a Summy Skim hubo que indicarle el sitio y casi llevarle la mano. Summy vivía en pleno sueño, y no estaba ya en este mundo.

Ben Raddle acompañó al empleado de la casa de banca hasta la puerta. Después fue a reunirse con Jane y su primo.

Los encontró frente a frente contemplando el montón de billetes que cubría la mesa.

Summy Skim continuaba con su aire desorientado. Jane Edgerton lloraba; pero a través de sus lágrimas su mirada imploraba una explicación.

Ben Raddle no estaba de humor para entregarse a largas disertaciones a fin de aclarar lo que él mismo no comprendía. Se había dominado hasta entonces; pero la reacción se produjo en aquel momento, y la fuerza empezaba a faltarle. Hizo un ademán de fatiga y dejó la explicación para más tarde.

Los tres estuvieron unos instantes de pie en medio de la habitación. Después, a un mismo tiempo se dejaron caer en el fondo de los sillones, y sus cabezas se apoyaron sobre los confortables respaldos. Así estuvieron largo rato, absortos en sus pensamientos, mientras que fuera, por la ciudad, disminuía el ruido, y las sombras del crepúsculo descendían poco a poco.

CAPÍTULO XVI

REAPARICIÓN

¿**H**abría durado mucho el abatimiento de Ben Raddle? No era fácil, dado su temperamento. Después de todo, los acontecimientos no eran para que la reacción se efectuase de una manera espontánea.

En el momento en que encendían el alumbrado de las calles de Dawson, un criado anunció por segunda vez que deseaban hablar con el señor Summy Skim.

El visitante era Neluto. No traía ninguna noticia de importancia. Había creído sencillamente deber advertir al señor Skim que Patrick y él se encontraban en la imposibilidad de habitar la casa del arrabal, pues esta casa estaba cerrada; Lorique la había dejado hacía ya más de un mes.

La desaparición de Lorique no extrañó a Ben Raddle. Comprendía que el capataz canadiense había descubierto la ocasión de emplear su actividad. Quizás estaba ahora prospectando por cuenta de su antiguo patrón.

La noticia de Neluto sirvió para romper el encanto. Ben Raddle se reanimó de nuevo, dispuesto a decisiones prontas, a acciones enérgicas.

—¡Neluto! —dijo en el momento en que, hecha su confidencia, éste se iba a retirar.

—¿Señor Raddle?

—Neluto, mañana partimos para el *claim* 129.

—¡Para el 129! —repitió el indio sorprendido.

—Si. El estar cerrada la casa del arrabal no tiene ninguna importancia, puesto que tienes que renunciar a dormir esta noche.

Ben Raddle tomó de la mesa un puñado de billetes.

—He aquí dos mil dólares. No escatimes el dinero, pues te daré más si te hace falta; pero mañana a primera hora hemos de tener a la puerta un coche que pueda llevarnos a todos.

—¡Mañana por la mañana! —exclamó Neluto—. ¡Pero si es de noche ya, señor Raddle!

—Insiste, ruega, amenaza y, sobre todo, siembra los dólares a manos llenas. Ése es el mejor medio. En resumen —dijo el ingeniero—, arréglate como puedas, con tal que el coche esté dispuesto para esa hora.

Neluto suspiró.

—Se procurará, señor Raddle —dijo al marcharse.

Apenas salió el indio, se hizo anunciar el doctor Pilcox, que, enterado por Jane de la vuelta de los primos, se apresuró, jovial como siempre, a darles la bienvenida.

Como buen médico, lo primero que le preocupaba era la salud.

—¿Cómo se encuentran ustedes? —preguntó.

—Como ve usted —respondió Summy Skim.

—¿Y contentos?...

—¡Usted lo cree!

—Y creo bien —exclamó el doctor—. ¡Un viaje tan hermoso!

—¡No ha estado usted allí! ¡Contentos... de haber vuelto!

El doctor Pilcox fue puesto al corriente de las peripecias de la expedición y supo todos los pormenores. Se le contó la llegada de los tejanos, sus ataques, la erupción del volcán, provocada por el ingeniero, y cómo habían sido estériles tantos esfuerzos, pues, a

excepción de una sola, las pepitas del Gulden Mount yacían en las profundidades del mar polar.

—¿Ven ustedes? —dijo el doctor—. ¡Ese volcán no ha sabido vomitar por buen sitio! Verdaderamente, le hubiera venido bien darle una dosis de emético.

Y por emético entendía el doctor la derivación del río Rubber, que había precipitado sus torrentes de aguas en el estómago del Gulden Mount.

Por todo consuelo repitió, con alguna variación de orden médica, lo que ya Summy Skim había dicho a Ben Raddle.

—¡Sean filósofos! La filosofía es lo que hay más higiénico en el mundo. Además, la higiene es salud. ¡Y la salud es también la más maravillosa de las pepitas!

Ben Raddle no dejó partir al doctor sin preguntarle por Edith Edgerton. No pudo obtener nada nuevo. El doctor había dicho a Jane todo cuanto sabía, y eso se reducía, después de todo, a poca cosa.

Un hermoso día, Edith partió repentinamente, limitándose a decir que estaría de vuelta antes del invierno. El doctor se había contentado con esta promesa, y forzoso le fue a Ben Raddle imitarle, suspirando.

Al día siguiente, no había amanecido aún cuando el coche se detuvo delante de la puerta del hotel. Neluto se había excedido: provisiones, armas, equipaje, nada faltaba, sin contar que el vehículo, de los más confortables, era tirado por dos vigorosos caballos. Partieron a los primeros albores del día.

Pero si el dinero sembrado a manos llenas había podido improvisar los medios de transporte, era impotente para disminuir el número de kilómetros. Habían sido precisos tres días el año anterior para llegar al *claim* 129, y ahora no necesitarían menos para franquear de nuevo la misma distancia.

En Fort Cudahy pasaron el Forty Miles Creek cerca de su confluencia. Las gentes del país les habían dicho que hacía un mes que la orilla derecha estaba infranqueable en la proximidad de la

frontera. En vista de eso, los cuatro viajeros decidieron atravesar el río y volver a subir por la orilla izquierda.

Por todo el camino, y más particularmente en Fort Cudahy, no se hablaba más que de los *claims* situados en el curso alto del Forty Miles. Las gentes del país contaban que hacía poco se habían hecho extraordinarios descubrimientos de yacimientos de una riqueza prodigiosa, como nunca había conocido ningún minero.

En vano Ben Raddle se impacientaba al escuchar esos maravillosos relatos: los caballos, indiferentes a su impaciencia, no marchaban todo lo de prisa que hubiera deseado el ingeniero, y hasta el 6 de septiembre, a eso de la una de la tarde, no llegaron a las proximidades de la frontera.

El país estaba desconocido.

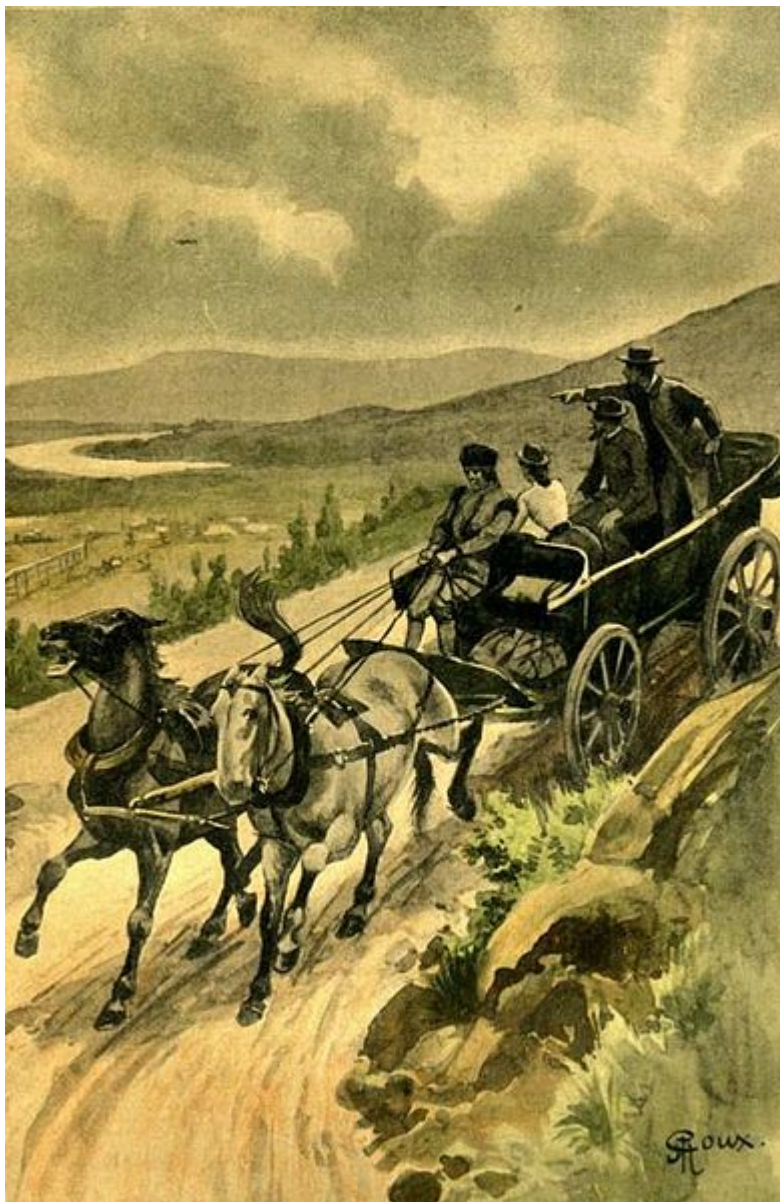
Habían recorrido ya más de la mitad del camino y no notaron ningún cambio notable. El paisaje que hasta entonces habían contemplado desde la orilla derecha, y que ahora percibían desde la izquierda, no había sufrido otra modificación que las que resultaban de esta diferencia de orientación. Todo estaba en el mismo sitio que antes de la catástrofe del 5 de agosto.

Pero cuando llegaron a la altura del *claim* 127 bis, antes explotado sobre la orilla derecha por Jane Edgerton, y cuando franquearon el sitio más elevado, una cadena, llegada del noroeste, se desviaba frente a este *claim* y corría aguas abajo del río; a partir de este punto, el coche empezó a descender la pendiente, y ya fue otra cosa distinta. Creían entonces encontrar a sus pies el *creek* ensanchado hasta el *claim* 129, y tenían ante ellos un vasto espacio de tierra firme, que se extendía por una y otra parte de la frontera sobre un espacio de un kilómetro, aproximadamente, y sobre la cual bullía todo un pueblo de trabajadores.

La balsa de agua empezaba al sur de este espacio de tierra firme, y parecía estar contenida toda entera en los límites norte y sur del antiguo *claim* 129, por encima del cual el *creek*, dividido, fluía ruidosamente. La colina que separaba antes la propiedad de los dos primos de la de Jane Edgerton, no ofrecía ya ningún obstáculo a la

corriente. Su punta extrema había desaparecido. En su lugar, el *creek* seguía su curso, y llegado a la barrera rocosa que separaba antes en dos partes el *claim* 127 bis, caía en cascada del nivel superior al inferior, para ir, cien metros más lejos, a reencontrar su antiguo lecho, que no dejaba ya hasta desembocar en el Yukón.

Los cambios acaecidos no parecían, pues, haber interesado más que una zona muy reducida, que se extendía de una y otra parte de la frontera. La parte de la zona del Forty Miles Creek, que estaba antes al borde del *claim* del tío Josias, ocupaba ahora el centro.



El coche continuaba descendiendo el camino serpenteante y los que lo ocupaban consideraban con sorpresa el extraordinario espectáculo que se les presentaba. ¿Era ése el *claim* 129? La superficie en explotación excedía con mucho de los límites admitidos generalmente para un *claim*. Por otra parte, si era aquél el famoso 129, cuyos rendimientos conocían ellos mejor que nadie, ¿a quién pertenecían y cómo podía ser que sus productos estuvieran a nombre de Summy Skim y Raddle? ¿Por quién y para quién habían sido hechas esas operaciones? ¿Quién había reclutado, quién dirigía ese pueblo de trabajadores? Esas preguntas se precipitaban tumultuosamente en su imaginación.

A medida que se aproximaban al fin de la pendiente, los objetos se precisaban. Ben Raddle divisó en seguida cuatro *rockers* instalados en dos grupos, distantes uno de otro unos trescientos metros, y alimentados por unas bombas de vapor que funcionaban de arriba a abajo. Ocupados en el servicio de esos *rockers* estaban unos doscientos cincuenta obreros, excavando, lavando con platos y con escudillas, tan afanosos, que ni siquiera parecían haberse enterado de la llegada de los viajeros.

Uno de ellos, sin embargo, dejó su tarea, cuando el coche penetró en la superficie en explotación, y preguntó amablemente a los visitantes qué deseaban.

—Hablar con tu amo —respondió Ben Raddle, en nombre de todos.

—Hagan el favor de seguirme, señores —dijo el obrero.

Summy Skim, Ben Raddle y Jane Edgerton echaron pie a tierra y empezaron, bajo la dirección del guía, a subir la pendiente de la nueva ribera del Forty Miles Creek.

Al cabo de quinientos pasos, éste se detuvo delante de una casita construida al pie de la vertiente occidental de las alturas que el coche acababa de franquear, y llamó con los nudillos en la puerta.

Ésta se abrió en seguida. En el umbral apareció una joven, que fue saludada con exclamaciones de sorpresa.

—¡Edith! —gritó Jane al verla, y se lanzó a sus brazos.

Después de acariciar varias veces a su prima, corrió Edith al encuentro de Ben Raddle, que se acercaba el primero.

—¡Señorita Edith! —exclamó el ingeniero en el colmo de la admiración.

—¡Señor Raddle! —dijo en el mismo tono Edith.

Y todo observador perspicaz hubiera notado una especie de turbación en la clara mirada de la joven, y que sus frescas mejillas se habían coloreado. Pero aquellos matices debían pasar y pasaron inadvertidos.

Cuando todos manifestaron el placer recíproco que experimentaban en volverse a ver; cuando hubieron cambiado las frases de cariño, en medio de un ruido confuso, pues todos hablaban a la vez:

—¿Nos explicará usted?... —empezó a decir Ben Raddle.

—Al instante —interrumpió Edith—; pero antes tómense la molestia de pasar. Creo que habrá bastantes asientos para recibir a todos decentemente.

Penetraron en la casita, adornada con un mobiliario cuya sencillez merecía el epíteto de espartano. Sirviendo de armario, un baúl; un colchón de hierbas secas, una mesa y unas cuantas sillas, era lo único que podía verse, pues no había otra cosa. Pero ese modestísimo mobiliario estaba tan minuciosamente limpio, que casi parecía lujoso.

—Mi explicación será la más sencilla del mundo —dijo Edith en cuanto se sentaron—. El 24 de julio por la noche supo Lorique, por una gran casualidad, que el Forty Miles Creek acababa de ser teatro de un trastorno más grande aún que el del año anterior. Se decía también que la mayor parte de los *clains* inundados en esta época habían vuelto a reaparecer aquel día. ¿Cómo había sido transmitida la noticia con tal rapidez? ¿Cómo en veinticuatro horas había franqueado una distancia que no se puede recorrer en menos de tres días, empleando los medios de transporte más rápidos? No lo sé. Había volado de boca en boca, extendiéndose como una capa

de aceite sobre el mar. Unas horas después de saberlo Lorique, todo el inundo en Dawson estaba tan enterado como él.

—¿Qué hizo entonces Lorique? —preguntó Ben Raddle.

—Fue aquella misma tarde —respondió Edith— a ponerme al corriente de lo que pasaba. Inmediatamente torné mi resolución. Puesto que el señor Raddle y el señor Skim estaban ausentes, convenía suplirlos, y hacer lo que ellos hubieran hecho. Yo podía hacerlo mucho mejor que en otra ocasión, puesto que en verano no hay casi enfermos en el hospital.

—Como contábamos con fondos, gracias al señor Raddle, que había dejado dinero en abundancia a Lorique, partimos los dos a primera hora del día siguiente, ocultando a todos, por prudencia, el objeto de nuestro viaje.

—¿Están ustedes aquí desde ese día?

—Si, desde el 27 de julio. Hemos encontrado las cosas como ustedes ven. La noticia era cierta, en parte, pues como ustedes pueden observar, los antiguos *claims* no han reaparecido. Al contrario, inundados la primera vez por la elevación del lecho del Forty Miles Creek, lo están mucho más ahora por un nuevo temblor de tierra. Trabajamos hoy en el mismo Forty Miles Creek, que, desviado definitivamente, corre únicamente sobre el terreno de los antiguos *claims*.

—En ese caso —dijo Ben Raddle— me explico menos...

—Espere usted —replicó Edith—; lo comprenderá en seguida. Cuando llegamos aquí, nadie se había adelantado a nosotros. Como usted sabe, la concesión de un *claim* de río da también el derecho de explotación en sus orillas. La parte del antiguo lecho del *creek*, levantado hoy día, pertenecía, pues, por derecho a los concesionarios ribereños. Esas prescripciones legales, que son conocidas en toda la región, habían sido causa de la abstención general. Nosotros fuimos menos escrupulosos, y nuestro primer cuidado fue plantar piquetes que comprendiesen a la vez las partes dependientes de los *claims* 127 bis y 129 y las dependientes al este del *claim* 127, y al oeste, del otro lado de la frontera, del *claim* 131.

Hecho eso, procedimos a algunas rebuscas sobre ese terreno virgen hasta entonces de toda prospección.

—Conozco ya el resultado de esas rebuscas —interrumpió Ben Raddle—. Hay motivo para ofuscarse, para no ver claro.

—Dispéñeme que no me detenga en los detalles —volvió a decir Edith Edgerton— y paso en seguida a la conclusión del examen rápido que hicimos en ese momento. Reconocimos inmediatamente que toda la superficie, la vieja, cubierta aún por las aguas del Forty Miles Creek, era de una riqueza sorprendente, aunque desigual. Sí, después de los siglos, el oro estaba en todas partes depositado en dosis masivas, y era preciso que el depósito hubiera sido hecho de una manera uniforme. Nos fue fácil convencernos, y la explotación no ha hecho más que confirmar esta primera conclusión: que el contenido, siempre muy notable, de las arenas auríferas iba, sin embargo, aminorándose del centro a los extremos de la superficie limitada por nuestros piquetes. En el mismo centro, es decir, precisamente en frente del antiguo *claim* 129, nos quedamos completamente deslumbrados ante nuestros primeros ensayos. ¿Qué ha ocurrido en este sitio? No soy bastante inteligente para saberlo. ¿Tal vez una depresión del terreno ha causado en el curso del Forty Miles remolinos favorables para el depósito secular del oro en suspensión? No lo sé. Lo cierto es que en ese punto nos encontramos en presencia de un montón de polvo de oro casi puro, montón que adquiriría la forma de una elipse de unas treinta y cinco yardas por veintiuna, y cuya profundidad, que yo creo es relativamente considerable, continúa desconocida por completo.

Los oyentes de Edith Edgerton escucharon como en un sueño ese mágico relato, que tenía más de novela que de realidad. No hubieran podido decir qué les admiraba más, si el capricho de la naturaleza o la perspicacia y la energía de la que tan bien había sabido sacar provecho. Pero no habían dejado de admirarse.

—En presencia de tal descubrimiento —volvió a decir Edith—, no perdí una hora para asegurar el derecho de explotación. Un *claim*

fue registrado a nombre del señor Raddle, otro al del señor Skim, otros a nombre de mi prima, al de Lorique y al mío. No me atrevería a sostener que para obtener esas concesiones, la mayor parte a nombre de ausentes, no me haya sido preciso cometer algunas... incorrecciones; pero en esa clase de cosas lo esencial es lograrlo.

—Justamente —aprobó Ben Raddle.

—Es inútil añadir que no he perdido de vista la situación real. Gracias al capital del señor Ben Raddle y del señor Summy Skim, han podido ser explotados esos *claims*. A ellos, pues, pertenecen. Yo no me he considerado más que como su representante, y como tal he obrado. Hoy todo está en regla. He recibido el último documento debidamente firmado.

Diciendo esto, Edith se dirigió hacia el baúl, en un rincón de la habitación, y sacó un legajo de papeles.

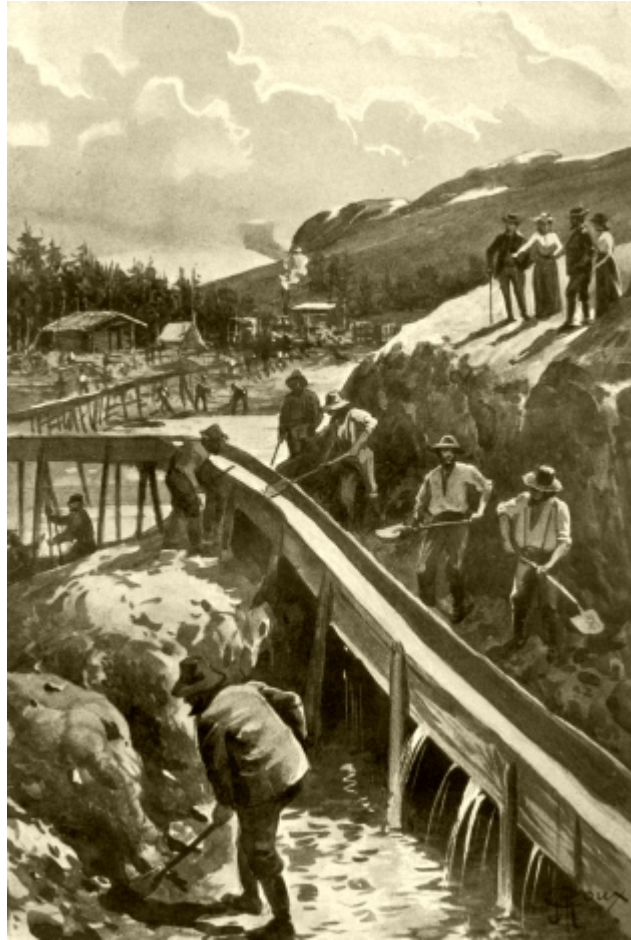
—Aquí están los títulos de propiedad, y he aquí la contraescritura de Lorique y la mía, garantizando los verdaderos propietarios contra toda reclamación por parte nuestra. No falta más que la de Jane; pero yo creo que puedo contar con su aprobación.

Por toda contestación, Jane abrazó a su prima.

En cuanto a Ben Raddle, estaba completamente asombrado de tanta virtud.

—¡Prodigioso! ¡Prodigioso! —repetía entre dientes. Edith se levantó.

—Si quieren ustedes ahora dar una vuelta por sus propiedades, yo les serviré de guía, y a la vez podrá el señor Ben Raddle saludar a Lorique.



Salieron de la casita y recorrieron la explotación en todos sentidos. Reinaba una actividad general, a la que el ingeniero dio más importancia aún que a las proezas que acababa de escuchar.

Todo marchaba con una regularidad de cronómetro.

Al extremo de cada banda de terrenos auríferos, los unos en territorio canadiense, los otros más allá de la frontera alaskiense, dos *rockers* funcionaban, ayudados por una bomba de vapor colocada cerca de la nueva orilla del *creek*, casi frente a la parte central, sobre la que, trabajando, bien al plato o a la escudilla, se agitaba el mayor número de obreros.

—Esta bomba no me ha costado nada —dijo Edith—. La encontré cuando se retiraron las aguas en el antiguo lecho del río. Supongo que provendría de algún *claim* situado aguas arriba y abandonado cuando la inundación del año pasado. Por un

verdadero milagro se había conservado en buen estado. No ha habido necesidad más que de limpiarla, instalarla y buscar carbón; lo que, entre paréntesis, no me ha sido muy fácil.

Ben Raddle no pudo contenerse más tiempo.

—¿Me dirá usted quién ha dirigido todo esto, quién ha organizado el trabajo, quién ha procedido a esas instalaciones?

—Pues yo, señor Raddle, ayudada por Lorique —respondió Edith, sin la menor fatuidad, con una gran sencillez.

—¡Usted! —exclamó el ingeniero, que, a partir de ese momento, pareció absorto en sus pensamientos.

Edith continuaba sus explicaciones. Condujo a sus compañeros hasta la última concesión, situada en territorio alaskiense y registrada a nombre de Lorique. En el *claim* de su propiedad se encontraba precisamente el capataz, quien se quedó muy sorprendido de encontrarse en presencia de Ben Raddle. Pero éste, completamente absorto, respondió de un modo algo extraño a las demostraciones de amistad de este fiel servidor.

En unión del capataz volvieron hacia el centro de la explotación.

—Ésta es la parte más rica —dijo Edith.

—¡Donde encontramos con facilidad platos de mil dólares! —añadió el capataz con orgullo.

Después de presenciar algunos lavatorios, que dieron, efectivamente, el resultado anunciado, se pusieron en marcha para volver a la casita.

En el momento de pasar el umbral de la puerta le asaltó a Ben Raddle un pensamiento y detuvo a Edith.

—¿No me ha dicho usted que dejaron Dawson el 25 de julio?

—En efecto —respondió Edith.

—¿Qué día se produjo el terremoto en el Forty Miles Creek?

—El 23 de julio.

—Estaba seguro de ello —exclamó Ben Raddle—. Debemos esta fortuna a nuestro volcán.

—¿Qué volcán? —preguntó Edith.

Ben Raddle le contó entonces las aventuras de la expedición emprendida en busca del Golden Mount. Cuando terminó su relato, todos comprendieron que la erupción tan atrevidamente provocada había sido la causa del trastorno ocurrido en esta parte del Klondike. Todos estaban seguros de que el sacudimiento plutónico se había transmitido poco a poco, determinando sucesivamente una serie de elevaciones y depresiones simétricas.

En algunos cientos de kilómetros la larga grieta indicaba claramente la dirección seguida por esta fuerza, que había ido a morir allí. En este punto, desagregado ya por una convulsión anterior, acababa de agotarse, levantando escasamente dos metros, una banda de terreno de cincuenta metros de anchura por un kilómetro de longitud, aproximadamente, elevación compensada por un descenso correspondiente de los antiguos *claims* de la orilla derecha.

Sane Edgerton se entusiasmó por esas conclusiones, conformes a su manera de ser. El último viaje le había hecho aferrarse más a sus ideas. Cuando ellos creían haber luchado en vano, la energía desplegada había repercutido a cientos de kilómetros, y les dispensaba una vuelta triunfal.

Edith calmó el entusiasmo de su prima con una sonrisa, e hizo observar que quedaba aún que examinar las cuentas de la explotación.

Cuando todos entraron en la casita, Edith presentó los libros de tal manera ordenados que llenó de admiración a Ben Raddle. Para los efectos de ingresos y gastos, para la vigilancia de las entradas y salidas del oro, para asegurarse contra el robo, tan común en esta clase de industrias, había inventado, con muy buen sentido y buen método, procedimientos muy sencillos, pero de una precisión rigurosa, que no dejaba lugar ni a error ni a fraude.

—Esta mañana he acabado mi trabajo —dijo, como para terminar—. Pensaba, si ustedes no hubiesen venido, marcharme a Dawson, llevándome copia de los libros. Lorique, que estará aquí hasta el invierno, continuará vigilando la explotación, lo que puede

hacer muy bien, como ustedes han visto, pues de lejos puede observar todo.

Al terminar estas palabras, Ben Raddle salió de la casita. Se ahogaba. Esta muchachita le daba una lección. No había dejado nada por hacer. Todo estaba en regla, mejor de lo que él mismo hubiera podido hacerlo.

Intranquilo, Summy Skim salió detrás. ¿Por qué había salido Ben Raddle tan repentinamente? ¿Se habría puesto malo?

No, Ben Raddle no estaba malo. Con la mirada fija en el horizonte, respiraba a pleno pulmón, como el que vuelve en sí después de haber sufrido una violenta sacudida.

—Vaya, Ben —dijo Summy Skim—, ya has conseguido lo que deseabas; supongo que estarás contento. ¡Vas a manejar millones! ¡Mucho más cuanto que yo te dejo los míos, pues no quiero preocuparme de ellos!

Ben Raddle cogió por el brazo a su primo.

—¿Qué piensas de Edith, Summy? —le preguntó confidencialmente.

—¡Toma!... ¡Que es encantadora, completamente encantadora! —respondió Summy Skim con entusiasmo.

—Es verdad... Pero no, eso no es bastante decir. ¡Es mucho más: es un prodigio, un verdadero prodigio esta joven, Summy! —dijo Ben Raddle, fuera de sí, como el que ha perdido la cabeza.

CAPÍTULO XVII

ARREGLO DE CUENTAS

Después de un ligero almuerzo en el nuevo *claim* 129, los dos primos y las dos primas se volvieron a Dawson City, dejando a Lorique al cuidado de la explotación. Todo había quedado convenido con él. Dirigiría el *claim* hasta su agotamiento, lo que no parecía que ocurriese pronto, y enviaría las cuentas todas las semanas a Montreal, a donde Summy Skim y Ben Raddle iban a volver en seguida.

El capataz, como es natural, estaría interesado en los beneficios realizados. Con respecto a eso estaba tranquilo, pues conocía la rectitud y equidad de sus amos. El día, aún lejano, en que se agotasen los yacimientos del Forty Miles Creek, Lorique sería rico también, y capaz, bien para emprender una explotación por su cuenta, o para ir a buscar el reposo, bien ganado, bajo un cielo mejor.

Los cuatro viajeros fueron bastante incómodos en el coche que les conducía, pero nadie pensó en quejarse. Impresionados aún por la serie de emociones que habían sufrido, se mostraban todos alegres. La misma Edith había echado fuera de sí su calma algo fría.

En el trayecto, los dos primos se inquietaron ante los proyectos expuestos por las dos jóvenes. Manifestaron sencillamente que,

puesto que la suerte no había favorecido a Jane Edgerton en sus trabajos de prospección, no había cambiado nada su situación. Ésta continuaría de *prospecteur*, mientras que su prima volvería a sus enfermos.

Ben Raddle y Summy, sin indignarse de otra manera, se habían limitado a preguntar a las jóvenes si los tornaban por monstruos de ingratitude; y la conversación quedó así.

Aquella tarde se solventó la cuestión. Ben Raddle citó a todos en un salón, del que éste había asegurado la exclusiva posesión.

El ingeniero entró en seguida en materia.

—La orden del día es arreglar nuestras cuentas —dijo Ben Raddle.

Summy Skim bostezó.

—¡Eso debe ser muy aburrido!... Después de todo, ya te lo he dicho, insaciable Ben, que renuncio a todo, y quédate con ello.

—Si empezamos con bromas de ese género —respondió Ben Raddle seriamente—, no terminaremos nunca. Seamos serios, Summy, te lo suplico.

—¡Seamos serios! —añadió Summy, suspirando—. ¡Pero vaya un tiempo perdido, que podíamos emplear mejor!

Ben Raddle volvió a decir:

—El primer punto merece tomarlo en consideración. La explotación del Forty Miles Creek es la consecuencia, indirecta, es verdad, pero, en fin, la consecuencia del descubrimiento del Golden Mount.

—Estamos de acuerdo —dijeron los tres interlocutores.

—Por consiguiente, las promesas hechas en razón de ese viaje conservan todo su valor, y en primer lugar el que concierne a la madre de Jacques Ledun. ¿Han hecho ustedes algún cálculo de lo que sería justo enviarle?

—¿Una cuarta parte? —dijo Jane Edgerton.

—O más de la cuarta parte —añadió Summy Skim—. Por mi parte no veo ningún inconveniente.

Ben Raddle levantó los hombros.

—Me parece —objetó Edith con su voz tranquila— que sería preferible pasarle una renta.

—La señorita Edith tiene razón, como siempre —dijo el ingeniero—. Calcularemos lo que se le debe pasar de renta, y no hay que decir que no nos quedaremos cortos.

La aprobación fue unánime.

—Será preciso, además —continuó Ben Raddle—, gratificar generosamente a Lorique, al *scout* y a los hombres que han hecho con nosotros la expedición del Golden Mount.

—Es natural —dijeron a la vez las dos primas.

—El resto será dividido en dos partes iguales, según el convenio hecho con Jane. Una parte para ella, otra para mí. No creo que Jane se niegue a hacer partícipe a su prima, a la que debemos el *claim* 129, mientras que por mi parte yo daré a Summy la mitad, a pesar de sus aires de disgusto.

—Sus cálculos no son justos —dijo Jane—. Puesto que quiere voluntariamente repartir con nosotras, hay que exponer todos nuestros convenios. Olvida que un contrato anterior le da derecho al diez por ciento de los beneficios del Klondike.

—Es cierto —respondió Ben Raddle muy serio. Tomó un lápiz y papel.

—Hagamos números —dijo—. Decimos, pues, que tengo derecho a una décima parte de su mitad, o sea una vigésima de lo reunido, lo que hace un total de once vigésimas partes para mí y nueve vigésimas para usted.

Si yo cuento bien —dijo Summy, con el aire más serio del mundo—, resulta de los cálculos, que la parte de la señorita Edith será siete quintos de las tres cuartas partes de los treinta y ocho ochenta y nueveavos... Y la mía la encontraré dividiendo la altura del Golden Mount por el radio del círculo polar, y multiplicando el cociente por la edad del *scout*; se obtendrá así una ecuación exponencial, de la que se extraerá la raíz, y que, sometido al análisis algebraico y el cálculo integral o diferencial, a elección...

—Esas bromas son de mal gusto —dijo secamente Ben Raddle, mientras que las dos primas reían a carcajadas.

—¡Qué fárrago! —dijo Summy Skim, suspirando, y fue a sentarse en el rincón más alejado, manifestando una gran indiferencia.

Ben Raddle le siguió con una mirada furibunda, se encogió nuevamente de hombros y dijo:

—Además, como nuestro crédito en la Transportation and Trading Company se eleva a...

Jane Edgerton le interrumpió.

—Después de todo —dijo con toda naturalidad—, ¿para qué sirven esas cuentas?

—Sin embargo...

—Si, ¿para qué sirven... puesto que me voy a casar?

Agarrándose a los brazos del sillón en que estaba sentado, Summy Skim se levantó de un brinco, lanzando un verdadero rugido.

—¿Con quién? —exclamó con voz angustiada. Golpeándose él mismo, la cara descompuesta, los puños crispados, parecía una fiera dispuesta a botar.

Sus amigos no pudieron resistir con seriedad este paso cómico, y empezaron a reír al unísono.

Summy no reía. Acababa de descubrir el fondo de su corazón, y estaba completamente trastornado. Amaba, él, el célibe endurecido, tan feliz con su celibato; amaba hasta la adoración, desde hacía tiempo, desde siempre, desde la primera vez que en el puente del *Foot Ball* había aparecido esta joven, que reía allí a carcajada. Por ella, por ella sola había tan alegremente soportado un absurdo destierro en esas comarcas estrambóticas. Puesto que no podía hacerla desistir de dejar el Klondike, se había condenado a vivir en él por estar con ella. ¡Y hela aquí ahora que hablaba de casarse! Con Ben Raddle tal vez, más joven y más persuasivo que su desgraciado primo. Si así era, Summy Skim sabría desaparecer... ¡Pero qué pena sería la suya!

—¿Con quién? —repetía con voz tan llena de lágrimas.

—Pues con usted, señor Skim —dijo ella—. Eso es natural.
¿Para qué...?

No pudo terminar.

Summy se había precipitado. La había levantado como una pluma, y la zarandeaba desenfrenadamente, abrazándola con todo su corazón. Jane hacía en vano por defenderse. Desatinado, Summy no sabía lo que se hacía. Sólo cuando, falto de respiración, se desplomó en el sillón, soplando como una foca, se resignó a soltar su ligero fardo.

—¡Locazo! —dijo Jane, entre risueña y enfadada, componiéndose el peinado, en el que no reinaba la armonía.

Sin parecer ocuparse de Ben Raddle, que miraba a Edith en silencio, ni de su prima, que tenía los ojos bajos, Jane volvió a empezar la frase interrumpida por el delirio de Summy.

—¿Para qué preguntar lo que se sabe ya? Es tan cierto que yo me caso con usted, como que el señor Raddle se casa con mi prima.

Edith parpadeó ligeramente.

—¿Confirma usted, señorita Edith, lo que acaba de decir su prima? —preguntó Ben Raddle con voz temblorosa.

Por toda respuesta, la joven fijó en él su dulce mirada y le tendió la mano.

El entusiasmo de Surnmy Skim no conoció límites. Agitado, tembloroso, alegre, trastornado, derribando los muebles al pasar, se puso a recorrer la habitación en todos los sentidos.

—¿Qué hacemos aquí? —decía—. Puesto que estamos de acuerdo, ¿para qué perder un tiempo tan precioso? ¡Manos a la obra! ¡Manos a la obra!

Costó gran trabajo convencerle de que un matrimonio, y, a *fortiori*, dos matrimonios, no podían improvisarse a media noche, y le calmaron, prometiéndole aligerar en lo posible los trámites indispensables.

Así fue, en efecto, y unos días después el doble matrimonio se celebraba en el templo de Dawson. Fue una ceremonia brillante. Las aventuras de las parejas se hicieron públicas. La población en masa acudió a formar fila al paso del cortejo. La hermosura imperiosa de Jane, la gracia exquisita de Edith, el aire enérgico de Ben Raddle y la arrogancia de Summy Skim fueron admirados por numeroso público.

Allí se encontraban todos los compañeros de miserias y de victoria. Lorique, el *scout* y el personal entero de la explotación del Golden Mount. El doctor Pilcox, más alegre y más redondo que nunca, daba el brazo a Edith, y Jane era conducida al altar por el gigantesco Patrick, tan brillante como el sol en la aureola de sus ropas nuevas. Jane había querido que fuese así, y el irlandés se mostraba muy orgulloso del honor que le hacía su joven ama, que él se empañaba en llamar señor Jean, a despecho de su traje blanco y su *bouquet* de flores de azahar.

—Dame el brazo, Patrick.

—Sí, señor Jean.

—Ten cuidado Patrick de no pisarme el vestido.

—Si, señor Jean.

Iba con mucha precaución. Jane reía de veras.

Los recién casados salieron aquella misma tarde de Dawson, embarcando en uno de los vapores que descendían el Yukón. Lorique y el *scout* les saludaban desde la orilla. El primero se puso en camino al día siguiente, con dirección a los *claims*. El *scout* volvería a Skagway por la región de los lagos, llevándose a su personal; si continuaba ejerciendo el duro oficio de guía, no sería ya más que por capricho. El *scout* tuvo que convencerse de que la prospección da algunas veces buenos resultados, puesto que él se había hecho rico.

Dos de los personajes que han figurado en este relato descendían también el Yukón y se dirigían hacia Montreal, en compañía de las jóvenes parejas. Neluto, en efecto, había decidido en el último momento no separarse de un excelente cazador como

Summy Skim. En cuanto a Patrick, sólo la muerte pudo separarle de su «señor Jean».



Poco a poco los vivas que saludaban la marcha se perdieron a lo lejos, las luces de Dawson se extinguieron y el vapor fue rodeado de la oscuridad de la noche. Hacía un tiempo hermoso. Del cielo, lleno de estrellas, descendía una dulce temperatura, bastante extraña en esta época del año.

En la popa del barco, Summy Skim había reunido cuatro sillones, y gozaban contemplando la calma que reinaba en la naturaleza.

Pero Ben Raddle rompió el silencio. No podía detener el funcionamiento de su cerebro, y ya formaba proyectos. Bajo la base de una fortuna colosal, podía emprender todo en adelante. Tanto se dejaba llevar de sus ensueños, que los decía en alta voz. Obrar,

crear, producir... Transformar el montón de oro en vastas empresas, que a su vez se cambiarían en oro, el cual se moriría en empresas más vastas y más numerosas... Y así sucesivamente.

Jane escuchaba con gran atención y contestaba al frenético soñador. Poco a poco fueron acercando las sillas una al lado de otra; después, cansados de la inmovilidad, se levantaron a la vez y fueron a colocarse, uno al lado de otro, en el balconcillo, olvidándose uno de su mujer y la otra de su marido.

Summy suspiró.

—¡Mírelos usted a los dos! —dijo a Edith, que se había quedado a su lado.

—Hay que tomar a las personas y quererlas como son...--Tiene usted razón, Edith —reconoció Summy, poco convencido.

Pero tenía un verdadero sentimiento. Un suspiro más profundo que el anterior ahogó de nuevo su pecho.

—Sí —dijo otra vez—. Mírelos usted a los dos. ¿Hasta dónde irán?

Edith levantó la mano; después la dejó caer, aceptando con un gesto el porvenir tal cual fuese.

—Conozco a Ben —volvió a decir Summy—. No estará en Montreal más de ocho días sin que sienta la nostalgia de las aventuras. Querrá partir, y temo que arrastre a su prima, ella que tan poco dispuesta se encuentra a ver la vida de una manera razonable.

—Si ellos se marchan —respondió Edith—, terminarán por volver. Los esperaremos en casa.

—Eso no es nada divertido, Edith.

—Es cierto. Pero mientras ellos corren el mundo, nosotros cuidaremos de la casa.

Summy suspiró por última vez.

—Y educaremos nuestros hijos —dijo sin darse cuenta de lo que su respuesta contenía de cómica y sublime abnegación a la vez.

CAPÍTULO XVIII

EN LAS DELICIAS DE GREEN VALLEY

Estamos en verano. Ni una nube enturbia el claro azul del cielo. El sol de mediodía cae de plano sobre el campo.

Summy Skim acababa de llegar de caza con Neluto; sin quitarse las polainas de cuero, fumaba tranquilamente en su pipa a la sombra de los árboles, delante de la casa de Green Valley. A poca distancia de él, casi a sus pies, tres niños —de tres, cinco y seis años— jugaban vigilados por una criada de gran confianza. No tenía menos de seis pies de altura, y su barba grisácea hubiera dado envidia a un carabinero. Atiende al nombre de Patrick Richardson, transformado poco a poco en ama seca, por ser de la absoluta confianza del señor Jean.

Aunque Patrick ha envejecido, su fuerza sigue siendo prodigiosa; pero esta fuerza, que empleó para pelearse con los osos, es ahora de la exclusiva propiedad de los hijos de Jane y de Summy. No se ve nunca al gigante sin alguno de los tres chiquillos, uno subido en la espalda, otro sentado en la palma de la mano como en un sillón, cuyo dedo pulgar servía de respaldo; otro metido en el bolsillo, pues Patrick lleva en su gabán bolsillos especiales para este uso, cosidos por él mismo. Pueden subir por él como por una montaña, darle patadas, tirarle de la barba y de los cabellos o meterle los dedos en

los ojos. Patrick se deja hacer todo tranquilamente, sin demostrar el menor disgusto. Es un gran juguete este Patrick para los chiquillos.

Al dar las doce llega, al trote de un buen caballo, una mujer joven. Summy se levanta y corre a ayudarla a bajar, y la estrecha en sus brazos, como hizo en otra ocasión en el salón del Northern-Hotel. Quizá bailarían, como lo hizo entonces; pero Summy Skim no baila ya desde que ha empezado, digámoslo en secreto, a echar barriga. En cuanto a Jane, no ha cambiado nada al convertirse en Jane Skim. Está tan pequeña, tan débil y tan bonita como siempre.

—¡A la mesa! —dijo alegremente Summy.

En seguida los tres niños saltaron sobre Patrick. El mayor se instaló en la espalda, el mediano en la mano y el pequeño en el fondo del bolsillo.

—¿Han sido buenos, Patrick? —preguntó Jane.

—Muy buenos, señor Jean —afirmó el irlandés.

En el momento en que iban a entrar en la habitación, otra mujer joven aparece en el umbral de la, puerta. Ésta es rubia. ¿Cómo Edith Raddle no iba a ser rubia, si lo había sido Edith Edgerton? Aún tiene en la mano su útil de trabajo: la pluma ágil, de la que tan buen uso hace.

—¿No ha llegado Ben? —preguntó Jane.

—No —respondió Edith—; no vendrá hasta las tres.

Entraron y se pusieron a la mesa. Todo en el interior de la casa, como antes, conservaba la sencillez de siempre. Un pabelloncito había sido añadido al antiguo edificio, para alojar a los nuevos habitantes.

Durante el almuerzo se entabló una animada conversación. Aquel día fue la continuación de la larga cadena de los días felices.



Reinaba la mayor felicidad en aquella tranquila casa.

Han pasado los años desde las aventuras del Golden Mount y la vuelta a Montreal, sin atenuarse el doble amor, nacido bajo el cielo glacial del Klondike. Jane y Summy, Edith y Ben no forman más que un solo ser, latiendo al unísono sus corazones. Los temores de Summy no se han realizado. Ayudado por Edith, ha sido bastante diplomático para contener a su mujer, habiendo influido en gran parte el nacimiento de sus hijos.

Puesto que se encuentra bien de dinero, ha agrandado sus terrenos. Ahora es el rey y señor de todo un país. Jane ha encontrado el medio de poner en práctica su constante actividad. Se ha apasionado por la explotación agrícola de esos vastos espacios, y sus cocheras están llenas de máquinas perfeccionadas, que su cerebro ingenioso mejora sin cesar.

Edith es el administrador de la comunidad. Ella es quien lleva las cuentas. Examina, juzga y decide sin necesidad de consultar con nadie, inclinándose todos ante su infalible buen sentido. Cuando Jane se dejaba llevar de su imaginación y amenazaba lanzarse en la vía aventurada, su prima estaba allí para gritar: «¡Que resbalas!», y poner las cosas en equilibrio.

Summy es el único que perturba su administración. Ese detestable propietario, bajo pretexto de que es muy rico, se obstina en devolver a escondidas la mayor parte de los alquileres que le entregan sus colonos. Edith riñe por forma, pues, después de todo, es cierto que es muy rico.

Aun dando mucho, Summy no podía gastar el dinero tan de prisa como lo ganaba Ben Raddle.

Antes de agotarse definitivamente, los *claims* del Forty Miles han producido veinte veces su primera recolección, ¡y ya es oro! Ben Raddle no ha desperdiciado ni una partícula. Lo ha extendido en todos los rincones del mundo, donde obtiene sin cesar productos diez veces mayores, emprendiendo constantemente nuevos viajes.

El ingeniero ha realizado su sueño, pues posee una inmensa fortuna. Ha hecho de todo, se ha interesado por todo, dando por su gusto su vida entera a un trabajo encarnizado. Pronto será archimillonario, sin que por eso cese de trabajar cada día más. Todo lo ha logrado. Ha especulado con la misma suerte en los algodones, lanas, azúcares y cueros, y el dinero ganado ha servido para emprender negocios disparatados. Hoy posee minas de cobre y carbón, líneas de ferrocarril en América del Sur y de los Balcanes, pozos de petróleo en Texas y en Rumanía, estaciones centrales eléctricas y muchas más cosas. Ayer fundó el *trust* del estaño; mañana fundará el del níquel.

En medio de estos múltiples negocios, Ben Raddle no hubiera tenido tanto éxito si Edith no estuviera allí para administrar sus bienes. Día por día, hora por hora, le pone al corriente de su situación. No tiene que ocuparse de nada, y sin cuidado ninguno puede tener confianza en ella.

Ben Raddle es un hombre feliz.

Pero este hombre feliz no está nunca allí, y ése es el punto negro en la vida de Summy. Siempre por montes y valles, pasa y desaparece como el relámpago. Al llegar a su casa abraza afectuosamente a su mujer, que le recibe sonriendo y le deja partir sin una observación siquiera. Edith, con su calma acostumbrada, espera la hora de verle.

Summy Skim es menos tranquilo, y no se escapa Ben sin una reprimenda. Éste primero le deja hablar; después se enfada un poco, y no pasa a más.

Pero, después de todo, Summy es el primero en excusar a su primo cuando sale a hacer alguna nueva gira.

—No hay que criticar a mi pobre Ben —tenía costumbre de decir a Edith— si está siempre dispuesto a hacer erupción. Después de todo, cuando se ha tenido un volcán en su vida, siempre queda alguna cosa.



JULES GABRIEL VERNE. Escritor francés, conocido en los países de lengua española como Julio Verne. El 8 de febrero de 1828 nació en Nantes este gran escritor, geógrafo de países fabulosos, creador de personajes enigmáticos, inventor de islas misteriosas y de originales máquinas, que con sus extraordinarias novelas inició a varias generaciones en el amor a la ciencia.

Tal vocación por lo extraordinario y lo fantástico no se advertía en Julio Verne cuando niño. Alumno estudioso y serio, no mostraba el afán de aventuras de otros chicos de su edad. Dotado de extraordinaria memoria, hizo con aprovechamiento sus primeros estudios, y luego marchó a París para cursar la carrera de abogado, profesión que ejercía su padre en Nantes.

Terminada la carrera, no demostró ninguna afición a ella. Su amistad con Alejandro Dumas y otros autores dramáticos había despertado en él la afición a ese género literario, y tenía escritas algunas obras

como *La Conspiration des poudres*, *Un drame sous la Régence* y *Les Pailles rompues*, comedia en verso esta última, primera que estrenó (1850) y que sólo se representó una docena de veces, en el *Gymnase*. Luego estrenó *Douce jours de siège*, comedia en tres actos, en el *Vaudeville*.

Nombrado secretario del *Théâtre Lyrique*, continuó sus ensayos dramáticos con no mucho éxito, hasta que, interesado por la aerostación, escribió *Cinco semanas en globo* (1863), su primera novela científica.

El gran éxito que obtuvo con ella le animó a continuar este género de literatura y firmó un contrato exclusivo con su editor, J. Hetzel, comprometiéndose a proporcionarle dos obras anuales durante veinte años, o cuarenta en un breve espacio de tiempo, por lo cual recibiría 20 000 francos anuales o 10 000 por volumen. El éxito de las obras siguientes fue tal, que su editor hubo de mejorarle cinco veces el contrato.

Sucesivamente publicó, entre otras muchas, *Viaje al centro de la tierra* (1864); *De la tierra a la luna* (1865); *Las aventuras del capitán Hatteras* (1866); *Los hijos del capitán Grant* (1868); *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870) (que le valió ser coronado por la Academia Francesa); *La vuelta al mundo en ochenta días* (1873); *El doctor Ox* (1874); *La isla misteriosa* (1875); *Miguel Strogoff* (1876); *Las Indias negras* (1877); *Historia de los grandes viajes y de los grandes viajeros* (1878); *Un capitán de quince años* (1878); *Las tribulaciones de un chino en China* (1879); *El rayo verde* (1882) y *El archipiélago en llamas* (1884).

El mayor mérito de este gran novelista científico son sus anticipaciones, sus previsiones geniales, nacidas de un cerebro enciclopédico. Todo lo que predijo en cuestiones de navegación (aérea y submarina), cinematografía, televisión, telegrafía sin hilos, etc., etc., y que se ha realizado en nuestros días, demuestra la

variedad de una erudición y la riqueza de una imaginación que no han sido superadas.

Además, su obra, exaltadora del valor, del esfuerzo, de la energía y de la bondad, sin bajezas morales de ninguna clase, ha ejercido siempre una influencia extraordinaria en la juventud.

Julio Verne murió en Amiens, el año 1905.